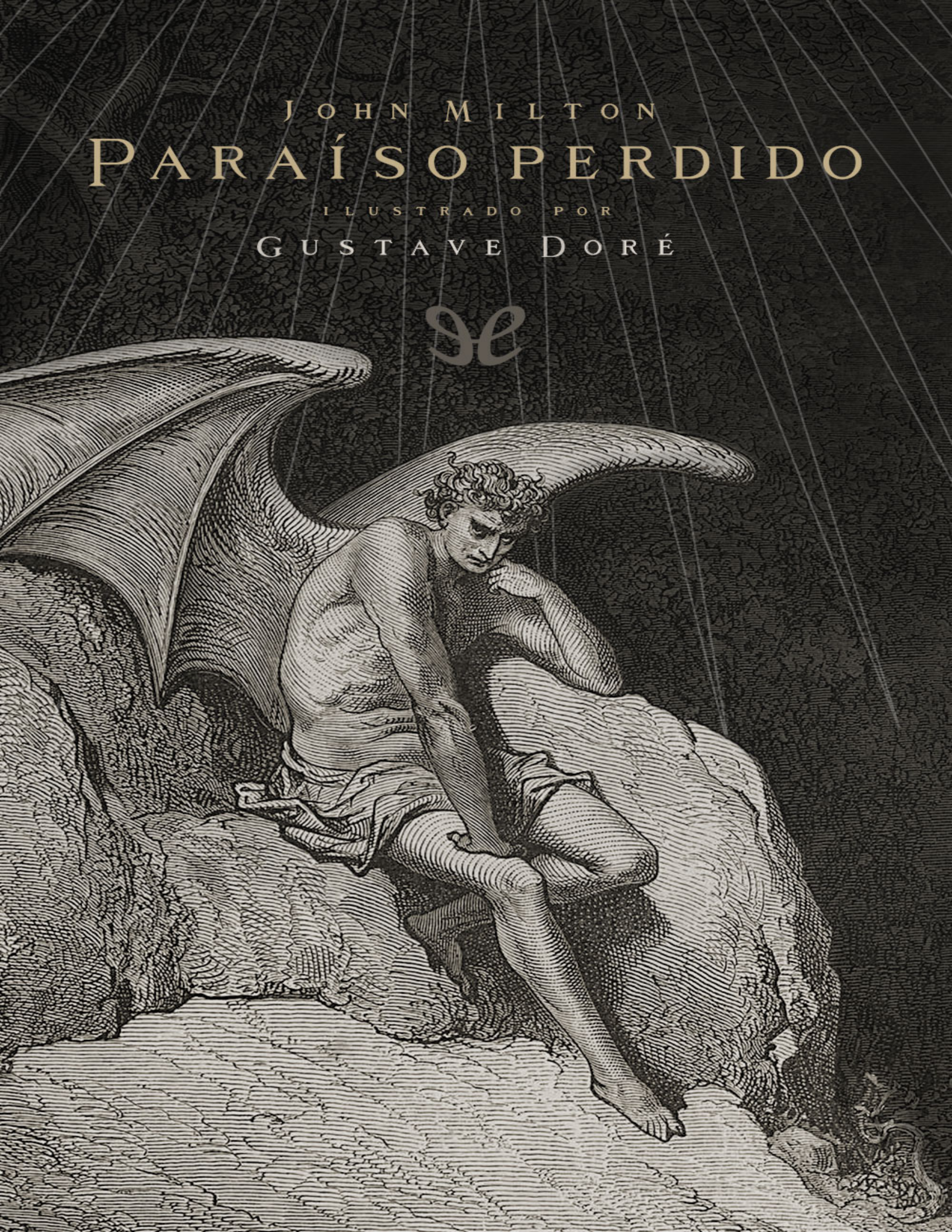
JOHN MILTON

PARAÍSO PERDIDO

ILUSTRADO POR

GUSTAVE DORÉ



Paraíso perdido es la gran épica espiritual de Occidente. Es, asimismo, el resultado del heroísmo espiritual y poético de su autor. Milton lo compuso ciego, empobrecido y acosado por sus enemigos políticos, obligado a memorizar los versos que le traían la noche y las primeras horas del alba hasta disponer de un amanuense que le liberase de los apremiantes frutos de su inspiración. Como monumental visión y representación poética de la mitología cristiana, *Paraíso perdido* ha sido enarbolado por la tradición religiosa más ortodoxa, pero la turbadora heterodoxia del poema rezuma por todos sus poros a la primera mirada.



John Milton

Paraíso perdido

ePub r1.3
Titivillus 23.10.2021

Título original: *Paradise Lost*
John Milton, 1667
Traducción: Bel Atreides
Ilustraciones: Gustave Doré
Diseño de portada: diego77

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



For
Iris

had dipt the wooff

Introducción

Si el imperfecto pero grandioso monumento que es el *Paraíso perdido* lo hubiera escrito alguien más ortodoxo en sus creencias políticas y religiosas, menos crítico con toda forma de autoridad, menos enfático en lo que respecta al valor y a la grandeza del individuo humano, al alcance y posibilidades del humano desarrollo; si lo hubiese escrito, digamos, un Dryden (en caso de haber podido prescindir del campanilleo de sus rimas), o un Isaac Newton (si su genio hubiese acometido la poética del verbo en lugar de la poética de las ecuaciones), o el moralista Wordsworth de la madurez, o C. S. Lewis, azote de satanistas… el gran poema épico de Inglaterra habría llegado hasta nosotros libre de la controversia que lo ha acompañado estos siglos y ya no sería más que una intrascendente reliquia literaria. Una reliquia leída todavía en algunos islotes de fundamentalismo cristiano anglosajón; una reliquia de la que todavía se citarían, aquí y allá, algunos de sus versos proverbiales o inolvidables pasajes; pero una reliquia más interesante para el historiador que para el crítico literario y con escaso arraigo en la emoción, el pensamiento y la espiritualidad del lector actual. Sin embargo, el autor del *Paraíso perdido* es Milton y eso convierte al poema en un misterio. O en una rareza, cuando menos. Porque, *¿es* posible que a Milton, el Milton monarcómaco, enemigo del trono, el cetro y la corona a los que considera atentados contra el libre desarrollo del individuo, contra la dignidad humana incluso, una verdadera forma de idolatría; el Milton que justifica en un enardecido tratado la decapitación del Estuardo; el Milton paladín de la República cromwelliana, su aliado, defensor y propagandista contra los doctrinarios continentales del antiguo régimen… es posible que a

ese Milton le complaciese la imagen de Dios como rey guerrero, un *«dux bellorum*, líder de las tropas angélicas»[1]? ¿Es posible que al Milton humanista, racionalista, le satisficiesen los argumentos de ese Dios —tan irracionales al fin y al cabo—, cuando trata de exculparse de que el mundo que ha creado le haya salido tan rematadamente mal? ¿Es posible que Milton, siempre independiente en materia religiosa, se contentase con ofrecer al mundo una visión tan canónica del cristianismo como la que parece desprenderse de una lectura desatenta del *Paraíso perdido*? Pero ¿es posible, por otra parte, que un cristiano como él, convencido y devoto aunque singular, hiciese de Satán el héroe de su poema según lo sugirió ya Dryden, contemporáneo suyo, y posteriormente los románticos? ¿Quién es el auténtico héroe de esta épica moral? ¿Satanás? ¿El propio Milton, como querría Saurat[2]? ¿Adán, como sugiere Johnson[3]? ¿Cristo, Dios Padre… como pretenden otros? ¿Era Milton del partido del diablo sin saberlo, como dice Blake[4], o, como afirma Christopher Hill[5], con conciencia de ello?

¿O debemos pensar, con Waldock, que las incongruencias que percibimos entre el Milton histórico y su *aparente* poema resultan de verse atrapado el autor por el tema que, en muchos sentidos, le estaba predestinado?[6]

Como puede verse, gran parte de las incertidumbres surgen, no de dificultades interpuestas por el poema mismo, sino del anómalo binomio que en cierto modo constituyen Milton y su *Paraíso perdido*. Pero es esta anomalía, con la indeterminación en la que sume al significado último de la obra, la que sigue infundiendo al poema una inextinguible vitalidad. Cada intento de resolverla es, en realidad, un modo de salvar el poema para las sucesivas épocas y consciencias de una cultura que, desde los tiempos de Milton, no ha hecho sino distanciarse de la experiencia religiosa y de la explicación bíblica del hombre y el mundo. En este viaje, Milton y el *Paraíso perdido* van juntos: rescatar a uno para la posteridad es rescatar al otro, porque ésta es la obra para la que Milton se preparó desde siempre y en la que puso todo lo que podía poner de sí. Pero, no nos engañemos, la intencionalidad de Milton es, en última instancia impenetrable: tratar

de leer el *Paraíso perdido* en función del Milton histórico y a Milton en función de su gran poema épico es, en buena manera, hacer que uno y otro nos lean a nosotros mismos[7]; leer el *Paraíso perdido* con este o aquel o el otro personaje como héroe del relato es hacer que cada una de estas criaturas literarias reescriba a su autor para nosotros y nos escriba incluso a nosotros mismos como lectores. El resultado de esta interacción sistémica es un nuevo *Paraíso* de lectura, una nueva transmigración del poema miltónico que nos sigue hablando en el lenguaje de nuestras inquietudes existenciales, mientras que la adaptación dramática del mismo realizada por Dryden[8], a pesar de que su brevedad la convierte en un texto mucho más apto para los hábitos de lectura contemporáneos, ha quedado atrás como una fósil curiosidad.

I

No diré que Satán sea el héroe del poema, pero sí en gran medida el responsable de que el *Paraíso perdido* siga hablándonos directamente. Más allá del debate entre sata nistas (que exaltan la figura del Ángel Caído al rango de protagonista épico) y antisatanistas (que lo condenan), lo cierto es que Satán, el Satán de los dos primeros libros del *Paraíso perdido*, encarna más que ningún otro personaje la consciencia del hombre occidental moderno. Como Satán, éste se revuelve contra su *caída* condición con la ira de su autoafirmación tajante, irrenunciable; con una curiosidad fáustica y vehemente; con un escepticismo radical como solvente contra toda verdad revelada, todo lo que no le descubran el esfuerzo y ascenso gradual de su propia mente. Como Satán, el hombre contemporáneo prefiere gobernar su propio infierno existencial que vivir aborregadamente en paraíso ajeno. Como él, es adicto al discurso de la libertad, no de la obediencia. Y soy consciente de que «hombre contemporáneo» no pasa de ser una generalidad, una entelequia, que hay muchas formas «contemporáneas» de ser «humano»; pero hablo de ese hombre cuya auto— afirmación

irrenunciable —como a Satán en el «Libro VI» con sus cañones— le lleva a ingeniar, fabricar y utilizar armas, armas de destrucción masiva o personalizada, pero armas infernales; el hombre cuya vengativa curiosidad por todo lo que no es le lleva —como a Satán en el «Libro II» con su periplo a través del Caos— a cruzar océanos de agua, de espacio, de ideas y valores, desdeñando fáusticamente el riesgo de infectar de sí mismo a otros mundos o de traer de ellos la Némesis de toda su especie; de ese hombre, en definitiva, que como Satán allí donde se encuentre explota el discurso de la libertad e independencia al que es tan adicto hasta ese punto de demagogia en que sus estandartes ideológicos se convierten en la mentira de sí mismos.

Se ha insistido en que Satán, fiero, desmedido y batallador como es, representa la encarnación de los valores marciales del héroe clásico, precisamente esos valores que Milton critica a través de su Ángel Protestante y a los que contrapone el nuevo *ethos* del héroe espiritual cristiano[9]; se ha señalado incluso su analogía con Aquiles[10]—. Pero, si Satán tiene alguna semejanza con Aquiles, no es sólo por su «sentimiento de herido mérito»[11], sino porque este *Terminator* aqueo, con su *hybris* inextinguible, es quien más se parece al hombre contemporáneo de entre todos los héroes homéricos, salvo, en algunas encomiables ocasiones, el artero Ulises. Satán, este Satán miltónico de los dos primeros libros del *Paraíso perdido*, a pesar de su escudo «largo y redondo y masivo, colgándole de los hombros cual la luna», y de su lanza «comparada con la cual el pino más enorme, talado en montes de Noruega para mástil de glorioso buque insignia, fuera caña sólo», y de todo el rechinar de las «ruedas de los broncíneos carros» de sus legiones, no mira menos hacia nuestro presente que hacia el pasado que se le atribuye; porque es el hombre moderno, al fin y al cabo, quien ha culminado la empresa satánica y suprimido «la Tiranía del Cielo», aunque sea para morar en el abismo de su finitud. En el «Dios ha muerto» nietzscheano resuena todavía el eco de las campañas del «perdido Arcángel».

Si *Paraíso perdido* debiera leerse sólo, o principalmente, como el intento por parte de Milton de superar, mediante un nuevo lenguaje y una nueva temática épicos de naturaleza espiritual, la vieja épica heroica de orden marcial y violento, asociada aquí a los Demonios, habría que concluir que la obra es poco menos que un fracaso. A la grandeza de la épica clásica, que forma el tejido de los dos primeros libros, el autor sólo consigue oponer una mediocre y abstracta teología; y este fracaso poético pone de manifiesto la falta de vitalidad creativa de la doctrina que, aparentemente, Milton quería consagrar. No desautoriza nunca tanto un poeta a un conjunto particular de ideas como cuando pone en evidencia su esterilidad artística; y esto es, en última instancia, lo que ocurre aquí, no cuando se compara el Infierno y los Demonios con los mundos divino y humano, sino justo a la inversa. Aurobindo Ghose expresa esta idea al escribir: «No hay en ningún lugar un comienzo más magníficamente logrado que en la concepción y ejecución de su [de Milton] Satán e Infierno; en ningún lugar ha habido un retrato más poderoso del espíritu viviente de la revuelta egoísta, caído a su elemento natural de oscuridad y dolor y, sin embargo, sostenido todavía por la grandeza del principio divino del que nació, incluso tras haber perdido la unidad con él y enfrentándosele con disonancia y desafío. Si el resto de la épica hubiera sido igual a sus libros iniciales, no habría existido un poema mayor en toda la historia de la literatura y pocos habrían sido tan grandes como él»[12].

Pero, si el lenguaje y temática heroicos al estilo homérico quedan trascendidos por algo, es por un elemento que los acompaña como rasgo fundamental de la figura que encarna esos viejos valores marciales: el radical existencialismo de Satán. Ese existencialismo que se manifiesta, incluso, en el rechazo a aceptar la explicación *oficial* del propio origen porque no la corrobora su memoria y experiencia de las cosas:

Quién vio el surgir de la creación? ¿Recuerdas tú
ue te formasen, que te diera el ser el Hacedor?

e tiempo en que no fuimos no hay noticia,
e ningún predecesor: nos concibió y enderezó
uestra propia facultad vivífica, al cumplir el hado
l ciclo señalado […][13]

Un existencialismo reconocible para nosotros porque el Dios al que se enfrenta el Ángel Independiente en el *Paraíso perdido* no es el Dios de las más altas especulaciones humanas ni de las más sublimes experiencias místicas; es el mismo concepto de Dios (el Dios de la religiosidad popular, de la religión de Estado) contra el que ha debido luchar el hombre occidental moderno para llegar a ser lo que es, porque no habría podido insistir en el desarrollo de su plena individualidad sin poner en cuestión y rebelarse contra una ley heredada de las eras ancestrales de la superstición, que petrificaba los conceptos de *hombre, mundo* y *Dios* con definiciones establecidas a perpetuidad. Por más desesperada que sea su lucha contra toda forma de heteronomía, por más condenada al fracaso, ese hombre (y ese Ángel) está obligado a afirmar su individualidad, su individualidad trágica, por la propia inclinación de su naturaleza. Éste es también el nexo que une al héroe épico-trágico griego con el Satán miltónico y el hombre fáustico de la modernidad. El Milton promotor de los derechos del individuo y de la formación de la consciencia autónoma, el Milton enzarzado con pluma y panfleto y tratado contra la monarquía, la opresión y la Iglesia papista, anglicana o presbiteriana, no podía dejar de expresarse en la composición de *Paraíso perdido*, aun en el caso de que en última instancia atribuyamos el poema a la parte más devota de su personalidad. Si ese Milton libertario se expresó, no tuvo para hacerlo otra voz que la de Satán; y ése es el Milton que sigue estando vivo para nosotros. Somos herederos suyos y de las revoluciones que aplaudió o que inspiró (la inglesa, la americana, la francesa…), no del teólogo puritano que también fue.

Es mérito de los románticos haber percibido la grandeza y la trascendencia del Satán miltónico y, a través de él, haber salvado el poema para la posteridad vivificándolo de nuevo. No sin una buena

dosis de ironía, el Ángel Caído se convierte con ello en el verdadero Redentor de la obra. Para el Blake del *Matrimonio del cielo y el infierno*[14], sin embargo, el Caído no fue este Ángel, sino el Mesías, que «formó un cielo de lo que le hurtó al Abismo»[15]. Para Shelley, el Diablo miltónico supera con mucho a su Dios como ente moral[16]. Pero es Mary Shelley la que, trayendo ahora al ámbito puramente humano el drama entre el Creador y su Criatura, pone más claramente de manifiesto en su *Frankenstein* y a través del Engendro (figura mucho más satánica que adánica[17]) lo que Dios no puede responder a su hijo rebelde en el *Paraíso perdido*: «¡Maldición de Creador! ¿Por qué creaste un monstruo tan horrendo que incluso *tú* te apartaste de mí con repugnancia?»[18]. Porque así ve, al fin y al cabo, el Dios miltónico a su hijo Lucifer, como un monstruo de ingratitud y perfidia, digno sólo de burla y de tormento eternos.

Porque ¿quién es este Dios, al fin y al cabo? Es un ser cuya preocupación suprema es la propia gloria. Está tan enamorado de su gloria que no puede concebir la existencia de sus criaturas más que como un acto continuo de alabanza y de obediencia a su persona. Está tan pagado de su gloria que, puesto que se proclama la Causa Primera de todas las cosas, *teme* que se le reproche ser la causa también de la imperfección de sus criaturas. Y, porque teme ese reproche, lo primero que hace ese Dios en el poema es lanzarse a un largo discurso exculpatorio en el que trata de convencemos de que la causa del pecado de insumisión —en Ángel u hombre—, y por tanto la responsabilidad del demoledor castigo con el que responde este Omnipotente, reside en un mal uso de la libertad por parte de los seres creados:

ues el hombre escuchará sus tretas halagüeñas [de Satán]
pronto quebrará el solo Mandamiento,
ola prenda de obediencia: así caerá
l y su infiel progenie: ¿y de quién la falta?
De quién, sino la suya? Tuvo de mí el ingrato
ɔdo cuanto pudo; justo y recto yo le hice,

ien capaz de resistir, mas libre de caer.
sí creé a todos los etéricos Poderes,
os Espíritus, los que aguantaron o cayeron:
ibre aguantó quien aguantó, libre quien cayó.
in libertad ¿qué prueba me darían, leal,
e alianza verdadera, fe constante, o de amor,
i sólo lo obligado, pero no lo deseado,
stuviera a su alcance? ¿Qué elogio les daríamos?
Qué placer tendría yo en obediencia semejante,
i la voluntad y la razón (razón también es elección)
útiles y vanas, de autonomía exentas ambas,
pasivas ambas, han servido a la necesidad,
o a mí? De este modo, como era recto,
al se les creó y no pueden con justicia incriminar
su Hacedor, su hechura, o su destino,
ual si su albedrío la predestinación
es revocase, implantada por Decreto irrefutable
Presciencia magna: ellos mismos decretaron
u revuelta, no yo[19].

En resumen, que este gran Ególatra supracósmico no es capaz de concebir otra libertad que la que se manifiesta en la estricta obediencia a *su* voluntad. Este fraude de Dios, con toda la mente infinita de la que presume, no ha sido ni siquiera capaz de imaginar un universo donde el hombre o el Ángel sean libres por y para sí mismos, por y para su propio disfrute, no para el deleite vanidoso de una deidad aburrida e idiota empeñada en crueles experimentos morales. Ser libre para obedecer (bajo pena de destierro y martirio) es, sencillamente, una contradicción en los términos. Y si se sugiere que debemos entender la obediencia a este Dios —de acuerdo con el método de Rafael al narrarle a Adán las guerras celestiales, «comparando formas numinosas con corpóreas»[20]— como metáfora de un concepto más abstracto, el de regirse por la ley interna de la propia naturaleza esencial, donde residen la verdadera libertad y la razón?[21] La respuesta es, primero, que ésta es una

mala metáfora, poéticamente hablando, porque distorsiona su referente hasta hacerlo irreconocible; y, segundo, que tampoco así se resuelve la contradicción: porque ello implicaría que este Creador, que dice haber hecho al hombre y al Ángel libres, los ha formado, sin embargo, lo bastante ciegos como para elegir ser lo que no son, los ha sacado de fábrica lo suficientemente imperfectos ya como para preferir la servidumbre inherente a una falsa naturaleza en lugar de su auténtica naturaleza libre y perfecta. Y si se dijera, siguiendo a Calvino, que no se puede cuestionar a Dios más de lo que la vasija de arcilla puede amonestar al alfarero[22], habría que concluir que este Dios, además de infinitamente poderoso es infinitamente cruel porque no se ha limitado a fabricar vasijas de barro insensible: ha creado seres individuales conscientes, que pagarán la afirmación de su individualidad con la consciencia de su eterno tormento. Este Dios, por tanto, no es Dios: es un diabólico Monarca Absoluto, y el único acto moral posible reside en la oposición a él y la desobediencia.

Porque hay algo que este Omnipotente, o bien no puede, o bien no quiere hacer: escribir un guión universal coherente con la infinita bondad de la que presume, es decir, con final feliz para todas sus criaturas. El *happy end* (y esta expresión es aquí miltónica, véase «Libro XII», v. 605) lo reserva sólo para los *libremente* serviles; esto es, para esos seres que, a pesar de todas las amenazas de castigo y de tormento que gravitan ominosas sobre sus cabezas, pueden simular que no perciben coerción alguna y que cumplen la voluntad del celestial tirano como si fuera la propia. En cualquiera de los dos casos, tanto si ese Dios no puede como si no quiere escribir un buen guión, la única salida para la criatura autónoma, independiente, *protestante*, es fracturar la trama de la historia allí donde pueda. Y esto lo efectúa Satán, en parte, poniendo de manifiesto con su actuación toda la incongruencia de la creación de este Dios, porque el mero hecho de que pueda actuar como lo hace ya es en sí prueba bastante de lo absurdo del universo creado y de lo limitado de las facultades conceptivas, imaginativas, incluso jurídicas, de su Hacedor: la persona de Satán es la prueba de la

necesidad de la revuelta de Satán. Pero lo efectúa de manera aún más definitiva y eficaz sobre todo allí donde Milton —como si emulase al Dios de su relato, tan presto para la burla[23] como para la ira— hace de él parodia o farsa, al decir de ciertos críticos[24]. Porque, cuando esto ocurre, como en la transformación final de todos los demonios en serpientes, el tejido épico del poema, la grandeza moral que según esos mismos críticos el poema ambiciona alcanzar, se desgarra irremisiblemente y no sabemos muy bien si Milton está poniendo en ridículo a su Satán, o si es en realidad Satán quien está mofándose de la inspiración de Milton y poniendo en ridículo a su autor. No puede extrañar, por tanto, que Waldock haya comparado esa escena final de metamorfosis en los Infiernos con la técnica de las tiras cómicas o los dibujos animados? [25]

El método de los dibujos animados es permitir al villano alcanzar una cumbre de elevada seguridad y vanagloria, y entonces derribarlo. Todo el punto consiste en derribarlo, siendo la esencia de esta técnica dar al traste con el adversario de una manera arbitraria: en resumen, por medio de algún tipo de broma […] Es una escena a la que no renunciaríamos por nada del mundo, pero tratarla (como parece que ocurre habitualmente) como si fuera, en la sobria verdad de las cosas, la conclusión y clímax de un desarrollo válido es caer, sin duda, en el absurdo crítico. Tratar de vincular una escena como ésta con lo que ocurre en los dos primeros libros de *Paraíso perdido* es intentar aunar cosas inconmensurables, pues el tipo de arte ejemplificado en este pasaje y el tipo de arte con el que comenzó la presentación de Satán no tienen, sencillamente, punto de encuentro. Pertenecen a reinos distintos del discurso. La escena es divertida y su composición extraordinaria, pero de Satán no prueba nada en absoluto.

Y no parece menos de animación el episodio en que Ithuriel roza con su lanza a Satán, que está acuclillado junto al oído de Eva en forma de sapo, y con un cómico chispazo el Demonio recobra su figura original[26]… para no hablar de las batallas celestiales descritas en el «Libro VI». Pero el comentario de Waldock habría

que matizarlo en el sentido de que, si tiene razón en lo que a este tipo de escenas respecta, bien puede que el aficionado a los dibujos animados no «renunciase a ellas por nada del mundo», pero en el paisaje de *Paraíso perdido* sobran por completo.

No, el heroísmo de Satán es real: ha preferido el exilio y el tormento antes que someterse a una ley que no percibe como propia; se enfrenta a Dios poniendo de manifiesto sus incongruencias, forzándole a revelar su megalomanía, mostrando los límites de la imaginación de este supuesto Todopoderoso, los límites de su compasión, el paradójico fracaso de sus victorias militares que, siendo meros abusos de poder en quien lo puede *todo*, resultan derrotas morales. Satán parodia a su autor cuando nos sentimos inclinados a creer que Milton lo ridiculiza; y cuando no, nos hace percibir el carácter «legítimamente trágico, no risible, como Lewis querría, de su lenta degeneración desde el "Libro I" al "Libro X"»[27]. Pero ¿es la lectura satánica la que da al poema su mayor congruencia?

II

No sabemos con exactitud cuándo empezó Milton la composición de *Paraíso perdido*. Edward Phillips, sobrino y biógrafo de nuestro autor, sugiere que el poema se inició dos años antes del retorno del rey Carlos II y se terminó tres años después de la Restauración[28], lo que significaría que Milton lo compuso entre 1658 y 1663. Otros opinan que la concepción del poema tuvo lugar a mediados de la década de los cincuenta, pero que Milton no se concentró exclusivamente en él hasta el lustro de 1661 a 1666[29]. Sabemos, sin embargo, que la caída del hombre ya le preocupaba y atraía como tema poético desde muchos años antes, cuando allá por 1640 decidió escribir una tragedia con el título de *Adam Unparadized* (*Adán desparadisado*), de la que quizá el soliloquio de Satán en el monte Nifates del «Libro IV» (versos, sobre todo, 32 al 41) constituya el mismo comienzo. Sea como sea, Milton, que había

tenido una desahogada infancia y juventud en lo que a necesidades materiales se refiere, que prolongó los años de su preparación intelectual tanto como la fortuna familiar le permitió hacerlo, incluyendo un viaje de instrucción por Francia e Italia entre abril de 1638 y julio de 1639, se sentía por todo ello en deuda con sus conciudadanos y asumió públicamente el compromiso de saldarla del único modo en que un autor consciente de su valía puede hacerlo, escribiendo la obra maestra que justifique tanta aparente inacción, una vida tan subjetiva:

No tengo por vergüenza yo comprometerme con cualquier cultivado lector de forma que, por unos pocos años todavía, me otorgue su confianza sabiendo que le pagaré eso que ahora constituye mi deuda, ya que se trata de una obra que no puede surgir de los ardores de la juventud, ni de los vapores del vino, como la que fluye a raudales de la pluma de cualquier vulgar Amoroso, o de la cáustica furia de un rimador parásito, ni se obtiene tampoco por invocación de la Dama Memoria y sus hijas Sirénidas, sino por plegaria devota al Espíritu eterno que puede enriquecer toda expresión y conocimiento, y envía a su Serafín con el fuego sagrado de su Altar para tocar y purificar los labios de quien Él quiere: a esto debe añadirse lectura industriosa y selecta, observación constante, introspección en todas las artes y oficios nobles y generosos. Y mientras esto [en lo que ahora me comprometo] no se haya realizado en alguna medida, aun a expensas de mi propio peligro y coste, me niego a no alimentar esta expectación en tantas personas como estén dispuestas a arriesgar su confianza depositándola en las mejores promesas que puedo ofrecerles[30].

Siguiendo el ejemplo de los poetas épicos italianos Tasso y Ariosto, había abandonado la idea de escribir su gran obra en el latín franco de la Europa culta y la concebía en su inglés materno, aunque ello implicase (así lo parecía en aquel momento) sacrificar el número de sus lectores y apelar a un público de nivel cultural menor. Había dejado atrás, también, la idea de una épica marcial, una *Arturiada*; y en el contexto de aquella Inglaterra protestante de la Revolución, que para él no era hija de las doctrinas de Lutero y

Calvino, sino de los autóctonos Pelagio (c. 354-418) y Wycliffe (1330-1384), así como el pueblo destinado a culminar la gran Reforma del cristianismo, esa épica en la que se reconociese la nación no podía ser sino una obra de contenido espiritual, un gran manifiesto de los principios de la actitud cristiana reformada.

En agosto de 1642, la Inglaterra puritana, la más irreductiblemente protestante, se levantó en armas bajo bandera parlamentaria contra su rey Carlos I Estuardo, cuya política absolutista lo había llevado a la confrontación con el Parlamento y cuyo apoyo a las impopulares reformas eclesiásticas y doctrinales de William Laud lo hacían aparecer ante sus súbditos como un monarca procatólico o incluso criptocatólico. Milton, que para entonces está cerca de cumplir los 34 años (había nacido el 9 de diciembre de 1608) se alinea claramente con los parlamentarios (los *roundheads* o «cabezas redondas», por el modo de cortarse el pelo de muchos de ellos en desprecio de las rizadas melenas nobiliarias) contra el partido monárquico (los *cavaliers*, del español *caballeros*, lo que aludía al supuesto favor de la corte hacia las costumbres católicas hispánicas). Es un periodo de ebullición de las sectas milenaristas y de las utopías apocalípticas; es un periodo en que las gentes leen la Biblia en su lengua vernácula y buscan a través de la inspiración de las Escrituras un diálogo tan directo con su Dios como el de los antiguos profetas y patriarcas. Inglaterra se ha convertido en un nuevo Israel, elegida por Dios para preparar el Segundo Advenimiento de Cristo. Y cuando el 30 de enero de 1649 este pueblo reformado —triunfador en su guerra civil como lo fuera antaño el hebreo en las guerras de Yahveh— decapite al Estuardo, habrá derribado la institución que fue la maldición del antiguo Israel e inaugurado una era tan igualitaria como imagina que fue el periodo bíblico de los Jueces.

Milton, que saluda la ejecución del monarca con un tratado en el que justifica el regicidio[31], es nombrado secretario de Lenguas Extranjeras por el Consejo de Estado; y su primera misión propagandística será responder al librito *Eikon Basilike* («Imagen Regia») que recorre las islas y el continente como si lo hubiese

escrito el monarca depuesto en vísperas de su decapitación. Milton compone *Eikonoclastes* («Destructor de imágenes»), que es una segunda ejecución —ésta en efigie, y no por ello menos odiosa a ojos de los derrotados pero acechantes monárquicos— del despreciado Estuardo. En 1652 acaba por perder totalmente la vista, siempre débil en él pero ahora agotada, dirá Milton, en su servicio a la República. Entre 1653 y 1658, el Protectorado de Cromwell hará que se realicen algunas de las aspiraciones civiles y religiosas de nuestro poeta; no todas, sin embargo, y la que más añorará será la abolición definitiva de la Iglesia de Inglaterra. Con la muerte de Cromwell en el 1658, la República comienza su precipitación hacia el colapso; en 1660 la monarquía Estuardo queda restaurada. Milton sobrevivirá ciego y proscrito hasta la segunda semana de noviembre de 1674.

La primera edición de *Paraíso perdido*, en diez libros, ve la luz en 1667 y la segunda, ya en los doce libros en que ha llegado hasta nosotros, en julio de 1674, unos pocos meses antes de la muerte del autor. Su gran obra Milton la escribió en verso blanco: el pentámetro yámbico que se usaba en las composiciones dramáticas él lo emplea por primera vez para la épica, presentándolo con una proclama que —dado el gusto de la corte por las rimas tintineantes — tiene tanto de política como de literaria:

[Este metro] consiste sólo en números apropiados, adecuada cantidad de sílabas y variedad en el modo de transportar el sentido de un verso al otro, no en el cascabeleo de terminaciones afines, falta evitada por los doctos de antaño tanto en poesía como en la buena oratoria. Tal omisión de la rima, así pues, no debe ser tenida por defecto, aunque quizá lo parezca a oídos vulgares; sino más bien estimada como ejemplo, el primero en inglés, de la antigua libertad recobrada, para el poema heroico, contra la molesta y moderna servidumbre a la rima[32].

Lo escribe para un público «apto, aunque escaso»[33]. Pero lo escribe y lo publica en territorio y periodo hostiles, por lo que cuando menos la apariencia de la obra ha de ser tal que no reanime los rencores y resquemores de sus enemigos que, por el momento, se

han olvidado del viejo *regicida* ciego. Tanto si *Paraíso perdido* se compone, como quiere Edward Phillips, entre 1658 y 1663, como si ocurre algo más tarde, ésta es una obra de los años tenebrosos de la derrota de Milton y del fracaso de la utopía cromwelliana; pero en su inspiración, que antecede en mucho a la concreción del poema, ha de haber algo también del periodo entusiasta de la Revolución y la República.

Por todo ello, la lectura más ortodoxa de la obra, la que asume acríticamente que el dios miltónico es en la consciencia del autor y en la consciencia colectiva del cristiano una apta representación (no por imperfecta menos sincera) del dios de Occidente, la que acepta los sofismas de ese dios como el modo que tiene Milton de «vindicar la Providencia Eterna y los caminos del Señor justificar ante los hombres»[34], no puede ser de ningún modo el límite de nuestro horizonte interpretativo. Es, todo lo más, el antifaz de la obra; es la inocua pero tramposa superficie que ha hecho del poema una atractiva figuración del mito cristiano para la religiosidad popular y para la religión oficial de Estado de los pasados siglos.

Quizá Milton tuvo pleno control del guión de su relato y lo que ni siquiera los intérpretes más ortodoxos del poema han podido dejar de reconocer, la imperfección del personaje de Dios Padre, obedece a diseño: es decir, es un reflejo poéticamente fiel de la imperfección de la divinidad popular, no el resultado de un inmenso fallo en la ejecución. Quizá, como propone Bryson[35]—, Milton critica a través de esta figura el concepto popular de dios como rey guerrero, cuyo precedente sería el Yahveh de los Ejércitos veterotestamentario:

Paraíso perdido y Paraíso recuperado son el intento desesperado de John Milton de probar que Dios no es el Diablo. Al estilo del Libro de Job en sus acusaciones, las épicas mayor y menor de Milton son un modo de incriminar y rechazar al dios imaginado en términos de poder militar y monárquico. Para Milton, Dios no es el Diablo pero, al ser concebido en términos de realeza humana y de deseos demasiado humanos de poder y de gloria, Dios, escandalosa y blasfemamente, ha resultado casi indistinguible del Diablo. Milton establece este punto haciendo del Padre en

Paraíso perdido su sublime versión artística de la execrable tendencia a concebir a Dios en términos satánicos. El Padre no es en Milton la ilustración de cómo *es* Dios, sino la crítica mordaz del modo en que, demasiado a menudo, Dios es *imaginado*… Milton escribe para re-imaginarse a Dios […]. [Su] poesía y prosa conjuntamente indican que lo que Milton intenta en su épica es algo mucho más radical que la defensa de una deidad personal. En *Paraíso perdido* y *Paraíso recuperado*, Milton está escribiendo un *Eikonoclastes* destinado a destruir, no la imagen del rey, sino la imagen del Rey. Al «justificar los caminos de Dios ante los hombres», Milton lucha por destruir la imagen de ese Dios que él presenta en la forma del Padre mientras, simultáneamente, establece las bases de una nueva imagen, concebida en términos del Hijo[36].

Pero es bien posible también que el personaje de Dios Padre no obedezca a un diseño tan preciso como el que se desprende del inteligente estudio de Bryson. Es posible que en su búsqueda poética de la «íntegra razón»[37] de las cosas, esa especie de clave superlativa que en su concepción espiritual del mundo debía ser al mismo tiempo ley cósmica fundamental, máxima figura divina, explicación del estado actual del hombre y de su lugar en el orden de las cosas, y estado de consciencia natural del humano no caído o del humano redimido, es decir, que en su intento de contemplar poéticamente la *Razón Divina*, Milton tropezase con los obstáculos puestos por la *razón emergente* y el Padre sea el resultado de forcejear con ellos[38].

El siglo XVII, en que vive y escribe Milton, es el siglo del racionalismo emergente. Es el siglo de Descartes, Hobbes, Locke… La religión busca racionalizarse; en Inglaterra, sobre todo, con ese platonismo de Cambridge que tanta inspiración extraerá de Descartes y con el que Milton estará en contacto durante sus años de estudio en esa universidad. La filosofía, por su parte, aún no puede o no se atreve a prescindir de Dios… aunque ha empezado a musitar lo que ya no tardará en afirmar con contundencia Laplace, que aquél es una hipótesis innecesaria. Descartes, con su «pienso

luego existo», ha establecido el gran principio de la experiencia fenomenológica del mundo… sólo que en ella el mundo queda reducido a una fluctuación en la *piel* de la consciencia humana y se percibe ya el vértigo del subjetivismo absoluto, de que no haya un mundo *ahí fuera*. Descartes se recobra de ese vértigo desencadenado por la duda radical de su «Meditación Primera» reponiendo —por medio de una espuria racionalización del viejo argumento ontológico de san Anseimo— a Dios en su lugar, ahora como garante (pues no puede imaginar un dios tan malicioso que busque engañarnos) de que existe una precisa correlación entre lo que la buena razón es capaz de concebir en el interior de la mente y lo que ocurre en el exterior, en la naturaleza; esto es, el dios cartesiano certifica que existe una realidad *real* y que la razón humana puede conocerla.

Este compromiso entre *razón emergente* y la religión tradicional es sintomático del periodo. En este alborecer del racionalismo, la razón, todavía demasiado insegura para prescindir de las *certezas* de la era religiosa que está dejando atrás y todavía bajo la autoritaria presión de las Escrituras, incorpora a su lienzo del mundo los viejos mitos, no sin una buena dosis de fricción que irá acentuándose a medida que la razón avance cobrando confianza en sí misma y en su propio método. Es aquí, al asumir el elemento irracional del mito veterotestamentario de la caída del hombre y pretender racionalizarlo, donde el poema de Milton choca con lo intransformable del lastre supersticioso que arrastra la razón emergente. El Padre es en *Paraíso perdido* el intento (fallido) de racionalizar ese elemento supersticioso.

Si el individualismo satánico hubiese podido satisfacer por completo a Milton, al autor le habría bastado con tratar de conservar la grandeza trágico-épica del Satán de los dos libros iniciales durante todo el desarrollo del poema; el resultado habría sido la gran confrontación entre Pasión y Razón (una pasión flamígera y egocéntrica; una razón demasiado rígida por inmadura, justiciera y nomocéntrica) que entrevió Blake: Orc contra Urizen. Pero, por más que ese Satán nos hable a nosotros, que hemos sido testigos del zozobrar y descalabrarse del sueño de la razón y hemos visto al

sueño de la razón engendrar monstruos, difícilmente podía complacer al cristiano sincero que era Milton. Milton no mira hacia el individualismo egocéntrico, agresivo y nihilista de Satán; mira hacia el individualismo cumbre de Cristo. Cristo es para él también un Dios-Razón o Razón Divinizada, pero ya no la embrionaria razón con su lastre ancestral que representa el Padre, sino la Consciencia-Verdad vista desde lejos, la cima de la Mente vista desde el pie de la montaña. Cristo es para él ese aspecto de la divinidad abstraído de la inexorabilidad del Dios-Justicia y manifestado como Amor, que trasciende incluso la razón. Es la divinidad humana y humanidad divinizada. La chispa divina que infunde su divina trascendencia al individuo fragmentado, dándole la unidad del todo. Es el «todo en todos»[39], la deposición del Cetro[40] que él mismo proclama o le hace proclamar al Padre; es el fin de la Tiranía Celestial y la perfección inmortal de la Tierra postapocalíptica. Es este Cristo, cuya voz emerge aquí y allá en *Paraíso perdido* contra una versión de sí mismo mucho más contaminada por la ideología del Padre[41], pero que se consolida sobre todo en *Paraíso recuperado*, quien resuelve de un solo golpe las inquietudes políticas, morales y epistemológicas de Milton y supone una evolución espiritual en él hacia algo que bien podría llamarse Humanismo Divino.

Éste es el humanismo que algo más de un siglo después salvaría Blake refundiéndolo con su propio Humanismo Visionario en la reencarnación literaria de Milton más ambiciosa que se ha intentado jamás. Con ella, Blake llevaría a su predecesor hasta esa cima teándrica de Consciencia que Milton había vislumbrado sólo entre las nubes desde el pie del pico que todavía tenía por escalar.

Como ya se ha dicho, la primera edición de *Paraíso perdido* apareció en 1667. Era una versión en diez libros y sin los breves «Argumentos» en prosa al inicio de cada capítulo. Éstos se añadieron ya en la segunda impresión de la obra, en 1668. En la segunda edición de 1674, sin embargo, Milton introdujo mayores alteraciones: dividió el «Libro VII» inmediatamente después del verso 640 en lo que ahora son los libros VII y VIII; insertó tres versos iniciales en el nuevo «Libro VIII» y alteró ligeramente el cuarto verso

(que correspondía al «Libro VII», v. 641 de la edición de 1667). Los libros VIII y IX de 1667 se convirtieron así en los IX y X de 1674. Dividió también el «Libro X» de 1667 inmediatamente después del verso 897 en lo que ahora son los libros XI y XII, e insertó cinco versos iniciales en el nuevo «Libro XII». Aparte de ello, introdujo en la nueva edición los siguientes versos: «Libro V», vv. 636, 638-639; «Libro XI», v. 552 y «Libro XI», vv. 585-587.

La versión utilizada aquí es la de 1674 de acuerdo con la edición de Simmons[42]. El texto en inglés de nuestra edición bilingüe es el original, no el modernizado de diversas ediciones contemporáneas. La traducción, sin embargo, no ha conservado las cursivas del texto fuente más que en el caso del topónimo hebreo *Luz* y del nombre cananeo *Peor*, a fin de que el lector los distinga de los correspondientes términos castellanos. El sistema de mayúsculas del autor (si es que puede hablarse de sistema, al fin y al cabo) tampoco se ha reproducido. He seguido, no obstante, la cuestionable política de usar las capitales para distinguir el *Cielo* en cuanto que mundo trascendental del *cielo* visible desde la superficie terrestre; la *Tierra* planetaria de la *tierra* que es región, elemento o terruño; la *Serpiente* como encarnación de Satanás del mero, pero prometedor, reptil; el *Norte* que constituye el principado de Lucifer del *norte* terrenal; el *Abismo* como inframundo opuesto al Cielo del *abismo* físico o de la idea de *abismo*; y, en general, he mantenido las mayúsculas para todas las entidades míticas o arquetípicas que desfilan por el poema, menos cuando ello pudiera conducir a peores inconsistencias.

El verso usado como apta contraparte del pentámetro yámbico original es el amétrico trocaico[43], porque ofrece la mayor flexibilidad para adaptarse a las secuencias de Milton, respetar el número de versos del texto fuente y, la mayor parte de las veces también, la estructura de las oraciones y los encabalgamientos. A raíz de la publicación de mi traducción del *Preludio* de Wordsworth, alguna luminaria se preguntó por qué había ignorado el endecasílabo como apropiada adaptación del verso épico inglés. Las razones, además de las enumeradas, debieran de ser obvias

para cualquiera que no tenga el oído poético estropeado por un concepto cartesianizante de la prosodia: en primer lugar, el endecasílabo castellano, por regla general, no tiene la misma densidad semántica que el pentámetro yámbico inglés, que llega incluso en ocasiones a estar formado por diez monosílabos: «Rocks, Caves, Lakes, Fens, Bogs, Dens, and shades of death» («Libro II», v. 621); para crear secuencias endecasílabas, por tanto, el contenido concentrado de los versos originales debe diseminarse entre dos o más líneas, perdiéndose de este modo la cualidad característicamente compacta del verso épico inglés[44]. En segundo lugar, y más importante si cabe, la «ola rítmica» que hace fluida la lectura de un poema de estas proporciones, un poema además que desdeña la rima y estructura estrófica, la transporta sobre todo la regularidad de un pie preponderante —con sus oportunas variaciones— por un paisaje de hemistiquios equilibrados, no el ejercicio hasta cierto punto pueril de embutir frases en líneas de estrictas sílabas contadas[45]. Aquí reside, en buena medida, el sentido de llamar al verso épico inglés *pentámetro yámbico* con preferencia a *decasílabo*; y por otra parte, al fin y al cabo, la épica tradicional castellana es descaradamente amétrica.

En cuanto al uso por este traductor de términos poco comunes o al borde del desuso, invito al lector a *vivir* la palabra, no como un mero elemento portador de significado, sino como una entidad sonora, emotiva y plástica, al tiempo que semántica. Las cualidades que le servían a Pound para clasificar la poesía —*melopoeia* o aspecto musical, *phanopoeia* o aspecto plástico, visual, y *logopoeia o* aspecto ideático— existen ya embriológicamente, en diverso grado, en cada término autónomo. Desde esta perspectiva, *crepúsculo* y *lubrican, oscuridad* y *oscurana*, *tormenta* y *oraje, carnicería* y *carnaje*, *mujer* y *fémina*… constituyen, holísticamente hablando, experiencias literarias distintas. Por otra parte, el recurso a estas alternativas, mucho más allá de su oportunidad o necesidad prosódica, se justifica aunque sólo sea como testimonio contra la corriente de reduccionismo terminológico que amenaza al castellano. Y no sólo porque el común de las gentes y la vida común

se hayan resignado a un capital terminológico muy limitado, fecundo en palabras comodín, sino sobre todo a causa de una extendida actitud entre las élites[46] intelectuales que querría acorazar la lengua frente al cambio, condenar expresiones con demasiada rapidez al arcaísmo y al desuso, y negar al hablante la creatividad al nivel mismo de la palabra. En parte causa y en parte consecuencia de todo ello es un uso dogmático y limitado del diccionario, que aun en la deficiente forma que reincide en darle la Academia, constituye una experiencia de lectura inolvidable cuando se contempla como depósito de intemporales riquezas.

Una sección de «Notas» al final del volumen proporcionará al lector la información suficiente para enfrentarse al permanente alarde de conocimientos mitológicos, geográficos, astronómicos y de otra toda índole que el género épico impone al autor, así como para comprender mejor (y acaso excusar) algunas de las soluciones ofrecidas por este traductor.

En el prólogo a la traducción de X. Campos del *Jerusalem* de Blake, Francisco Fernández sugiere que una traducción mala es preferible a nada. No comparto la idea en absoluto. De adolescentes, al leer las obras que se suponían monumentos del genio humano universal en las traducciones del momento, pensábamos con frecuencia que el panteón literario —otro más— existía, no por el valor artístico intrínseco de las obras y autores que lo componían, sino sólo por la pátina rancia que le habían otorgado la tradición y el *Alto Consejo Universal de Sabios Gerontócratas*. Algunos de mis compañeros de entonces, desanimados por aquéllas a perseguir después las obras originales en sus propias lenguas, siguen pensando lo mismo. Y no me extraña. Pido, así pues, anticipadas disculpas en caso de que la presente traducción pudiese causarle efecto comparable a algún infortunado, adolescente o no.

Bel Atreides
Sitges, julio de 2005

JOHN MILTON

PARAÍSO PERDIDO

ILUSTRADO POR

GUSTAVE DORÉ

El verso[1]

La medida es el verso heroico inglés sin rima, como el de Homero en griego y el de Virgilio en latín; ya que la rima no es ni un complemento necesario ni un verdadero ornamento del poema o el buen verso, especialmente en obras extensas, sino el invento de una era bárbara para dar realce a una mísera temática y a un metro cojo; aunque, cierto, embellecida desde entonces por el uso que le han dado algunos poetas modernos famosos, establecida por la costumbre, pero causa para aquéllos de gran tribulación, estorbo y restricción a la hora de expresar muchas cosas que, de otro modo, habrían expresado mejor la mayor parte de las veces. No sin razón, así pues, algunos poetas italianos y españoles de primera línea han renunciado a la rima tanto en las obras largas como en las cortas, del mismo modo que lo hicieron tiempo atrás nuestras mejores tragedias inglesas, considerándola en sí misma algo trivial y, para cualquier oído juicioso, exenta de verdadero encanto musical. Éste consiste sólo en números apropiados, adecuada cantidad de sílabas y variedad en el modo de transportar el sentido de un verso al otro, no en el cascabeleo de terminaciones afines, falta evitada por los doctos de antaño tanto en poesía como en la buena oratoria. Tal omisión de la rima, así pues, no debe ser tenida por defecto, aunque quizá lo parezca a oídos vulgares; sino más bien estimada como ejemplo, el primero en inglés, de la antigua libertad recobrada, para el poema heroico, contra la molesta y moderna servidumbre a la rima.

Libro I

EL ARGUMENTO

El primer libro expone, en forma resumida primero, toda la temática: la desobediencia del hombre y la consiguiente pérdida del Paraíso en el que fuera ubicado. Luego toca la primera causa de esta caída, la Serpiente o, mejor dicho, Satán en la Serpiente, quien, rebelándose contra Dios y atrayendo a su bando muchas legiones de Ángeles, fue desterrado del Cielo con toda su tropa, por mandato de Dios, al gran Abismo. Acción ésta sucintamente referida, tras la cual el poema se precipita a la mitad de la historia para presentar a Satán con sus Ángeles ya caídos en el Infierno, descrito aquí no en el Centro[2] *(pues puede suponerse que cielo y tierra no han sido hechos aún, y desde luego no maldecidos todavía), sino en un lugar de oscuridad absoluta a la que mucho conviene el nombre de Caos. Aquí yace Satán con sus Ángeles en el lago ardiente, fulminado y atónito; tras cierto lapso se recupera, como de la confusión, llama al que le sigue en orden y dignidad, y departen sobre su miserable caída. Satán despierta a todas sus legiones, que hasta ese momento han yacido en la misma confusión, y éstas se alzan una vez proclamados sus números, orden de batalla y principales líderes según los ídolos más tarde conocidos en Canaán y regiones adyacentes. A éstos dirige Satán su discurso, los consuela con la esperanza de reconquistar el Cielo todavía, pero acaba por hablarles de un nuevo mundo y una nueva especie de criatura por crear, de acuerdo con una antigua profecía o rumor en el Cielo. Pues no pocos entre los antiguos Padres*[3] *opinaron que los Ángeles existieron mucho antes de esta creación visible. Para descubrir la verdad de tal profecía y decidir qué hacer en consecuencia, Satán convoca una asamblea general. Lo que emprenden sus secuaces entonces. Pandemónium*[4]*, el palacio de Satán, se alza construido de pronto a partir del Abismo: los infernales Pares se sientan allí en consejo.*

el hombre la desobediencia, la primera, y del fruto
e aquel prohibido árbol cuyo deletéreo gusto
rajo al mundo muerte y todos nuestros males,

lás la pérdida de Edén, hasta que un Grande Hombre[5]
os curó y recobró la venturosa Sede,
anta, oh Celeste Musa, que en la secreta cumbre
el Horeb, o el Sinaí, inspiraste a aquel pastor,
l primero en enseñar a la escogida grey[6]
ómo Cielo y Tierra, en los comienzos,
el Caos surgieron; o, si el monte de Sión
e place más y el arroyo Siloé[7] que rápido
luía junto al oráculo de Dios, yo desde allí
u ayuda invoco para mi Cantar aventurado,
ue no con vuelo medio[8] quiere remontarse
obre el monte aonio[9], persiguiendo
osas no intentadas todavía en prosa o rima[10].
sobre todo Tú, oh Espíritu que antepones
todo templo el corazón honesto y puro,
ıstrúyeme, pues Tú conoces: ya al principio
stabas Tú presente y, con extensas alas poderosas,
palomado te posaste a incubar el vasto Abismo
lo hiciste fértil: lo que en mí es oscuro
umínalo, lo que es indigno elévalo y sostenlo,
ue en la cumbre de este magno argumento
ueda vindicar la Providencia Eterna
los caminos del Señor justificar ante los hombres[11].
Di primero, pues el Cielo nada oculta de tu vista,
i tampoco la hondura del Infierno, di primero
ué empujó a nuestros Padres en aquel feliz estado,
l que tanta gracia otorgaba el Cielo, a caer,
uitándose de su Creador, e incumplir su Voluntad
or una sola prohibición, del Mundo Amos si no.
Quién primero los indujo a la mísera revuelta?
a infernal Serpiente, él fue[12], cuya astucia,
onzoñosa de envidia y de rencor, engatusó
la Madre de los Hombres, cuando su orgullo
o echó del Cielo con su hueste toda
e Ángeles Rebeldes, cuyo apoyo,

spirando a gloria sobre el resto de sus Pares,
e haría —confiaba— al Altísimo igualarse,
i éste lo enfrentaba; y con propósito ambicioso
ontra el Trono y Monarquía del Señor
rendió en los Cielos guerra impía, batalla fatua,
on vano intento. Lo abatió el Poder Irresistible,
espeñándolo en flamígero trastorno desde el éter
on horrenda ruina[13] y ardimiento
asta la insondable perdición, que allí morase
n cadenas de adamanto y combustión penal
uien al Omnipotente osó retar en armas.


G. Doré
Tourrard

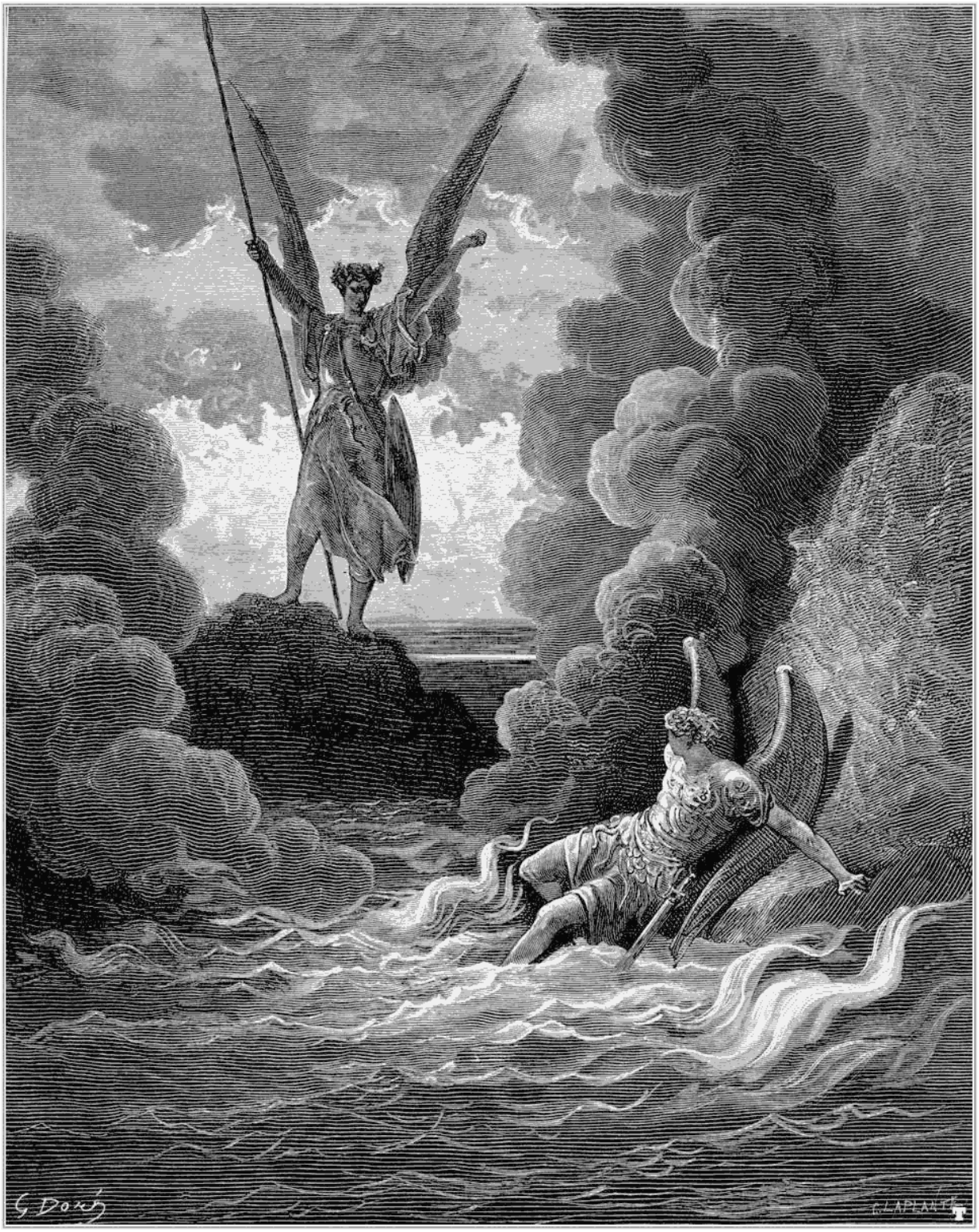
ueve veces[14] el espacio que computa día y noche
ara el hombre, él con su hórrida caterva
ació vencido, revolcándose en el ígneo Abismo
turdido aunque inmortal: mas su destino
o reserva para cólera mayor, pues la idea ahora
e la dicha malograda y perdurable daño
o atormenta. Sus funestos ojos mueve alrededor,
estimonios de aflicción inmensa y desconsuelo
las también tenaz orgullo y odio férreo:
e una vez, con vista angélica contempla
l lóbrego escenario, arrasado y feroz,
risión monstruosa toda ella alrededor
omo un gran horno ardiendo, mas con llamas
ue, no luz, sino visible oscuridad ofrecen
ólo para exhibir escenas de aflicción,
egiones de infortunio y dolientes sombras que la paz
tregua evitan siempre, y nunca toca la esperanza
ue a todos viene; incesante es el martirio
ue asola esos pagos, e ígneo Magma alimentado
e Azufre siempre ardiendo, nunca extinto[15]:
al paraje la Justicia Eterna preparó
ara aquellos sublevados y aquí su cautiverio decretó
n total tiniebla, a su suerte abandonados,
partados del Señor y luz del cielo
res veces lo que distan centro y polo más lejano[16].
Qué distinto este lugar del que cayeron!
llí a sus compañeros de desplome, al albur
e oleadas, remolinos, tempestuoso fuego,
ronto los distingue y, revolviéndose a su lado,
uno próximo en poder y próximo también en crimen,
onocido luego en Palestina y llamado
elcebú[17]. A él el Archienemigo[18]
En el Cielo ya llamado Satanás) con verbo bravo,
ompiendo el hórrido silencio dijo:

«Si tú eres él —¡mas cuán caído!, qué distinto
e él, quien en los Reinos de la Luz felices,
e trascendente resplandor vestido, superabas en fulgor,
un fulgentes, a legiones—, al que mutuo pacto,
unada mente y persuasiones, misma esperanza
riesgo en la gloriosa empresa
le unió una vez y al que ahora me une la miseria
n ruina idéntica: ya ves qué pozo,
e qué altura hemos caído; tan potente ha resultado
quél del Trueno… y hasta entonces ¿quién creyó
us armas tan atroces? Pero no por ellas,
i por lo que el Víctor formidable en su furor
udiera aún causarnos, me arrepiento o cambio
Si bien cambiada en lustre externo) esta mente fija
mayúsculo desprecio —fruto de herido mérito—
ue contender me hizo con el más potente,
rrojando a la fiera controversia
uerzas incontables de Espíritus armados
los que afligía su reinado y, prefiriéndome,
u poder supremo con poder adverso confrontaron,
n dudosa liza en los Campos del Empíreo,
aciéndole temblar el Trono. ¿Qué, si cejamos?
o todo está perdido; la inconquistable voluntad
planes de venganza, odio inmortal
un coraje que jamás se rinde o cede:
Y qué otra cosa es no estar vencido?
sa gloria nunca su ira o su poder
endrán de mí. Doblarme y pedir merced
on rodilla suplicante, y su poder deificar
uien con terror, el de este Brazo, hace poco
uestionó su imperio, eso sí sería miserable;
so sí sería una ignominia y deshonor, aparte
e ruina, puesto que el destino impide flaquear
a fuerza de los Dioses y esta empírea substancia;
uesto que por la experiencia de este lance
-En armas no peores, mas en previsión mejores—

on próspera esperanza cabe disponer
ibrar por maña o fuerza eterna guerra
nconciliable contra nuestro fiero enemigo,
ue ahora triunfa y en el colmo de su gozo,
einando solo, es la Tiranía del Cielo».
Así habló el angélico Apóstata, aunque en dolores,
actándose en voz alta, dentro desgarrado;
así le respondió enseguida su amigo bravo:
«Oh Príncipe, oh Caudillo de incontables Tronos[19]
ue guiaste a la batalla ejército de Serafines
tus órdenes y, con temibles destemidas
estas, al perpetuo Rey del Cielo apeligraste
pusiste a prueba su alta Hegemonía,
a ostentada por la fuerza, azar, o sino:
luy bien veo y lamento el desenlace cruel
ue, con derrota triste y descalabro vil,
os hurta el Cielo; y toda esta hueste poderosa
espeñada a tan horrible destrucción,
anta como Dioses, como Esencias Celestiales
uedan padecer: pues mente y espíritu persisten
nvencibles y el vigor retorna pronto,
pesar de toda nuestra gloria extinta y el feliz estado
quí enterrado en suplicio interminable.
Mas qué, si nuestro vencedor (al que ahora
or fuerza creo omnipotente, pues no menos
ue uno así habría aplastado a nuestras fuerzas)
os ha dejado enteros el espíritu y el nervio
fin de soportar crecido sufrimiento
omplaciendo de tal modo a su ira vengadora,
por hacerle más servicio como esclavos
Prerrogativa bélica), sean los que sean sus asuntos
quí, en el centro del Infierno, trabajando ya entre llamas
a cumpliendo sus encargos en la Hondura tenebrosa?
De qué nos sirve entonces el sentir
a fuerza no mermada, o nuestro eterno ser,

i es para aguantar castigo eterno?».
lo que con verba rauda el Archidemonio replicó:
«Caído Ángel, ser débil es miserable
n la acción o sufrimiento; pero ten por cierto esto:
acer un bien jamás será tarea nuestra,
ino siempre obrar el mal nuestro deleite,
iendo cosa opuesta a su alta voluntad,
ue resistimos. Si después su Providencia
uestro mal intenta transformar en bien,
uscaremos arruinar su empeño
en el bien hallar los medios para el mal;
a menudo puede que triunfemos, y quizá
e duela, si no fallo y consigo desviar
us más recónditos designios de su presagiado fin.
ero mira, el airado Víctor ha emplazado
sus Ministros, que la saña olvidan y el acoso
etornando al Umbral del Cielo: el sulfúrico granizo
rrojado tras nosotros en la exhausta tempestad
a aplacado el mar de fuego que al caer
os recibió del Precipicio empíreo, y al Trueno,
lado en su ira impetuosa y rojo Rayo,
caso no le queden dardos y ahora cese
e rugir por este vasto, ilimitado Abismo.
o perdamos la ocasión, ya el desdén
el enemigo, ya saciada furia nos la brinde.
Ves allí aquella lóbrega llanura, yerma y áspera,
ede de desolación, de luz exenta
alvo por lo que el rielar de estas llamas lívidas
uelve pálido y temible? Hacia allí vayamos,
ejando la zozobra de estas olas ígneas,
buscar reposo, si reposo puede haber ahí,
tras reunir a nuestras rotas huestes
ensemos cómo desde ahora ofender mejor
l Enemigo, o remediar la pérdida,
ómo superar tan fiera desventura,
ué auxilio extraer de la esperanza

) qué resolución del desespero».
Así Satán, hablando a su inmediato camarada
on la testa levantada sobre aquellas olas, y ojos
ue al titilar ardían, y el resto de su cuerpo
n el magma prono, extendido largo y ancho
luchas varas[20], yacía flotando, una mole tan inmensa
omo esos que las fábulas Titanes llaman,
) terrígenos, de inmensa talla, que hicieron
uerra a Jove: Briareo o Tifón, en la caverna
abe el viejo Tarso; o ese engendro acuático,
l Leviatán[21], al que Dios hizo, de todas sus creaciones,
a más grande, en las corrientes de los mares:
éste a veces, cuando duerme entre nórdicas espumas,
l piloto de un pequeño esquife en brumas,
o toma por islote y, tal como cuentan navegantes,
ijando el ancla en su escamosa piel,
traca en su costado a sotavento, mientras viste
l mar la noche y demora el alba deseada.
sí, inmenso en su largor, yacía el Archidemonio
ncadenado sobre aquel ardiente lago; y allí
uedara sin alzar cabeza, si la voluntad
sumo asentimiento del omnipotente Cielo
o lo hubiese al fin librado a sus negras ambiciones:
ue pueda amontonar, con reiterado crimen,
laldiciones sobre sí mientras persigue
l mal de otros, y furioso pueda ver
ómo toda su malicia sirve sólo a la creación
e bondad ilimitada y gracia, derramadas
obre el hombre que él sedujo; para él mismo
in embargo, triple ruina, rabia y saña.
e pronto erguido, eleva de la charca
u potente envergadura; llamas de ambas manos,
ventadas hacia atrás, sus vértices inclinan y, rodando
n ondas, dejan en el medio un valle hirsuto.

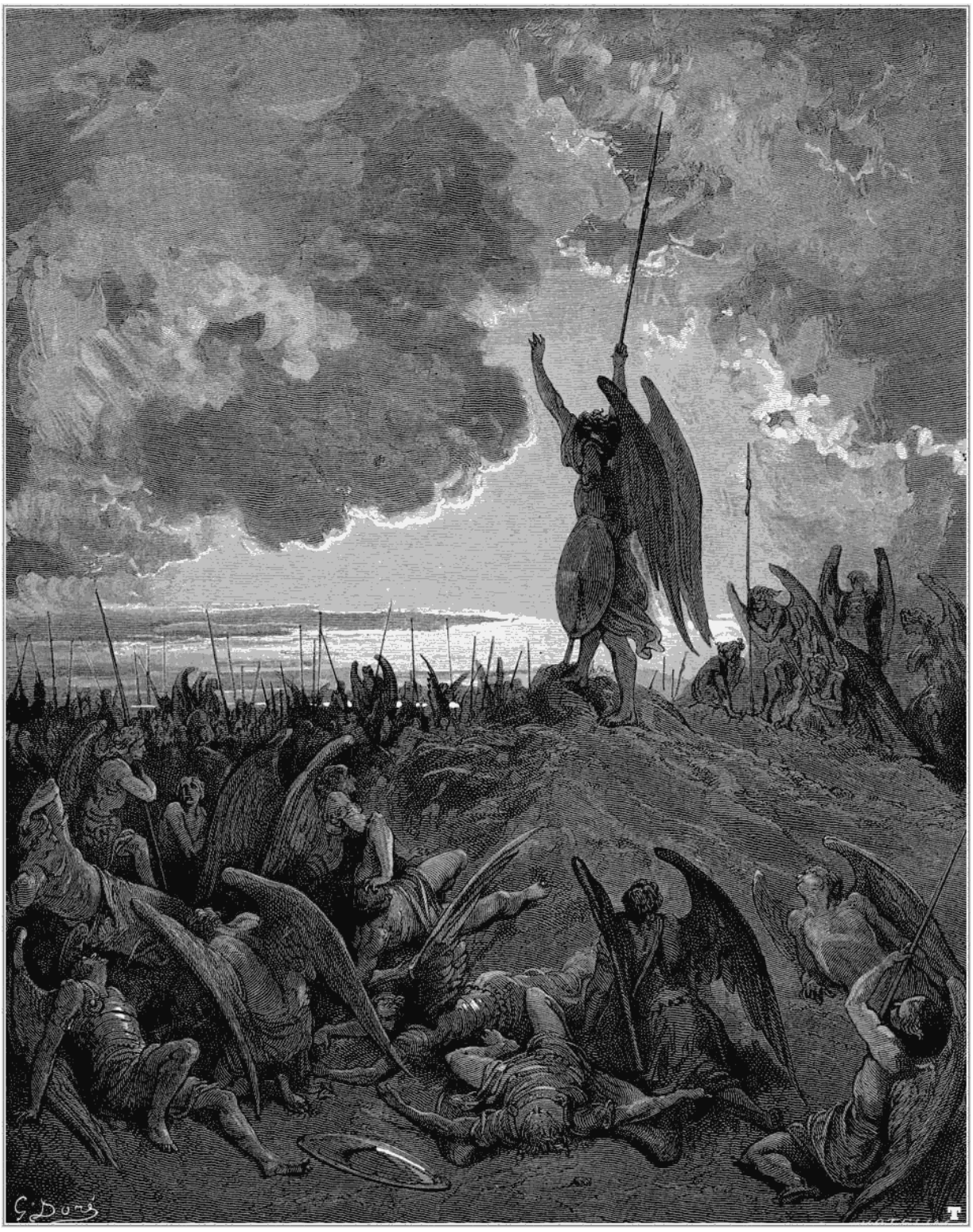

G. Doré

espués, las alas extendidas, vuela
acia lo alto, gravitando en el aire penumbroso,
ue siente el peso insólito, hasta que en terreno seco
one pie, si tierra ardió alguna vez
on fuego sólido, cual con líquido el lago;
era su apariencia como cuando la pujanza
e un viento subterráneo transporta un monte
rrancado del Peloro o el flanco destrozado
el Etna atronador[22], cuyas entrañas combustibles
ien cebadas, concibiendo fuego
ublimado por la furia mineral, ayudan a los vientos
un fondo dejan todo envuelto
n humo y en hedor: apoyo tal halló la planta
el pie maldito. Lo siguió su camarada,
ngreídos ambos por huir del Magma Estigio
omo Dioses, por su propia fuerza recobrada
no por tolerancia del Poder superno.
«¿Es ésta la región, el suelo, el clima
-Dijo entonces el perdido Arcángel—, éste el sitial
ue a cambio recibimos de los Cielos, esta triste sombra
or aquella luz celeste? Sea, puesto que aquel
ue ahora es Soberano puede declarar
ué es lo recto: pues mejor cuanto más lejos
el que siendo en razón igual, supremo reina por la fuerza
obre iguales. ¡Hasta siempre, Campos venturosos
onde es eterno el gozo! ¡Salve horrores, salve
lundo infernal! Y tú, profundo Averno,
tu nuevo Dueño acoge: alguien que trae
lente que no cambian sitio o tiempo.
a mente es su propio medio y, en sí misma,
uede hacer del Cielo Infierno, del Infierno un Cielo.
Qué importa dónde, si aún soy el mismo
lo que he de ser, sólo menos que ése
l que el Trueno hace superior? Aquí al menos

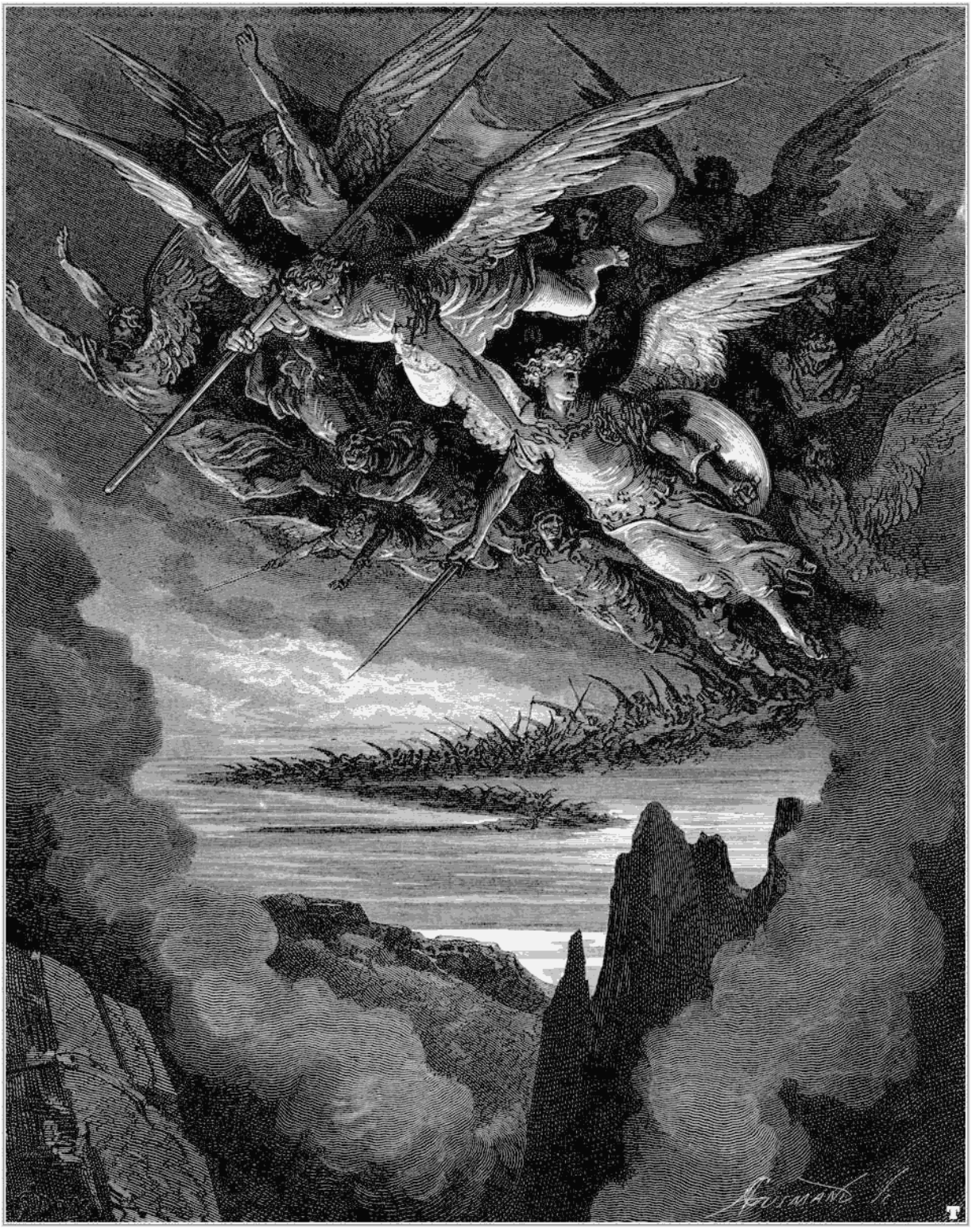
omos libres; el Omnipotente por envidia
ermo tiene este lugar: no ha de echarnos de él.
quí seguros reinaremos y según lo juzgo
igno anhelo es el reinar, incluso en los Infiernos:
lejor reinar en el Infierno que servir en el Empíreo.
Mas por qué dejar a nuestros fieles compañeros,
ocios y partícipes en nuestra pérdida,
acer así aturdidos en el lago del olvido
in llamarlos a tener su parte
n la mansión desventurada; o de nuevo
n armas congregados ver qué pueda recobrarse
ún del Cielo, o perderse todavía en el Abismo?»
Así habló Satán y Belcebú le respondió:
Caudillo de estos fúlgidos ejércitos
ue sólo el Todopoderoso derrotar podía,
i oyen esa voz, su esperanza más segura
n apuros y temores, escuchada tantas veces
n trances, los peores, y en la cresta peligrosa
el combate cuando rabia, en todos los ataques
u señal más cierta, enseguida cobrarán
nédito coraje, nuevos ánimos, aunque ahora yacen
umillados y postrados en el lago ardiente
omo antes tú y yo, aturdidos y perplejos
¿Y quién se extrañaría?), tras caer de tan nefasta altura».
Apenas terminara y el Demonio superior
larchaba ya a la orilla, el pesado escudo
e etéreo temple, largo y redondo y masivo,
chado atrás, colgándole el amplio disco
e los hombros cual la Luna, cuyo orbe
on el óptico cristal observa el artista de Toscana
l caer la tarde, en la cima del Fiesole,
en Valdarno[23], descubriendo nuevas tierras,
íos o montañas en el globo moteado.
u lanza, comparada con la cual el pino más enorme,
alado en montes de Noruega para mástil

e glorioso buque insignia, fuera caña sólo,
e sirve para apoyo de precarios pasos
or la ardiente marga, no como aquéllos
obre el azur del Cielo; y el clima tórrido,
demás, lo azota fiero bajo bóveda de fuego.
las él lo aguanta todo hasta alcanzar la playa
el mar en llamas, desde donde grita
sus legiones, las angélicas figuras que, en su trance,
lotaban numerosas como hojas otoñales en arroyos
e Vallombrosa, donde etruscas sombras[24]
levan sus arcadas protectoras; o los juncos esparcidos
or las aguas cuando Orión, con vientos fieros,
a costa bate del Mar Rojo, cuyas olas desmontaron
Busiris y su ejército de Menfis a caballo,
uando con traición odiosa persiguieron
los refugiados del Gosén[25], que vieron
esde salva orilla sus cadáveres flotar
ntre restos de los carros destrozados. Tan tupida
abyecta la legión yacía, cubriendo el piélago,
ajo el hechizo de su horrendo cambio.
l llamó tan fuerte que toda hueca hondura
el Infierno resonó: «Príncipes y Potestades
guerreros, flor del Cielo, antes vuestra, disipada ahora,
i es que aturdimiento semejante puede anonadar
Espíritus Eternos: ¿o habéis parado aquí,
ras el tesón de la batalla, a dar reposo
la virtud cansada por lo calmo del lugar,
ormitando como en valles del Empíreo?
O en esta abyecta pose habéis jurado
dorar al Vencedor, que ahora contempla
uerube y Serafín a la deriva en la corriente
on las armas y estandartes esparcidos,
asta que sus raudos batidores a las Puertas de los Cielos
oten la ventaja y desciendan a humillarnos,
sí desfallecidos, o con rayos sucesivos

os transfijen, arrojándonos al fondo de este Abismo?
Despertad, en pie, o quedad postrados para siempre!».
Lo oyeron ellos y, azorados, levantaron al instante
l vuelo, como hombres que, hechos a velar
a guardia mas hallados adormidos por quien temen,
e incorporan y se cuadran antes aun de despertar.



no ignoraban la afligida situación
n la que estaban, ni eran insensibles al suplicio,
las la voz de su Caudillo pronto obedecieron,
ıcontables. Como cuando la potente vara
el Hijo de Amrán, el día infausto de Egipto,
eñaló oscilante el litoral llamando nube opaca
e langostas, que en el viento de levante hervían,
sobre el reino del impío Faraón cayeron
omo noche, atenebrando el país del Nilo[26]:
an innúmeros los Ángeles malignos
leteaban bajo el domo del Infierno,
ntre fuegos en lo alto, lo hondo y rodeándolos;
asta que les hace seña la enhiesta lanza
e su gran Sultán marcándoles el curso
con diestro equilibrio aterrizan
n el firme sulfuroso, abarrotando el llano.
na multitud que ni el Norte populoso
olcó jamás de sus helados lomos[27] más allá
el Rin o del Danubio, cuando su progenie bárbara
legó al Sur como avalancha, propagándose
llende Gibraltar y por arenas libias.



las de cada escuadrón y cada banda al instante
os cabezas y los jefes se apresuran al lugar
onde está su Comandante, formas divinales y figuras
ue trascienden lo humano, principescas Dignidades
Poderes[28] que antes en el Cielo ocupaban Tronos,
unque de sus nombres en las crónicas celestes
o quede ya recuerdo, suprimidos como están
or su revuelta de los Libros de la Vida.
i tampoco todavía les dieran nuevos nombres
os hijos de Eva, pues no era el día en que,
or anuencia del Altísimo y para prueba de los hombres,
agarían por el mundo con mentiras, falsedades,
ıcitando a muchos a apartarse
e Dios su Creador y transformar
a invisible gloria de aquel que los hizo
n imagen de animal, ornado a menudo
ara ritos caprichosos plenos de pompa y oro,
a adorar a los Demonios cual Deidades.
ntonces conociéronlos los hombres por diversos nombres
en varios ídolos del mundo infiel.
i sus nombres, Musa, como luego fueron[29],
uién primero, quién postrero se alzó del ígneo lecho
l llamado de su gran Emperador y, uno a uno,
egún sus méritos, a él llegaron en la yerma orilla
lientras la promiscua turba estaba lejos.
rincipales fueron los que, prorrumpiendo del Infierno
buscar en tierra presa, osarían luego
unto al Trono del Señor plantar sitiales,
ltares al costado de Su Altar, dioses adorados
ntre las naciones circundantes, desdeñando
l Jehová tonante de Sión, entronizado
ntre Querubes; sí, y a menudo colocaron
n Su Templo sus capillas respectivas
abominaciones; y con cosas execrables

rofanaron ceremonias santas y solemnes fiestas,
con su negrura osaron afrentar su luz.
rimero Móloc, rey atroz pringado de la sangre
e humanas oblaciones y llantos parentales,
uyos atambores y timbales fuertes
hogaban el chillido de los niños, que servía el fuego
l siniestro ídolo. A él los amonitas
doraron en Rabá y su planicie aguanosa,
n Argob y en Basán, hasta el margen más lejano
el Arnón. Insatisfecho aún con tan
sada vecindad, al alma sapientísima
e Salomón indujo con engaños a erigirle
n templo justo frente al templo del Señor,
n aquel mogote del oprobio, y fue bosque suyo
l valle dulce de Hinnón, llamado desde entonces
ofet[30] y negro Gehená, reflejo del Infierno.
espués Kemós, terror obsceno de los hijos de Moab,
esde Aroer a Nebo y el páramo
el Abarim meridional; en Hesbón
Horonaim, reino de Seón, allende
ibma, valle exuberante en flores y viñedos,
en Elealé hasta la Asfáltica Laguna.
eor fue otro de sus nombres, cuando en Sittim
trajo a Israel, en su avance desde el Nilo,
ritos disipados, que pagó muy caro.
las desde allí extendió sus lúbricas orgías
asta el Monte incluso del Escándalo, rayano al bosque
e Móloc homicida —la lascivia junto al odio—,
asta que el buen Josías de allí al Infierno los echó[31].
enían también con éstos los que desde el cauce limitáneo
el viejo Éufrates y hasta el río que divide
gipto de la tierra siria[32], usaban nombres colectivos:
os Baalim y Ashtaroth[33], masculinos los primeros
los otros femeninos. Pues, según les place,
no u otro o ambos sexos tienen los Espíritus; tan tenue

incompuesta es su Esencia pura,
o ligada ni trabada a miembro ni juntura,
o fundada en la frágil fuerza de los huesos,
omo la onerosa carne: en la forma que eligen,
a compacta o dilatada, fúlgida u oscura,
jecutan sus sutiles intenciones,
ealizando obras ya de amor, ya hostiles.
or ellos la Estirpe de Israel abandonó a menudo
u Fuerza Viva, y dejó desierto
u altar legítimo, postrándose humilde
nte ídolos bestiales; y por ello sus cabezas,
umillándose lo mismo en la batalla, se rindieron
la lanza de enemigos despreciables. Vino en tropa
on éstos Astoreth, llamada por Fenicia
starté, del Cielo Reina, con sus cuernos alunados:
su imagen esplendente, en las noches bajo el astro,
írgenes sidonias le brindaban votos y canciones;
o ignorada en Sión tampoco, donde ostentaba
emplo en la insultante loma, construido
or aquel uxorio Rey[34] que, aunque de alma vasta,
mbelesado por idólatras hermosas, se hincó
nte ídolos inmundos. La seguía Tamuz,
uya herida estacional en Líbano tentaba
las mozas sirias a llorar por su destino
on tiernas cancioncillas, todo un día de verano,
lientras el sereno Adonis desde su nativa roca
úrpura corría al mar, teñido —se decía— de la sangre
e Tamuz, anual herido: el cuento amoroso
ıfectó con similar delirio a las hijas de Sión,
uyas lúbricas pasiones en el Porche santo
io Ezequiel, arrebatado en sus visiones,
uando su mirada sondeó las lúgubres idolatrías
e Judá enajenado[35]. Luego vino uno
ue lloró de veras, cuando el Arca prisionera
lutiló su imagen bruta, manos y cabeza le arrancó

n su propio templo, en el mismo umbral,
onde se desmoronó, abochornando a sus devotos:
agon es su nombre, monstruo acuático, hombre arriba,
ez debajo; alto templo exhibía
n Azoto, y lo temía entero el litoral
e Palestina: Gat y Ascalón,
crón y feudos en los límites de Gaza[36].
imón lo sigue, cuya sede deliciosa
ra la gentil Damasco, en las fértiles riberas
el Abana y el Farfar, de límpida corriente.
ambién se mofaría éste de la casa del Señor:
erdió un leproso un día y ganó un Monarca.
caz, estúpido, lo conquistó; y embaucado por aquél
lenospreció el altar de Dios y lo trocó
or uno al sirio estilo, donde hacer arder
us ofrendas execrables y adorar a dioses
ue había derrotado[37]. Luego apareció
na turba que, gastando nombres de añeja fama,
siris, Isis, Horus y su séquito,
on monstruosas formas y hechizos, incitó
l fanático Egipto y a sus sacerdotes a buscar
us errantes dioses en imágenes brutescas
lás que de hombres. No escapó Israel
la infección, que con prestado oro se forjó
l Becerro del Horeb: y el rey rebelde
uplicó el pecado en Betel y en Dan,
quiparando su Hacedor al buey pacente,
ehová, que en una sola noche al salir
e Egipto desfilando, igualó de un golpe
rimogénitos y todos sus balantes dioses[38].
ltimo llegó Belial: Espíritu más lúbrico
o cayó del Cielo, ni otro más afecto
l vicio por sí mismo; no tenía éste templo
i altar que le humease; pero ¿qué otro más asiduo
n los templos, los altares, cuando el sacerdote

e hace ateo, cual los hijos de Elí, que de violencia
de lascivia la mansión colmaron del Señor?
n cortes y palacios reina él también
en urbes opulentas, donde el ruido
el desmadre asciende sobre torres gigantescas,
las ofensas y el escándalo: y al apagar
a noche la ciudad, surgirán los hijos
e Belial, ahitos de insolencia y vino.
estigos son las calles de Sodoma y aquella noche
n Guibeá, en que una puerta hospitalaria
xpuso a la mujer aquella y evitó peor estupro[39].
stos fueron los primeros en poder y jerarquía;
l resto fuera largo relatar, si bien famosos:
os dioses jonios; tales los creyó la raza de Yaván[40],
unque confesara posteriores a la Tierra y Firmamento,
retendidos padres. Y Titán, primogénito del Cielo,
on su inmensa prole; su derecho le robó
aturno, más reciente, que de Jove poderoso,
ijo suyo y de Rhea, obtuvo misma suerte.
Jove, usurpando, gobernó. Primero en Creta
en el Ida fueron éstos conocidos: en la nívea cima
el Olimpo frío dominaron la región del aire medio,
u cielo extremo; o en la peña délfica,
en Dodona, y por todas las provincias
e la patria dórica; o con Saturno viejo
Campos de Hesperia huyeron sobre el Adria
, a través de tierras celtas, a las islas más remotas[41].
odos éstos y otros muchos acudieron, mas con ojos
ajos, tristes, en los cuales sin embargo
n fulgor había de oscuro gozo —pues su líder
ncontraran, no abatido; y a sí mismos, no perdidos
n la pura pérdida— que al rostro daba de Satán
n brillo equívoco. Mas éste recobrando pronto
l propio orgullo, con hinchada verba que ostentaba
ignidad fingida, no substancia, levantó gentil

u coraje desmayado y disipó sus miedos.
uego enseguida manda que, al clamor guerrero
e trompetas y clarines fuertes, sea alzado
u estandarte poderoso. Este gran honor lo pide
zazel (que su derecho invoca), un Querube alto,
ue veloz del mástil fúlgido despliega
a imperial enseña[42]: brilla ésta en alto
omo bólido que desmelena el viento,
lasonada en oro y ricas gemas,
on seráficos trofeos y armas: mientras,
l metal sonoro exhala sones belicosos
la hueste universal responde alzando
n grito que desgarra el cóncavo de los Infiernos,
sustando a Caos y Noche anciana en su propio reino.
n un solo instante a través de aquellas brumas
iez millares de oriflamas se levantan en el aire,
remolando de espléndidos colores; y con ellas
urge un bosque colosal de lanzas, yelmos incontables
escudos prietos en compacta formación
e espesor incalculable. Y ya desfilan
n íntegra falange al ritmo dórico
e flautas y clarines suaves, como el que elevó
pináculos de temple noble a los héroes de antaño
l armarse para el combate, inspirándoles,
n vez de rabia, un valor deliberado, firme
nte el pánico mortal, inmune a la abyecta huida;
las no exento del poder de apaciguar,
on solemnes notas, tristes pensamientos y espantar
ngustia y duda y pena y daño y miedo
e mentes ya mortales o inmortales. Así ellos,
xhalando fuerza unida y decisión,
larcharon en silencio al son de suaves gaitas
ue sus pasos crueles sobre el suelo ardiente calma;
ahora, ya a la vista, se detienen: erizado frente
e largor temible y armas deslumbrantes, al estilo

e los rancios campeones, firme escudo y lanza,
sperando la orden que el Caudillo poderoso
uiera darles: éste, a través de las armadas filas
leva su capaz mirada y pronto tiene examinado
l batallón completo, su orden recto,
us rostros y estatura como Dioses;
u número por fin calcula. Y ahora el corazón
e orgullo se le hincha y, duro en su poder,
xulta, pues tras la creación del hombre nunca
ubo fuerzas semejantes, comparadas con las cuales
odas otras fueran como aquella infantería de pigmeos
tacada por las grullas[43]; aunque la prole gigantesca
n Flegra[44] se sumase a la estirpe heroica
ue en Tebas combatió y en Ilión, nutrida cada parte
e Dioses auxiliares; y lo que resuena
n romance o fábula del hijo de Uther[45]
odeado de los paladines de Britania o Armórica[46];
todos los que luego, bautizados o infieles,
ustaron en Aspramonte o Montalbán,
larruecos, o Damasco, o Trebisonda[47],
los que envió Biserta[48] desde orillas africanas
uando Carlomagno con sus Pares fue vencido
erca de Fuenterravía[49]. Tan por encima éstos
e cualquier mortal proeza, mas sumisos
su fiero Comandante: éste sobre el resto
n figura y gesto, eminencia altiva,
e alzaba como torre; no perdiera aún su forma
odo su fulgor original, ni menos parecía
ue caído Arcángel, empañada la abundancia
e su gloria: como cuando el Sol amaneciente
lira desde el horizonte a través del aire neblinoso
alto de sus rayos, o desde el otro lado de la Luna,
n vago eclipse desastroso, un crepúsculo proyecta
obre medio mundo y con cambios pavorosos
stremece a los monarcas. Aun así oscurecido,

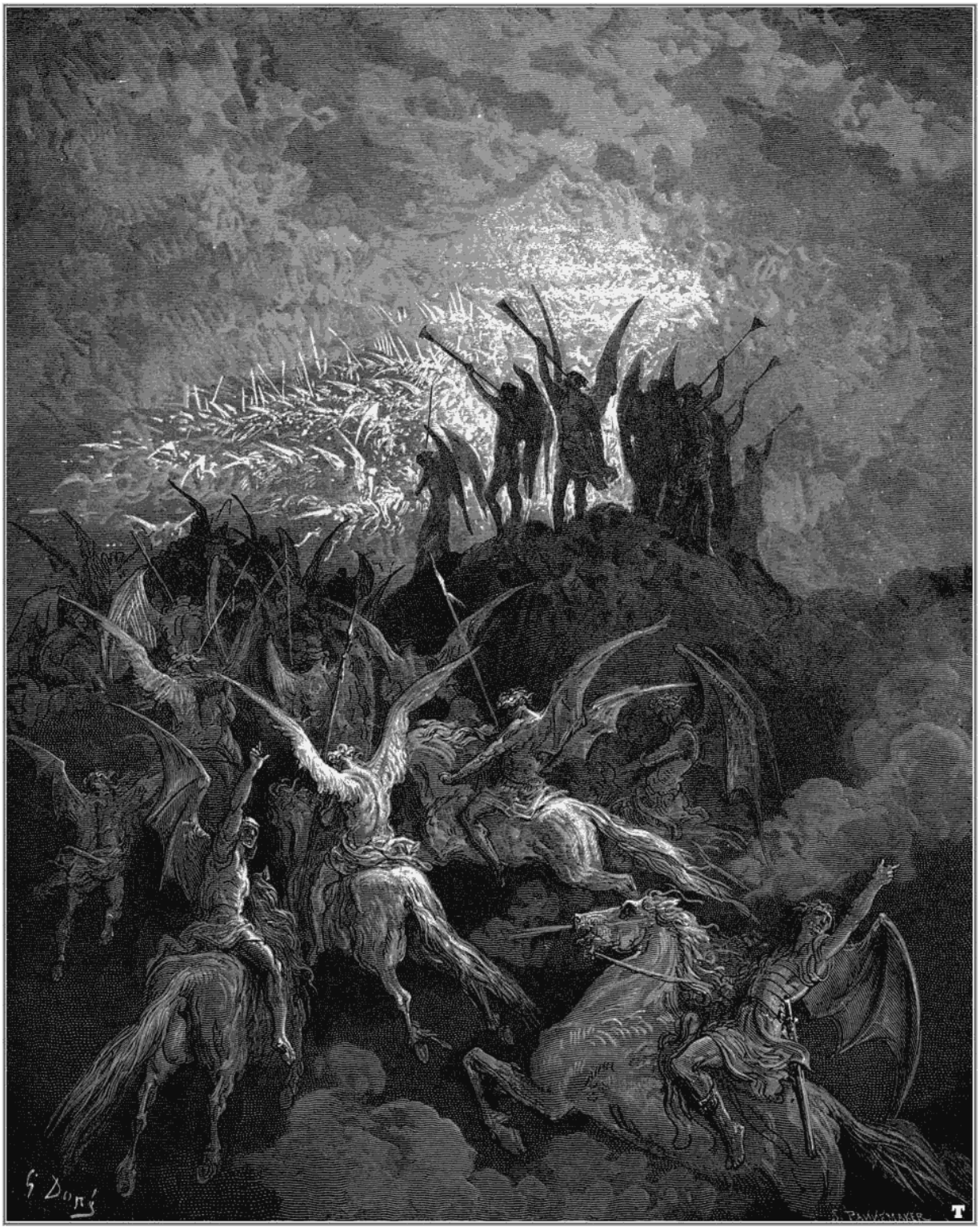
obre todos brilla aquel Arcángel; mas en su faz
ondas cicatrices ha dejado el Trueno y hay
ozobra en su pómulo marchito, bajo frente sin embargo
e indómito coraje y un orgullo que, paciente,
enganza atiende. Crueles ojos gasta, pero irradian
ignos de pesar y de pasión al contemplar
sus cofrades en el crimen, seguidores más bien
Que tan otros en la dicha viera) condenados
ara siempre ahora a un destino de dolor,
liríadas de Espíritus privados por su falta
e los Cielos y de eternos esplendores expulsados
or su rebelión, mas fieles a Satán
n su agostada gloria: como cuando el fuego del Empíreo
brasa robles en el bosque o pinos de montaña
, desnudo el tronco, con la copa incinerada, se alzan
oberanos en el yermo devastado. Él ahora se dispuso
hablar; se curvan sus columnas de ala a ala
nvolviéndolo en un arco con sus Pares:
a atención los tiene mudos.
res veces prueba y tres, aun a pesar del odio,
ágrimas le brotan, que los Ángeles lloran: por fin,
n trenzado de palabras y suspiros halla el cauce.
«Oh miríadas de Espíritus eternos, oh Poderes
quienes sólo el Omnipotente iguala; y esa lucha
o fue deshonrosa, aunque atroz su desenlace,
omo este sitio testifica y nuestro cambio atroz
ue es odioso declarar: mas ¿qué poder del intelecto,
l prever o presagiar aun desde simas de saber
asado o presente, pudo haber temido
ue una coalición de Dioses como ésta
uese nunca vulnerable a la derrota?
ues ¿quién puede aún creer, tras tanta pérdida,
ue todas estas tropas poderosas, cuyo exilio
vacuó los Cielos, no remontarán de nuevo
or sí mismas, retomando su sede natalicia?
n cuanto a mí, testigos las legiones todas del Empíreo,

i consejos diferentes o peligros que eludiera
lalograron nuestras ansias. No, sino que ese
ue en los Cielos reina soberano, hasta entonces
onfiado ocupara el Trono, sostenido por antigua fama,
costumbre o beneplácito, y su regio estado
xhibía sin recato, pero no su fortaleza,
ello indujo nuestro intento y produjo nuestra pérdida.
hora conocemos su poder; también el nuestro,
no provocaremos ni habremos de temer,
i provocada, nueva guerra; es mejor
brar ocultamente, por perfidia o fraude,
o que no logró la fuerza: que al final podamos
emostrarle a aquél que quien se impone
or la fuerza vence a su enemigo sólo a medias.
uede que el espacio geste nuevos mundos;
n los Cielos se decía que muy pronto
retendía aquél crear un orbe y plantar en él
rogenie, que en su alta estima,
allaría igual favor que los Hijos de los Cielos:
llí, aun para espiar acaso solamente,
rumpamos al principio, allí o en otra parte:
ues este pozo infernal no retendrá jamás
spíritus celestes en cadenas, ni el abismo largo tiempo
ogrará sumirlos en tinieblas. Pero estos planes
eben madurarse: paz es imposible,
ues ¿quién piensa en sumisión? La guerra entonces,
uerra abierta o tácita, es lo que está por decidir.»
Así habló; y, a fin de confirmar lo dicho,
liles de espadas llameantes ascendieron de los muslos
e potentes Querubines y el destello repentino
ncendió el Infierno alrededor: coléricos bramaron
ontra el Altísimo y, las armas en el puño, fieros
rrancaron a broqueles estentóreos clangor de guerra,
rrojando desafío a la cúpula del Cielo.
No lejos de allí había un monte cuya cúspide temible
ruptaba fuego y un rugiente humo; el resto era todo

ostra refulgente, signo indubitable
e que había en sus entrañas mena metalífera,
ecuela del azufre. Hacia allí con ala urgente
oló una tropa numerosa, como pelotón
e zapadores que con pico y pala armados
l campo regio se adelantan por cavar trincheras
minar murallas. Los guió Mammón,
lammón[50], el Ángel menos tieso que cayó
el Cielo, pues incluso allí sus ojos, pensamientos,
e inclinaban hacia el suelo, admirando más
o rico del celeste pavimento, su hollado oro,
ue toda cosa ya divina o santa disfrutada
n visión beatífica: también por él los hombres,
os primeros, y por soplo suyo aleccionados,
rumpieron en el núcleo y con mano irreverente
aquearon las entrañas de su madre Tierra
or tesoros que mejor no hallaran. Pronto tuvo abierta
u brigada, en el monte, herida amplia
extrajo del filón el oro. Nadie se sorprenda
ue el Infierno dé riquezas tales: ese suelo
lás merece la preciosa maldición. Y aquí, que aquellos
ados a exaltar las cosas transitorias, fascinados
or Babel, o las obras faraónicas de Menfis,
epan que los monumentos más excelsos en renombre,
rte o fuerza fácilmente los superan
os Espíritus malditos, que en una hora hacen
o que una era humana y manos incontables,
on trabajo interminable, apenas pueden.
erca en la planicie, en múltiples crisoles predispuestos
ue tenían por debajo venas de fluido ígneo
erivadas del pantano, otra multitud,
on arte insólito, fundía la masiva mena
eparando cada cosa y la escoria desnataba de oro:
l tercero de los grupos rápido formó en el suelo
n molde vario y del hervor de los crisoles,

or oculta transferencia, rellenaba cada hueco;
sí en el órgano de un solo soplo el viento
a a todos sus cañones voz y aliento.
ronto de la tierra, como una exhalación,
e elevó un bloque formidable, con sonido
e exquisita sinfonía y voces dulces,
las cual templo circundado de pilastras
columnas dóricas lastradas
e áurico arquitrabe; no faltaba allí tampoco
a cornisa, el friso, esculpido con relieves;
ra el techo de oro repujado. Babilonia
el gran Cairo no emularon tal grandeza
n el colmo de su gloria, ni al dar morada
Belus y Serapis[51], Dioses suyos, ni sitial
sus monarcas, cuando Egipto con Asiria competía
n riqueza y lujo. La creciente mole
ija al fin su solemne altura y las puertas al instante,
escarando sus broncíneas hojas[52], muestran todo
dentro: sus espacios anchos sobre el liso
llano pavimento. De un techo en arco
enden por sutil hechizo múltiples hileras:
ámparas astrales y candentes fogariles
ue, de nafta bien cebados y de asfalto, rinden luz
omo de un cielo. La urgente muchedumbre
dmirada entró; alaban la obra unos,
tros al Artista: conocían en el Cielo
l Arquitecto muchas torres palaciegas,
onde Ángeles cetrados[53] ostentaban residencia
moraban como Príncipes, a los que el Rey Supremo
xaltara a tal poder y diera el mando,
corde con su rango, de las fúlgidas milicias.
ue su nombre pronunciado y adorado
n la antigua Grecia; en tierra ausonia
o llamaron Mulciber; y su caída del Empíreo
abularon, arrojado por el iracundo Jove

lás allá de las murallas cristalinas: desde el alba
l cayó hasta el mediodía, hasta el fresco atardecer,
ɔdo un día de verano; y con el Sol poniente
e despeñó del zénit como meteorito,
ando en Lemnos, isla del Egeo[54]: esto cuentan,
ngañados; pues aquél con su rebelde tropa
eclinara mucho antes; y de nada entonces le sirvieran
us soberbias torres en el Cielo; ni escapó tampoco
or sus máquinas, sino que fue arrojado de cabeza,
on su industriosa panda, a construir en el Infierno.
ntre tanto los alígeros heraldos, por mandato
el poder augusto, con inmunda ceremonia
sonido de trompetas a las huestes todas les anuncian
ue un solemne cónclave tendrá lugar en breve
n Pandemónium, capital suprema
e Satán y de sus Pares: sus proclamas convocaron,
e cada banda y regimiento bien formado,
los mejores en el rango o elección; que pronto
on su séquito de cientos y de miles en tropel
legaron: todo acceso rebosaba de gentío, las puertas


G. Doré

los porches amplios: sobre todo la espaciosa sala
Cual cubierto campo donde bravos campeones
alopando en armas irrumpían y en presencia del Sultán
etaban a la flor de los paganos caballeros
mortal combate o encuentro con la lanza)
ullía atiborrada, por los aires y en el suelo,
l silbido irritándola del roce de las alas. Como abejas
n la primavera, cuando el Sol con Tauro avanza:
us cadetes numerosos sacan en enjambres
el panal y por el fresco del rocío y entre flores,
ienen, van, o por la tabla bien bruñida,
rrabal de su ciudad de paja,
on bálsamo recién lustrada, vagan y platican
e asuntos del Estado. Tan tupida pues la aérea masa
ervía incómoda; hasta que llegó señal
, ¡oh portento!, los que antes parecían
uperar en estatura a los Gigantes, hijos de la Tierra,
hora que enanos más pequeños en espacio estrecho,
ınumerables, se apretujan; cual pigmeos
lás allá de la india cordillera, o los elfos,
uya juerga a medianoche al linde de los bosques,
erca de las fuentes, ve un labriego rezagado,
que ha visto sueña, mientras una Luna arbitra
n lo alto y su pálida carrera hacia este mundo
ıclina: mas aquéllos, en su fiesta y danza
bsortos, con jocunda música le embrujan el oído
el pecho le palpita con delicia y temor fundidos.
e tal modo los Espíritus etéricos a formas diminutas
us figuras redujeron gigantescas y cupieron amplios,
unque incontables todavía, en la cámara
e aquella corte inférnea. Mas muy adentro,
en sus propias dimensiones soberanas,
os Seráficos Señores y los Querubines
n cónclave secreto y apartado se reunieron:

n millar de Semidioses en sitiales áureos,
n lugar repleto. Tras silencio breve entonces,
leída la proclama, comenzó el debate.

Libro II

EL ARGUMENTO

Comenzado el consejo, Satán estudia la posibilidad de arriesgarse a otra batalla para recuperar el Cielo. Algunos la apoyan, otros la desaconsejan. Se opta por una tercera sugerencia, mencionada antes por Satán: investigar si es cierta la profecía o tradición celestial relativa a otro mundo y otro tipo de criatura, igual o no muy inferior a ellos mismos, a punto de ser creados. Sus dudas acerca de quién debe asumir esta difícil misión. Satán, su Caudillo, asume en solitario la responsabilidad del viaje; es honrado y aplaudido. Terminado el consejo, así pues, el resto se ocupa de diversos modos y en diversas tareas, de acuerdo con sus respectivas inclinaciones, para pasar el tiempo hasta el retorno de Satán. Éste llega en su viaje hasta las Puertas del Infierno, las encuentra cerradas y halla asimismo quiénes las guardan; éstos se las abren al final, descubriéndole el gran Abismo entre el Infierno y el Cielo. La dificultad con que lo cruza, dirigido por Caos, el Poder de ese lugar, hacia la contemplación del nuevo mundo que Satán buscaba.

lto en un trono de regia estampa
ue humillaba la opulencia de Ormuz y del Ind[55],
emporios donde el Este con sobrada mano
n bárbaros diamantes, perlas, oro, a los reyes baña,
atán en pompa se sentaba, por su mérito elevado



aquella eminencia mala; y por desespero
sí ensalzado más allá de la esperanza, aspira
ún más alto, insaciable en su ansia vana
e batalla contra el Cielo y, ciego a lo ocurrido,
u arrogante imaginar así despliega:
«Potestades y Dominios[56], Dioses de los Cielos,
ues ningún abismo puede en su pozo retener
l brío inmortal, aun sojuzgado y caído,
no doy el Cielo por perdido. Resurgiendo
e un declive como éste, las Virtudes Celestiales[57]
lás gloriosas y temibles brillarán
ue si jamás caídas, sin temer segunda ruina.
o, que primero por justicia y leyes fijas del Empíreo
oy líder vuestro y, después, por elección,
umado a todo lo que en guerra o parlamento
lcancé de mérito, me hallo ahora establecido,
or esta pérdida de la que ya nos reponemos,
n un trono inexpugnable y no envidiado,
oncedido con entero beneplácito. Estado más dichoso
n las Alturas, dignidad mayor, despierta
nvidia en cualquier subordinado; pero ¿quién aquí
nvidiará al que su alto puesto expone,
lás que a nadie, a ser el baluarte contra el golpe
el Tonante, y lo condena a la mayor porción
e daño interminable? Donde no hay bien
ue merezca lucha, no habrá pelea
i escisión; pues nadie reclama en los Infiernos
recedencia: nadie, cuya parte sea pequeña
e presentes penas, con ambiciosa mente
nsiará aún más. Con ventaja semejante, pues,
ara la unión, y firme fe, y acuerdo firme,
lás que puedan darse en el Empíreo, volvemos
exigir la justa, antigua herencia nuestra,
lás seguros de triunfar que el triunfo mismo

os lo habría asegurado. Y por qué camino,
i con guerra abierta o encubierta maña,
ebatámoslo ahora: hable quien consejo pueda dar».
Cesó y, próximo a él Móloc, Rey cetrado[58],
e alzó, el Espíritu más fuerte, el más fiero,
ue luchó en lo Alto; más feroz ahora en desespero:
l Eterno confiaba éste equipararse
n fuerza y, más que no ser tanto,
refería no ser nada; descartando tal cuidado,
e libró de todo pánico: de Dios, del Infierno,
de cosa aún peor, por lo que dijo:
«Mi sentencia es lucha abierta: de artimañas,
nexperto, no me jacto: que las trame
uien precise o si lo exige algún momento, ahora no.
ues, en tanto ésos las maquinan ¿deberá el resto,
os millones que, en pie de guerra, ávidos aguardan
a señal de reascender, quedarse aquí sentados,
ugitivos del Empíreo, y aceptar morada
n este antro vergonzante, este oprobio, esta sombra,
a prisión que el tirano nos procura, quien impera
or demora nuestra? No, mejor opción,
rmados ya con llamas y la furia del Infierno,
saltar incontenibles esas Torres de lo Alto
las torturas que sufrimos convertirlas en cuchillos
ontra el torturador: al ruido
e su Máquina Omnipotente[59] responderá
l Trueno Infernal, y por Relámpago que vea
uego Negro y el terror lanzados con la misma rabia
ntre sus Ángeles, y su propio Trono
nvuelto en Tartáreo Azufre y raro fuego,
os tormentos que él creara. Mas quizá
arezca duro el camino y difícil escalar
on ala firme contra el enemigo en las alturas.
ecuerden los que tal opinan, si el narcótico
e ese lago del olvido no los ciega todavía,

ue nuestra natural tendencia es ascender
la sede natalicia: el descenso y la caída
on lo arduo. ¿Quién no advirtió, hace poco,
uando fiero el Adversario perseguía insultante
uestra rota retaguardia a través de los abismos,
on qué compulsión y vuelo laborioso
os hundimos tanto? El ascenso, pues, es fácil.
abrá quien tema el desenlace: ¿provocar de nuevo
l déspota y que su ira halle modo aún peor
e destruirnos, si es que puede haber en el Infierno
liedo a destrucción mayor? ¿Y qué podría ser peor
ue el habitar aquí, del júbilo exiliados, condenados
n este aborrecible abismo a total tormento,
onde el dolor del fuego inextinguible
cabará por reducirnos, sin final posible,
vasallos de su rabia, cuando el flagelo
exorable y la hora de tortura
os emplacen al castigo? Más quebrados que esto,
Qué sería sino muerte y extinción?
Qué temer entonces? ¿Dónde cabe duda?:
ritémoslo, que en el colmo de su ira
os consuma por completo, y reduzca
sta esencia a nada, suerte más dichosa
ue ser míseros siendo eternos;
, si la substancia que nos forma es divina ciertamente
no puede no existir, a este lado
o seremos menos y hemos demostrado
ue el poder nos basta para perturbar su Cielo
con perpetuas incursiones alarmar,
i bien inaccesible, su fatal Estrado;
o que no es victoria, pero sí venganza al menos».
Terminó ceñudo y denunciaba su mirada
atídica venganza, y batalla peligrosa
ara quien no fuese un Dios. Al otro lado se alzó
elial, en gesto más gallardo y más humano;
ersonaje más hermoso no perdiera el Cielo: parecía

onformado para dignos hechos, grandes gestas:
las era todo falso y hueco, aunque de su lengua
l maná fluía y podía presentar la peor
ual la mejor de las razones, confundiendo y estrellando
os consejos más sensatos: pues su mente era vil,
ıdustriosa para el vicio, pero floja y timorata
ara hechos más ilustres: al oído deleitaba, sin embargo,
con acento persuasivo, así pues, comenzó:
«Dispuesto a guerra abierta, oh Pares, me hallaríais,
o más parco en odio, si eso que se ofrece
omo principal motivo de inmediata guerra
o fuese lo primero en disuadirme y arrojase
minosa conjetura sobre todo este proyecto,
uando aquel que sobresale en hechos de armas,
in fiarse del consejo dado o aptitud
obresaliente, funda su coraje en desespero
la total disolución —único objetivo
e su esfuerzo— tras venganza atroz.
primero, ¿qué venganza? Torres tiene el Cielo
ue abarrota armada guardia y lo hacen
nbatible. A menudo en honduras colindantes
campan sus legiones, o con ala oscura
xploran, largo y ancho, el Reino de la Noche,
lalogrando la sorpresa. O aun si entrásemos
or fuerza y el Infierno entero nos siguiese
n negra insurrección, por confundir
a pura Luz del Cielo, nuestro gran Rival,
ıcorruptible todo él, sentado seguiría
n su Trono inmaculado y la etérica materia,
ıcapaz de mancha, pronto expelería
l daño, purgándose triunfante del indigno fuego.
echazados de este modo, nuestra última esperanza
s el craso desespero: hay que exasperar
l Víctor Todopoderoso, que gaste su ira toda
ello nos termine: eso nuestra cura,
o ser más. ¡Qué triste cura!, pues ¿quién perdería,

unque lleno de dolor, este ser intelectivo,
sos pensamientos que divagan por la eternidad,
mejor perecería, tragado para siempre
or la vasta entraña de la increada noche,
espojado de sentido y movimiento? ¿Y quién sabe,
un si fuese cosa buena, si el rabioso Enemigo
uede darla o querrá hacerlo? Cómo pueda
s dudoso; que no lo hará es cierto.
Acaso él, tan sabio, librará de golpe su furor
ıcapaz de dominarse, o por descuido,
)torgando a sus rivales su deseo y terminar,
n el colmo de su ira, a quienes su ira guarda
ara pena interminable? «¿Qué nos ata entonces?»
icen quienes aconsejan guerra, «Condenados,
eservados, destinados como estamos al dolor eterno,
agamos lo que hagamos, ¿qué mayor tormento cabe,
ué peor tormento?» ¿Es, pues, esto lo peor,
quí sentados, debatiendo, bien armados?
Y cuando huimos raudos, perseguidos y azotados
or el Trueno turbador del Cielo, y buscamos
rotección en el Abismo? Pareció el Infierno entonces
mparo de sus golpes; ¿o al yacer
ncadenados en el lago ardiente? Peor sin duda eso.
Y si el soplo que prendió esos fuegos lóbregos
es infundiese, reviviendo, séptuple furor
en sus llamas nos hundiese? ¿O acaso desde arriba
a venganza suspendida otra vez armase
u diestra roja mano[60] para el golpe? ¿Qué si todos
us depósitos se abriesen y este firmamento
el Infierno vomitase cataratas ígneas,
árbaros horrores, amenazando desplomarse
n día y sepultarnos. Y nosotros, mientras,
laneando o exhortando a gloriosa guerra,
trapados en la ígnea tempestad, caemos
ada cual transfijo en su roca, juego y presa

e brutales remolinos, o por siempre nos hundimos
n aquel océano hirviente, revestidos de cadenas,
ara conversar allí con perdurable queja,
in descanso, sin indulto, sin piedad,
dades sin final posible? Esto sí sería peor.
uerra, pues, abierta o secreta por igual
li voz rechaza; pues ¿qué puede fuerza o maña
on aquél? ¿Quién puede confundirlo, si su ojo
o ve todo de un vistazo? Desde las Alturas él
sta vana conmoción la observa y la desprecia,
o más Omnipotente para resistir nuestro poder
ue sabio para malograrnos tretas y conjuras.
Viviremos pues tan depravados, raza de los Cielos
sí pisoteada, así exiliada para soportar aquí
adenas y tormentos? Preferibles a peor suplicio:
al mi juicio; puesto que un destino inevitable
os somete y el decreto todopoderoso,
oluntad del Víctor. Ya en sufrir o en el hacer
uestra fuerza es la misma, y no injusta la ley
ue así lo ordena: tal hubiésemos resuelto,
i prudentes, al retar a enemigo tan enorme
en batalla de secuela tan incierta.
le río cuando ésos tan audaces con la lanza
temerarios, si ella les defrauda, temen y se apocan
nte lo que saben que les toca: soportar
xilio o ignominia, o grilletes o martirio,
a sentencia de su Vencedor. Ahora, pues,
al nuestro sino; y si podemos resistirlo,
uestro Altísimo Rival acaso aplaque
u despecho y, quizá, tan lejos como estamos
os ignore al no ofenderle, satisfecho
on la pena impuesta; y estos fuegos virulentos
edan, al no avivar su hálito las llamas.
uestra esencia pura, entonces, superará
os tóxicos vapores o, curtida, no los sentirá;
cambiada al fin y al lugar aclimatada

n temple y complexión, recibirá
ordial el fiero ardor, de daño exenta;
ste horror se hará benigno, luz la oscuridad,
parte de promesas que el pasar interminable
e futuros días traiga: qué azar, qué cambio
igno de aguardarse; pues pensad
ue, si ahora en dicha pobres, no es el mal tan grande
i mayores males no nos provocamos».
Así Belial con verba a socapa de razón
consejó innoble tregua y pacífica pereza,
o paz. Y tras él así Mammón habló:
«Ya por destronar al Rey del Cielo
atallemos, si batalla es lo mejor, o rescatar
erechos que perdimos: derrocarlo a él
sperадlo cuando el hado sempiterno ceda
nte el Azar voluble y Caos juzgue la contienda:
iendo lo primero vana espera, vano
o segundo prueba: pues ¿dónde hacer morada
n las Alturas, si al Supremo Amo de lo Alto
o rendimos? Suponed que se apacigua
proclama gracia para todos, si juramos
ueva sumisión. Decidme ¿con qué cara,
umillados ante él, recibiríamos la coacción
e ley estricta y su Trono aclamaríamos
on trinados himnos, a ese Dios cantándole
orzados aleluyas, mientras él reposa señorial,
nvidiado Soberano, y su altar exhala
romas de ambrosía y ambrosiales flores,
frendas nuestras, y serviles? Quehaceres tales,
ales dichas, en el Cielo nos aguardan; qué tediosa
ternidad la derrochada en homenaje, adoración
quien odiamos. No busquemos pues,
nposible por la fuerza, por licencia
ıaceptable, aunque en el Cielo, ese estado
e grandioso vasallaje; hallemos, más bien,
n nosotros mismos nuestro bien, viviendo

or nosotros, aunque en este vasto yermo,
ibres, responsables ante nadie, prefiriendo
ura libertad al yugo confortable
el servil boato. Nuestra gloria habrá de ser,
ues, más notable cuando de pequeñas
reemos cosas grandes, útiles de las dañinas,
e adversas favorables, y en lugar así
ledremos bajo el mal, volviendo alivio el daño
on esfuerzo y entereza. ¿Este mundo hondo
e tinieblas nos asusta? Qué a menudo
ntre densas, foscas nubes el Celeste Emperador
ecide residir, su gloria incólume,
con la majestad de las tinieblas
ndosela su Sitial; ahí profundos truenos rugen
uajando en rabia, y el Cielo Infierno aun parece.
i él copia nuestra sombra, ¿no podemos imitar
u luz cuando nos plazca? Este suelo yermo
o carece de secreto lustre, oro y gemas;
i nos falta la destreza o arte con que alzar
lagnificencia: ¿y qué otra cosa ofrece el Cielo?
os tormentos que sufrimos, con el tiempo,
uede que resulten nuestro medio; estos fuegos lacerantes,
an suaves como ahora fieros; nuestro temple
e hará su temple, extirpando lo sensible
el dolor. Todo, pues, invita
pacíficas opciones, a fundar estable orden,
e tal modo que, aquí a salvo, demos
ura a nuestros males, recordando lo que somos,
ónde estamos, renunciando por completo
toda guerra: aquí está lo que aconsejo».
Apenas terminara y un murmullo ya colmaba
a asamblea, como cuando apresan rocas huecas
a voz de vientos bravos que la noche toda
lzara el mar, y ahora, con áspera cadencia arrullan
marinos trasnochados cuya barca por azar,
cuyo bote, ancla en bahía peñascosa

ras la tempestad: aplauso semejante se escuchó
l terminar Mammón y complació su idea,
ue decía paz; pues a un campo solamente
lás temían que el Infierno: tanto pánico
l Trueno y la Espada de Miguel[61]
es infundiera; y no menor deseo les movía
fundar Imperio en el submundo, que creciese,
ien regido y madurando con el tiempo,
n opuesta emulación del Cielo.
ercibiendo esto Belcebú, segundo
ólo ante Satán en jerarquía, con grave
esto alzose, y al alzarse pareció
n Pilar de Estado; bien profundos en su frente
abía grabados reflexión y público cuidado;
consejo principesco en su rostro aún fulgía,
layestático si bien en ruinas; sabio irguiose,
on los hombros de un atlante, bien capaces de aguantar
l peso de potentes monarquías; su mirada
trajo audiencia y atención serenas, como noche
brisa del estío, mientras hablaba así:
«Tronos e imperiales Potestades, vástagos del Cielo,
téreas Virtudes[62], ¿o a estos títulos ahora
ay que renunciar, cambiar estilo y llamarnos
ríncipes de los Infiernos?, porque así se inclina
l voto popular: seguir aquí y aquí erigir
n próspero Imperio. Sí, sin duda: aunque en sueños,
i olvidamos que el Monarca del Empíreo
ste sitio nos lo asigna por prisión, no asilo
llende su potente brazo, por vivir absueltos
e la Celestial Jurisdicción, en nueva Liga
partidados contra el Trono: no, sino que ésta es
stricta servidumbre, aunque muy remotos,
ajo el yugo inevitable, reservado
su cautiva multitud. Pues él, estad seguros,
n lo alto u hondo, reinará primero y último,

ey único, y de su reino nada perderá
or nuestra rebelión, sino que extenderá su imperio
or el Tártaro y con Cetro Férreo aquí
os regirá: con el Áureo a los del Cielo.
A qué pues sentarnos planeando guerra o paz?
a guerra nos determinó[63], causándonos lesión
reparable; términos de paz, no obstante, nadie
os buscó o prometió, pues ¿qué paz hay
ara el esclavo, más que rígida custodia,
os azotes, y el castigo caprichoso?
Y con qué paz responderíamos,
lás que el odio y la discordia a nuestro alcance,
on indómita repulsa y, aunque lenta, con venganza
ero siempre conspirando, que al Conquistador
e valga poco su conquista y goce poco
ıfligiendo lo que, padeciendo, más sentimos?
o nos faltará ocasión, ni habrá necesidad
e invadir con riesgo el Cielo,
uyos altos muros no apoca ni el asalto ni el asedio,
i emboscadas del Abismo. ¿Qué si hallamos
na empresa más factible? Un lugar existe
Si la antigua profecía de los Cielos
o se engaña), otro mundo, sede venturosa
e una raza nueva, el Hombre, próxima ahora
su creación, afín a nuestra estirpe y, si inferior
n poderes y excelencia, más querida
or aquel que reina arriba. Tal su voluntad
roclamose entre los Dioses, y así un voto,
ue agitó el círculo celeste entero, la aprobó.
acia allí tornemos nuestras mentes, indaguemos
ué criaturas ésas son, de qué molde hechas,
ué substancia, facultades, qué poderes
en dónde sus flaquezas, si mejor tentadas
or la fuerza o sutileza: aunque el Cielo esté cerrado
el alto Árbitro del Cielo se apoltrone

n su propio poderío, ese sitio debe hallarse
n los últimos confines de su reino, entregado
la defensa de sus moradores: y quizás aquí
odamos conseguir ventaja con ataque súbito,
a para arrasar con fuego del Infierno
oda su creación o hacerla toda nuestra,
esterrando como fuimos desterrados
sus nimios habitantes[64], o si no expulsarlos
traerlos cuando menos a este bando, que su Dios
ea su enemigo y con mano arrepentida
u Obra extinga. Tal acción superaría
a común venganza, y su gozo frustraría
n nuestra confusión: y en su zozobra
uestro goce resucita; cuando sus amados hijos,
rrojados de cabeza con nosotros,
u frágil natural maldigan, su marchita dicha,
an rápido marchita. Decidid si es digno intento,
si es mejor, aquí sentados en tinieblas,
estar imperios vanos». De este modo Belcebú
mpartió diabólico consejo, antes concebido
or Satán y en parte ya propuesto: pues ¿quién,
ino el Autor de todo mal podía exhalar
lalicia tan profunda que pudriese de raíz
a humana estirpe, y el Infierno con la Tierra
eligase, lo fundiese, y todo por desprecio
l gran Creador? Mas tal desprecio bien merece
umentar su gloria. El audaz proyecto
autivó a aquellos Delegados infernales,
l júbilo brilló en sus ojos y, unánimes,
o votan: por lo que la arenga aquél retoma.
«Bien habéis juzgado, bien termina el pródigo debate,
ínodo de Dioses, y a vosotros comparables,
randes cosas se han resuelto que, de lo más hondo,
tra vez nos alzarán —no importa el hado—
cercándonos a nuestra antigua sede, aún quizá a la vista

e aquellos fúlgidos confines, donde con vecinas armas
oportuno ataque llegue, puede, la ocasión
e reocupar el Cielo; o habitar algún benigno clima,
l menos, no desamparado por la bella Luz Empírea,
eguros, que al destello del oriente rayo
e purgue de estas brumas; y el suave aire delicioso
anará la cicatriz de estos fuegos corrosivos
on su bálsamo. Mas antes ¿quién irá
n busca de este nuevo mundo, a quién juzgamos
uficiente? ¿Quién con pies errantes tentará
l infinito opaco insondable Abismo
a través de oscuridad tangible encontrará
amino misterioso, o desplegando vuelo etéreo
ostenido por sus alas incansables
ruzará la vasta sima y podrá alcanzar
a Isla afortunada? ¿Qué poder, qué arte
astará, o qué evasión segura esquivará
a estricta centinela y los puestos densos
e Ángeles vigías? Aquí precisará
e toda su cautela, no menos que este Cónclave ahora
gudeza en el sufragio: pues en ese que enviemos
uestra última esperanza pesa.»
Dicho esto se sentó; y expectante se mantuvo
u mirada, aguardando quién saldría
secundarlo, refutarlo, o asumir
a peligrosa hazaña: pero todos se tuvieron mudos,
onderando el riesgo con profundos pensamientos;
cada cual en rostro ajeno leía el propio desaliento,
terrado: nadie entre toda aquella flor
e los Celímacos[65] Campeones se encontraba
ue, valiente, aceptase o se brindase en solitario
l tremebundo viaje. Hasta que al fin
atán, a quien ahora una gloria trascendente alzaba
obre todos sus cofrades, con orgullo regio
consciente de alto mérito, habló impertérrito:

«Oh Progenie de los Cielos, Tronos del Empíreo,
on razón silencio hondo y reticencia
s callan, no os desmayan: largo es el camino
duro, que de los Infiernos guía a la luz;
uestra cárcel, fuerte: esta gran convexidad de Fuego
ronto a devorar nos cerca nueve veces
Portales de adamante enardecido
os encierran, impidiendo toda huida.
asados éstos, si alguien pasa, el recóndito vacío
e la Noche inesencial lo admite luego
n su anchas fauces, y con pérdida total del ser
o desafía, sumido en ese pozo abortivo.
i de ahí escapa a otro mundo concebible
región ignota, ¿qué podrá esperarle
ino ignotas ordalías y ardua huida?
ero mal merecería el Trono yo, oh Pares,
esta Imperial Soberanía, ornada
e esplendor, armada de poder, si propuesta
eputada de importancia pública,
or su peligro o sus escollos, me arredrase.
Por qué habría de asumir reales privilegios,
or qué habría de aceptar el reino
rechazar la inmensa parte de peligro
ue conlleva parte igual de honores, propias ambas
e quien reina, de más riesgo aun acreedor
uesto que exaltado sobre el resto
lto asiento tiene? Id, pues, grandes Potestades,
unque caídas, el Terror del Cielo; procurad en casa,
lientras ésta sea nuestra casa, lo que más alivie
a presente desventura y el Infierno haced
lás tolerable, si es que hay cura o sortilegio
ue endulce, engañe, o mitigue el dolor
e esta fúnebre mansión: no ceje vuestra guardia
ontra un rival atento, mientras yo lejano,
or las costas todas de sombría destrucción persigo
ibertad, y para todos: a esta empresa

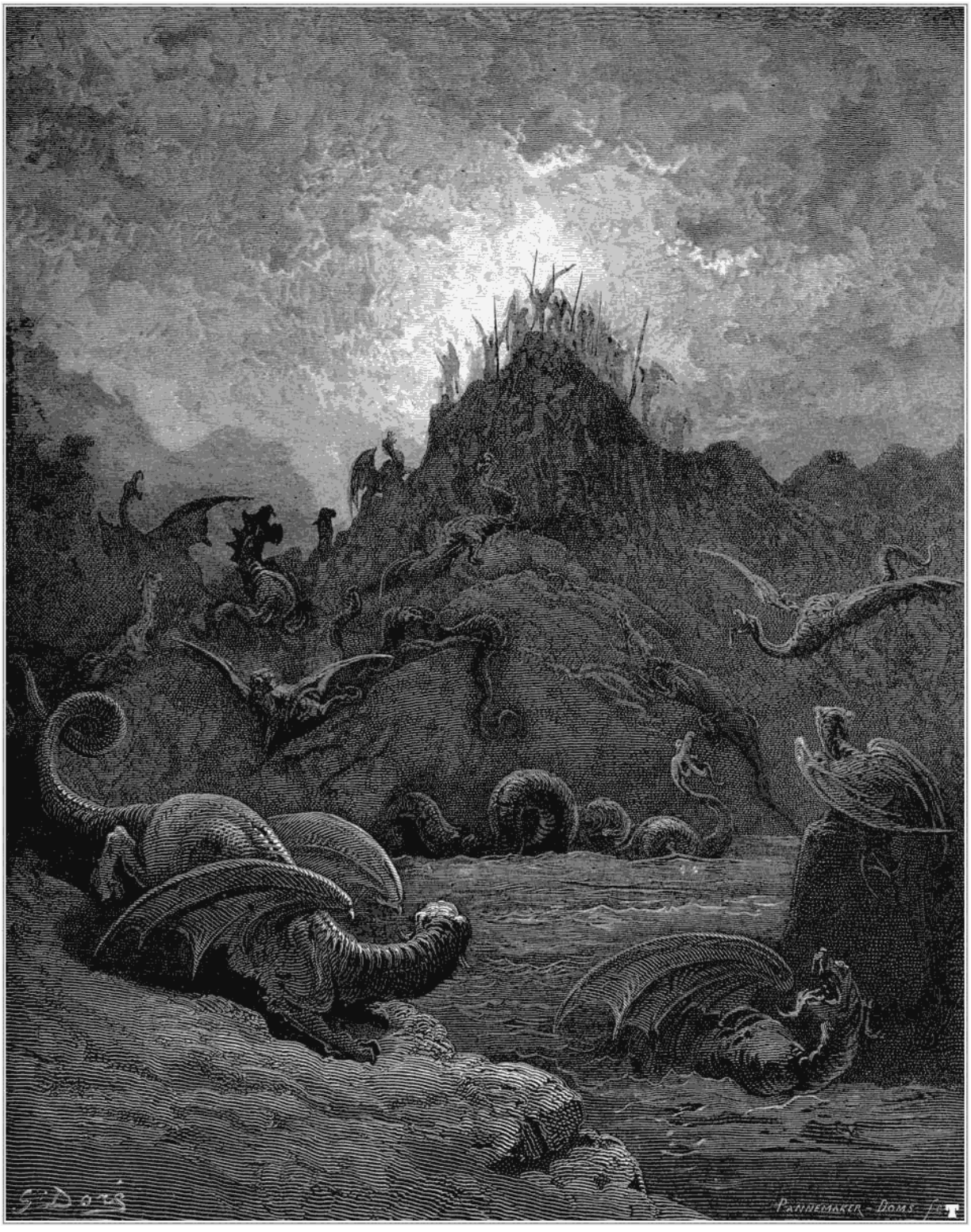
adie irá conmigo». Dicho esto ya se alzó
l Monarca, impidiendo toda réplica:
rudente, que azuzados por su arrojo
tros entre los Primeros ofreciesen ahora
Ciertos del rechazo) lo que antes han temido;
, rehusada así su oferta, en prestigio con él mismo
ompitieran, tras lograr barato el alto lustre
ue él con riesgo inmenso buscará. Mas ellos
o temían tanto la aventura cual su adusta
oz: con él al pronto se levantan
su alzarse fue de pronto un ruido
e tronar remoto. Hacia él se inclinan
on temida reverencia honda; y como a un Dios
o alaban, con el mismo culto que al Altísimo del Cielo:
no callaron cuánto valoraban
ue por la común seguridad la propia
espreciase: pues no pierden los Espíritus malditos
oda su virtud; así los hombres viles pueden presumir
e sus actos fementidos en la Tierra, que la gloria excita
ambición secreta barnizada de fervor.
sí su equívoca consulta oscura
erminó, con júbilo en su impar Caudillo:
sí de cimas montañosas nubes negras
uben, mientras duerme el viento norte, y cubren
a faz de un cielo alegre; el sombrío Elemento
l paisaje oscurecido atrista, dando lluvia o nieve;
i el Sol radiante acaso, con amable despedida,
u rayo vespertino alarga, la campiña resucita,
antan otra vez las aves y balando los rebaños
testiguan su contento, que en monte y valle tienen eco.
Oh vergüenza, el hombre!, que demonio con demonio
irme acuerdo firma, condenado; sólo el hombre,
ntre todo ente racional, disiente, aunque por anhelo
e celeste gracia: y aun si Dios proclama paz,
iven con rencor, enemistad, contienda
ntre ellos mismos, provocando crueles guerras,

evastando el mundo, para mutua destrucción:
ual si (pudiendo ello inducirnos al concierto)
o tuviese el Hombre su diabólico rival,
ue día y noche espera su catástrofe.
El Estigio Cónclave así se disolvió; en orden
mergieron los excelsos Pares del Infierno:
n medio de ellos, su Adalid grandioso; parecía
l solo el Rival del Cielo, y no menos
l temible Emperador del Tártaro con pompa suma
majestad copiada del Altísimo:
na esfera de ígneos Serafines lo rodea
on heráldica brillante y armas erizadas.
espués, de su sesión concluida anuncian
on trompetas regias el ilustre resultado:
los cuatro vientos cuatro raudos Querubines
levan a sus bocas la sonora alquimia[66]
xplicada por voz de heraldo: el hueco Abismo
yó, de punta a punta, y toda la infernal Legión
on estentóreo grito eleva fuerte aplauso.
uego, más contentas y alentadas
or las falsas esperanzas vanas, las cohortes
e desbandan y, errabundo, cada uno sigue
enda peculiar, según tendencia o triste opción
erplejo lo conduzcan donde tregua encuentre
ara tanta desazón y el fastidio de las horas
ueda capear hasta el regreso de su gran Caudillo.
arte en la llanura o, con ala enérgica sublime
or el aire, o en rápida carrera pugna,
ual en Juego Olímpico o en Campos Pitios[67];
arte engalla sus ardientes potros o la taina circunvala[68]
on rueda rauda, o escuadrones confrontados forma.
sí a veces, para advertir a urbes orgullosas,
uerra muestra el cielo atribulado y, en las nubes,
uestes corren al combate; de las dos vanguardias
éreos paladines se adelantan, cruzan lanzas,

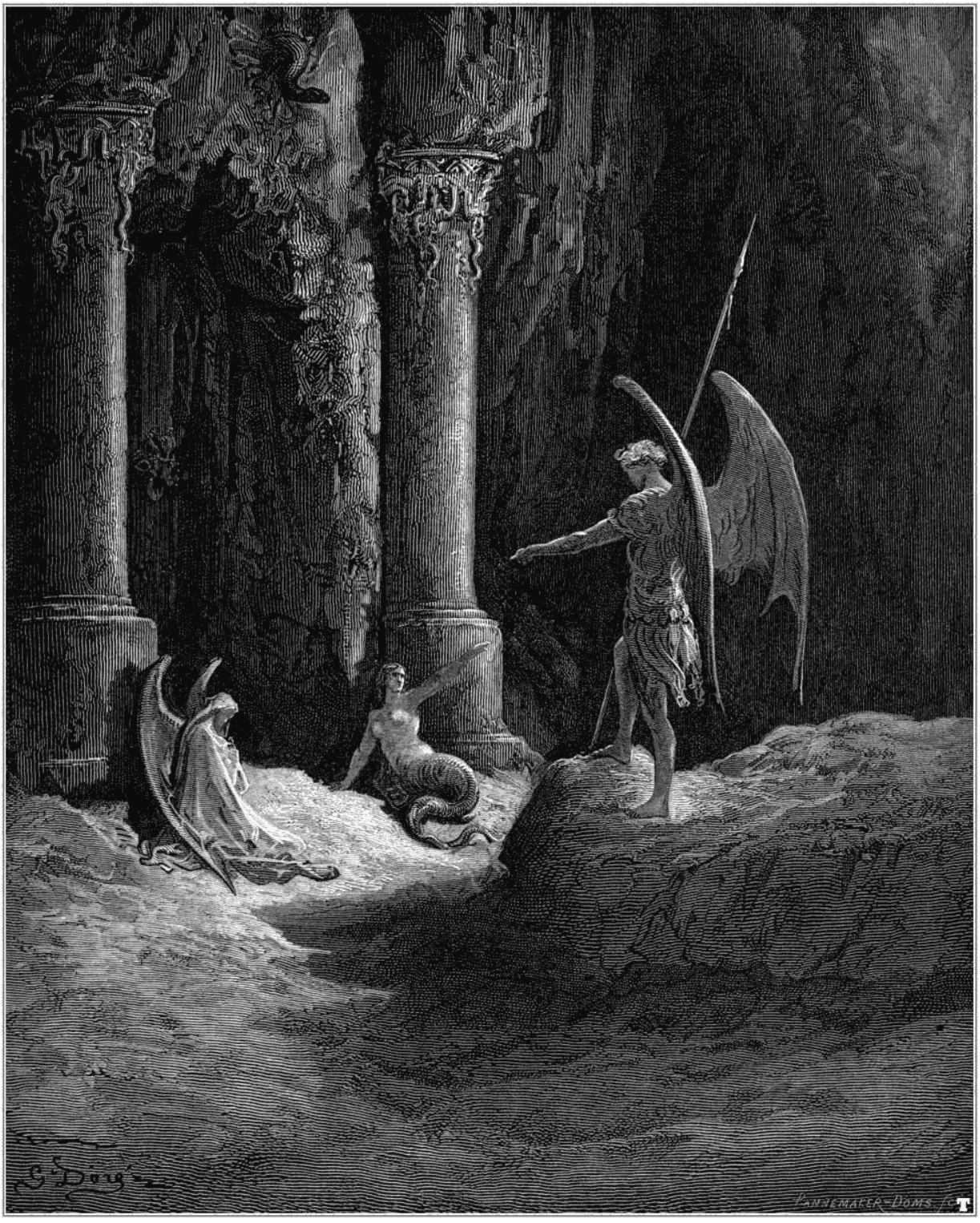
asta que legiones más compactas chocan:
estas de ambos bandos prenden la empírea cúpula.
tros, más brutales, con inmensa cólera tifónica[69]
rrancan rocas y montañas y cabalgan por el aire
uracanados; el Infierno no soporta su fragor.
omo cuando Alcides con el triunfo de Ocalia
oronándole sintió la ropa emponzoñada
en tormento descuajó los pinos de Tesalia,
rrojando a Licas de la cúspide del Eta
l mar de Eubea[70]. Otros más serenos,
etirados a un valle silencioso, cantan
on angélicas cadencias al son de arpas numerosas
us heroicas proezas y caída infortunada
or el hado de batalla; y lamentan que el destino
a virtud someta libertaria al azar o fuerza.
arcial su canto, cierto, mas la armonía
¿Y qué menos si Espíritus eternos cantan?)
uspendía el Infierno todo, arrobando
la audiencia vasta. En discurso más templado
La elocuencia el alma, el canto los sentidos prenda)
parte otros se sentaban en colina más distante,
umergidos en ideas elevadas y filosofar sublime
obre Providencia, la Presciencia, Voluntad y Destino,
l destino fijo, libre voluntad, presciencia íntegra,
in hallar un fin, perdidos en errantes laberintos.
el bien y el mal porfiaban mucho,
e la dicha y la miseria última,
e Pasión y de Apatía, de gloria y de vergüenza,
odo vana ciencia y mendaz filosofía:
las con sortilegio plácido lograba despistar
a angustia por un rato, y el dolor, e inducía
alsas esperanzas, o armaba el pecho endurecido
on tenaz paciencia cual con triple acero.
tra parte en escuadrones o sólidas mesnadas,
aventuras corren temerarios, a explorar

l tétrico inframundo por si clima alguno
es rindiera habitación más plácida:
uatro sendas siguen las alígeras columnas, por orillas
e los cuatro ríos del Infierno que vomitan
n el lago ardiente sus fatídicas corrientes:
l Estigio aborrecible, cauce de mortal desprecio,
riste el Aquerón de penas, hondo y negro;
l Cocito, le dan nombre los lamentos fuertes
ídos en las aguas consternadas; fiero Flegetón
uyo fuego torrencial inflama de ira su oleaje.
ejos de estos cuatro, lento y silencioso,
l Leteo, río del olvido, serpentea dibujando
u acuoso laberinto y quien bebe de él
l instante olvida el ser y previo estado,
lvida dicha y daño, el placer y padecer[71].
lás allá del río un helado continente
e expande fosco y bravo, castigado por tormentas
e perenne vendaval y de granizo, que en tierra firme
o deshiela, se acumula, y parece ruinas
e vetusta mole; todo el resto honda nieve y hielo,
n profundo abismo cual la ciénaga sirbonia,
ntre el Monte Casio antiguo y Damieta,
ue ejércitos enteros se tragó[72]: el aire seco
uema gélido, y el frío obra como el fuego.
llí por Furias[73] arrastrado de pies de arpía,
odo condenado, en ciertas eras de los astros,
ermina: y por turno siente los amargos cambios
e extremos fieros, aún más fieros por el cambio;
esde lechos de enconado fuego a matar en hielo
u calor suave, etéreo, y ahí sufrir,
nmóvil y transfijo, todo helado alrededor,
eriodo tras periodo, y de allí otra vez al fuego aprisa.
n barca cruzan el canal Leteo,
delante, atrás, que el pesar les crezca,
ellos quieren e intentan, al pasar, tocar

as aguas tentadoras y perder, con nimia gota,
n dulce olvido, toda pena y daño,
l instante todo, y tan cerca del carel;
las se opone el hado y para impedir la acción
ledusa[74] con terror gorgóneo guarda
l vado, y el agua por sí misma huye
odo intento de gustarla, como huyó un día
e Tántalo[75], sus labios. Y así, avanzando
n confusión y desamparo, las mesnadas peregrinas
on horror estremecido y ojos espantados
escubrieron su penosa suerte y reposo
o tuvieron: más de un valle atroz y fosco
travesaron, y regiones dolorosas,
luchos Alpes gélidos y muchos incendiados,
ocas, cuevas, lagos, cienos, antros, sombras de la muerte,
niverso de la muerte que, por anatema, Dios
reó maligno, para solo bien del mal,
onde toda vida muere, muerte vive, y Natura engendra,
etorcida, los monstruos y las cosas de portento,
bominables, inefables, y peores todavía
ue los cuentos imaginan o el miedo concibió:
idras y Gorgonas y Quimeras[76] del espanto.


G. Doré
Pannemaker - Doms. fec.

El Adversario, mientras, de Dios y el Hombre,
atanás con mente enardecida por altísimo designio
lueve raudas alas y hacia las Puertas del Infierno
nsaya solitario vuelo; a ratos
oza el litoral derecho, el izquierdo a ratos,
hora raspa el piélago con ala plana, luego asciende
asta el ardiente cóncavo en la altura.
sí en el mar se avista desde lejos una flota
ue colgase de las nubes: vientos de equinoccio
esde el golfo la espolean de Bengala o las islas
e Ternate y de Tidor[77], de donde traen los mercaderes
us especias perfumadas; éstos en corriente alisia
or el ancho Índico hasta el Cabo[78]
ontra el viento pujan en la noche, hacia el polo.
al en la distancia el Diablo volador: se ve al fin
l linde del Infierno hasta el hosco techo,
tres veces triples Puertas: tres batientes bronce,
res de hierro, tres de adamantina roca,
npenetrable, empalizadas de un fuego circundante
inconsunto. Ante las Puertas se sentaba,
cada lado, una forma portentosa:
na parecía mujer, y bella, hasta el cinto,
ero terminaba inmunda, en muchos pliegues escamosos,
astos y masivos, una sierpe armada
on mortal aguja; y rodea su cintura


G. Doré
LANDELAER-DOMS

a infernal jauría, que incesante ladra
on cerbéreas fauces[79] anchas, provocando
co horrísono; mas, si quieren, estos canes trepan
uando algo turba su ruido, a la entraña de ella
ahí se encovan, aún aullando y ladrando,
ıvisibles dentro. Otros menos espantosos
Escila[80] molestaban al bañarse en ese mar
ue Calabria parte de la orilla desabrida de Trinacria;
lás benignos los que siguen a la Arpía Nocturna
uando, en secreto invocada y cruzando el aire,
cude, al olor de sangre niña, a danzar
on brujas de Laponia, mientras triste eclipsan
us ensalmos a la Luna. La otra forma,
i es forma lo que forma no tenía
e miembros o junturas distinguibles,
substancia ha de llamarse lo que sombra parecía,
ues parecía una y otra: negra se alzaba como Noche,
iera cual diez Furias, como Averno tremebunda,
blandía un Dardo pavoroso; lo que su cabeza parecía
ortaba como sombra de corona regia.
atán estaba cerca ahora, y de su puesto
l monstruo se adelanta con idéntica premura
zancada horrenda: el Infierno con sus pasos tiembla.
l Demonio, impávido, lo asombra aquello;
o asombra, no lo arredra: salvo Dios y el Hijo
o hay creada cosa que le afecte o que rehuya;
con mirada desdeñosa, así comienza:
«¿Qué eres, cuál tu origen, execrable forma,
treviéndote, si cruel y horrible, a cruzar
u faz deforme en mi camino
acia esas puertas que he de atravesar,
o lo dudes, sin permiso tuyo?
parta o gusta tu locura y aprende,
artáreo engendro, a no retar a Espíritus del Cielo».

A lo que el Endriago replicó, de ira lleno:
¿Eres tú el Ángel, tú el Traidor,
ue primero quebrantó la paz del Cielo, y la fe,
ıcólume si no, y con rebeldes armas orgullosas
rrastraste un tercio de los Hijos del Empíreo,
onjurados contra Dios, por lo que tú y ellos,
esterrados de lo Alto, aquí cumplís condena:
onsumir eternos días en penas y dolor?
Y te cuentas entre Espíritus del Cielo,
ıfernal convicto, y exhalas desafío y desdén, aquí,
onde yo, Rey, reino y, para sublevarte más,
ey tuyo y Dueño? Vuelve a tu tormento,
also fugitivo, y a tu prisa da mejores alas,
ue no castigue tu demora con azote
e escorpiones, o que un golpe de este dardo
e provoque raro espanto y un dolor que ignoras».
Así habló el lúgubre terror y su figura,
on esta verba y amenazas, se volvió diez veces
lás atroz y más deforme: al otro lado,
ebosando indignación, Satán se alzaba
npávido, y como un cometa ardía
ue al gran Ofiuco[81] incendia en todo su largor
el cielo ártico, y cuya hirsuta cabellera
estilencia emite y guerra. Cada uno a la cabeza
u letal embate apunta; sus fatales manos
o pretenden otro golpe y con ceño tal
e observa uno a otro como nubes negras
ue, cargadas con celeste artillería, rugiendo llegan
obre el Caspio, frente a frente quedan
ilatando un lapso, hasta que los vientos soplan seña
e trabar su oscura pugna en el aire medio:
al la ira de los grandes oponentes que el Infierno
e volvía más opaco con su ceño, tan idénticos en fuerza;
orque sólo una vez más hallaría cada uno
nemigo tan potente. Y ahora grandes hechos

abrían ocurrido, y sonado su eco en todo el Tártaro,
i la serpentosa Maga que a las Puertas
el Infierno se sentaba y guardaba la nefasta llave
o se alzara y con grito horrible interfiriera.
«Oh Padre, ¿qué pretende —aulló— tu mano
ontra tu Hijo único? ¿Qué furia, oh Hijo,
e posee, que diriges tu mortífero venablo
ontra la cabeza de tu Padre? Y ¿sabes por quién?
or ese que se sienta arriba y de ti se ríe
lientras, su sirviente, ordenándote ejecutar
o que su rabia (que justicia llama) quiera;
abia que un día os destruirá a los dos.»
Esto dijo, y a sus palabras la infame Pestilencia
e detuvo; Satanás entonces le responde:
«Tan extraño tu clamor y tan extrañas las palabras
nterpuestas, que mi mano, de improviso
uieta, no dirá con hechos todavía
o que intenta, hasta que de ti primero sepa
ué cosa seas, con esta doble forma, y por qué,
allada en este valle por primera vez, me llamas
adre y a ese Espectro Hijo llamas de mi ser.
o te conozco y nunca hasta ahora mismo
i apariencias más odiosas que él y tú».
La Portera del Infierno así le replicó:
¿Me has olvidado, pues, y soy ahora
tus ojos tan inmunda como bella otrora,
n los Cielos, cuando en la Asamblea, y a la vista
e los Serafines todos, a ti asociados
n audaz conjura contra el Rey empíreo,
e pronto un mísero dolor te sorprendió,
e ofuscó los ojos, que bregaron en vahído
e tinieblas, mientras tu cabeza llamas densas, raudas,
rrojaba, hasta que del lado izquierdo, bien abierto,
emejante a ti en la forma y la fulgente faz,
elestemente luminosa y bella, armada Diosa,

rorrumpí de tu cabeza[82]: el asombro cautivó
la Hueste entera de los Cielos, y asustados recejaron
l principio, y Pecado me llamaron, y por signo
ortentoso me tuvieron; mas con tiempo
es gusté, y con gracias seductoras me atraje
l más adverso, a ti primero, que hallando
on frecuencia en mí tu imagen más perfecta
e enamoraste y tales gozos compartías
onmigo arcanamente, que mi entraña concibió
reciente fardo. Mientras estalló la guerra,
en los campos se lidió del Cielo, donde obtuvo
/ qué menos) el Rival Omnipotente
laro triunfo; nuestro bando, pérdida y catástrofe
or el Empíreo entero: y cayeron ellos,
rrojados de cabeza desde el Zénit de los Cielos,
este Abismo, y en el general desplome,
o también: momento en que esta Llave poderosa
mi mano le fue dada, con encargo de guardar
erradas estas Puertas para siempre, y que nadie las pasara
in mi venia. Pensativa, me quedé aquí pues,
solas, aunque no por mucho, hasta que mi entraña,
or ti preñada y ahora inmensa,
rodigiosa convulsión sintió y brutal dolor de parto.
l fin este odioso vástago que ves,
ijo tuyo concebido, hendió violenta senda
esgarrándome por dentro y, deforme por el miedo
el martirio, toda mi figura baja
lteró su aspecto: mas él emergió,
li enemigo innato, agitando su fatídico venablo,
echo para devastar: yo huí, «Muerte» fue mi grito;
embló el Infierno con el torvo nombre y suspiró
n todas sus cavernas: eco resonó de «Muerte».
o huí, mas él me persiguió (más picado, parecía,
or lascivia que por rabia); mucho más veloz,
le dio alcance, a mí su madre exhausta,

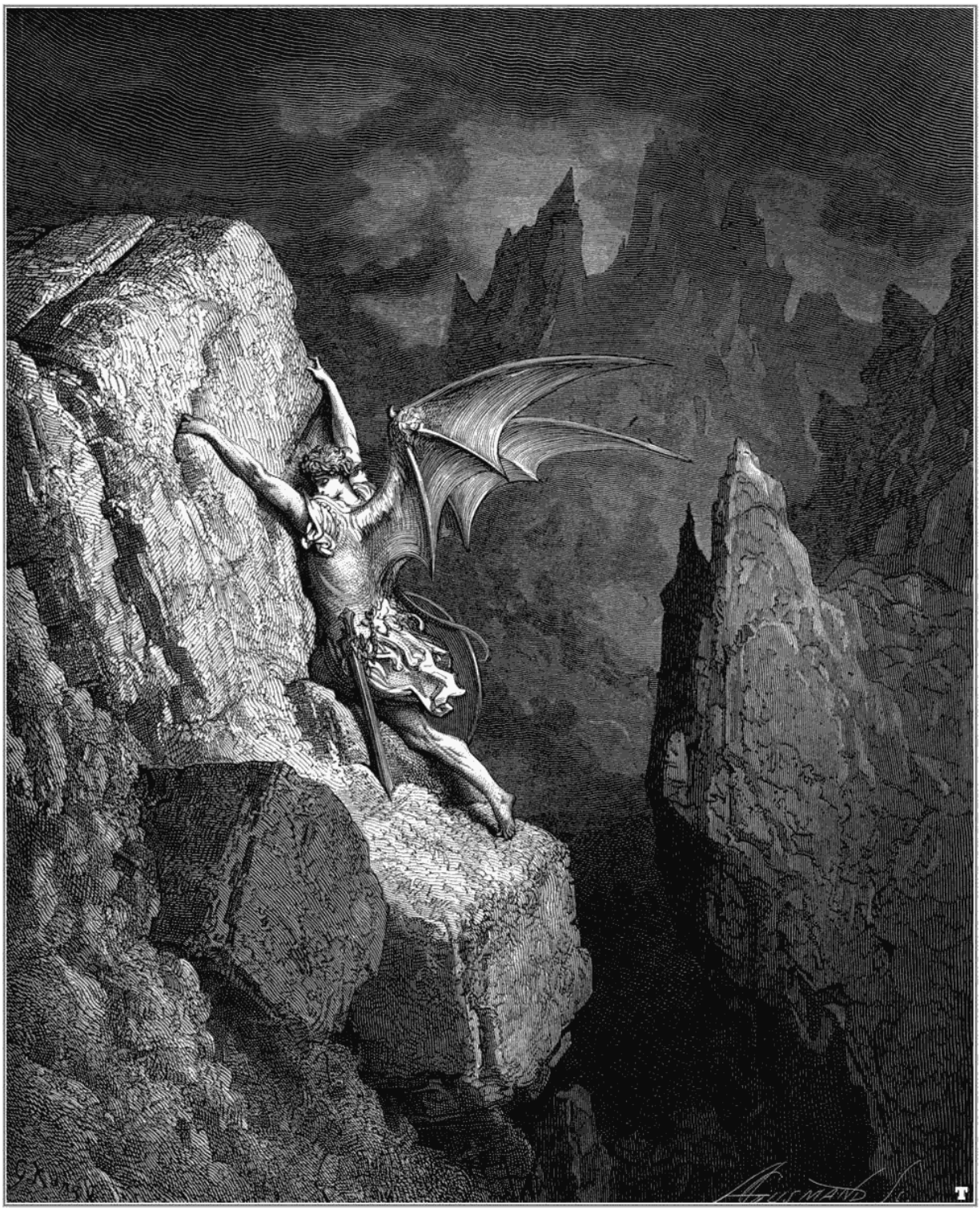
con forzoso inmundo abrazo
n mí engendró: del estupro concebí
os monstruos que con grito interminable
le rodean, como has visto, hora a hora concebidos
paridos cada hora, con miseria eterna
ara mí, pues cuando quieren, a la entraña
ue los hizo vuelven, y aúllan y corroen
lis adentros, su alimento; luego, prorrumpiendo afuera
evividos, con horror consciente me atosigan,
ue ni tregua ni reposo alguno encuentre.
nte mí sentado en parte opuesta,
luerte lúgubre, mi Hijo y enemigo, los azuza,
a mí, Progenitora suya, pronto engulliría
falta de otra presa, si ignorase
ue su fin del mío pende. Y sabe que sería yo
ocado muy amargo, y también su ruina
n la hora que le aguarde: tal decreta el hado.
las tú, oh Padre, te prevengo, evita
u mortal saeta; no esperes vanamente
er invulnerable en tu armadura esplendorosa,
unque de empíreo temple, pues su golpe es asesino:
alvo quien arriba reina, nadie puede resistirlo».
Concluyó ella, y el sutil Demonio aquella historia
izo suya pronto; manso ahora, respondió suave:
Hija amada, puesto que me dices Padre tuyo
mi bello Hijo aquí me muestras, estimada prenda
e amoríos que contigo tuve Arriba, y de un goce
ue fue dulce, de recuerdo triste ahora por el cambio
ue sufrimos, espantoso, imprevisto, sabe esto:
o soy vuestro enemigo, vengo a liberaros
e esta casa oscura y triste de dolor,
ti y a él y a toda la celeste Tropa
e Espíritus que, en nuestras justas pretensiones bélicas,
ayeron con nosotros de lo Alto: de ellos vengo,
n misión extraña y solitaria; y, por todos uno,
al me arriesgo, recorriendo con pies desamparados

ste Abismo sin cimientos, y por el vacío inmenso
usco, errabundo y por signos convergentes,
n lugar predicho, hace tiempo ya
reado, vasto, esférico, un lugar de dicha
n los Lindes del Empíreo, y puesta allí
na raza de arribistas criaturas por colmar
caso los vacíos que dejamos, pero más lejanos,
ue al Cielo, saturado de potente multitud,
o sacudan nuevos alborotos. Sea esto, o cosa
lás secreta lo que ahora se pretende, vuelo
descubrir y, descubierto, pronto volveré
llevaros al lugar en que tú y Muerte
loraréis felices, y de parte a parte inadvertidos
olaréis silentes por el aire dúctil, de perfumes
npregnado; pues allí seréis nutridos y saciados
nfinitamente: toda cosa vuestra presa».
cesó, pues ambos parecían satisfechos,
Muerte sonreía espeluznante, espectral, al oír
ue su hambre fiera se hartaría, y sus fauces bendecía
estinadas a la hora buena: no menor la dicha
e su Madre mala, que así habló al Progenitor:
«La Llave del tartáreo Abismo por derecho
por mandato del Rey Omnipotente de los Cielos
uardo, con precepto de no abrir
l Portal adamantino; contra toda fuerza
luerte se halla presto a interponer su dardo,
estemido de cualquier poder viviente.
las ¿qué debo yo al que esto ordena arriba
, odiándome, me ha precipitado
esta lobregura del profundo Tártaro,
quedarme aquí cautiva en oficio odioso,
o, del Cielo un habitante, Celinata[83],
quí en agonía y en suplicio perdurables,
on terrores y clamores circundándome
e mi propia prole, que se ceba en mis entrañas:

res tú mi Padre, tú mi Autor, tú
le diste el ser: ¿a quién obedecer si no,
quién seguir? Tú pronto me guiarás
ese mundo nuevo de fruición y luz, entre
ioses que perviven venturosos, donde reinaré
oluptuosa a tu derecha, como incumbe
tu Hija y bienamada, para siempre».
Diciendo esto, del costado toma la nefasta Llave,
ıstrumento trágico de todos nuestros males[84],
hacia los Portales repta su bestial figura.
l instante levantó el rastrillo inmenso,
ue ningún poder estigio, salvo ella,
udo haber movido; luego, en la bocallave gira
l intrincado paletón y cada cierre y barra
e masivo hierro o roca sólida con sencillez
escierra: súbitas, de par en par se abren
on abrupto retroceso y chirriante ruido
as Puertas del Infierno, y en sus goznes ronca
osco trueno que hasta la última hondura agita
el Erebo. Ella abriolas, mas cerrarlas
xcedía su poder: quedaron los Portales tan abiertos
ue con alas desplegadas una hueste espléndida
odía atravesarlas bajo enseñas y oriflamas,
on caballos y con carros en difusa formación;
sí, de par en par quedaron y, cual boca de horno,
omitaban densos humos, rojas llamas.
sus ojos —repentino panorama— se mostraron
os secretos del vetusto abismo, un oscuro
mitable océano sin horizonte o dimensión,
onde el largo, ancho, alto, tiempo y sitio
ierden su sentido, y la Noche anciana
Caos, los Ancestros de Natura, ejercen
u anarquía eterna, en medio del tumulto
e incesantes guerras: confusión los fundamenta.
ues Calor y Frío, la Humedad y Sequedad,

uatro fieros campeones, se disputan el dominio
a la liza embriónicos sus átomos arrojan;
ajo cada insignia partidista, en sus varios clanes,
ien ligeros o pesados, duros, lisos, lentos, raudos,
ululan numerosos, incontables como arenas
a de Barca, o de Cirene[85] el suelo tórrido,
eclutada liga de los vientos guerreantes, y peso
e sus alas más livianas. El que más adeptos tiene
n momento impera: Caos arbitra,
por decisión complica la contienda
on la que gobierna; y siguiente en el arbitrio,
eina Azar en todo. A este Abismo delirante,
tero de la Natura y quizá su sepultura,
o de mar ni litoral, ni de aire ni de fuego,
-Todos éstos en sus causas fecundantes
onfundidos, que por siempre así han de pelear
menos que el Creador Omnipotente les ordene
us oscuros materiales por crear más mundos—
este Abismo delirante el Demonio cauteloso,
e pie al borde del Infierno, mira un rato
onderando el viaje, pues no es angosto el estuario
ue ha de atravesar. No repicaba menos su oído
e sonidos fuertes y ruinosos (comparando
randes con pequeñas cosas) que al tronar Belona[86],
on sus máquinas de guerra todas, cuando arrasa
lguna capital; o menos que si la armazón
e desplomase del Empíreo y estos elementos
ublevados arrancaran de su eje
a constante Tierra. Por fin, alas como velas
l despliega para el vuelo y en bullente humo
levándose desprecia el suelo. Muchas leguas
ube luego y cruza bravo, cual si en nuboso asiento,
las fallándole esta silla pronto, cae
una vasta vacuidad: de improviso,
evoleando inútiles sus remos, se hunde como plomo

iez mil brazas y hasta esta hora
eguiría aún cayendo si, por mala suerte,
a explosión de alguna nube turbulenta,
ue preñaban fuego y nitro, no lo hubiese proyectado
antas millas a lo alto: esta furia se calmó,
xtinta en sirte cenagosa, que no era mar,
i buen terreno seco. Casi hundido él prosigue,
rega en la tosca consistencia ya a pie,
a volando; ya querría vela y remo.
omo el Grifo que a través del páramo,
on curso alado sobre monte o valle yermo,
ersigue al Arimaspo[87], que furtivo
e su alerta vigilancia le ha robado
l oro custodiado, tan ansioso este Demonio
or fangal o risco, angostura, escarpa, zona densa o rara,
on cabeza, manos, alas, pies prosigue su camino;
ya nada, ya bucea, ya vadea, o repta, o vuela:



inalmente, un universal barullo fiero
e atónitos sonidos y de voces confundidas
través de la oscurana hueca su oído asalta
on vehemencia estrepitosa: hacia él avanza,
in temer hallar allí el Poder
Espíritu del más profundo Abismo
ue en aquel estruendo habite y preguntarle
ónde está la costa de tinieblas más cercana
ronteriza con la luz; justo entonces ve de Caos
l Trono y su negro pabellón anchosamente
esplegado en la hondura devastada; junto a él
a Noche sable ocupa el Trono, la abuela de este mundo
del Reino la Consorte; a su lado estaban
rco, Hades[88] y el temido nombre:
emogorgon. Y después Rumor y Azar,
Tumulto y Confusión enmarañada,
Discordia con millar de bocas varias.
Y Satán tornándose valiente a ellos: «Oh Poderes
Espíritus de este Abismo extremo,
aos y Noche anciana, no un espía os llega,
on propósito de descubrir o perturbar
os secretos de este Reino: obligado vengo
errar en este yermo penumbroso, pues mi senda
ruza vuestro vasto Imperio hasta la luz,
olo, sin un guía, perdido casi, busco
ué camino lleve recto donde vuestras lóbregas fronteras
inden con el Cielo. O si algún lugar distinto
onquistado a vuestro feudo el Rey Etéreo
ıvadió hace poco, por llegar a él
ecorro yo esta sima: dirigid mi curso.
irigido, no escasa recompensa
abrá de reportaros, cuando tal región perdida,
xpulsada toda usurpación, reduzca yo
su original tiniebla y vuestro imperio

Fin de mi presente viaje), y de nuevo
lante allí la enseña de la Noche anciana;
uestra toda la ventaja, mía la venganza».
Así Satán; y a él así el viejo Anarca[89]
on discurso vacilante y rostro trémulo
e respondió: «Extranjero, te conozco; sé que eres
se gran Caudillo Angélico que no hace mucho
e opuso al Rey del Cielo y fue vencido.
o vi y oí, pues hueste tan copiosa
o escapa silenciosa por la hondura estremecida
on derrota más derrota, ruina sobre ruina,
onfusión más confundida; y las Puertas del Empíreo
ertieron a millones sus milicias victoriosas,
ersiguiéndoos. Aquí entre mis fronteras
engo residencia, si todo lo que puedo sirve
ara defender lo poco que me queda,
lutilado siempre aún por riñas intestinas
ue el Cetro cansan de la Noche anciana: el Tártaro
rimero, vuestra cárcel por debajo inmensa;
hora Cielo y Tierra, otro mundo suspendido
or encima de mi Reino, sujetado con cadena áurea
ese lado del Empíreo que vio caer a tus legiones.
i ése es tu camino, el final no queda lejos;
anto más cercano así el peligro. Ve y suerte.
uina, merma, estrago son mi premio».
Cesó. No se detuvo Satanás a replicar,
ino contento, pues su mar tendría orilla pronto,
on presteza renovada y frescas fuerzas,
alta arriba cual pirámide de fuego,
l bravio espacio, y a través del choque
e elementos en contienda rodeándolo
or todas partes, labra su camino:
lás difícil y arriesgado que el de Argos[90] al cruzar
l Bosforo entre rocas contrincantes;
cuando Ulises a babor Caribdis eludía

al otro lado un remolino amenazaba.
e este modo, con aprieto y denuedo cruel
larchaba, con aprieto y denuedo él;
las una vez pasó, muy poco tras caer el hombre,
Rara Alteración! Pecado y Muerte rápido
iguiéndole los pasos —tal la voluntad del Cielo—,
onstruyeron un camino ancho y claro
obre el fosco Abismo, cuya hirviente sima
lansa soportó tal puente de largura formidable,
esde los Infiernos hasta el Orbe más remoto
e este Mundo frágil: los Espíritus protervos
o atraviesan sin penuria de un extremo al otro
ara seducir o castigar a los mortales, salvo a quien
ios y buenos Ángeles, por gracia privativa, guardan.
las por fin ahora, el sagrado influjo
e la luz se muestra y de los muros de los Cielos
radia lejos hasta el seno de la Noche vaga
na aurora trémula. Pues aquí Natura empieza,
u orilla limitánea, y Caos recede
omo de sus obras avanzadas agresor frustrado
on menor tumulto y menor fragor adverso;
quel Satán, con menos pena, y ahora con soltura,
lota en la ola calma, por la luz incierta,
cual barco zozobrado llega bien contento
puerto, aunque con obenques y poleas rotos;
en el éter solitario, similar al aire,
ende con extensas alas quietas, contemplando en calma
l distante Empíreo, que se expande vasto
lrededor —acaso círculo, quizá cuadrado—,
on torres opalinas y almenas adornadas
e Zafiro vivo, en otro tiempo patria suya;
justo allí, colgando de cadena áurea,
ste mundo pénsil, en tamaño como estrella
e pequeña magnitud junto a la Luna.
acia él, ahíto de perversa saña,
laldito y en maldita hora, se apresura.

Libro III

EL ARGUMENTO

Dios sentado en su Trono ve a Satán volar hacia este mundo, por entonces recién creado; se lo muestra al Hijo, sentado a su diestra; predice que Satán conseguirá pervertir a la humanidad; exime a su Justicia y Sabiduría de toda imputación, puesto que ha creado al hombre libre y suficientemente capaz de resistir a su tentador; pero declara su propósito de Gracia para con él, ya que éste cayó no por su propia maldad, como Satán, sino seducido por él. El Hijo de Dios rinde alabanza al Padre por la manifestación de su propósito misericordioso para con el hombre. Pero Dios declara de nuevo que no puede otorgarse Gracia al hombre sin satisfacer la justicia divina: el hombre ha ofendido la majestad de Dios al aspirar a la Divinidad y por ello, consagrado a la muerte con toda su progenie, debe morir; a menos que surja alguien lo bastante digno para responder por su ofensa y sufrir su castigo. El Hijo de Dios se ofrece libremente como rescate por el hombre: el Padre lo acepta, decreta su encarnación, proclama su exaltación por encima de todo Nombre en el Cielo y la Tierra y ordena que todos los Ángeles lo adoren. Éstos obedecen y, cantando himnos al son de sus arpas en coro, loan al Padre y al Hijo. Mientras, Satán se posa en la desnuda convexidad del orbe más remoto de este universo[91]*, donde, errante, descubre un lugar desde entonces llamado Limbo de Vanidad. Qué personas y cosas van a parar allí volando. Desde allí llega hasta el Portal del Cielo; se le describe ascendiendo por las escaleras y se describen las aguas sobre el firmamento que fluyen desde allí: su tránsito desde allí al orbe del Sol. Encuentra allí a Uriel, el Regente de ese orbe, pero él asume primero la forma de un Ángel menor y, simulando el ferviente deseo de contemplar la nueva creación y al hombre que Dios ha emplazado allí, le pregunta por el lugar donde habita y Uriel le señala el camino. Se posa primero en el Monte Nifates.*

alve Luz sagrada[92], Primogénita del Cielo,
O del Eterno coeterno rayo puedo,
in ofensa, titularte? Ya que Dios es luz

nunca más que en luz inalcanzada
a morado desde la Eternidad, moró en ti pues
úlgida efluxión de fúlgida esencia increada.
O el título prefieres de etéreo, puro manantial
uya Fuente quién dirá? Pues antes que el Sol,
ntes que los Cielos eras y, a la voz
e Dios, cual manto recubriste
l mundo que surgía de aguas foscas y profundas,
onquistado al vacío e infinitud informe.
ti retorno ahora, y con ala más intrépida,
uido de la charca estigia; aunque tiempo demorado
n ese oscuro viaje, mientras en mi vuelo
or la plena o incompleta lobregura
otas bien distintas que de lira órfica
anté al Caos y la Noche eterna,
ıstruido por la Musa Celestial a aventurarme
l descenso tenebroso y luego a reascender
Ardua cosa y rara), a salvo te visito nuevamente
siento tu fulgor vital y soberano. Mas tú
o retornas a estos ojos[93], que en vano giran
or hallar tu penetrante rayo, sin hallar aurora:
ota tan serena[94] extinguió sus órbitas
los veló la turbia sufusión[95]. Mas no por ello
ejo de buscar lugares que las Musas rondan,
lara fuente, o arboleda en sombras, o colina al Sol,
el amor preñado de sagrado Canto. Mas a ti,
ión, sobre todo, y el floral arroyo
ue tus pies sagrados lava, y fluye cantaleando,
e visito por las noches. Y no olvido a veces
otros dos a mí en destino semejantes
Así alcance yo su fama),
amiris[96] ciego y el ciego Meónides,
Tiresias y Fineo[97], profetas de otros tiempos.
le nutro luego de pensares que eficaces mueven
lelodiosos números[98]: así el pájaro en vela

anta en la oscurana y, arropado por las sombras,
u nocturna nota entona. Con el año, pues,
a estación retorna, pero no retorna el día
ara mí, ni dulce arrimo de la tarde o la mañana,
visión de florecer vernal, o rosa del estío,
rebaños, hatos, o la humana faz divina:
ombras sólo y perdurable oscuridad
le envuelven, apartado de las sendas jubilosas
e los hombres y, por libro bello del saber,
ozando sólo universal blancura[99]:
as obras de Natura desgajadas y borradas,
cerrada a cal y canto una entrada al conocer.
rilla tanto más, celeste Luz, en mis adentros
la mente irradia en todos sus poderes,
lanta ahí los ojos, toda niebla de ese espacio
urga y desperdiga, que vea y hable yo
e cosas invisibles al mirar mortal.
Ya el Padre Todopoderoso desde lo alto,
esde el puro Empíreo donde tiene asiento,
ntronado sobre toda altura, inclinara el ojo
ara ver sus obras y las obras de éstas a su vez:
obre él las Santidades todas de los cielos
e mostraban densas como astros, recibiendo de su vista
eatitud inexpresable. A su diestra
a radiante imagen de su Gloria se sentaba,
u Hijo Único[100]. En la Tierra vio primero
los dos primeros Padres, los dos únicos aún
el género humano, en aquel Jardín afortunado,
ultivando frutos inmortales de amor y dicha,
icha permanente, amor insuperable
n bendita soledad. Después Dios escrutó
l Infierno y la Sima en medio, y Satán allí,
ordeando el muro celestial, del lado Noche,
n sublime aire oscuro, y listo ya
descender con ala exhausta y pie dispuesto

l desnudo Orbe de este mundo, parecido
tierra firme, guarecida sin su firmamento,
ıcierto el dónde: si en océano o en aire.
iéndolo pues Dios desde la alta perspectiva
ue el pasado y el presente y el futuro exhibe,
su Hijo Único, presciente, dijo:
«Único Hijo concebido, ¿ves tú qué cólera
ransporta al Adversario[101], que ni límites
rescritos, rejas del Infierno, todas las cadenas
piladas sobre él, ni tampoco el vasto Abismo
on su sima grande encierran? Tan resuelto se diría
fanática venganza, que habrá de recaer
n su cabeza sublevada. Y ahora,
uelto ya de todas sus prisiones, vuela
o muy lejos de los Cielos, por distritos de la luz,
irecto al mundo de creación reciente
al hombre ahí plantado, con propósito de acometerlo,
i destruirlo puede por la fuerza o, peor,
on falsas mañas pervertirlo; y así lo hará.
ues el hombre escuchará sus tretas halagüeñas
pronto quebrará el solo Mandamiento,
ola prenda de obediencia: así caerá
l y su infiel progenie: ¿y de quién la falta?
De quién, sino la suya? Tuvo de mí el ingrato
ɔdo cuanto pudo; justo y recto yo le hice,
ien capaz de resistir, mas libre de caer.
sí creé a todos los etéricos Poderes,
os Espíritus, los que aguantaron o cayeron:
ibre aguantó quien aguantó, libre quien cayó.
in libertad ¿qué prueba me darían, leal,
e alianza verdadera, fe constante, o de amor,
i sólo lo obligado, pero no lo deseado,
stuviera a su alcance? ¿Qué elogio les daríamos?
Qué placer tendría yo en obediencia semejante,
i la voluntad y la razón (razón también es elección)

útiles y vanas, de autonomía exentas ambas,
pasivas ambas, han servido a la necesidad,
o a mí? De este modo, como era recto,
al se les creó y no pueden con justicia incriminar
su Hacedor, su hechura, o su destino,
ual si su albedrío la predestinación
es revocase, implantada por Decreto irrefutable
Presciencia magna: ellos mismos decretaron
u revuelta, no yo. Si yo la anticipé,
a Presciencia no influyó en su falta,
ue tan cierta se probara sin anticiparla yo.
in el mínimo impulso, pues, o sombra de hado,
in yo predecirlo de manera inamovible,
llos pecan, para sí en todo los autores
e qué juzgan y qué escogen; pues así
os hice libres y libres deben mantenerse
asta que ellos mismos se esclavicen:
tendría que cambiar su natural y revocar el estatuto
lto, eterno, inalterable, que ordena
ara ellos libertad: ellos ordenaron su caída[102].
a primera especie por su propia sugestión cayó,
or sí tentados, pervertidos: mas el hombre cae inducido
or los otros: que el hombre tenga Gracia pues,
inguna el resto: en Justicia y en Merced,
or los Cielos y la Tierra, brillará mi gloria,
las Merced dominará primera y última».
Mientras Dios hablaba, un aroma de ambrosía colmaba
odo el Cielo y entre los Espíritus Electos y benditos
ensación de nuevo gozo, inefable, se expandía:
in parangón, el Unigénito de Dios se mostraba
l más glorioso, en quien su Padre todo fulguraba
ubstancialmente manifiesto y en su rostro
a divina compasión visible aparecía,
mor sin término y Gracia sin medida;
xpresando todo ello, así él al Padre dijo:

«Oh Padre, compasiva la palabra que culmina
u sentencia soberana: que el hombre halle gracia;
or lo que los Cielos y la Tierra cantarán
us alabanzas, con sonido innumerable
e himnos y canciones santas, y tu Trono,
sí nimbado, reverberará de loa y bendiciones.
ues ¿habrá el hombre de perderse finalmente,
u criatura bienamada, de tus hijos el más joven,
eberá caer vencido por el fraude, aunque incitado
or su propia sinrazón? ¡Ay! Lejos de ti,
ejos de ti, Padre, que eres juez
e todo lo creado y juzgas rectamente sólo.
O habrá de conseguir el Adversario así
u fin y malograr el tuyo, su malicia
eleitar y tu bondad hacer inútil?
U orgulloso retornar con su venganza satisfecha,
i bien a su prisión, llevándose consigo
los Infiernos la estirpe humana entera,
orrompida por él? ¿O es que tú mismo
u creación abolirás y desharás por él
o que por gloria tuya hicieras?
e tal modo tu bondad y tu grandeza
erían impugnadas e injuriadas sin defensa».
A lo que el gran Creador así responde:
Oh Hijo en quien mi alma se deleita sobre todo,
ijo de mi seno, Hijo que eres, sólo tú,
li verbo, mi sabiduría, mi poder causante,
oz has dado a todo lo que pienso, todo
omo mi designio eterno ha decretado:
l hombre no se perderá completo, quien quiera vivirá,
o por quererlo él, sino por Gracia en mí
torgada libremente; otra vez reviviré
us fuerzas desmayadas, aunque revocadas y cautivas
el Pecado, expuestas a mayúsculos deseos;
or mí aguantado, se erguirá de nuevo
n firme suelo contra su mortífero adversario,

guantado por mí, que sepa cuán frágil es
u caída condición y a mí me deba
u entera salvación, y a nadie sino a mí.
lgunos he escogido para Gracia peculiar,
lectos sobre el resto: tal mi voluntad.
l resto oirá mi voz, y a menudo aviso
e su estado pecador y de aplacar a tiempo
la colérica Deidad, en tanto invita la brindada Gracia:
ues yo despejaré sus sentidos penumbrosos
uanto baste, y mulliré los pétreos corazones
or que oren, se arrepientan, obedezcan.
ue a la oración, repentimiento y obediencia,
i ejercidos con propósito sincero,
l oído no tendré remiso, ni ojo ciego.
pondré en su interior por guía
li Árbitro Conciencia, que, si escuchan,
uz tras luz bien empleada lograrán
, persistiendo hasta el fin, arribarán seguros.
al mi larga tolerancia y mi día de Gracia:
uienes lo descuiden y desdeñen nunca lo verán,
ino que el duro más procaz se hará, y ciego el ciego,
ue anden tropezando y caigan más al fondo;
a nadie más que éstos del Perdón excluyo.
las todo no está hecho: transgrediendo el hombre,
ompe infiel su vasallaje y peca
ontra la supremacía excelsa de los Cielos:
nsioso de Divinidad, lo pierde todo;
para expiar su deserción no encuentra nada:
onsagrado y destinado al exterminio,
a de morir con toda su posteridad:
muere él o la justicia; a menos que por él
tro tan capaz y tan dispuesto pague
l estricto desagravio, muerte por su muerte.
ecid Celestes Potestades, ¿dónde existe tal amor?
e Vosotros ¿quién se hará mortal por redimir
lortal delito humano y, justo, al injusto salvará?

Vive en el Cielo caridad tan pía?».
Inquirió, mas todo el Coro Celestial quedó callado
silencio hubo en el Empíreo: en favor del hombre
i Patrón ni Intercesor aparecía,
mucho menos quien tomase sobre sí
a funesta proscripción y el pago del rescate.
irredento ahora todo el ser humano
e perdiera, condenado a muerte y al Infierno
or un rígido decreto, si el Hijo de Dios,
n quien la plenitud habita del amor divino,
o hubiera reanudado su muy grata mediación.
«Padre, has hablado: Gracia tenga el hombre;
Y no hallará la Gracia medios cuando halla senda,
l más veloz de tus alados emisarios,
l visitar tus criaturas; y a todas llega
e improviso, no implorada, no buscada?
eliz el hombre, si le llega así: mas él su ayuda
unca buscará, si muerto en el pecado y ya perdido;
xpiación de sí o apto sacrificio,
ndeudado y roto, no podrá aportar:
eme pues aquí, yo por él, mi vida por la suya
frezco, caiga sobre mí tu cólera;
or hombre cuéntame: por él saldré
e tu regazo y esta gloria a ti cercana
ibremente dejaré; por él al fin he de morir
ontento: que la Muerte vuelque en mí su rabia toda;
ajo su poder siniestro no por mucho
aceré vencido: tú me has dado posesión
e vida en mí por siempre, por ti yo vivo,
unque Muerte me someta ahora y sea suyo
odo lo que pueda en mí morir; pagada ya la deuda,
o me dejarás en el sepulcro detestable,
resa suya, ni que mi alma inmaculada
lore para siempre en corrupción;
ino que me alzaré triunfante, sojuzgando
mi vencedor y despojándolo de su despojo;

ecibirá la Muerte entonces su mortal herida
caerá sin gloria, desarmada del mortal rejón.
o a través del aire vasto en triunfo alto
l Infierno llevaré cautivo pese al Tártaro,
exhibiré sujetos los poderes tenebrosos.
ú, contento, desde el Cielo mirarás y sonreirás,
lientras yo por ti elevado a todo antagonista arruino:
luerte, la postrera; su Carcasa cierra el Hoyo.
uego, con la multitud de redimidos
ntraré en el Cielo tras ausencia larga y tornaré,
h Padre, a ver tu rostro, donde ni una nube
irada quedará, sino paz, paz segura
reconciliación; la furia desde entonces cesará:
ólo dicha entera, en presencia tuya.»
Terminaron sus palabras; mas su dulce aspecto
n silencio hablaba todavía, exhalando inmortal amor
or la mortal humanidad: aparte, sumisión filial
rillaba solamente; y cual sacrificio
ue se ofrece jubiloso, aguardó la voluntad
el magno Padre. Honda admiración cautiva
l Cielo: qué sentido haya en todo esto,
donde lleva. Pero pronto replicó el Omnipotente:
«Oh tú, en el Cielo y en la Tierra sola paz
allada para el hombre amenazado; ¡oh tú
li complacencia sola! Bien conoces cuánto quiero
o a mis obras, y no postrero al hombre
unque postrera su creación: por él te aparto
e mi seno y diestra, a fin de rescatar,
erdiéndote un instante, la perdida raza entera.
ú, así, el único en poderlo redimir,
tu natura su naturaleza aúna
sé hombre entre hombres en la Tierra,
echo carne cuando llegue el tiempo, de semilla virgen,
lilagroso nacimiento: sé, en vez de Adán,
abeza de los hombres, aunque vástago de Adán.
si en él perecen todos, en ti renacerán

ual de raíz recién brotada,
antos cuantos deban: pues sin ti ninguno.
or su crimen es culpable toda su progenie;
signándoles tu mérito, tendrá la absolución
uien sus actos justos o injustos abandone,
iva trasplantado en ti y de ti reciba
ida nueva. El hombre así —y bien justo—
or el hombre pagará, será juzgado, morirá
muriendo se alzará y alzándose levantará
sus hermanos, rescatados con su propia vida.
l Amor Celeste así al Odio Infernal subyuga,
ando a la Muerte, y muriendo para redimir,
an caramente redimir, lo que el odio infernal
an fácilmente destruyó, y destruye todavía
n quien pudiendo aceptar la gracia la rehúsa.
no por descender para asumir
aturaleza humana se envilecerá la tuya.
ues tú, aunque entronado en dicha excelsa
gual a Dios, y teniendo por igual
ruición Divina, todo lo dejaste por salvar
e pérdida completa a un mundo, y por mérito,
lás que por la ley de nacimiento, eres Hijo Mío:
lás digno por bondad de serlo
ue por grande o por egregio; porque en ti
l amor desborda por encima de la gloria,
u humillación exaltará también contigo
tu humanidad al Trono este.
ncarnado aquí te sentarás y reinarás,
ios y Hombre, y de Dios y el Hombre el Hijo,
ngido Rey universal. Todo el poder
e otorgo, reina para siempre y tus méritos
ecauda, pues Supremo te designo:
ronos, Principados, Potestades y Dominios
nte ti se inclinarán, los que habitan
n el Cielo, en la Tierra o bajo Tierra en el Infierno;
uando escoltado en gloria desde el Cielo

parezcas en la altura y mandes de tu séquito
los Arcángeles heraldos proclamar
l Tribunal terrible, al instante de los cuatro vientos
os vivientes, y al instante los difuntos invocados
e pasadas épocas al Veredicto Universal
e aprestarán, pues tal clamor los alzará del sueño.
ú, en compañía de tus Santos luego, juzgarás
hombres y Ángeles malignos: inculpados, caerán
ajo sentencia tuya, y el Infierno ya completo
ara siempre quedará cerrado. Mientras,
rderá el mundo, y de sus cenizas surgirán
uevos Cielo y Tierra donde vivirán los justos
, tras todas sus tribulaciones largas,
ías verán de oro, fértiles de eventos áureos,
on Amor y Dicha victoriosos, y Verdad sublime.
ú tu Cetro regio entonces depondrás:
e Cetro regio no habrá ya necesidad,
ios será el Todo en Todos. Mas vosotros, Dioses todos,
doradlo, porque muere por lograrlo todo;
dorad al Hijo y honradlo como a mí».
Apenas el Omnipotente terminara,
a entera multitud de Ángeles con un clamor
ımenso cual de números sin número[103], y dulce
omo si de voces santas, expresando gozo,
esonó en los Cielos y hosannas poderosas
as regiones eternales inundaron: reverentes,

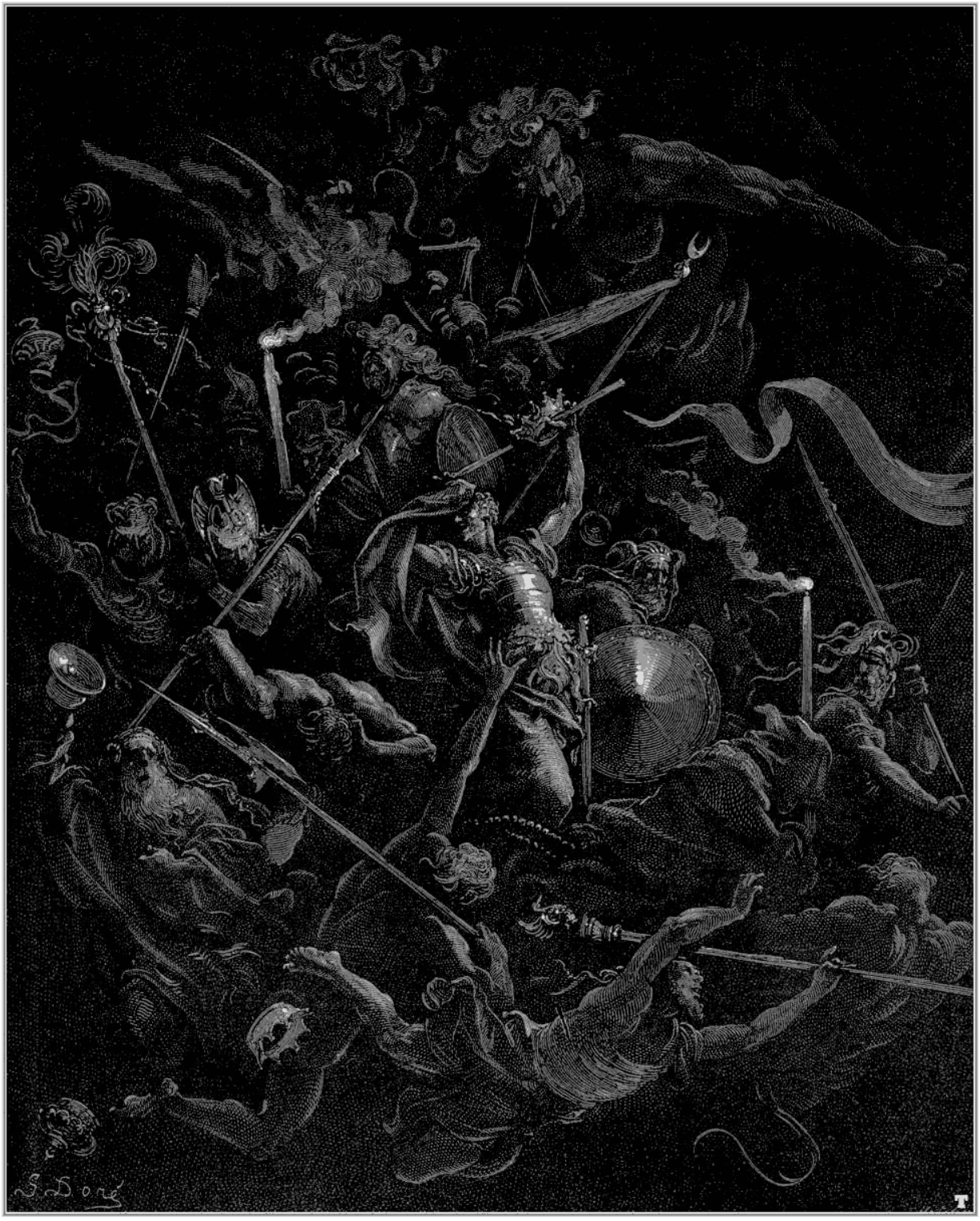


nte cada Trono se prosternan
en solemne adoración al suelo arrojan
us coronas de amaranto y oro entretejidas,
maranto imperecible[104], flor que un día
n el Paraíso junto al Árbol de la Vida
espuntó, mas pronto por la ofensa humana
ue portada al Cielo, donde creció primero,
florece, sombra de la Fuente de la Vida,
allá por donde el Río del Gozo, al cruzar el Cielo,
u corriente de ámbar entre Flores aplaya Elíseas,
ámás marchitas, pues con ellas los Espíritus Electos
us radiantes bucles lían, tejidos de centella.
hora, esparcidas las guirnaldas, el brillante
avimento, que fulgiera como mar de jaspe,
on la púrpura sonríe de rosas celestiales.
uego, coronados otra vez, las arpas toman,
iempre melodiosas, que les cuelgan al costado
ual aljabas rutilantes y, con dulce preámbulo
e arrobada sinfonía, introducen
u cantar sagrado, incitando a excelso rapto:
oz ninguna calla, pues ninguna voz
iscuerda, armonía tal en los Cielos reina.
A ti primero, Padre, te cantaron: Todopoderoso,
ımutable, infinito, inmortal,
terno Rey; a ti Autor de todo ser,
lanantial de Luz, tú, invisible
n el glorioso resplandor en que te sientas,
n el Trono inaccesible; y cuando velas
l exceso de tus rayos, y a través del aura
e las nubes como altar radiante en torno a ti,
u orla transparece, oscura de fulgor,
anto ciega al Cielo que los Serafines más fulgentes
e allegan sólo con las alas amparándose los ojos.
ti te cantaron luego, el primero en toda la Creación,

ijo Concebido, Divinal Similitud,
n cuya faz conspicua, y sin nubes
ue la oculten, brilla el Padre Omnipotente,
quien nadie puede ver; en ti impresa
a efulgencia de su gloria habita,
rasfundido en ti su vasto Espíritu reposa.
or ti el Cielo de los Cielos Él creó,
on todos sus Poderes, y por ti abatió
las ávidas Dominaciones[105]: tú el día aquel
l Trueno tremebundo de tu Padre no excusaste,
i las ruedas de tu carro detuviste que, flamígeras,
a estructura eterna del Empíreo estremecieron
uando Ángeles guerreros arrollabas, desbandados.
uelto ya de perseguirlos, tus Poderes[106] con aplauso fuerte
ólo a ti ensalzaron, Hijo de la Fuerza de tu Padre,
iero ejecutor de la venganza contra sus rivales,
o en el hombre. A éste, caído por maldad de aquéllos,
adre de Merced y Gracia, no lo condenaste
on igual rigor, sino te inclinas más a la piedad:
penas tu Hijo Único y muy amado
e sintió reacio a condenar al hombre, frágil,
on igual rigor, sino inclinado más a la piedad[107],
fin de aplacar tu ira y de zanjar la riña
e Merced y de Justicia que en tu rostro discernía,
ıdiferente al Gozo en que moraba,
u segundo, se ofreció a morir en expiación
e la ofensa humana. ¡Oh amor inigualable!
Oh amor inconcebible salvo si es Divino!
Salve Hijo de Dios, Salvador del Hombre!
erá tu Nombre el tema fértil de mi Canto,
iempre ya, y jamás tu loa olvidará mi arpa
i del loor se apartará del Padre.
Así en el Cielo, por encima de la astral esfera,
us felices horas en delicias empleaban y en himnodias.
lientras, por el firme globo opaco

el redondo mundo este, cuyo círculo primero
ísla los brillantes orbes inferiores
el Caos y la irrupción de la Tiniebla antigua,
atanás, tras descender, camina: globo parecía
esde lejos, ahora un continente ilimitado:
ermo, bravo y fosco, bajo el ceño de la Noche
in estrellas y amenaza permanente de tormentas
Caos, que ruge alrededor) e inclemente cielo,
alvo por el lado en que el muro del Empíreo,
unque muy distante, una tenue reflexión captura
e aire titilante, que no hiere tanto el fuerte oraje:
or aquí marchó el Demonio, por los campos espaciosos.
omo buitre que, criado en el Imáus[108],
uya nívea cordillera al Tártaro errante encierra,
espegando de región escasa en presa
or cebarse de la carne de corderos o caloyos
n los montes donde pastan, vuela hacia las fuentes
el Hidaspes[109] o del Ganges, ríos de la India,
las se posa de camino allá en los páramos
e Sericana[110], donde el chino a vela y viento
u carreta lleva, hecha de bambú ligero:
sí, en tan ventoso mar de tierra, el Demonio
ba y tornaba, solitario, ávido de presa:
olitario, pues criatura en este sitio,
xangüe o viva, no podía hallarse,
o todavía, si bien más tarde de la Tierra
asta aquí arriba, como aéreos vahos,
olaría toda cosa efímera y vana, cuando el pecado
nculcase vanidad en las labores de los hombres:
oda cosa vana y todo el que en vana cosa
unda caras esperanzas ya de gloria o de perpetua fama,
de dicha en ésta o la otra vida;
odo el que tiene recompensa en este mundo,
a tenaz superstición y el ciego celo,
quien busca sólo la humana aclamación,

quí encuentra fruto y premio, vacuos cual sus actos.
oda obra inconclusa de Natura,
bortiva, o monstruosa, o de híbrida rareza,
e disuelve en tierra, vuela aquí y en vano,
asta la final disolución, divaga en este espacio,
o en la Luna próxima, como hay quien sueña[111]:
sos campos argénteos probablemente los habitan
antos transportados o Espíritus medios,
ntre el género humano y el angélico:
quí, de rara unión nacidos, fueron los Gigantes
os primeros en llegar del mundo antiguo
on sus muchas gestas vanas, aunque célebres entonces;
rquitectos luego de Babel, en la planicie
e Sinar[112], y con vana traza aún erigirían
abeles nuevas, si tuvieran medios.
tros arribaron solos: el que, para ser tenido
or un Dios, saltó contento al Etna en llamas,
mpédocles[113]; y quien ansiando disfrutar
l Elíseo de Platón saltó a la mar,
leombroto[114], y una larga lista más,
mbriones e idiotas, frailes y eremitas,
lancos, negros, grises[115], con tramoya indescriptible.



hí los peregrinos vagan, que tanto erraron por hallar,
luerto en Gólgota, quien vive en el Empíreo;
esos otros que queriendo asegurarse el Paraíso
l morir vistieron hábitos de dominico,
de franciscanos disfrazados aun colarse pretendieron.
asan éstos los planetas siete, y las fijas pasan[116],
esa esfera cristalina con balanza[117] que calibra
a famosa oscilación, y el primer moviente pasan;
san Pedro ahora en la celeste portezuela
arece con sus llaves aguardarlos, y ahora inician
l ascenso de la empírea escala, cuando ¡mira!
ientos fieros de través, de cada costa,
os empujan diez mil leguas reviradas
or atmósfera remota: pueden verse entonces
ábitos, cogullas y capuces y esos que los visten
otos en jirones aventados; y reliquias, cuentas[118],
ıdulgencias, y perdones, bulas y dispensas,
echos juerga de los vientos: todo en torbellino
l perfil trasero[119] salta de este mundo y vuela lejos,
un limbo largo y ancho, que llamaron luego
araíso de los Tontos: pocos lo ignoraron
esde entonces; mas región desierta ahora e inviolada;
odo este oscuro globo el Demonio halló al pasar,
mucho caminó, hasta que un destello al fin
e luz amaneciente a prisa atrae
u paso exhausto; y columbra, muy distante,
scendiendo grado a grado espléndida,
asta el muro de los Cielos, Estructura alta,
n cuya cima, pero mucho más magnífica,
e veía obra regia, parecida a puerta de palacio,
on su frontispicio de diamante y oro
mbellecida: una densidad de gemas cintilantes
l Portal prendía; en la Tierra inimitable
or maqueta o por lápiz adumbrante.

a Escala era como aquella donde vio Jacob
os Ángeles subir y descender, falanges
e los fúlgidos Guardianes, cuando huía de Esaú
Padán-Aram, en campos de Luz,
oñando por la noche bajo las estrellas,
al despertar clamó: «La Puerta es de los Cielos»[120].
ada tramo encarnaba su misterio; y no siempre
staba allí, sino que a veces la retraía el Cielo,
ıvisible, y fluía abajo un mar brillante,
e jaspe o perla líquida, por donde luego
rribaron navegando hombres de la Tierra,
a soplándoles los Ángeles las velas, o volando en rapto
obre el lago con sus carros de corceles ígneos.
a escalera fue bajada entonces, por tentar quizá
l Demonio con ascenso fácil, o agravar
u triste apartamiento de las Puertas de la Dicha.
rente a ellas por debajo, se abría,
ısto por encima del sereno Paraíso,
n pasaje de bajada al Mundo, un pasaje ancho,
lucho más que aquél de tiempos venideros
l Monte de Sión y, aunque éste fue grandioso,
la Tierra Prometida, que tanto amaba Dios;
quél, a fin de visitar las tribus prósperas
ortándoles mandatos de lo alto, lo cruzaban
ngeles frecuentes de ida y vuelta, y su ojo alerta,
esde Páneas, la fuente del Jordán,
asta Berseba[121], donde Tierra Santa
ɔca Egipto y la costa arábiga:
an vasta parecía la abertura, donde límites tenía
a tiniebla cuales cercan al océano.
atán ahora desde allí, al pie de la escalera
ue asciende con peldaños áureos al Portal del Cielo,
lira abajo con asombro, al ver de súbito
ste mundo entero. Como un explorador
ue senda oscura y desolada apeligrado recorrió

a noche toda, y al romper el alba grata
l fin corona un promontorio áspero
ue descubre de improviso a su mirar
a perspectiva formidable de un exótico dominio,
unca visto todavía, o metrópolis de fama
on fulgentes chapiteles y pináculos ornados
ue ahora dora con sus rayos el creciente Sol:
al asombro cautivó, aunque tras ver el Cielo,
l Espíritu maligno, pero mucha más envidia
la vista de este mundo, tan hermoso.
scruta todo alrededor, y bien podía,
an alto sobre el palio circular
e la sombra dilatada de la Noche: desde el punto
riental de Libra hasta el Astro del Vellón[122]
ue lejos guía a Andrómeda por mares del Atlántico
más allá del horizonte; luego de un polo a otro
a anchura abarca y, sin otra pausa,
la región primera de este mundo salta
n precipitoso vuelo, hilando con sosiego,
través del tornasol del aire puro, su oblicua senda
ntre innúmeras estrellas, que brillaban
esde lejos como astros, pero mundos parecían cerca,
tros mundos parecían, o felices islas,
ual Jardines de la Hesperia, de antigua fama,
ampos Venturosos, bosques, valles en flor,
riplemente gratas islas: pero quién feliz allí moraba
o esperó a saberlo. Sobre todo ello,
l Sol de oro, en esplendor igual al Cielo,
e prendió los ojos: hacia allí su curso vira,
través del calmo Firmamento (mas si arriba, abajo,
or el centro, fuera de él o por la eclíptica,
ifícil es decirlo) a la Luminaria Grande,
ue apartado de tupidas, tópicas constelaciones,
distancia requerida de su ojo señorial,
ispensa luz de lejos. Ésas, al mover

u danza astral en números que cuentan
ías, meses y años, hacia Su lucero todoamante,
ealizan rápidas sus giros varios o las gira,
lagnético, su rayo, que gentil calienta
l universo y en toda parte interna
on sutil penetración, si bien oculta,
u recóndita virtud inyecta, en el abismo incluso:
an magnífica la posición del Astro.
hí se posa el Demonio, una mota acaso
ue ningún astrónomo en la esfera fúlgida del Sol
través del tubo óptico[123] vio jamás.
l lugar lo halló de inefable resplandor,
omparado con cualquier metal o piedra;
o igual en todas partes, mas infuso por igual
e luz radiante, como hierro al rojo vivo:
i metal, en parte oro parecía, plata en parte límpida;
i piedra, más carbunclo, o crisólito,
a rubí o topacio, o las doce que brillaron
n el pectoral de Aarón[124], y la piedra incluso,
lás que vista imaginada, esa piedra
una similar a la que aquí abajo
anto tiempo los filósofos en vano han perseguido,
n vano, aunque con su arte poderoso han ligado
l volátil Hermes e invocado de los mares,
esatado en varias formas, a Proteo viejo,
estilando a través del alambique su nativa forma[125].
qué asombrarse, pues, si aquí los campos y regiones
uro un elixir exhalan y los ríos fluyen
on caudal potable de oro, cuando con un toque virtuoso
l Archialquimista Sol, tan lejos de nosotros,
on terrestre humor mezclado,
esta aquí en la oscuridad prodigios tantos
e color glorioso y raro efecto.
quí materia nueva que mirar halló el Demonio
in pasmarse, vasta perspectiva tiene

ues la vista aquí no encuentra obstáculo, ni sombra:
s solana todo, como cuando al mediodía
errama el astro rayos cenitales —ahora
os irradia recto arriba— y ninguna sombra cae
lrededor de un cuerpo opaco, y el aire,
unca tan hialino, agudizaba el haz de su visión
asta objetos muy distantes, por lo que enseguida
io de pie en el horizonte un glorioso Ángel,
era el mismo que en el Sol vio Juan también[126]:
a espalda vuelta, mas no oculto su esplendor.
urea tiara de solíferos rayos le circunda la cabeza
no brillan menos sus guedejas por detrás,
ayéndole en los hombros emplumados
ondulando alrededor: en un gran cambio absorto
arecía, o fijo en profunda reflexión.
legró aquello al impuro Espíritu, con esperanza
e encontrar quién guiase su errabundo vuelo
l Paraíso, sede venturosa de la humana criatura:
in de su periplo, y de nuestros males el principio.
ero antes piensa cómo transformar su aspecto,
ue podría acarrearle riesgo, o bien demora.
ahora cual neófito Querube se presenta
, en vez de adulto, tal cual si en su rostro
uventud celeste sonriese, y a cada miembro
propiada gracia infunde: tan bien finge.
ajo su diadema el cabello vaporoso
n las dos mejillas juega, alas porta
e irisadas plumas salpicadas de oro,
l hábito ajustado para vuelos raudos, y sostiene
or delante de su grácil paso vara argéntea.
o se aproximó sin ser oído: el Ángel fúlgido,
ntes de tenerlo cerca, su radiante faz tornó
aptándole el ruido y al instante conoció Satán
Uriel[127], uno de los siete Arcángeles
ue, en presencia del Señor, al Trono más cercanos,

a sus órdenes más prestos, son sus Ojos
recorren todo el Cielo, o portan a la Tierra abajo
ápidos recados, por lo húmedo o lo seco,
lar o continente: a éste pues Satán aborda.
«Uriel, pues tú de los siete Espíritus
nte el Trono del Señor, gloriosamente fúlgido,
ıtérprete de su gran voluntad legítima,
res el primero en portarla por el Cielo superior
onde toda su progenie tu embajada atiende;
aquí sin duda por suprema decisión
ual honor disfrutas, visitando con frecuencia
omo Ojo Suyo esta nueva Creación.
n deseo indescriptible de observar y conocer
antas obras milagrosas, sobre todo al hombre,
u primer deleite y objeto de favor, por quien
odas estas obras milagrosas ha ordenado Dios,
le trae aquí de Coros de los Ángeles,
n errancia solitaria. Dime, Serafín espléndido,
ntre todos estos Orbes luminosos dónde tiene el hombre
u morada fija, o si morada fija no la tiene
vive, entre todos estos Orbes luminosos, donde quiere;
ímelo, que pueda hallarlo y con secreto atisbo
abierta admiración contemple yo
quien el gran Creador ha dado mundos
en quien todas estas gracias ha vertido;
que en él y en toda cosa —cual compete—
odamos alabar al Hacedor Universal,
ue con justicia ha arrojado los rebeldes
l Infierno más profundo remediando el daño
on la nueva, la feliz estirpe de los hombres,
ue mejor han de servirle: sabias son sus sendas.»
Así habló el falso fingidor, incógnito,
ues hombre o Ángel no consiguen discernir
a hipocresía, la única maldad que marcha
ıvisible, salvo sólo para Dios,
or su anuencia, en los Cielos y la Tierra.

aunque vele la sabiduría, a menudo duerme la sospecha
la puerta del saber cediendo su función
la inocencia, mientras la bondad el mal no ve
onde males no parecen; lo que ahora a Uriel
ngatusó, aunque del Sol Regente, y tenido
or el más sagaz Espíritu del Cielo.
ste al mendaz Suplantador impúdico,
onesto como era, así le dio respuesta:
Bello Ángel, tu deseo tiende a conocer
as Obras del Altísimo, loando así
l magno Obrador: no lleva pues a exceso
ue conlleve tacha, y más bien merece aplauso
uanto más parece exceso lo que aquí te trajo
e Mansión Empírea, y en solitario,
ara ser testigo con tus propios ojos
e lo que a otros en el Cielo basta la noticia.
ues gloriosas en efecto son sus obras,
lace conocerlas y más aún guardarlas
ara siempre en la memoria con deleite;
las ¿qué mente creada puede comprender
u número, o la sabiduría infinita
ue las alumbró velando sus profundas causas?
o vi cuando su Palabra esta Masa informe,
lolde material del mundo este, unificó:
a Confusión oyó su voz y el ruido fiero
ue domado, confinada la infinita vastedad;
abló de nuevo y la tiniebla huyó,
rilló la Luz, surgió el orden del desorden:
ápidos volaron los pesados elementos
ada uno a su región, el aire, fuego, tierra, agua,
esta etérea quintaesencia de los Cielos
scendió, animada, en varias formas,
ue rodaban orbitales y estrellas se tornaron,
ıcontables, como ves, y cual se mueven:
ada una tiene su lugar prescrito, su trazado cada una;
el resto en círculo amuralla este universo.

lira abajo el globo aquel que, de este lado,
rilla con la luz refleja de esta fuente: ese sitio
s la Tierra, la mansión del hombre; esa luz su día,
ues sin ella, como al otro hemisferio,
a noche lo invadiría, si bien la Luna próxima
Así se llama aquella hermosa estrella opuesta)
rae ayuda a tiempo, y en su ciclo mensual,
a termine o se renueve en el cielo medio,
on luz prestada desde aquí su faz triforme[128]
lena y la vacía a fin de iluminar la Tierra
en su pálido dominio coartar la noche.
se punto que señalo es el Paraíso,
e Adán morada; esas sombras altas, su cobijo.
u camino es bien directo, a mí el mío me reclama».
Dicho esto se tornó y Satán, postrándose
-Así a un Ángel superior en el Empíreo,
onde honor y reverencia nadie omite—
espidiose y hacia el margen de la Tierra abajo,
esde la eclíptica, con ilusión de triunfo,
e arroja en presurosas espirales por el aire
no cesa, hasta que la cumbre toca del Nifates[129].



Libro IV

EL ARGUMENTO

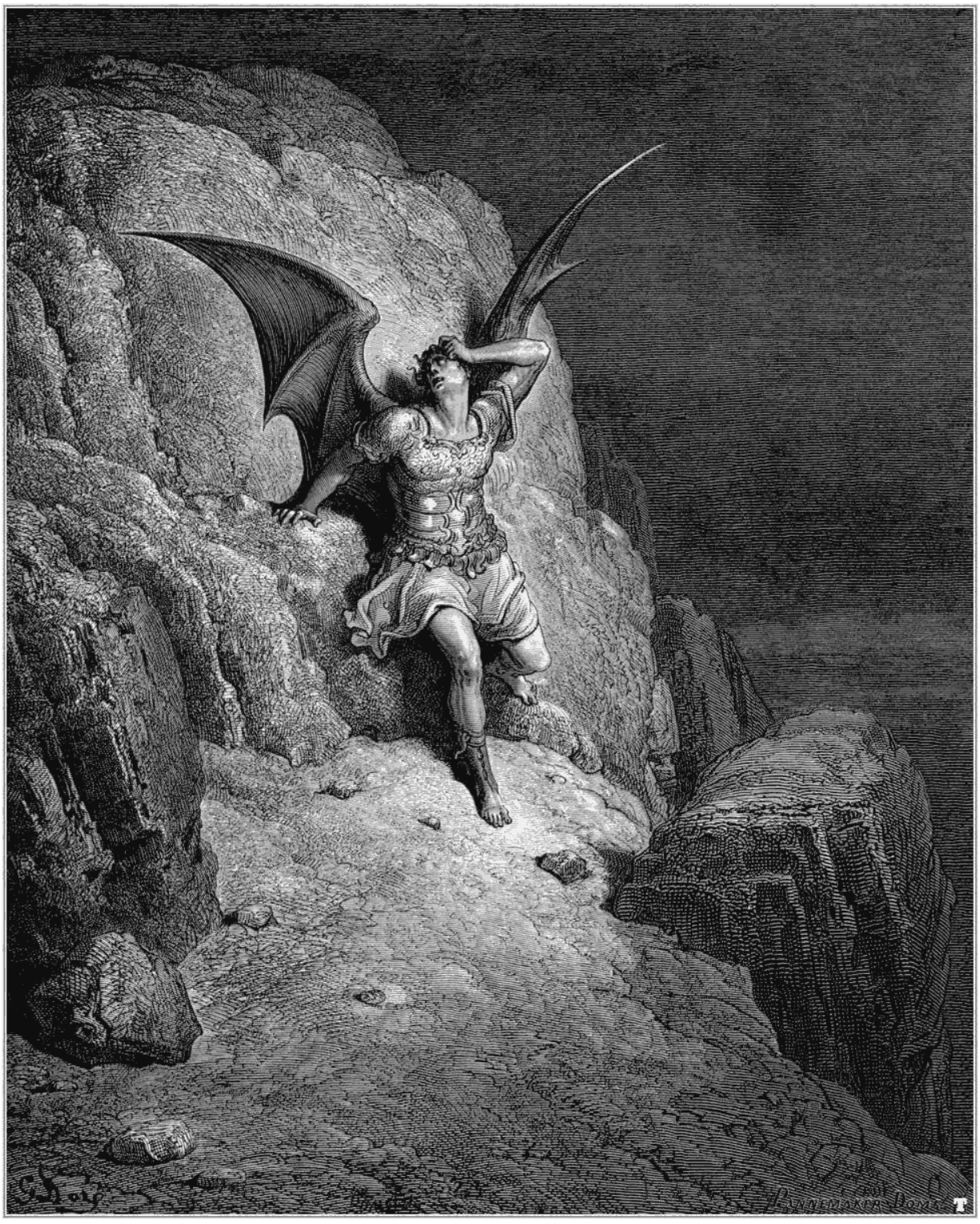
Satán ahora, a la vista del Edén y cerca del lugar en que debe acometer la audaz hazaña que emprendió en solitario contra Dios y el hombre, cae en muchas dudas acerca de sí mismo y presa de pasiones, miedo, envidia y desesperación; pero, finalmente, se reafirma en su maldad, viaja al Paraíso, cuyo panorama y situación exteriores se describen a continuación, salta la cerca y se sienta en forma de cormorán sobre el Árbol de la Vida, que es el más alto del Jardín y el que mejor perspectiva le ofrece. El Jardín, descrito. La primera vez que Satán ve a Adán y Eva. Su asombro ante la excelente figura y feliz estado de aquéllos, pero su determinación a provocarles la caída. Oye su conversación, por la que se entera de que tienen prohibido comer del Árbol de la Ciencia bajo pena de muerte e intenta fundar en ello su tentación, seduciéndolos a transgredir: después se aleja de ellos por un rato a fin de averiguar más sobre su estado por otros medios. Mientras, Uriel desciende en un rayo de Sol y advierte a Gabriel, que guarda la Puerta del Paraíso, de que un Espíritu maligno se ha escapado de las profundidades y ha pasado al mediodía por su esfera en forma de Ángel bueno de camino al Paraíso, siendo descubierto más tarde por sus gestos furibundos en el Monte. Gabriel promete hallarlo antes del amanecer. Con la llegada de la noche, Adán y Eva hablan sobre retirarse a reposar: se describe su refugio, su culto vespertino. Gabriel, al llamar a sus guardias nocturnos para la ronda del Paraíso, destina dos Ángeles fuertes al refugio de Adán, no sea que el Espíritu maligno haga daño a Adán o Eva mientras duermen. Allí lo encuentran, junto al oído de Eva, tentándola en sueños, y lo llevan, aunque reluctante, a presencia de Gabriel. Éste lo interroga; Satán responde desdeñoso, se prepara a resistir pero, impedido por un signo del Cielo, parte volando del Paraíso.

)h aquella voz de alerta, que quien vio
l Apocalipsis fuerte oyó en los Cielos
uando por segunda vez vencido aquel Dragón
escendió furioso a vengarse de los hombres,

¡Ay de los moradores de la Tierra!»[130], que ahora,
lientras hubo tiempo, nuestros padres fueran advertidos
el secreto antagonista por llegar y escaparan,
acaso así escaparan, a su red mortal. Pues ya
atán, ya ardiendo en rabia, descendió,
ntes tentador que acusador del hombre,
ara hacer pagar al frágil, inocente ser humano
u derrota en la batalla y huida a los Infiernos.
las, si bien audaz, distante y temerario,
o se goza en su premura ni halla causa de jactancia
l acometer terrible su designio, que ya a punto
e nacer, le bulle en su revuelto pecho
cual máquina diabólica[131] recula
obre sí; horror y dudas le distraen
us turbados pensamientos y le agitan de raíz
l Infierno dentro de él, pues el Infierno dentro
rae, y alrededor de sí, y del Infierno
ual de sí volar no puede un paso
unque cambie de lugar: despierta ahora la conciencia
l dormido desespero, el recuerdo amargo
e quién fue, qué es, y qué ha de ser: peor,
ues a peores actos peores sufrimientos seguirán.
ratos hacia Edén, que ahora ante su vista
ace deleitable, sus dolientes ojos torna triste.
ratos hacia el Cielo y el Sol centelleante,
sentado ahora en su alta torre meridiana.
después, rumiando mucho, con suspiro empieza:
«Oh tú que, de inefable gloria coronado[132],
liras como un Dios desde tu Imperio solitario
ste nuevo mundo; a cuya vista toda estrella
u menguada testa esconde; a ti te hablo,
o con voz amiga, y tu nombre añado,
)h Sol, al decirte cuánto odio yo tus rayos,
ue me traen recuerdo del estado del que caí,
cuán glorioso fui otrora sobre esa esfera tuya:

rgullo y ambición me despeñaron
ues batalla di en el Cielo al Rey del Cielo impar.
¡ por qué! No merecía tal respuesta mía
uien creó lo que yo era
n aquella fúlgida eminencia, y con su bien
nadie reprendía, ni era duro su servicio.
ué menor tributo que rendirle su alabanza,
ácil recompensa, y darle gracias,
Tan debidas! Mas su bien en mí fue sólo mal
no gestó sino vileza; elevado tan arriba
esdeñé la sujeción, creyendo que más alto
le hallaría Altísimo, y en un instante repudié
a deuda inmensa de perpetua gratitud:
an gravoso, aún pagándola, deberla todavía;
lvidando lo que de él aún recibía,
o entendí que una mente agradecida,
l deber, no debe nada: más bien paga, al tiempo
ndeudada y eximida. ¿Y qué carga, pues?
h, si su hado poderoso me hubiese concebido
omo Ángel inferior, feliz entonces mi existencia
in que esperanza desmedida despertase
a ambición. ¿Y por qué no?, algún Poder distinto
no menor podría haberse alzado y, aunque ínfimo,
uizá seguido yo su bando; mas Poderes grandes hay
ue no cayeron y resisten inmutables
oda tentación de fuera o dentro.
Tuviste tú también poder y voluntad para aguantar?
uviste: ¿a quién o qué acusarás ahora
lás que al libre amor del Cielo dado a todos por igual?
ea pues su amor maldito, ya que amor u odio,
ara mí lo mismo, me reporta mal eterno.
o, maldito tú, que en contra de su voluntad
a tuya libre decidió lo que ahora llora justa.
Miseria mía! ¿Cómo entonces esquivar
a cólera infinita, la infinita desesperación?
ualquier camino es el Infierno; el Infierno yo;

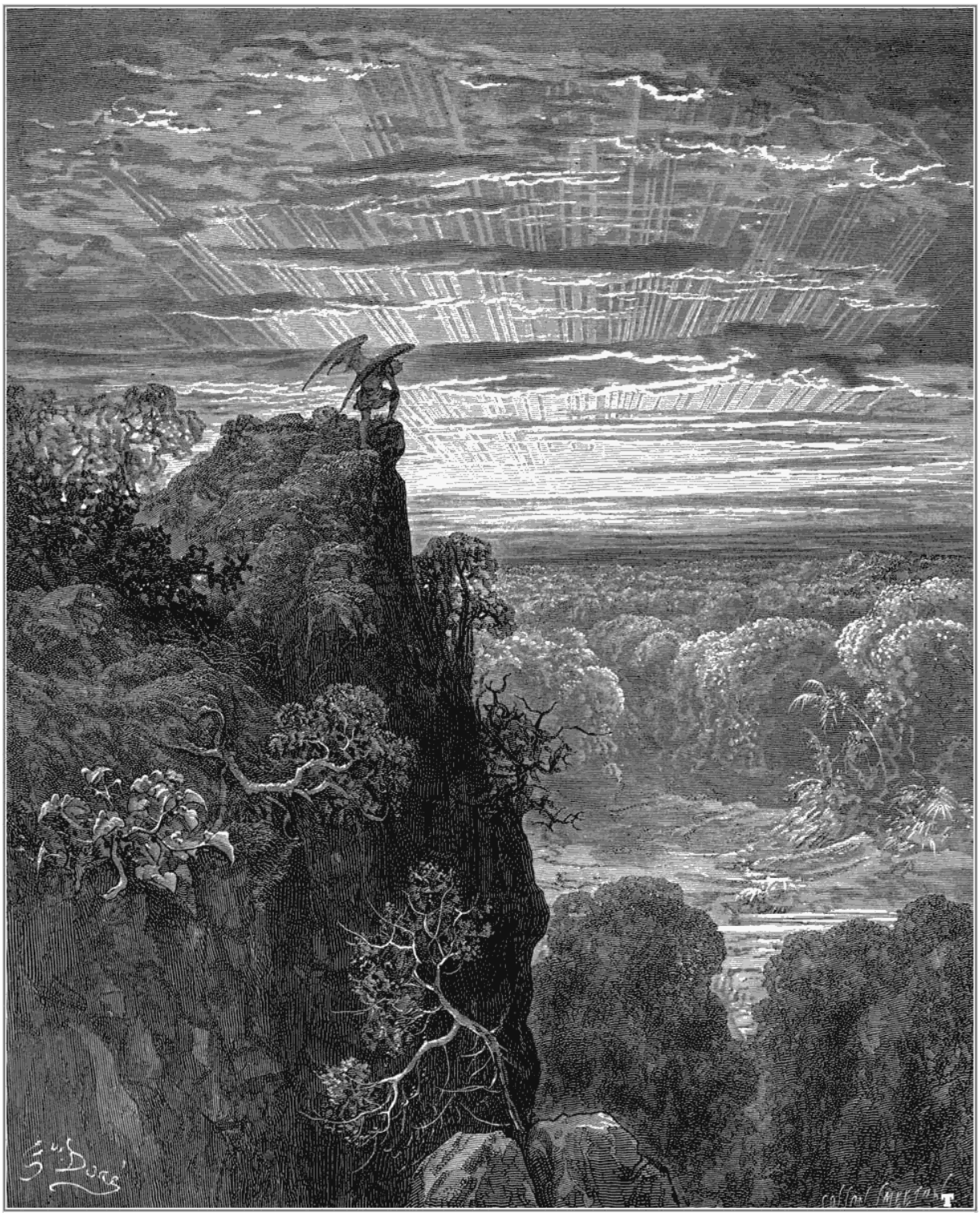
en el pozo más profundo un pozo aún mayor
e abre vasto todavía y amenaza devorarme,



aciendo que parezca Cielo el Infierno que padezco ya.
esa entonces pues: ¿no queda ni un lugar
ara la contrición, para el perdón no queda?
o sin sumisión; y tal palabra
l desdén me la prohíbe y el temor a la vergüenza
ntre los Espíritus de abajo, que seduje
on promesas bien distintas y otra vanagloria
ue la sujeción, presumiendo de vencer
l Todopoderoso. ¡Ay de mí!, qué poco saben
o carísimo que pago alarde tan banal
bajo qué tormentos peno en mis adentros:
lientras ellos me veneran en el Trono del Infierno
on diadema y cetro enaltecido,
lás abajo caigo y soy supremo sólo
n la miseria: gozos tales la ambición te porta.
las digamos que pudiese arrepentirme
obtener por Gracia mi anterior estado; pronto
li altura evocaría altiva idea y qué pronto
egaría los fingidos juramentos, recusando la molicie
otos hechos en dolor, por vacuos y forzados.
ues jamás habrá conciliación sincera
onde el mortal desprecio hirió tan hondo:
o que haría de mí mayor relapso
más grave la caída, pagando cara así
a corta intermisión con doble daño.
sto sabe mi castigador; tan lejos él por ello
e otorgar, cual yo de suplicar, la paz:
e esperanza nada, pues: he aquí, en lugar
e nosotros, los proscritos, Su deleite nuevo,
a creada humanidad y para ella el mundo.
speranza, pues, adiós; y contigo adiós al miedo,
diós remordimiento: todo bien lo pierdo;
lal, sé tú mi bien; por ti al menos
ividido Imperio tengo con el Rey del Cielo

por ti acaso más de la mitad gobierne:
ronto el hombre y este nuevo mundo lo sabrán».
Así mientras hablaba le enturbiaba el rostro la pasión
ludándosela tres veces con palor de envidia, ira
desconsuelo, que le ajaba la prestada faz[133]
denunciaba su falsía, si ojo había que observase.
orque mentes celestiales de desmanes tan abyectos
e hallan libres siempre; y percatándose enseguida,
oda turbación sumió en externa calma,
rtífice del fraude, y fue el primero
n practicar falacia de apariencia santa,
cultando su maldad profunda, en venganza inscrita.
las no bastante practicara todavía que engañase
Uriel, ya percatado, cuyos ojos lo siguieran
enda abajo y en el monte asirio[134]
o veían deformado, más allá de lo posible
ara Espíritu dichoso: sus brutales gestos
ercibió y su loco temple, solitario cual creía,
in que nadie lo mirase, inadvertido.
sí prosigue y al linde llega
el Edén, en que el gozoso Paraíso,
a más próximo, corona con su verde coto,
omo con rural mogote, la campestre cima
e una pina algaba, cuyos flancos muy tupidos
e profuso matorral, boscoso y bravo
edaban el acceso; y crecía aún más arriba
na altura insuperable de la sombra más soberbia,
edro, pino, abeto y ramosas palmas,
ilvana escena, y ascendiendo sus niveles
ombra a sombra, un teatro alzaban nemoroso
e grandiosa vista. Pero más arriba incluso de sus cimas
mergía el muro verdecido de este Paraíso
ue a nuestro padre colectivo daba perspectiva vasta
e su Imperio abajo, todo alrededor.
más alta que este muro una hilera circular

e grandes árboles con los frutos más hermosos:
ruto y flor de tinte áureo al tiempo
parecían, con colores gayos, irisados,
onde el Sol sus rayos imprimía más contento
ue en bella nube vespertina, o arco húmedo[135],
uando Dios la tierra riega; tan precioso parecía
quel paisaje: y de aire puro, y más puro ahora
u avanzar recibe, inspirando al corazón
ernal deleite y gozo, bien capaz de suprimir
risteza toda, menos desespero: ahora ráfagas gentiles
esplegando sus fragantes alas distribuyen
os indígenas perfumes y susurran al hurtar
os balsámicos botines. Tal ocurre a navegantes
lás allá del Cabo de Esperanza[136] y pasado
lozambique: vientos soplan en el mar del noroeste
ue desde la costa azafranada de Arabia la Bendita
raen sabeo aroma[137], y aquéllos complacidos
n su curso se demoran, y animado muchas leguas
or la grata emanación sonríe el viejo Océano.
e este modo rezagaba la dulzura de la brisa
l Demonio, del lugar la maldición,
unque más placía aquel olor que a Asmodeo[138]
l del pescado que, si bien enamorado,
e la esposa de Tobías lo alejó, mandándolo frenético
esde Media hasta el Egipto, su prisión.
Ya hasta el cerro aquel de fiera escarpadura
atán llegara, lento y pensativo.
ero más camino allí no vio, tan densa e intrincada,
ual único matojo prolongado, era la espesura
a de arbusto o tortuosa zarza que cegaba
oda senda para hombre o bestia que pasara.



na Puerta sólo había, que miraba al este
l otro lado: pero la debida entrada
l Archifelón desdeña y, ya rabioso,
e un solo, fácil salto, sobrepasa todo cerco
e montaña o muro inmenso y justo dentro
ae de pie. Como cuando lobo al acecho,
l que el hambre lleva a predios nuevos a cazar
observa dónde los pastores arredilan los rebaños,
l ocaso en la majada, en mitad de campos resguardados,
alta fácilmente el vallado del redil;
cual ladrón dispuesto a desbolsar
algún burgués adinerado, cuyas puertas sustanciales,
cal y canto bien cerradas, no intimida asalto,
repa a las ventanas, o quizá por el tejado;
sí el gran primer ladrón trepó al aprisco del Señor:
sí a su iglesia desde entonces trepan viles mercenarios.
e allí evoló, y sobre el Árbol de la Vida,
rbol céntrico, el más alto que allí crecía,
e posó cual cormorán[139]; mas no vida verdadera
ecobró con ello: quedó la muerte maquinando
ara aquellos que vivían; tampoco en la virtud pensó
e la planta que da vida; sólo la empleó
omo atalaya: bien usada, fuera garantía
e inmortalidad. Tan poco sabe nadie,
alvo Dios, el íntegro valor
el bien que tiene a mano y condena las mejores cosas
l peor de los abusos o a perverso uso.
bajo ahora, nuevo asombro, Satanás contempla,
frecida al gozo de la humana sensación,
oda la opulencia de Natura en parco espacio,
lás incluso, Cielo en Tierra: pues bendito Paraíso
e Dios era aquel Jardín, por él plantado
l este del Edén. Edén su línea desplegaba
esde Haurán[140] al este hasta las regias torres

e la gran Seleucia, erigida por los reyes griegos,
donde mucho antes edenitas habitaron
n Telasar: en este plácido terreno
u aún más plácido Jardín fijó el Señor;
e aquel fecundo suelo hizo que surgiese
oda clase de árbol noble para el ojo, gusto, olfato;
en mitad de todos ellos, prominente,
aba el Árbol de la Vida frutos ambrosiales
e oro vegetal; y al lado de la Vida,
luerte nuestra, el Árbol de la Ciencia ávido crecía,
onocer del Bien pagado caro conociendo mal.
acia el sur cruzando Edén corría un vasto río[141]
, sin mudar el curso, el tupido monte
travesaba absorto por debajo: Dios formara
a montaña y su Jardín bien altos
obre aquella rápida corriente que, por venas
e porosa tierra reclamado con amable sed,
urgía como fresca fuente y con mil arroyos
rigaba aquel Jardín; de allí reunido descendía
or solana abrupta a encontrar el lecho subterráneo,
ue ahora de su fosco curso emerge
, dividiéndose en los cuatro ríos principales,
orre disparejo, errando por famosos reinos
países numerosos cuyos nombres no diremos;
ero sí mejor, si puede el arte referirlo,
ómo de la fuente de zafiro los arroyos serpentinos,
iscurriendo sobre perlas fúlgidas y arenas áureas,
on errancia sinuosa bajo sombras suspendidas,
isitando cada planta, le llevaban néctar y nutrían
lores dignas del Paraíso, que no arte fino producía
n parterres y curiosos vínculos, sino que la Natura fértil
aba generosa en monte y llano y valle,
anto allí en campo abierto donde el Sol del alba
alentaba, como donde sombras invioladas
egrecían la fronda al mediodía: así este sitio

ra un rústico, feliz espacio de variado panorama;
osques cuyos ricos árboles lloraban aromáticas resinas,
álsamos; otros cuyos frutos barnizados de áurea piel
endían gratos: fábulas hesperias[142], si veraces,


G. DORÉ
C. LAPLANTE

o eran sólo aquí, y de sabor dichoso.
ntre éstos, pastos o llanadas verdes y rebaños
ue pastaban tierna hierba se extendían,
palmeños altozanos, o el florido seno
e alguna vega desplegaba su muestrario,
lor de todo tinte y, sin espinas, el rosal.
l otro lado, umbrías grutas, cuevas,
an cobijo fresco; sobre ellas un mantón de vides
iende púrpuras racimos y gentil asciende
xuberante; mientras, aguas murmurantes caen
or monte abajo, se dispersan, o en un lago
n cuyo espejo se contempla hirsuta orilla
ue corona el mirto, unen sus corrientes.
ájaros en coro cantan; aires, los vernales aires,
xhalando olor de campo y bosque, templan
ojas temblorosas, mientras Pan[143] universal,
rabado en danza con las Gracias y las Horas,
a eterna primavera guía. No aquel hermoso campo
n Enna, donde a Proserpina, que cogía flores,
lla misma flor más bella, Dis sombrío
a cogió, costándole a Ceres tanta pena
ue el mundo recorrió buscándola[144]; no el bosque plácido
e Dafne junto al río Orontes y la inspirada
uente de Castalia[145] a este Paraíso del Edén
odían compararse; no aquella isla nisia
ue el río rodeaba, el Tritón, donde el viejo Cam
lamado Amón por los gentiles y Jove libio,
cultó a Amaltea y su lozano hijo, Baco niño,
onde Rhea, su madrastra, no lo viese[146];
o el monte Amara, donde reyes abisinios
u progenie guardan, aunque existe quien lo cree
erdadero Paraíso bajo línea etíope[147],
onde el Nilo nace, y cercado por brillante roca
lta todo un día de ascensión, mas muy distante

el Jardín asirio donde aquel Demonio
esdichado toda dicha vio, y toda clase
e vivientes criaturas, nuevas y desconocidas.
os más nobles en figura, erguidos, altos,
ivinamente erguidos, con honor natal vestidos
e desnuda majestad, Señores parecían de todo
dignos parecían, pues en sus deíficas figuras
a imagen destellaba del Creador glorioso,
a Verdad, Sabiduría, Santidad severa y pura,
evera mas fundada en genuina libertad filial;
e ahí la genuina autoridad humana; si bien
o iguales, pues su sexo parecía desigual:
ara la contemplación y el valor formado él,
lla para la ternura y dulce gracia bella;
l sólo para Dios, mas ella para Dios en él:
u hermosa frente ancha y ojo ilustre declarábanlo
bsoluto Dueño, y bucles de jacinto alrededor
e sus partidos aladares le caían viriles
arracimados, no debajo de sus hombros anchos.
lla como un velo más allá de la cintura esbelta
us guedejas áureas portaba sin adorno,
ueltas, mas con ondas caprichosas
ual las vides rizan sus zarcillos, que implicaba
ujeción, si bien pedida con gentil dominio,
por ella dada, y por él bien recibida:
ada con sencilla sumisión, modesto orgullo
amorosa, dulce, reluctante dilación.
o esas partes misteriosas se escondían por entonces,
o había vergüenza aún, culpable o deshonesta,
e las cosas naturales, ni honor inhonorable,
ijo del pecado: cómo habéis turbado al hombre
on alardes, sólo alardes, de pureza falsa
xtirpando de la vida humana vida más feliz,
a sencillez y la inocencia inmaculada.
sí pasaron, y desnudos, sin hurtarse al mirar
e Dios o Ángel, pues no albergaban mal.

sí pasaron, de la mano, la pareja más hermosa
ue el abrazo del amor jamás reunió:
dán el hombre más gallardo de los hombres,
ijos suyos; la más bella de las Hijas, Eva[148].
ajo una sombra que allá en el verde
uspiraba quedo, junto a fresca fuente
e sentaron y, tras no mayor esfuerzo
e su dulce oficio jardinero que el que bastaba
ara hacer más grato el Céfiro y el gozo
lás gozoso, y la sed y el apetito saludables
lás amables, a cenar los frutos se aprestaron,
rutos nectarinos, que las ramas complacientes
es rendían, sin tener que levantarse
el ribazo que afelpaban flores damasquinas:
a sabrosa pulpa masticaron y con la corteza,
lientras hubo sed, bebieron de las aguas rebosantes.
o faltó gentil discurso, ni sonrisas tiernas,
i caricias juveniles, como es propio
e pareja bella unida en vínculo nupcial,
a solas. Y alrededor jugando retozaba


G. Doré
GAUCHARD

oda bestia terrenal, salvaje luego, de cualquier región
n páramo o foresta, bosque o cubil;
ravieso el león se encabritaba y en su zarpa
cunaba al choto; tigres, osos, linces, pardos[149]
rebejaban ante ellos; torpe el elefante,
ara darles alegría se afanaba todo él
izando la flexible trompa; cerca la serpiente artera,
ısinuante, con cordel gordiano entretejía
u trenzada danza y ofrecía, de fatal astucia,
ıadvertida prueba; otros en la yerba
e tendían y de pasto ahitos observaban sólo,
rumiando se marchaban a acostarse; pues el Sol
oniente con carrera prona ya avanzaba
acia Islas del Océano y, en la escala ascendente
e los cielos, astros ya surgían nocturnales.
las Satán mirando todavía, como antes,
or fin triste el habla recobró:
«¡Oh Infierno! ¿Qué ven mis ojos con dolor?
l lugar de nuestra gloria alzadas
riaturas de otro molde, terrenales puede,
o Espíritus, mas a los fúlgidos Espíritus celestes
o tan inferiores; y mi mente los persigue
on asombro, y podría amarlos, tanto brilla
n ellos la divina semejanza y gracia tal
ertió la mano que los hizo en su figura.
h gentil pareja, poco imagináis lo cerca
ue estáis del cambio, cuando toda esta dicha
vaporándose os librará al lamento,
lás lamento cuanto más gustéis del gozo ahora;
ar feliz, mas para tan feliz continuidad
lal protegido, y esta alta plaza, cielo vuestro,
lal vallada para impedir el Cielo entrada
enemigo como éste; mas no adversario adrede,
ues podría aun apiadarme, tan perdidos,

unque piedad no os tenga: alianza vuestra busco
recíproca amistad, tan fuerte, tan afín,
ue con vosotros moraré, o conmigo desde ahora
lla y tú; acaso mi morada no complazca,
omo este Paraíso, vuestro gusto: mas tomadla,
bra es del Hacedor; él me la dio, e igualmente
iberal la otorgo yo; descerrará el Infierno
ara recibiros, sus Portales más inmensos
enviará a sus Reyes todos; hay espacio allí,
o como en estos parcos límites, para acoger
vuestra prole numerosa; si no es mejor el sitio,
ad las gracias a ese que me fuerza a desquitarme
n vosotros, inculpables, por aquel que me vejó.
si me ablandase yo por el candor inerme
ue mostráis (y así lo hago), pública razón y justa
-Honor e Imperio engrandecido por venganza
l ganar el mundo nuevo—, me obliga ahora
eso que, si no maldito, aborreciera».
Así habló el Demonio y con necesidad,
retexto del Tirano, excusó sus actos infernales.
uego, desde el puesto altivo en el árbol grande,
alta en medio del rebaño jubiloso
e aquellos animales: ahora él uno,
tro ahora, a medida que sus formas le servían
ara ver su presa de más cerca e, inadvertido,
ondear de la pareja todo aquello que pudiera
or palabra o gesto señalados. A ellos, pues,
hora cual león les ronda con mirar de fuego,
igre luego, que hubiese descubierto por azar,
n un lindero forestal, jugando dos cervatos;
allí tendido acecha, o se alza y cambia con frecuencia
u tendida guardia, como quien escoge el puesto
lás seguro para asirlos con un salto, en cada zarpa.
las Adán entonces, el primero de los hombres,
Eva, la mujer primera, así le habla
ornándolo la nueva lengua todo oídos:

«Consorte sola y sola parte de estos gozos,
lás querida tú que todos; es seguro que el Poder
ue nos creó, y nos dio este vasto mundo,
nfinitamente bueno es y, con su bien,
an liberal y generoso como infinito:
os alzó del polvo y nos puso aquí,
n esta inmensa dicha, sin que de su mano
ada mereciésemos u obrar podamos
lgo que él precise, quien no exige
e nosotros más servicio que cumplir
n solo encargo, uno fácil: de los árboles
el Paraíso que dan fruto delicioso
tan variado, no probar del Árbol sólo
e la Ciencia, junto al Árbol de la Vida,
an próxima la Muerte crece de la Vida, sea Muerte
o que sea, y sin duda horrible; pues bien sabes
ue probar del Árbol Dios lo llama Muerte,
olo signo aquí patente de obediencia nuestra
ntre tantos signos de poder y de gobierno
ue nos diera, y el dominio conferido
obre toda criatura que la tierra, aire, mar
osean. No pensemos pues que es dura
sta sola prohibición, nosotros que gozamos
ibre y ampliamente todo lo demás, y opción
mitada entre múltiples deleites:
lás bien rindámosle alabanza, aclamando
us presentes, realizando nuestra plácida labor:
odar, exuberantes, estas plantas y cuidar las flores,
ue si fuese fatigoso, dulce fuera junto a ti».
A lo que Eva replicó: «Oh tú, de quien
para quien fui hecha, carne de tu carne,
sin quien carezco yo de fin, mi guía
mi cabeza: lo que has dicho es justo y cierto.
ues, en efecto, toda loa le debemos
diaria gratitud; yo sobre todo, que disfruto
uerte aún mejor, gozándote como te gozo

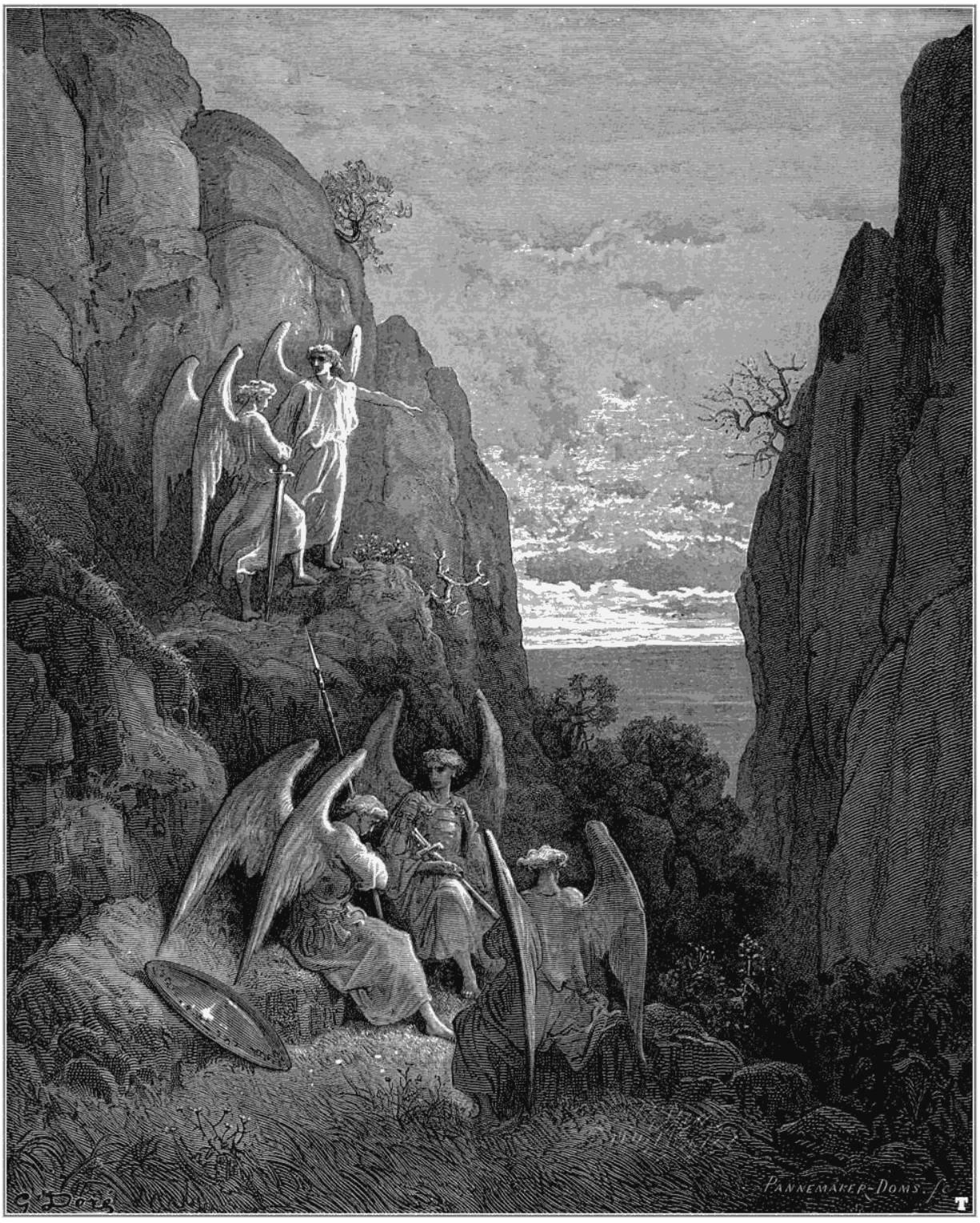
an supremo sobre mí; en tanto tú
onsorte igual a ti no tienes dónde hallarla.
ecuerdo asidua el día aquel en que del sueño
esperté y me hallé yaciendo reposada
ntre las flores, a la sombra, preguntándome
uién era, dónde estaba, cómo vine, y de dónde.
o muy lejos del lugar sonido murmurante
mergía de una cueva y aguas se expandían
n líquida planicie, allí quedando quietas,
uras como el amplio cielo; fui allí
on inexperta mente y me incliné
n la verde orilla por mirar el claro,
erso lago, que a mí me parecía aun otro cielo.
l doblarme para contemplar, opuesta,
na forma dentro del acuático fulgor surgió
oblándose para mirarme, me retraje,
e retrajo; complacida sin embargo, pronto retorné;
omplacida retornó tan pronto, con miradas paralelas
e amor y simpatía; ahí fijara yo mis ojos
asta ahora, suspirando con deseo vano,
i una voz no hubiese dicho: «Lo que ves,
o que ves ahí, criatura hermosa, es tú misma
contigo viene y va; mas sígueme
ue he de llevarte donde no una sombra espera
u llegar y tierno abrazo: ése
uya imagen eres tú, de él disfrutarás
nseparablemente tuyo, a él le has de dar
ual tú misma multitudes, y te llamarán por ello
ladre de la raza humana». ¿Qué podía hacer
ino seguir ligera la invisible guía,
asta verte, bello —cierto— y alto,
ajo un banano? Pero menos bello, te supuse,
menos tierno, menos amorosamente dócil,
ue aquella imagen de acuática tersura; me torné,
le seguiste tú gritando fuerte: «Vuelve hermosa,
De quién huyes? De quien huyes, de ése eres,

arne suya, hueso suyo; para darte el ser rendí,
e mi costado, próxima a mi corazón,
ida substancial, por que estés a mi costado
ara siempre, mi solaz inseparable y caro;
arte de mi alma, a ti te busco y te declaro
li mitad». Así tu mano amable
omó la mía, yo cedí, y desde entonces veo
ómo la belleza gana con viril prestancia
sabiduría, única hermosura verdadera».
Esto dijo nuestra madre colectiva y con mirada
onyugal de amor irreprochable
mansa entrega, medio abrazose reclinándose
n nuestro padre, medio oculto su turgente pecho
l tocar el de él desnudo, bajo el fluido oro
e sus sueltas mechas; él, dichoso al tiempo
or su hermosura grande y sumiso encanto,
onrió de amor supremo, como Jove
e sonríe a Juno, cuando nubes preña
ue derraman flor de Mayo; y tocó su labio marital
on besos puros. El Demonio se apartó
e envidia, mas con celos de pérfida lascivia
os miró al soslayo y en silencio se quejó:
«¡Vista odiosa, torturante! Así estos dos,
mparadisados en abrazo mutuo
-Edén aún más feliz—, tendrán porción
e dicha en Dicha, mientras yo padezco en el Infierno,
onde no hay amor ni dicha y sí feroz deseo,
ntre todos los tormentos no el menor,
ue siempre insatisfecho de nostalgia se consume y duelo;
las recuerde yo lo que sus bocas
estaparon; pues parece que no suyo es todo:
hí fatal un Árbol hay que llaman de la Ciencia
vedado el fruto tienen: ¿Ciencia prohibida?
ospechoso, insensato. ¿Por qué habría su Señor
e envidiarles eso? ¿Puede ser pecado conocer,
a muerte puede ser? ¿Resisten ellos pues

or la ignorancia, es ése su feliz estado,
a prueba de obediencia y de su fe?
Oh, hermoso fundamento en que erigir
u ruina! Excitaré sus mentes
on mayor deseo de saber y rechazar
elosos mandamientos, inventados con el fin
e rebajar a quienes ciencia haría
emejantes a los Dioses; aspirando a serlo,
rueban, mueren: ¿cabe cosa más segura?
ero antes con estricta busca recorreré
l Jardín, sin que una esquina quede investigada;
uizá un azar me lleve a tropezarme
on algún errante Espíritu celeste, junto a fuente
alejado en la espesura, y de él extraiga
o que pueda aún saberse. Vivid mientras podáis,
areja venturosa todavía; gozad hasta que vuelva,
laceres cortos, ya que largos males seguirán».
Diciendo esto, su soberbio paso con desdén tornó,
las con astuta discreción, y comenzó
or bosque, yermo, monte y valle su andadura.
lientras en la extrema longitud, en donde el cielo
on la tierra y el océano converge, el Sol occiduo
ento descendía y con recto aspecto[150] nivelaba
ontra el Portal oriente de este Paraíso
us rayos vespertinos: era éste roca
e alabastro, apilada hasta las nubes,
ien visible desde lejos, que subía sinuosa,
ccesible desde el suelo, a una entrada alta;
ra el resto risco áspero, más voladizo
uanto más arriba, imposible de escalar.
ntre los pilares pétreos Gabriel se hallaba,
efe de la Guardia Angélica, esperando el nochecer;
llí alrededor heroicos juegos practicaba
a inerme juventud del Cielo, mas teniendo a mano
elestiales armaduras, los escudos, yelmos, lanzas

achonadas de diamantes fúlgidos y de oro.
llí Uriel acude, deslizándose por el crepúsculo
n un rayo de Sol, raudo cual fugaz estrella
ue la noche cruza del otoño, cuando ígneos vahos
n el aire pesan, y le muestra al navegante
e qué punto del compás cuidarse
e los vientos bravos. Con premura pues aquél empieza:
«Gabriel, tu sino a ti te otorga la misión
estricto cargo de que en este sitio afortunado
ada malo pueda entrar o aproximarse;
n el apogeo de este mediodía, llegó a mi esfera
n Espíritu con celo, parecía, de saber más
e las obras del Altísimo, y sobre todo el hombre,
ltima imagen del Señor: le describí su ruta,
resurosa, y observé su curso aéreo;
las en el monte situado al norte del Edén,
onde primero se posó, enseguida le noté miradas
ue, al Cielo extrañas, enturbiaba sórdida pasión.
lis ojos lo siguieron todavía; en las sombras
o perdieron ya: alguno de la turba desterrada,
emo, llega aventurado del abismo
on repuesta inquina: tú procura hallarlo».
Y el guerrero alado así le respondió:
Uriel, que tu perfecta vista en el círculo radiante
el Sol donde te sientas vea tanto y tan distante
o es extraño: esta puerta nadie cruza, que eluda
a patrulla aquí emplazada; seres sólo amigos
ue descienden de los Cielos; y de allí,
ras la hora meridiana, nadie vino: si Espíritu distinto,
sí inclinado, a propósito saltó este cerco terrenal,
luy difícil —ya lo sabes— es frenar
on muro corporal la espiritual substancia.
las si dentro del circuito de estas rondas
se del que hablas se halla, en una u otra forma,
o sabré ya cuando llegue el alba».
Tal le prometió y Uriel volvió a su puesto

n aquel brillante rayo, cuya punta ahora alzada
e llevó por cuesta abajo al Sol, caído ahora
lás allá de las Azores; bien que el Orbe principal,
ıcreíblemente rápido, hubiese allí rodado,
iurno, o esta Tierra menos rotatoria,


G. Doré
Pannemaker-Doms. sc

on un vuelo corto al este, lo hubiese allí dejado
taviando de reflejos oro y púrpura
as nubes que lo escoltan en su Trono occidental[151].
vanzó la tarde calma todavía y el gris ocaso
uso a toda cosa su librea sobria;
l silencio lo siguió, pues las bestias y las aves
-Al herboso lechó unas, a sus nidos otras—
e escurrieron, todas salvo insomne el ruiseñor;
ste su amorosa melodía cantó la noche entera;
l silencio lo gozó. Ahora el firmamento fulguró
on vívidos zafiros: Héspero[152], que guiaba
a legión astral, marchó con brillo más potente
asta que la Luna en nubosa majestad,
or fin visible Reina, desveló su luz excepcional
chando manto plata a la oscurana.
Cuando Adán así a Eva: «Bella esposa, la hora
e la noche, y toda cosa retirada ya al descanso,
os recuerdan similar reposo, ya que Dios
l trabajo y el respiro, cual día y noche humanos,
izo sucesivos y el rocío del sueño, que oportuno
ae ahora con narcótica y suave pesantez, inclina
uestros párpados; distintas criaturas todo el día
agan perezosas por ahí y precisan menos tregua;
las tiene el hombre su labor diaria ya del cuerpo
de la mente, que su dignidad declara,
interés del Cielo en todas sus acciones,
lientras otros animales rondan inactivos
Dios no tiene en cuenta sus haceres.
lañana, el fresco amanecer que el este raya
on la luz naciente, debe hallarnos levantados
aplicados a la plácida labor: podar
quellas flores trepadoras y veredas verdes,
uestra senda al mediodía, que invade la hojarasca
esdeñando nuestra escasa manicura y pide

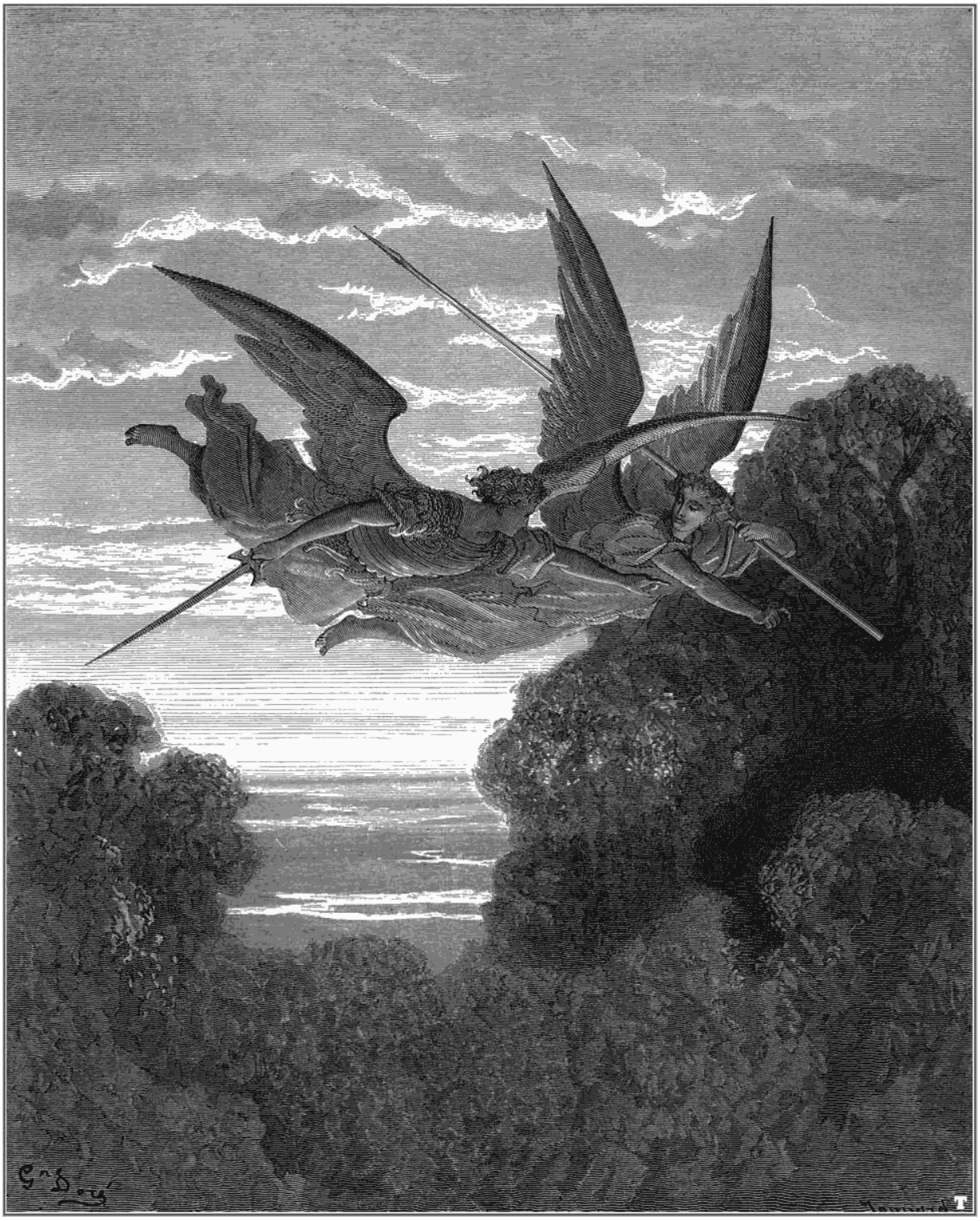
ún más manos que cercenen el voluble crecimiento.
así aquellas flores y resinas goteantes
ue yacen esparcidas sin concierto
iden orden, si hemos de pasar tranquilos.
lientras, lo quiere la Natura, nos trae la noche pausa».
A lo que Eva, de ideal belleza ornada:
Mi Autor y Dueño, lo que mandas
o sin réplica obedezco; Dios así lo ordena:
ios tu ley; tú la mía: nada más saber
s de fémina el saber más grato, y su virtud.
l hablar contigo olvido el tiempo,
oda hora y todo cambio me deleita por igual.
ulce el hálito de la mañana, dulce su romper
on cantar de pájaros tempranos; grato el Sol
l extender por este reino venturoso
us orientes rayos: por la hierba, árbol, fruto, flores,
ue cintilan de rocío; fragante la fecunda tierra
ras benigna lluvia; y dulce es cómo llega
l manso atardecer, después la noche silenciosa
on su pájaro solemne y esta Luna bella,
las gemas de los cielos, su astral cortejo:
las ni el hálito de la mañana al levantarse
on cantar de pájaros tempranos, ni el surgir del Sol
n este reino venturoso, ni la hierba, fruto, flores,
ue cintilan de rocío, ni fragancia tras las lluvias,
i el manso atardecer, ni la noche silenciosa
on su pájaro solemne, ni el andar bajo la Luna,
i los astros titilantes, nada es dulce sin ti.
las ¿por qué la noche toda brillan éstos, para quién
u gloria, cuando el sueño nos cerró los ojos?».
Nuestro ancestro colectivo replicó:
Hija de Dios y el Hombre, íntegra Eva,
sos su carrera concluirán, en torno de la Tierra,
lañana por la tarde, yendo de un país por turno
otro, aunque a naciones que aún no existen:
ara darles preparada luz se ponen y levantan,

ue la entera oscuridad no recobre por la noche
u pasada posesión y extinga toda vida
n la natura y en las cosas. Estos fuegos dóciles
o sólo las alumbran: con calor amable
e influencia varia, templan y fomentan,
utren o moderan, o derraman parte
e su astral virtud en todas las especies
e la Tierra, que así la perfección mejor reciben
el rayo más potente de este Sol.
sí, aunque ignorados en la noche honda,
u brillar no es vano y, aun si faltase el hombre,
úblico tendría el cielo y Dios sus alabanzas,
eres espirituales a millones vagan por la Tierra
advertidos, ya velemos, ya durmamos.
odos ellos con perpetua loa Sus obras miran
ía y noche: qué a menudo desde risco
e ecoante monte o espesura hemos escuchado
oces celestiales a los aires de la medianoche,
olas, o en respuesta a ajenas melodías
cantando al gran Creador: en bandas muchas veces
l hacer la guardia o sus nocturnas rondas,
on celeste toque de sonido instrumental
nidos en perfecta sinfonía, su cantar
a noche parte y nuestras mentes sube al Cielo».
Así charlando de la mano, solos, fueron
su nido placentero; era éste un sitio
scogido por el magno Jardinero, cuando hizo
oda cosa grata para el hombre; la techumbre,
luy tupida, era sombra entretejida
e laurel y mirto, y de hojas firmes y fragantes
ún más altas; ambos lados hechos
on acanto y cada mata perfumada
aba altura al verde muro; cada flor hermosa,
is de cualquier color, jazmines, rosas,
lto alzaban sus florales testas y tejían
u mosaico; más abajo la violeta,

zafrán de primavera y el jacinto en rica urdimbre
ecamaban el terreno, con más tonos que con piedra
e lujoso emblema. Otra criatura aquí,
estia, verme, insecto, pájaro, no entraba:
anto su respeto por el Hombre. En refugio más umbrío,
lás sagrado y apartado, ni siquiera de ficción,
i Pan durmió, ni Ninfa ni Silvano,
i Fauno[153] lo rondó. Aquí, en recóndito cobijo,
on guirnaldas, flores, hierbas aromáticas,
va desposada ornó primero el tálamo nupcial,
los coros celestiales entonaron himeneo:
ía aquel que a nuestro padre el Ángel conyugal,
n bella desnudez más ataviada, se la trajo,
lás hermosa que Pandora[154], a quien los Dioses
torgaron tantos dones (demasiado parecida
n la desgracia), cuando al insabio hijo
e Jafet por Hermes entregada, cautivó
la humanidad con su belleza, por vengarse
e uno que robó de Jove el fuego auténtico.
Así llegados al refugio umbrío, ambos quietos,
mbos vueltos, bajo el cielo abierto al Dios
oaron que creó la tierra, cielo, aire y firmamento,
l que veían, el globo esplendoroso de la Luna
la cúpula de estrellas: «Tú también la noche hiciste,
acedor Omnipotente, y tú el día
ue, aplicados al trabajo señalado,
hora concluimos con el gozo del apoyo mutuo
amor recíproco, la cima de la dicha toda
ue nos has prescrito, y este plácido lugar
emasiado grande para dos y donde a tu plétora
artícipes le faltan, y se desploma inatendida.
las tú has prometido de nosotros una raza
ue la Tierra colme y con nosotros cante
u bondad sin límite: al despertar y cuando
ersigamos, como ahora, el don del sueño».

Esto unánimes dijeron y sin dedicar
lás rito que la pura adoración
Que Dios prefiere), de la mano penetraron
la intimidad de su cobijo; y, libres aún
e los disfraces importunos que nos visten, presto
e acostaron lado a lado. Y no ignoró, supongo,
dán a su esposa bella, ni Eva rechazó
os ritos misteriosos del connubio,
pesar de lo que hipócritas austeramente dicen
el lugar, la inocencia y la pureza,
eclarando impuro lo que Dios proclama
uro, se lo manda a algunos y permite a todos.
os ordena el Hacedor multiplicarnos, la abstención
l Destructor, de Dios y Hombre el adversario.
alve, desposado Amor, ley misteriosa, fuente real
e prole humana, sola propiedad en el Paraíso
onde todo lo demás es colectivo.
ú el adúltero deseo extirpaste de los hombres,
ue quedara entre las bestias, y tú por vez primera
iste a conocer, fundadas en razón,
as relaciones afectivas, justas, puras y leales,
de padre, hijo, hermano todo buen querer.
ejos, pues, de mí llamarte obscenidad, pecado,
creerte inapto para el sitio más sagrado,
uente perdurable de domésticas dulzuras,
uyo tálamo el presente y el pasado afirman
mpoluto, pues los santos, patriarcas lo emplearon.
quí el Amor sus áureas flechas usa, prende aquí
u lámpara constante y sus alas púrpuras agita,
eina aquí y disfruta; no con la sonrisa mercenaria
e rameras, su desdicha, desagrado, desamor,
asual fruición; no en el amor cortés,
n danzas mixtas, carnavales, bailes a la medianoche,
erenatas que el amante canta en agonía
su beldad altiva, que mejor dejara desdeñoso.
rrullándolos el ruiseñor durmieron abrazados:

us desnudos miembros el florido techo
os cubrió de rosas, que repuso el alba. Descansad pues,
ar bendito y cuánto más feliz, si no buscáis
layor felicidad, sabiendo no saber más.
Ya la noche había medido con el cono de su sombra
ledia vuelta arriba de este domo sublunar[155]
de su ebúrnea Puerta a la hora acostumbrada
os armados Querubines sus nocturnas rondas
mpezaban en despliegue de guerrera formación,
uando Gabriel a su segundo así le dijo:
«Uzziel[156], de éstos toma la mitad y el sur orilla
on severa vigilancia; éstos otros costearán el norte:
l oeste confluimos». Como lenguas se dividen
e una llama: la mitad a escudo vira, a lanza la mitad[157].
e éstos a dos Ángeles Gabriel llamó, sutiles, fuertes,
ue a su lado estaban, ordenándoles:
«Ithuriel[158], Zefón, con ala pronta
sin dejar esquina, registrad el parque,
obre todo donde habitan las hermosas criaturas,
a dormidas, puede ahora, sin pensar en daño.
sta tarde al declinar el Sol llegó
uien dijo que un Espíritu infernal venía
n esta dirección (insólita noticia) huido
e la cárcel del Abismo, en misión sin duda vil:
rendedlo, pues, allí donde lo halléis y aquí portadlo».
Dicho esto, al frente parte de sus huestes fúlgidas,
egando a la Luna; mas aquéllos recto fueron al refugio,
astreando a quien buscaban: lo hallaron



n cuclillas como sapo, junto al oído de Eva,
iendo con su ciencia demoníaca de llegarle
los órganos del fantaseo y fraguar en ellos
usiones caprichosas, fantasmagorías, sueños;
, si instilando algún veneno, enturbiar podía
os espíritus vitales que germinan de la sangre pura
omo hálitos gentiles de los puros ríos, e inspirarle
uando menos bruscos, alterados pensamientos,
anas esperanzas, vanos fines, ansias desmedidas
ien infladas de altivez, que gesta orgullo.
huriel a éste, pues, en trance tal lo roza
on su lanza, porque no hay falsía que resista
oque de celeste temple; al contrario, vuelve
or la fuerza a su apariencia propia: y Satán se sobresalta,
orprendido y descubierto. Como chispa
ue se enciende en nítrico montón, dispuesto
ara ser entonelado, almacenado por rumor
e guerra, y el negruzco grano con difuso
súbito destello el aire inflama,
sí saltó el Demonio recobrando su figura.
ecejaron los dos Ángeles hermosos medio atónitos
l ver de pronto al siniestro Rey;
npávidos, no obstante, pronto lo abordaron:
«¿Qué Espíritu rebelde de los condenados al Infierno
iene así, escapado de prisión? Y transformado
Por qué sentado ahí como enemigo en guardia
la cabeza aguardas de estos dos que duermen?».
«¿No me conocéis? —repuso aquél, ahíto de desprecio—
Así no conocéis al que una vez tuvisteis por tan alto
ue no osabais ascender adonde él holgaba?;
ue no me conozcáis desconocidos os delata,
ntre toda vuestra turba los más bajos; o si conocéis,
Por qué inquirís y empezáis superfluos
l mensaje, que acabará seguro igual de vano?»

al desaire con desaire respondiendo, así Zefón:
No supongas, sublevado Espíritu, tu forma igual
tu fulgor sin merma para ser reconocido
omo cuando estabas en el Cielo, erguido y puro;
ues tu gloria, al cesar de ser benigno
e dejó y ahora a tu pecado te pareces
al lugar de tu condena, inmundo y tenebroso.
las ven, pues has de responder sin falta
aquel que nos envía y cuyo cargo es mantener
ıtacto este lugar y a éstos libres de perjuicio».
Así habló el Querube y a su grave reprensión,
evera en juvenil belleza, añadió invencible
ıracia: azorado el Demonio se quedó,
intiendo qué sublime es la bondad, y vio
ué bella en su figura la virtud, la vio y penó
u pérdida; mas sobre todo al percibir aquí,
isiblemente, su fulgor dañado; impasible no obstante
areció. «Si he de contender —repuso—
lejor con el mejor, quien manda no el mandado,
con todos a la vez: más gloria que ganar
menos que perder.» «Tu miedo —dijo audaz Zefón—
os ahorrará probar qué puede el más pequeño,
olo, contra ti, ruinoso por ser ruin.»
Abrumado por la rabia se calló el Demonio,
las cual corcel fogoso refrenado, fue engallado,
lasticando su bocado férreo: pelear, partir al vuelo
o tenía por bien vano: un pavor de lo alto le apagaba
l ánimo, indómito si no. Ahora se acercaban
l enclave del oeste donde aquellas guardias
ısto convergieran y formaban en reunida hueste,
sperando nuevo encargo. A éstos su adalid
abriel se dirigió vibrante desde el frente:
«Oh amigos, oigo el paso de pies ágiles
presurados hacia aquí y vislumbro ahora
través de aquellas sombras a Zefón e Ithuriel
con ellos a un tercero de aire regio,

las marchito en esplendor, y que parece por el paso
porte fiero el Príncipe de los Infiernos:
e aquí no partirá sin lucha, pienso;
lanteneos firmes, que sus ojos retan».
Apenas terminara cuando aquellos dos llegaron
dijeron breves quién portaban, dónde hallado,
ué tramaba, en qué forma y qué postura acuclillado.
Con mirada áspera Gabriel así le habló:
¿Por qué, Satán, los límites has roto puestos
tu transgresión y perturbado el quehacer
e otros, que no admiten transgredir
egún tu ejemplo y tienen el derecho y el poder
e cuestionar tu entrada en este sitio,
retendiendo, tal parece, vulnerar el sueño
a quien diera Dios aquí morada venturosa?».
A lo que Satán con ceño desdeñoso:
Gabriel, tenías tú de sabio fama en el Empíreo
tal yo te creía; mas pregunta así me deja en duda:
Vive acaso quien venere su dolor?
ues hallado el modo ¿quién no huiría del Infierno,
un si condenado a él? Tú mismo, no lo dudo,
con audacia partirías a cualquier lugar,
l más lejano del dolor, en que poder cambiar
lolicie por tormento y compensar urgente,
on deleite, el duelo: mi intención aquí.
ara ti no es argumento, pues conoces sólo el bien
no has gustado el mal: ¿la voluntad —refutas—
el que nos amarra? Barras más seguras ponga
sus Puertas Férreas, si quiere que sigamos
n la oscura reclusión: tal a tu pregunta hace.
l resto es cierto, me hallaron donde dicen;
so, sin embargo, no supone daño o violación».
Así Satán burlón. El Ángel militar, movido,
on sonrisa a medias, desdeñoso replicó:
Qué juez perdió el Empíreo de la sabiduría
l caer Satán, que derribó la insensatez

ahora nos lo torna, escapado de prisión
on graves dudas sobre si tener por sabio
l que inquiere qué insolencia aquí le trajo
in licencia de sus límites prescritos en el Tártaro;
an sabio juzga él volar de su dolor,
o obstante, y escapar de su condena.
uzga pues así, presuntuoso, hasta que la cólera
n que incurres por volar tu vuelo afronte
éptuple y a azotes tu saber devuelva al Tártaro,
ue no te instruyó mejor: pues no hay dolor
ue iguale cólera infinita provocada.
ero ¿por qué solo? ¿Y por qué contigo
o ha venido suelto el Infierno todo? ¿El dolor
s para ellos menos daño, menos para huir,
es que tú lo aguantas menos? Valeroso jefe,
l primero en escapar del daño, si le hubieses dado
tu tropa abandonada causa tal de vuelo,
o serías, quién lo duda, el único evadido».
A lo que el Demonio respondió con ceño duro:
Que yo no aguanto menos el dolor, o si lo temo,
ngel insultante, bien lo sabes: fui tu azote
n la batalla cuando en tu ayuda raudo
ino el Trueno en andanadas restallantes
auxiliar tu lanza, no temida sin aquél.
las aún tus palabras al azar, igual que antes,
lanifiestan tu ignorancia sobre qué compete,
ras difíciles reveses y fallidos golpes,
caudillo fiel: no arriesgarlo todo
or caminos de peligro sin probarlo él mismo.
por tanto fui el primero en emprender
l vuelo por el desolado Abismo y espiar
l nuevo Mundo, que aun en el Infierno
iene fama, esperando hallar aquí
lejor morada y mis huestes afligidas
sentar aquí en la Tierra o en el aire medio,
unque para poseerlo haya que probar de nuevo

o que tú y tu festivo ejército desafiaréis:
lás fácil os sería servir a vuestro Dios
llá en los Cielos con himnodias a su Trono
a distancias practicadas arrastraros, no luchar».
Mas el angélico Guerrero pronto replicó:
Dices pero presto te desdices; aseguras al principio
uir por sabio del dolor y te confiesas luego espía.
o un líder: un liante bien pillado te declaras.
Y añadiste fiel, Satán? ¡Oh nombre,
h sagrado nombre profanado de fidelidad!
fiel ¿a quién? ¿A tu rebelde tropa?
ueste de Demonios, apto cuerpo para testa tal.
Ésta pues tu disciplina y fe deudora,
u obediencia militar, romper tu voto
e lealtad a la aceptada Potestad Suprema?
tú, astuto hipócrita, que ahora te presentas
ual patrón de libertad, ¿quién más que tú
n otro tiempo, se arrastró adulante, veneró servil
l terrífico Monarca Empíreo? ¿Y por qué
ino esperando derrocarlo y reinar tú mismo?
las advierte ahora mi consejo: ¡Vete!
uela allí de donde huiste: si desde ahora mismo
entro de estos límites sagrados apareces,
tu pozo en el Infierno encadenado volverás
preso de tal modo que ya nunca más te burles
e las Puertas mal cerradas del Infierno».
Así lo amenazó, mas a amenaza indiferente
atanás, creciéndole la rabia, replicó:
«Cuando sea tu cautivo habla de cadenas,
rrogante Ángel limitáneo, pero antes
arga mucho más pesada espera tú sentir
e mi brazo descollante, aunque el Rey del Cielo
lonte en tus alas y tú con tus cofrades,
echo al yugo, tires de sus ruedas triunfadoras
or la ruta de los Cielos que los astros pavimentan».
Al hablar así, el angélico escuadrón brillante

e tornaba rojo fuego y afilaban las falanges
us lunados cuernos, empezando a rodearlo
on las lanzas enristradas, tan compactas
ual trigal de Ceres ya maduro que acamase
us espigas aristadas hacia el lado que los vientos
es obligan; el labriego ansioso las observa:
eme que en la era sus gavillas promisorias
o resulten más que broza. Alerta en cambio Satanás
recabando toda su pujanza, se mostró expandido,
omo el Atlas inmutable o Tenerife:
u estatura toca el cielo, y su cresta
l Horror la empluma; y no faltaba al puño
o que lanza parecía y aun escudo: gestas portentosas
hí siguieran, y no sólo el Paraíso
n esta conmoción, sino la cúpula estelar
el cielo acaso, y elementos al completo
l fin se hicieran ruina, desgajados y partidos
on la furia del conflicto, si el Eterno pronto,
ara conjurar combate tan horrible,
o colgara su balanza áurea[159] allá en los Cielos,
ún visible entre el signo de Astraea y Escorpión,
onde todo ser creado Dios pesó primero,
on la Tierra pénsil y redonda en aire suspendida
omo tara, y calibra ahora todo evento,
einos y batallas. En aquélla pone dos pesadas,
l efecto de partirse y de luchar;
sciende rauda la final y al fiel golpea;
ercibiéndolo Gabriel, así al Demonio dice:
«Satán, tu fuerza yo conozco y tú la mía,
inguna propia, dadas ambas: qué absurdo pues
actarse, si tus armas sólo pueden lo que el Cielo
es permita, y así las mías, aunque ahora bien capaces
e pisarte como cieno: y por prueba mira arriba,
ee tu destino en ese signo celestial
n que eres calibrado: qué trivial, qué ligero,

i resistes». El Demonio alzó la vista y supo
u platillo levantado: sólo eso, mas huyó
lurmurando y, con él, las sombras de la noche.


G. Doré
J. GAUCHARD. SC.

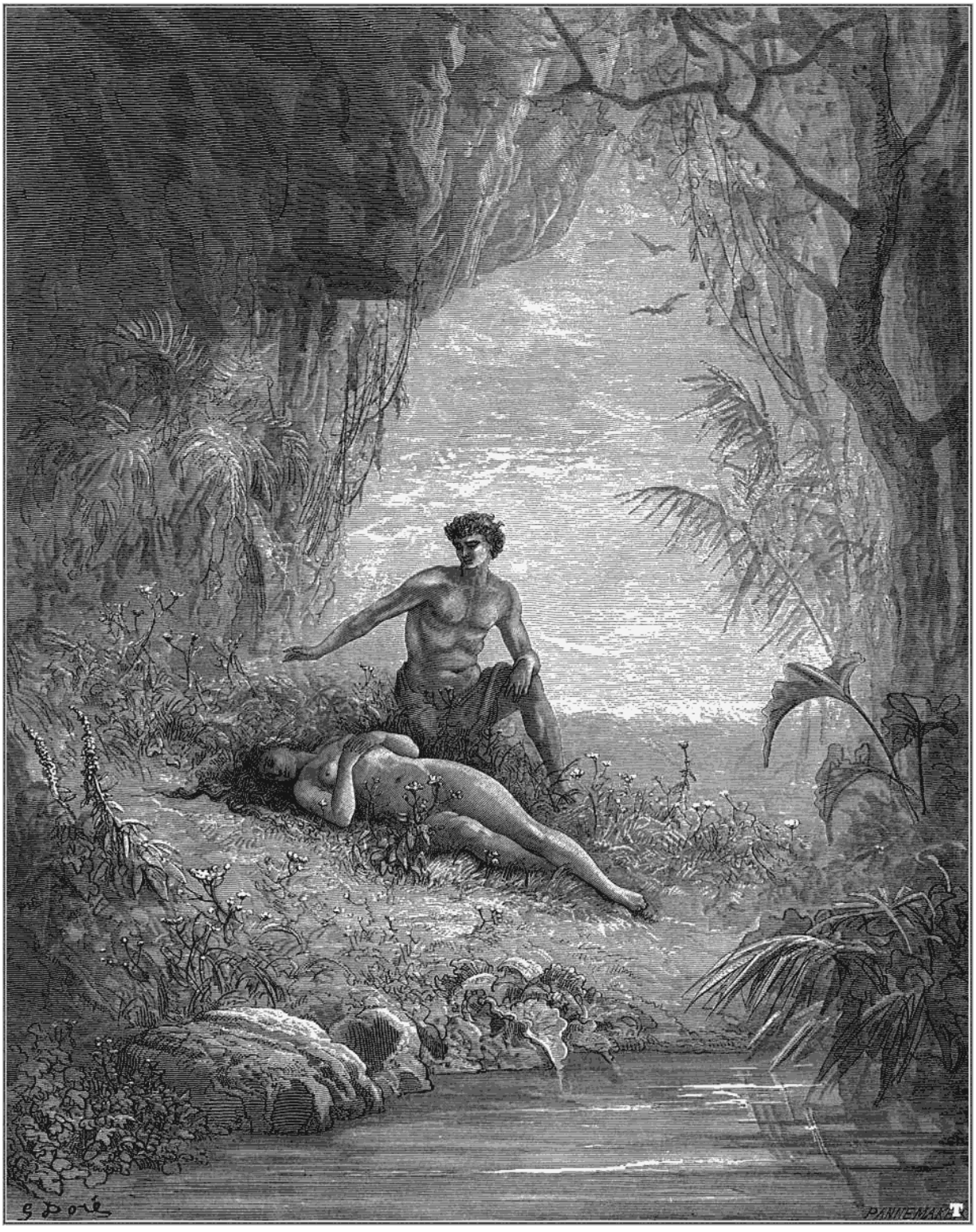
Libro V

EL ARGUMENTO[160]

La mañana se acercaba. Eva le cuenta a Adán su sueño perturbador; a él le disgusta, pero la conforta; parten a sus labores diarias: su himno matutino a la entrada del refugio. A fin de que el hombre no tenga excusa, Dios envía a Rafael para que le instruya acerca de su obediencia, su estado de libertad, el enemigo que tiene cerca: quién es y por qué es su enemigo y cualquier otra cosa que le sea de utilidad. Rafael desciende al Paraíso; se describe su apariencia; advierte su llegada Adán desde lejos, sentado a la puerta de su nidal; va a su encuentro, lo trae a su morada y lo agasaja con los mejores frutos del Paraíso, recogidos por Eva. Su conversación en la mesa. Rafael imparte su mensaje, le recuerda a Adán su estado y le habla de su enemigo. A petición de Adán relata quién es ese enemigo y por qué llegó a serlo, comenzando por su primera rebelión en el Cielo y la causa de la misma; cómo se llevó consigo sus legiones a las regiones del Norte y las incitó allí a rebelarse con él, seduciendo a todos menos a Abdiel, un Serafín que se le opuso, contradijo sus razones y después lo abandonó.

vanzaba el Alba por el este con rosáceo paso,
sparciendo por la tierra perla oriente,
uando Adán se despertó, siguiendo su costumbre,
ues tenía el sueño tan ligero, por la pura digestión
los vapores blandos, temperados, que el sonido sólo
e las hojas y arroyos neblinosos, ventalle de la Aurora,
nseguida lo ahuyentaban, y el chirrido matinal
e pájaros en cada rama. Tanto más su asombro,
ues, al hallar a Eva aún dormida,
on cabellos descompuestos y mejilla sonrojada
omo por descanso inquieto: apoyándose en el codo,
lzado a medias, con miradas de profundo amor,
e recostó sobre ella cautivado y vio

elleza que irradiaba, ya despierta ya dormida,
racia peculiar; después, con voz tranquila,
omo cuando a Flora[161] Céfiro le sopla,
ocándole la mano dulce susurró: «Despierta,
ella mía, mi mujer, mi don reciente,
l postrero y el mejor del Cielo, mi deleite siempre nuevo.
espierta, la mañana brilla, fresco el campo
os reclama, nos perdemos la alborada: el brotar
e nuestras plantas, florecer del limonar,
l goteo de la mirra, de los bálsamos
cómo la Natura pinta sus colores, cómo pausa
n la flor la abeja succionando líquida dulzura».


G Doré
PANNEMAKER

Tal susurro la despierta; mas con ojos asustados,
brazándose a Adán, así le habla:
«Oh único en quien mis pensamientos se reposan,
erfección y gloria mías, qué alegría ver
u rostro y el tornado amanecer, pues esta noche
-Noche como ésta nunca tuve— he soñado
-Si soñé—, no como siempre, cosas tuyas,
a labor cumplida ayer, la que hacer mañana,
ino ofensas y conflicto, que mi mente
unca viera hasta esta noche inoportuna; parecía
ue alguien al oído me invitaba a caminar
on voz gentil (pensé la tuya) que decía:
¿Por qué duermes, Eva? Ésta es la hora grata,
resca, silenciosa, salvo allí donde el silencio cede
nte el ave de nocturno trino que, despierta ahora,
xtrema la dulzura de su canto pasional; ahora reina
letórica la Luna, y con luz más plácida
a faz asombra de las cosas; mas en vano,
uando nadie mira; vela el Cielo, todo ojos,
ontemplándote, ¿y a quién sino al capricho de Natura,
n cuya imagen toda cosa se complace,
rrobada por seguir mirándote?».
le levanté cual si llamases, sin hallarte,
por hallarte dirigí mis pasos luego;
creí pasar a solas por senderos
ue de pronto me llevaron a ese Árbol
e prohibida Ciencia: muy hermoso parecía,
lás hermoso en sueños que de día;
mientras lo miraba con asombro, cerca había
no con figura y alas como ésos de los Cielos
ue a menudo vemos; sus rorantes aladares
estilaban ambrosía; también el Árbol él miraba;
«Oh hermosa planta —dijo— abundante en fruto,
No hay nadie que tu peso alivie y pruebe tu dulzor?

Ni Dios, ni hombre? ¿Tanto se desdeña el conocer?
O envidia, o reserva alguna, vedan degustarte?
édelo quien quiera, que ninguno ha de privarme más
e tus presentes: ¿qué harías tú aquí, si no?».
icho esto no pausó, sino con brazo temerario
rrancó, probó. Un frío horror me recorrió al oír
alabras tan audaces rubricadas con audacia tal;
las él, arrebatado: «Oh divino fruto,
ulce por ti mismo y aún más dulce así cogido,
rohibido aquí, parece, cual si sólo apto para Dioses,
las capaz de convertir en Dioses a los Hombres:
Y por qué no en Dioses a los Hombres, pues el bien,
uanto más se extiende, crece más fecundo
el Autor recibe más, no menos, honra?
en, feliz criatura, bella Eva angélica,
articipa tú también, dichosa como eres
lás dichosa habrás de ser: más digna, no es posible.
rueba de esto y, desde ahora entre los Dioses,
iosa sé tú misma, no a la Tierra limitada:
veces, cual nosotros, vive por los aires,
tras sube al Cielo, por tus méritos, y ve
ué vida ahí los Dioses tienen, y tú vívela también».
iciendo esto vino a mí y me ofreció,
los labios me ofreció, parte de ese fruto
ue arrancara; el sabroso aroma placentero
anto me avivó el deseo que, pensé,
enía que probarlo. Al instante yo a las nubes
scendí con él, y abajo contemplé
a Tierra inmensa, un extenso panorama
muy diverso, sorprendida de mi vuelo y cambio
tal exaltación. De pronto,
a mi guía me faltaba y, creyendo hundirme,
aí dormida; pero qué contenta desperté
vi que fuera sólo un sueño». Eva así su noche
elató y así apenado respondió su Adán:
«Excelsa imagen de mí mismo y parte mía más amada,

l pesar de tus ideas, esta noche en sueños,
le conturba por igual; no puede deleitarme
ste raro ensueño que del mal proviene, temo;
ero mal ¿de dónde? En ti, creada pura,
o hay ninguno. Sabe, sin embargo, que en el alma
luchas facultades hay menores que a su líder
irven, la razón; la fantasía, entre éstas,
iene luego, que de todo objeto externo
ue le ofrecen vigilantes los sentidos
rea imaginaciones, aéreas formas,
ue juntándolas y separándolas el raciocinio plasma
odo eso que negamos o afirmamos, y llamamos
l saber o la opinión; mas luego se retira
su aposento, cuando duerme la natura.
menudo, ausente aquél, mimética la fantasía
or copiarle vela; pero maljuntando sus figuras
esta con frecuencia chifladuras, y más en sueños,
rastocando hechos y palabras, viejos o recientes.
e éstas en tu sueño hay algunas, yo diría,
e la charla que tuvimos ayer noche,
las con rara añadidura. No te atristes, sin embargo.
or la mente ya de Dios o el hombre, puede el mal
ndar, venir, inatendido, sin dejar tras él
stigma o culpa: por lo que confío
n que lo que soñar aborreciste en sueños
unca aceptarás hacer despierta.
o te desanimes pues, no pierdas ese brillo
ue resulta casi siempre más alegre y más sereno
ue el reír del alba bella al mundo amaneciente,
alcémonos que nuevos cometidos nos aguardan
n los bosques, fuentes y entre flores
ue ya ofrecen sus recónditos perfumes
etenidos por la noche y guardados para ti».
Así alegró a su bella esposa y ella se dejó
las, silenciosa, una lágrima gentil cayó
e cada ojo, que enjugó con el cabello;

os preciosas gotas más, dispuestas cada una
n su presa cristalina, antes de caer,
esolas él cual nobles signos de apacible contrición
pío turbamiento, que temiera haber faltado.
Todo claro así al campo se apresuran.
las primero, justo tras salir al aire libre
e las sombras protectoras de su techo arbóreo
ver el nuevo día, el Sol, que apenas levantado
on las ruedas aún rozando[162] el borde del océano,
la Tierra paralelo disparaba su rorante rayo
escubriendo, vasto panorama, todo el este
el Jardín, y del Edén los llanos venturosos,
e postraron adorantes y empezaron
us plegarias, que rendían dóciles al alba
on estilo vario, pues ni vario estilo
i sagrado rapto les faltaban para loa
el Creador, en aptos sones dichos o cantados,
spontáneos: tan súbita elocuencia
es fluía de los labios —prosa o verso numeroso[163]—
lás melódica de lo que piden el laúd o el arpa
ara darse más dulzura. Empezaron pues así:
«Éstas son tus obras eminentes, Padre del Bien,
mnipotente, tuyo este edificio universal
an milagrosamente bello; ¡tú qué milagroso pues!
efable, habitando por encima de estos cielos,
o te vemos, u oscuramente en estas obras tuyas
nferiores, que declaran sin embargo
u bondad inconcebible y tu Poder Divino:
ablad vosotros que diréis mejor, los Hijos de la Luz,
osotros Ángeles, pues a él le contempláis,
con cantos y corales sinfonías, días sin noche,
odeáis su Trono alegres, en los Cielos donde estáis;
n la Tierra uníos criaturas para loa
e quien es primero, último, es medio, y es sin fin.
ú el más bello de los astros[164], último del séquito nocturno,

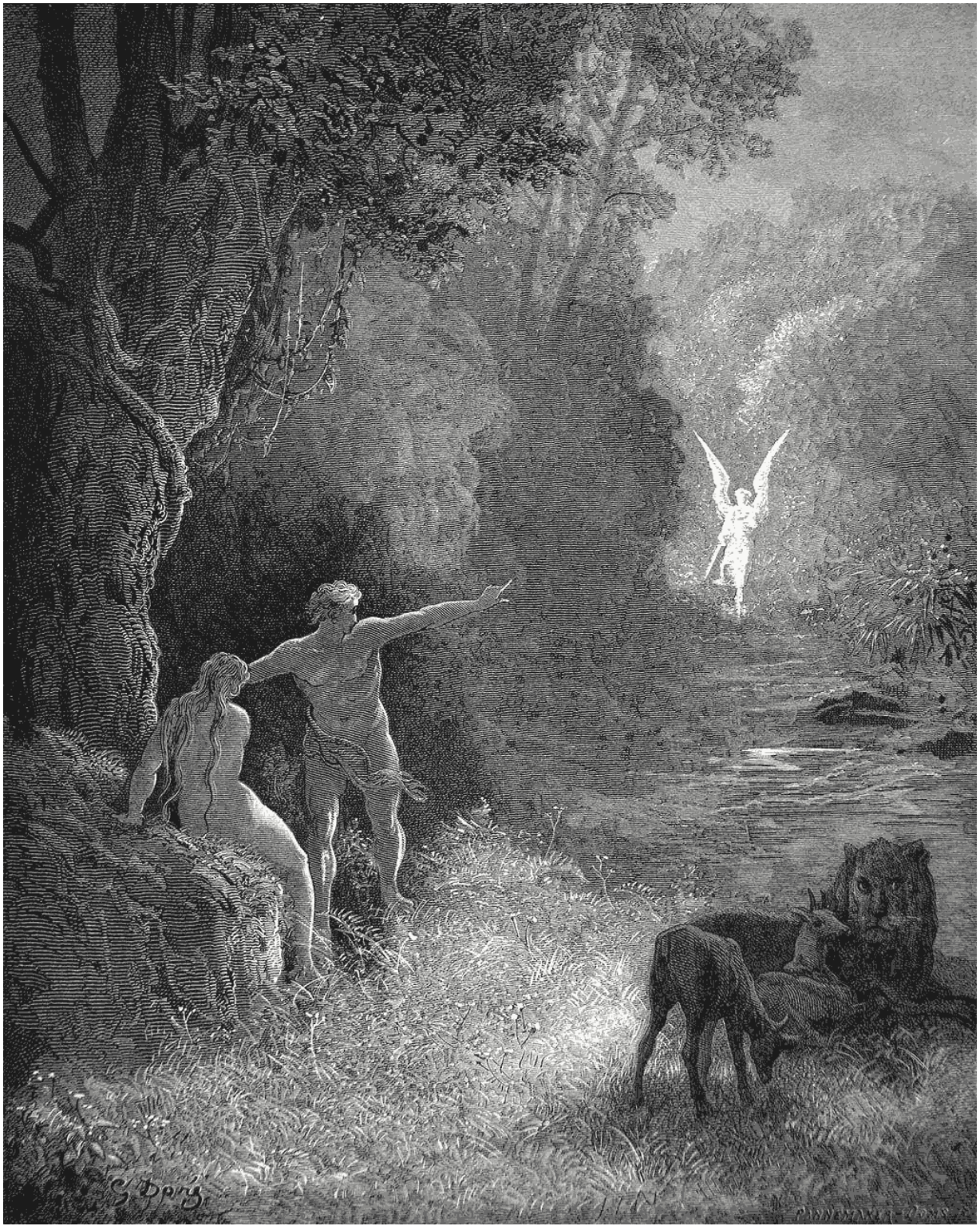
i mejor no perteneces a la aurora, prenda cierta
e naciente día, que coronas la mañana sonriente
on tu fúlgida diadema: glorifícalo en tu esfera
lientras se levanta el día, esta dulce hora de alborada.
ú, Sol, Ojo y Alma de este Mundo grande,
econócelo tu Superior, entona su alabanza
n tu eterno curso, tanto al elevarte
al ganar el zénit, como cuando ya declinas.
una, que ahora encuentras al oriente Sol, ahora huyes
on los astros fijos, fijos en el orbe en fuga,
vosotros, cinco Fuegos errabundos[165] que os movéis
n danza mística no sin canción: dad eco
su alabanza, quien llamó a la Luz de la Tiniebla.
ire, y vosotros elementos, primogénitos
el seno de Natura, que en cuaterno realizáis
erpetuo ciclo, multiformes, y meráis
nutrís las cosas todas: que incesante vuestro cambio
ree siempre nueva loa al Hacedor sublime.
vosotras, nieblas y efluxiones que subís ahora
e los lagos humeantes y los montes, grises o terrosas
lientras no pincela el Sol con oro vuestras sedas:
n honor al gran Autor del mundo levantaos,
a cubráis de nubes nuestro cielo deslucido,
reguéis con nubarradas la sedienta tierra;
a cayendo, ya subiendo, alabadlo siempre.
u alabanza oh vientos, de los cuatro puntos cardinales,
xhalad suave o fuerte; cimbread, oh pinos, vuestras copas
unto a toda planta, en señal vibrad de culto.
uentes y vosotros, que al fluir cantaleáis
on murmullo melodioso, entonad trinando Su alabanza.
nanse las voces de las almas vivas todas: aves
ue subís cantando a la Puerta de los Cielos,
leven vuestras alas y canciones su alabanza;
vosotros discurriendo por las aguas, por la tierra,
aminando regios o reptando humildes;

ed testigos si yo callo, tarde o alba,
nte monte, valle, fuente o fresca sombra,
echos voces por mi canto e instruidos en loarle.
Salve, oh Señor universal! Sé siempre generoso
n darnos sólo el bien; y si la noche
a amasado mal o engaño, tú dispérsalo
ual la luz dispersa las tinieblas ya».
Así rezaron, inocentes, y pronto recobraron
us pensares firme paz y calma acostumbrada.
uego a su rural trabajo matinales se apresuran
ntre dulces flores y rocíos, donde alguna fila
e frutales muy frondosos alargaba demasiado
u ramaje consentido y exigía manos que cortasen
ıfructíferos abrazos; o la vid guiaban
casarse con el olmo; ella, desposada, enrosca
n torno a él sus brazos maritales y consigo porta
ote —los racimos adoptados— que las hojas orna
ıfértiles del árbol. Ocupados de esta forma,
os miraba con piedad el alto Rey Empíreo,
a Rafael llamó, Espíritu amistoso que marchó
e viaje con Tobías y guardó sus nupcias
on la moza de los siete esposos malogrados.
«Rafael —le dijo—, oyes tú en la Tierra qué revuelo
atanás, fugado del Infierno por la Sima oscura,
a creado en el Edén y cómo ha perturbado
sta noche al par humano, cómo busca en ellos
rruinar de golpe a la entera humanidad.
e pues y, como amigo con amigo, charla con Adán
arte de este día, allá en la fronda o sombra
n que lo encuentres, guarecido al mediodía,
efrescándose de su trabajo con regalo
con reposo; y habla cosas tales
ue su estado afortunado le sugieran:
a fortuna que es bien libre de querer,
ejada a su libre voluntad; su voluntad que, libre[166],

s mudable; y por ello adviértele que es fácil
xtraviarse confiado: háblale también
e su peligro, de quién viene, qué enemigo
aído de los Cielos hace poco, trama ahora
a caída para otros del estado venturoso:
Por violencia?, no, pues ésta encontraría oposición:
or engaño y con mentiras; dale todo a conocer,
ue pecando luego voluntario no simule
esconcierto, alegando desaviso.»
Así habló el Eterno Padre y satisfizo
a justicia toda. No se demoró el alado Santo
ras cobrar encargo: de entre medio de los miles
e Ardores Celestiales[167], donde estaba
rasvelado por sus alas fúlgidas, saltó ligero
voló por el Empíreo; los coros de los Ángeles,
artiéndose a su paso, dieron vía a su premura
través de las celestes rutas, hasta alcanzar
as Puertas de los Cielos, que se abrieron solas
rotaron en sus goznes áureos: tal los hizo,
divinamente, el Arquitecto soberano.
esde allí, sin nube que moleste su visión
estrella intercalada, aunque mínima, avista,
o distinta de otros globos refulgentes,
uestra Tierra y el Jardín de Dios, de cedros coronado
llá en los montes. Así de noche el cristal
e Galileo observa, menos inconcuso,
aíses figurados y regiones en la Luna;
sí un piloto al ver surgir, en medio de las Cicladas[168],
Delos, Samos, cree vislumbrar
n punto nebuloso. Hacia allí con vuelo prono
e apresura y el vasto etéreo cielo surca
ntre mundo y mundo, el ala firme
hora en los polares vientos, ya con rápido viraje
venta el aire dúctil; hasta que en alturas
e las águilas cimeras, todo pájaro lo cree

n Fénix: a todos les parece el ave única
ue porta sus reliquias al fulgente Templo
el Dios Sol, volando a Tebas en Egipto[169].
ronto ya en el risco oriental del Paraíso
one pie, y a su propia imagen él retorna,
a de alado Serafín: seis alas tiene, que protegen
us divinos lineamientos; las dos que visten
ada hombro ancho le caían sobre el pecho
omo manto con adorno regio; dos al medio
omo franja astral el talle ciñen, abrigándole
os muslos y caderas con dorado terciopelo
colores de tintura célica; los pies el tercero adumbra,
esde cada tarso, con mallada pluma del matiz
el firmamento. Como el vástago de Maya[170]
acudió sus péndolas, que en torno difundieron
elestial fragancia. Al instante lo conocen
as patrullas de los Ángeles guardianes,
ue honran su mensaje y rango alzándose,
ues portador lo creen de algún mensaje alto.
us radiantes pabellones Rafael pasó y llega al fin
l campo venturoso por mirrados bosques
perfumes florecientes, casia, nardo, bálsamo
una jungla de fragancias, pues Natura aquí
e recreaba, primeriza, exhibiendo a voluntad
u virgen fantasía, derramando su dulzura
or encima de arte o regla, beatitud inmensa.
rribando por el bosque perfumado a Rafael
dán discierne, que a la puerta reposaba
e su fresco nido, mientras ya subido el Sol
anzaba rectos rayos férvidos por dar calor
l núcleo de la Tierra, más que Adán precisa.
Eva dentro, a esta hora preparaba
os sabrosos frutos, de ese gusto que complace
l auténtico apetito, sin agriar el sorbo intercalado
e nectáreas libaciones, de melífera corriente

de bayas, uvas. Mas Adán así la llama:
«Pronto, Eva, ven y mira, digna de tu vista
ntre aquellos árboles al este, qué gloriosa forma
iene de camino, parecida a un nuevo amanecer
l mediodía. Gran recado puede que nos traiga
e los Cielos y quizás acepte en este día
er huésped nuestro. Pero date prisa



de lo que tenga tu despensa vierte copia,
pta para honrar y recibir al celestial viajero;
ien podemos ofrecer a nuestros bienhechores
e sus propios bienes y dar con largueza
e lo dado largamente, donde la Natura multiplica
u fecundo crecimiento y, despojada, se hace
lás fructífera, enseñándonos a prodigar».
Eva respondió: «Adán, de tierra molde santo
ue inspiró el Señor, despensa escasa basta
onde siempre ya madura hay despensa en ramas;
lenos de eso que, en frugal despensa,
ana fuerza nutritiva y disipa la humedad superflua.
las voy aprisa, y de cada arbusto y rama,
ada planta y calabaza más jugosa, tales frutos
ogeré por agradar a nuestro angélico invitado
ue confiese al verlos que, aquí en la Tierra,
ios ha prodigado dones dignos de los Cielos».
Dicho esto con mirada presurosa se despide,
mersa ya en hospitalarios pensamientos:
ué delicias escoger por deleitar mejor,
n qué orden sucesivos para no mezclar
abores imperfectos, no elegantes, y llevar
e un gusto a otro con el más selecto cambio;
sto, pues, la ocupa y de cada tierno tallo
odo eso que la Tierra, alma Madre, ofrece
n las Indias al oeste[171] o este o, en medio,
l Ponto, o costa púnica, o donde
lcínoo reinaba, frutos de cualquier especie,
e corteza dura, piel suave, concha,
hirsuta cáscara recoge, un tributo vasto
ue en la mesa apila pródiga. Bebida la hace
e las uvas exprimidas, mosto inofensivo,
aguamiel de muchas bayas, y de almendras dulces
ien prensadas delicada crema extrae: de vasijas

uras, aptas, para éstas no carece; luego esparce
or el suelo rosas y yerbas no incensadas.
lientras, nuestro Padre Primordial a recibir
su divino huésped marcha, y sólo el séquito
o escolta de sus propias perfecciones,
completas: en sí mismo estaba su grandeza,
lás solemne que la pompa fastidiosa
e los príncipes, que con cortejo largo y rico
e caballos y muchachos que embadurna el oro
la multitud deslumbra y deja boquiabierta.
erca ya de él, Adán, si no apocado,
on sumiso trato y dócil reverencia,
ual a superior natío, inclinándose humilde,
Dice: «Morador del Cielo, pues ningún lugar
ino los Cielos puede contener figura tan gloriosa;
uesto que viniendo de los Tronos en la Altura,
sas plazas venturosas has dejado por un tiempo
ara honrar aquí las nuestras, dígnate con este
olo par, que por obsequio soberano tiene
ste amplio territorio, a reposarte allí,
n aquella umbría, y gustar lo que el Jardín ofrece
e mejor cobijo o fruto, hasta que este resistero
ase y, más fresco, el Sol decline».
A lo que la Angélica Virtud repuso dulce:
Adán, por eso vine; no es tu hechura tal,
i la de este sitio donde moras,
ue no invite —aunque Espíritu del Cielo—
visitarte; guía pues al resguardo de las sombras,
ue estas horas meridianas, hasta caer la tarde,
on enteramente mías». Así al silvano nido
legan ellos; éste como oasis de Pomona[172] les sonríe
ubierto de capullos y fragancias; pero Eva
escubierta salvo de ella misma, más hermosa
ue una Dríade[173] o la más hermosa Diosa figurada
e las tres que en monte Ida contendieron nudas[174],

e dispuso a agasajar al huésped célico. Virtuosa,
o requiere velo; no hay infirme pensamiento
ue le altere la mejilla. A quien el Ángel «¡Salve!»
ice, el saludo santo que más tarde
María, la segunda Eva, honraría.
«Salve, Madre de la Humanidad, de fértil seno
ue este mundo colmará de hijos más cuantiosos
ue estos frutos tan variados ofrecidos a tu mesa
or los árboles de Dios.» Herboso lomo era
ues la mesa, con musgoso asiento alrededor,
en su amplia superficie, de extremo a extremo,
l otoño se apilaba, aunque otoño y primavera aquí
ndaban de la mano. Charlan ellos por un rato,
in temer comida fría; cuando al cabo así comienza
uestro autor: «Viajero empíreo, prueba si te place
e estos dones que el Nutricio Padre —de quien
odo bien perfecto torrencial desciende—,
or comida y por deleite, a la tierra
ıcita a dar; insípido alimento, acaso,
ara seres numinosos: sólo esto sé,
ue un Padre Celestial a todos da».
A lo que el Ángel: «Y por ello lo que da
Cantemos siempre su alabanza), para el hombre,
spiritual en parte, puede que lo encuentren
os Espíritus comida grata: y comida semejante
sos entes inteligenciales la requieren
ual vosotros, racionales. Y ambos órdenes
n sí contienen esas facultades inferiores
el sentido: pues ven, oyen, huelen, tocan, gustan
, gustando, cuecen[175] y digieren y asimilan,
lo corpóreo en incorpóreo tornan.
ues comprende: lo que fue creado exige
er nutrido y sostenido. De los elementos
l más puro nutre el más grosero, al mar la tierra,
ierra y mar al aire, éste a los etéreos Fuegos[176]

de éstos, inferior, primero a la Luna;
e ahí en su redondo rostro tales manchas:
on vapores no purgados, no absorbidos todavía.
no es que la Luna no desprenda nutrimento
e su liento continente para orbes superiores.
l Sol que a todos distribuye, toma
e ellos recompensa alimentante
omo húmedas exhalaciones, y al caer la tarde
ena con los mares. Si los árboles del Cielo
ortan fruto de ambrosiaca vida, y las viñas
inden néctar; y si de las ramas cada amanecer
lelíferos rocíos aventamos para ver el suelo
ljofarado, Dios, no obstante, ha hecho aquí
resentes tan variados en deleites nuevos
ue podrían compararse al Cielo. Y no creas
ue a probarlos me hallarás remiso». Se sentaron pues
las viandas y no sólo en apariencia
niebla el Ángel, glosa muy común
e los teólogos[177], sino con avidez intensa
e hambre verdadera y digestivo ardor
e transubstanciación; lo redundante lo transpiran
ácilmente los Espíritus; no es raro, pues,
i por fuego de carbón el empírico alquimista
uede convertir, o cree posible hacerlo,
os metales más impuros en perfecto oro,
omo de la mina. Mientras, Eva a la mesa
es servía desnuda y sus copas afluentes[178]
e licores gratos coronaba. ¡Oh inocencia
igna del Edén! Entonces sí —si alguna vez—
e excusaran los amores de los Hijos del Señor[179]
or la mujer; pero en estos corazones
n amor reinaba no libidinoso y celos
o existían, el infierno del herido amante.
Así, tras contentar, no hartar, sus cuerpos
e manjares y bebidas, una idea súbita surgió

n Adán: que no perdiese la ocasión,
ue el gran encuentro le ofrecía, de saber
e cosas trascendentes y del ser de aquellos
ue en los Cielos moran, de excelencia que veía
uperar la propia, y cuyas formas luminosas
-Divinal fulgor— y altísimo poder de tal manera
xcedían los humanos. Su discurso precavido,
ues, así al Ministro Empíreo dirigió:
«Cohabitante del Señor, ahora bien comprendo
u favor en esta gracia dada al hombre
ajo cuyo techo humilde te has dignado
eposar, gustando de estos frutos terrenales,
ábulo no de Ángeles, mas aceptado así,
ual si mejor dispuesto no pudieras parecer
n los ágapes del Cielo. ¿Cómo, sin embargo, comparar?».
A lo que el Jerarca alado replicó:
Oh, Adán, un solo Omnipotente hay
e quien procede toda cosa y a él retorna,



i no pierde la virtud; creado todo bien capaz
e perfección y todo de materia una primordial:
otado de distintas formas, varios grados
e substancia y, en las cosas vivas, de la vida;
ero más acrisolada, numinosa y pura
uanto más cercana a Él o más proclive
su propia esfera activa, asignada a cada una,
asta que al espíritu el cuerpo llega, en justa
roporción a cada tipo. Así de la raíz
l verde tallo brota más ligero, de éste hojas
lás aéreas y, por fin, la flor brillante y consumada
romáticos espíritus exhala: y las flores y sus frutos,
echos alimento, sublimados en escala gradual,
spiran a espíritus vitales, animales,
uego intelectivos, dando vida y sensación,
fantasía, entendimiento, del que el ánima
ecibe la razón, que discursiva o intuitiva,
s el ser del alma; el discurso con frecuencia
s vuestro; nuestra sobre todo la intuición,
istintas sólo en grado, en especie iguales.
o te asombre pues que lo que Dios ve bueno para ti
o rehúse yo, sino al igual que tú lo haga
li substancia; tiempo llegará en que los hombres
on los Ángeles comulguen y hallen esto
ieta no indebida, ni pitanza muy menuda:
de tales nutrimentos corporales, puede,
uestros cuerpos se hagan al final entero espíritu,
lejores con el tiempo y la ascensión
térea, cual nosotros, eligiendo a voluntad
ivir aquí o en Celestes Paraísos,
i se os halla obedientes y guardáis,
ıalterable y firme, íntegro el amor
e quien sois progenie. Mientras, disfrutad
a dicha que esta condición dichosa

uede contener, incapaz de más».
Y el Patriarca de la Humanidad repuso:
Oh Ángel favorable, comensal propicio,
ien has enseñado qué camino puede dirigir
l conocer y, de Natura, la escala que conduce
esde el centro al ruedo externo, por la que
n contemplación de todo lo creado,
rado a grado, ascendemos hasta Dios. Mas di,
Qué era esa advertencia «Si se os halla
bedientes»? ¿Puede pues faltarnos la obediencia
Él, o acaso traicionar su amor,
quien del polvo nos formó y plantó aquí,
olmados totalmente de cualquier ventura
ue el humano anhelo busque o pueda contener?».
A lo que el Ángel: «Hijo de la Tierra y Cielo,
yeme bien: ser dichoso débeselo a Dios;
ue sigas siéndolo, débetelo a ti,
s decir, a tu obediencia; en ella queda.
sta es la advertencia que te di, recuérdala.
erfecto Dios te ha hecho, no inmutable;
ueno te formó, mas perdurar es cosa
ue dejó en tus manos, dándote una libre
oluntad, no gobernada por destino
ıextricable o rígida necesidad.
ervicio voluntario pide de nosotros,
o uno impuesto; tal servicio no halla en Él
ceptación, pues ¿cómo, sin ser libre,
robaría el corazón que sirve voluntario,
i quisiera sólo lo que debe, por destino,
ıcapaz de optar por nada diferente?
o también y toda la milicia angélica
nte el Trono del Señor en nuestra dicha
erduramos, como tú en la tuya, si la sumisión
erdura: otra garantía no la hay; servimos libres
orque amamos libres, siendo nuestra opción
mar o no: con ello perduramos o caemos.

hubo quien cayó, por rebelión cayó,
así del Cielo hasta el más profundo Infierno;
Oh caída, de qué dicha en qué tormento!».
Y nuestro gran Progenitor: «A tus palabras
ien atento, oh Instructor Divino, con más gozo
as escucho que los cantos nocturnales
esde montes no lejanos cuando elevan Querubines
lúsica estelar; y no ignoraba estar creado
ibre en acto y voluntad;
las que no debemos olvidarnos nunca del amor
l Hacedor y obedecer a quien nos puso
n mandato sólo y justo, mis constantes pensamientos
o afirmaban y lo dicen todavía: aunque lo que cuentas
ue ocurrió en el Cielo, mueve duda en mí
deseo aún más grande de escuchar, si lo permites,
a completa relación, que debe ser extraña,
e oírse digna con quietud sagrada;
tenemos todavía largo rato, pues el Sol acaba apenas
a mitad de su carrera y apenas ya comienza
a otra media en la gran región del cielo».
Hizo Adán así su petición, y Rafael
ras corta pausa, asintiendo, comenzó:
«Alto tema impones, oh primero de los hombres;
riste empeño y arduo, pues ¿cómo relatar
mente humana las proezas invisibles
e Espíritus guerreros?; ¿cómo, sin pesar,
a caída de ésos todos, tan brillantes y perfectos
lientras fueron fieles?; ¿cómo desvelar,
or último, secretos de otro mundo, que quizá
ea ilícito mostrar? Mas, para bien tuyo,
al se me permite y lo que el alcance excede
el sentido humano, he de describirlo
omparando formas numinosas con corpóreas
egún mejor las muestren, pues acaso esta Tierra sea
ombra de los Cielos y las cosas que contienen
e parezcan una a otra más de lo esperado.

»No era el mundo todavía y Caos reinaba fiero
onde estos cielos ahora ruedan, donde esta tierra ahora
n su centro yace, cuando un día
Pues el tiempo, aunque en lo eterno, si aplicado
l movimiento, mide toda cosa duradera
or presente, el pasado y el futuro), el día
ue el Gran Año[180] celestial culmina, la hueste empírea
e los Ángeles por regia citación llamada,
ıcontable ante el Trono del Omnipotente,
esde todo punto de los Cielos, pronto apareció
ras sus jerarcas en columnas fulgurantes.
iez mil miles de estandartes altos avanzaron,
riflamas, gonfalones, entre frente y retaguardia,
iemblan en el aire y de divisa sirven
las jerarquías, órdenes y grados;
en sus tejidos destellantes portan blasonadas
ıscripciones santas, actos de amor y celo
e recuerdo egregio. Y así, cuando en Orbes
e circuito inexpresable los Ángeles formaron,
rbe en Orbe, el Infinito Padre,
-Junto a Él el Hijo en beatitud sumido—
omo en monte llameante cuya cumbre
ıvisible hiciese el resplandor, así les habla:
»“Oídme todos los Espíritus, Progenie de la Luz,
ronos y Dominios, Principados y Virtudes, Potestades,
scuchad mi edicto, que es irrevocable.
e concebido en este día a quien declaro
li Hijo Único y en este Monte santo
e ungido a quien ahora contempláis
entado a mi derecha. Por Cabeza os lo otorgo
he jurado por mi Ser que todas las rodillas en el Cielo
nte él han de doblarse y proclamarlo su Señor:
ajo el reino de este gran Vicerregente
ersistid unidos como un Alma individual,
elices para siempre. Mas aquel que le desdeñe

le desdeña, rompe la unidad, y el mismo día,
esterrado del Señor y la visión bendita, cae
tinieblas absolutas, insondable sima, su lugar
rescrito, sin posible redención, sin término".
»Así habló el Omnipotente y con sus palabras
odos parecieron complacidos: parecía, mas no todos.
se día, cual otros tan solemnes, lo pasaron
on canciones, danza, alrededor del santo Monte,
anza mística, que aquella astral esfera
e planetas y de estrellas fijas, con sus ruedas todas,
s la que mejor la emula: laberintos intrincados,
xcéntricos, entreverados, y que son más regulares
uanto más irregulares aparentan:
en sus mociones la divina armonía
anto adulza sus hermosos sones, que Dios mismo
scucha deleitado. El atardecer llegaba
Pues también nosotros tarde poseemos y mañana,
ara cambio placentero, no por necesarias)
enseguida de la danza al dulce ágape se tornan
eseosos; en los círculos en que se hallaban,
lesas aparecen y de súbito rebosan
on angélico alimento; néctar fluye cual rubí,
n perla, adamante y en macizo oro,
ruto de exquisitas viñas, que en los Cielos crecen[181].
ntre flores reposados, de capullos coronados,
omen, beben y en afable comunión
a inmortalidad apuran y la dicha —libres
e la hartura, donde plétora jamás es demasía—
nte el Almo Rey, que con mano pródiga
ertía, gozándose en su gozo. Ahora,
uando ambrosial la noche, con sus nubes exhaladas
esde el Monte del Señor, de donde luz y sombra
rotan ambas, el semblante del Empíreo transformó
n crepúsculo dichoso (pues la noche allí no llega
omo negro velo) y rosáceos los rocíos a todos incitaron

-Menos Dios, de insomnes ojos— al reposo,
or los vastos llanos, mucho más inmensos
ue esta Tierra orbicular en plano desplegada
ales son las cortes del Señor), la multitud angélica,
ispersa en bandas y legiones, extendió su campamento
erca de vivientes ríos, entre Árboles de Vida:
abellones incontables, elevados de repente,
elestiales tabernáculos, en que dormía
reada por los vientos, salvo aquellos que por turno
imnos melodiosos al Trono Soberano
lternaron sin cesar la noche entera. Mas no así veló
atán: llamadlo de este modo, pues su nombre antiguo
o pronuncia el Cielo ya. De los primeros era él,
i no el primer Arcángel, grande en potestad,
avor y preeminencia, mas de envidia lleno
ontra el Hijo del Señor, el día aquel
onrado por su magno Padre y Mesías declarado,
ey ungido: no lo pudo soportar su orgullo
, ante aquella escena, rebajado se sintió.
laldad profunda concibió así y desprecio;
l traer la medianoche la hora penumbrosa,
el dormir amiga y el silencio, resolvió
on todas sus legiones levantar el campo
negar el culto, la obediencia, al supremo Trono,
esdeñoso. Despertando, pues, a su segundo
e este modo, con sigilo, lo abordó:
»«¿Duermes, camarada? ¿Qué soñar los párpados
e cierra, si recuerdas qué decreto ayer,
¡ tan reciente!, traspasó los labios
el celeste Omnipotente? Tú a mí tus pensamientos
le contabas, yo contigo los míos compartía:
mbos éramos, despiertos, uno; ¿cómo puede ya
u sueño disentir? Pues nuevas leyes ves impuestas;
nuevas leyes de quien reina, nuevas mentes
n nosotros, que servimos, nuevos planes y debate
el dudoso porvenir: más, en este sitio,

o es seguro debatir. Reúne tú,
e todas las miríadas que trajimos, las mejores;
iles que me mandan, antes que la tenue noche
u sombrosa nube aparte, darme prisa
-Y conmigo todos los que ondean mi estandarte—
e camino a casa, con alada marcha al Norte,
uestros reales, para preparar allí
ncuentro digno a nuestro Rey,
l gran Mesías y sus nuevas tropas
ue veloz por todos los cuarteles
iensa desfilar triunfante, dando leyes».
»Así habló el falsario Arcángel, instilando
ıfluencia mala en el pecho incauto
e su amigo. Éste llama juntas,
varias una a una, a las Regentes Potestades,
ajo él regentes, y les dice (así le han dicho)
ue por orden del Más Alto, antes que la noche,
ntes que la noche ahora libre el Cielo,
l gran jerárquico estandarte tiene que partir;
a causa explica sugerida y entre medio esparce
rases vagas y palabras envidiosas que sondeen
mancillen la entereza; mas todos obedecen
a señal acostumbrada y la voz mayor
e su gran Potentado; pues su nombre, cierto,
n los Cielos era grande y alto el rango.
u semblante, cual la estrella matinal que guía
l astral rebaño, les sedujo y con mentiras
rrastró a un tercio de la celestial milicia.
lientras tanto el Ojo Eterno, que discierne
os pensares más abstrusos, desde el Monte santo,
esde Lámparas de oro que arden ante Él
e noche, sin su luz vio rebelión alzarse,
io en quién, cómo se extendía
ntre los Vástagos del Alba, qué legión
e apartidaba para combatir su magno edicto,
sonriéndole a su Unigénito así le dijo:

»«Hijo, tú en quien veo mi propia gloria
n completo resplandor, de todo mi poder el heredero:
hora sobre todo nos importa estar seguros
e esta omnipotencia nuestra y con qué armas
esolvemos preservar lo que de antiguo declaramos
er Deidad e Imperio nuestros, pues un enemigo
e alza que pretende levantar un trono
ual al nuestro en todo el espacioso Norte
, no contento, tiene en mente tantear
n armas qué poder, derecho son los nuestros.
leditemos, pues, y a esta contingencia
pongamos presto fuerzas fieles, empleándolas
todas por defensa, no perdamos descuidados
sta nuestra Sede y Santuario, Monte nuestro».
»A lo que el Hijo, con sereno rostro y claro
esplandor divino, inefable y sosegado
espondió: «Padre poderoso, bien merecen
us rivales justa burla y cierta risa
or sus vanos planes y tumulto vano;
ausa para mí de gloria, pues su inquina
a de ensalzarme cuando vean regio el poderío
ue me otorgas para ahogar su orgullo, y los hechos
es demuestren si consigo subyugar
tus rebeldes o resulto de los Cielos el peor».
»Tal el Hijo, mas Satán con todas sus legiones
a un camino largo recorriera alígero, una tropa
numerable como estrellas de la noche
astros matinales, el aljófar del rocío, con que perla
l Sol las hojas, cada una de las flores.
or regiones avanzaron, las regencias poderosas
e los Tronos, Serafines, Potentados
n sus triples grados: territorios a los que
odo tu dominio, Adán, no es más que el Jardín
i lo comparas con la Tierra entera
todo el mar, el globo en su conjunto
esplegado en longitud. Y dejándolos atrás,

os límites del Septentrión al fin cruzaron,
Satán llegó a su regia sede, alta en un peñón
ue refulgía desde lejos, como un monte
obre un monte, con pirámides y torres
e diamante en bruto y rocas de oro,
l palacio del gran Lucifer (tal nombre tiene
a estructura interpretado en el dialecto
e los hombres), que aquél, bien pronto,
retendiendo equipararse en todo a Dios
imitando el Monte en que el Mesías
uera ungido a la vista de los Cielos,
lonte lo llamó de la Congregación;
ues toda su milicia allí él congregó,
ingiendo hacerlo para discutir
a magna recepción debida al Rey
ue en llegar no tardaría y, con arte calumnioso
e verdad desfigurada, de este modo les sedujo:
»«Tronos y Dominios, Principados y Virtudes, Potestades,
i estos títulos magníficos son todavía
lás que meros títulos pues, por decreto,
tro hay ahora que el poder entero
oma para sí y nos eclipsa bajo el nombre
e Monarca ungido, por quien toda esta prisa,
sta marcha a medianoche y reunión urgente aquí:
sto es sólo para debatir de qué mejor manera,
on qué clase de honras nuevas debe recibirse
quien llega para recibir el homenaje de rodillas
odavía por rendir, infame postración,
emasiado para uno ya: duplicado ¿quién lo aguanta?,
ara uno y, además, su imagen proclamada.
ero ¿y si ideas más bizarras levantasen
uestras mentes, enseñándonos a rechazar el yugo?
Bajaríamos la cabeza optando por doblar
as dóciles rodillas? No vosotros, si sois
omo creo, o vosotros mismos os tenéis
or Hijos y habitantes de un Empíreo que nadie

oseyó; y si iguales no lo sois, libres sí
libres por igual: pues órdenes y rangos
o desdicen libertad, sino la afirman.
Quién, entonces, puede con razón o por derecho
sumir la Monarquía sobre quienes por derecho
on iguales suyos, si menores en poder y en esplendor,
n libertad iguales? ¿O tiene que imponernos
ey y edicto, a nosotros que sin ley
o erramos y, más aún, ser Dueño nuestro,
sperando adoración y degradando
stos Regios Títulos que nos declaran
echos para imperio, no servicio?».
»Hasta aquí su audaz discurso fue escuchado
in control; mas, entre aquellos Serafines,
bdiel, de quien ninguno superaba su fervor
la Deidad y sumisión a sus mandatos,
e alzó y en llama de fervor severo
l torrente de su furia así se opuso:
»«¡Oh blasfema alegación, mendaz y altiva!
osas que jamás pensó escuchar el Cielo
de ti, ingrato, todavía menos,
n lugar tan alto por encima de tus Pares.
Puedes condenar acaso, con afrenta impía,
l decreto justo del Señor, jurado y proclamado,
ue ante Su Hijo único, que ostenta por derecho
etro regio, toda alma en el Empíreo
a de hincar rodilla y proclamarlo Rey legítimo
on homenaje así rendido? ¿Es injusto, dices,
or entero injusto, sujetar con leyes a los libres
a un igual dejar que reine sobre iguales,
no sobre todos con poder sin sucesor?
Darás pues leyes tú a Dios?, ¿discutirás
on Él de libertad, con quien te ha hecho
omo eres, quien formó en los Cielos Potestades
omo quiso y su ser circunscribió?
or experiencia, sin embargo, conocemos qué benigno

-Y de nuestro bien y dignidad
ué próvido— es, qué lejos de su mente
ebajarnos, qué proclive antes a exaltar,
ichoso, nuestro estado con unión más fuerte
ajo un líder solo. Mas aun dando por injusto
ue un igual gobierne cual monarca sobre iguales,
Crees que tú, si bien glorioso y grande,
que toda Angélica Natura hecha sólo una,
uede equipararse al Hijo concebido?, por quien
-Como por su Verbo— el Padre poderoso hizo
oda cosa, tú incluido, y todo Espíritu del Cielo
reó por él, en sus distintos grados de esplendor,
coronó de gloria, y su gloria la llamó
ronos y Dominios, Principados y Virtudes, Potestades,
senciales Potestades, no eclipsadas por su reino
ino hechas más ilustres, ya que haciéndose Cabeza
no es de los nuestros, tanto se rebaja:
e sus leyes hace nuestras leyes y el honor que se le rinde
uestro al fin resulta. Cese, pues, tu rabia impía
a éstos no los tientes; más bien corre a apaciguar
l Padre airado, y al airado Hijo
lientras tengas todavía tiempo de perdón».
»Esto dijo el Ángel fervoroso, mas su celo
adie secundó, pues lo tuvieron por impropio
imprudente y personal, lo que al Apóstata
e complació y replicó ya más altivo:
«¿Que fuimos hechos, dices pues, y obra
e una mano secundaria, la labor del Padre
ransferida al Hijo? ¡Punto raro y nuevo!
doctrina cuya fuente bien quisiéramos saber:
Quién vio el surgir de la creación? ¿Recuerdas tú
ue te formasen, que te diera el ser el Hacedor?
e tiempo en que no fuimos no hay noticia,
e ningún predecesor: nos concibió y enderezó
uestra propia facultad vivífica, al cumplir el hado
l ciclo señalado: madurado brote de este

uestro Cielo natalicio, sus Etéreos Hijos.
uestra fuerza sólo es nuestra, nuestra diestra
a de enseñarnos gestas que pondrán a prueba
uién es nuestro igual: entonces ya verás
i pretendemos dirigirle súplicas
el Trono Omnipotente circundar
on ruegos o con guerra. Este parte,
stas nuevas porta al Rey ungido;
vuela, que tu vuelo no intercepte un mal».
»Dijo, y cual ruido de aguas hondas
n murmullo bronco sus palabras aplaudió
lzado por la tropa inmensa; no por ello
l ardiente y destemido Serafín, que estaba solo,
n medio hostil, su réplica valiente calla:
»«Desterrado, ¡ay!, de Dios, oh Espíritu maldito
ue abandona todo bien; veo tu caída
a prescrita, y a esta turba desdichada envuelta
n tu fraude pérfido, contagio que propagan
u delito y su castigo: por lo tanto
a no pienses de qué modo el yugo quebrantar
e Dios Mesías: esas leyes indulgentes
o han de serte concedidas; otros estatutos
ontra ti se dictan sin posible remisión:
se Cetro Aureo que opugnaste
s ahora Vara Férrea que herirá y quebrantará
u insumisión. Bien me aconsejas,
ero no por tu consejo o amenazas vuelo
e estas tiendas condenadas; más bien temo
ue la cólera inminente, estallando en pura llama,
o distinga, pues espera pronto padecer
u Trueno en tu cabeza, fuego que devora.
uién te creó comprende entonces con lamentos,
uando sepas quién podría descrearte».
»Esto dijo el Serafín Abdiel, que fue leal:
ntre tantos desleales, sólo él leal;
ntre innúmeros falsarios, inmutable,

npasible, impávida, inconquistada,
u lealtad mantuvo, su fervor, su amor:
i el número de aquéllos ni su ejemplo
e ofuscaron la verdad, la mente le cambiaron,
unque sola firme. Del consejo Abdiel partió:
enda larga hizo por hostil desdén, que soportó
oberbio, sin temer violencia alguna;
, con desdén devuelto, dio la espalda
altivas torres, condenadas a inminente destrucción».

Libro VI

EL ARGUMENTO

Rafael sigue contando que Miguel y Gabriel fueron enviados a luchar contra Satán y sus Ángeles. Se describe la primera batalla: Satán y sus fuerzas se retiran bajo la protección de la noche. Satán convoca un consejo, inventa máquinas diabólicas que durante el segundo día de batalla crean cierto desorden entre Miguel y sus Ángeles, quienes, finalmente, arrancando montes, superan a las fuerzas y máquinas de Satán. Sin embargo, no acabando así el tumulto, Dios envía el tercer día al Mesías su Hijo, para quien ha reservado la gloria del triunfo. Éste, que llega al lugar envuelto en el Poder de su Padre, ordena a sus legiones quedarse quietas a uno y otro lado y, lanzándose con su Carro y Trueno en medio de sus enemigos, los persigue — incapaces de resistirse a él— hasta los Muros del Cielo, que se abren para dejarlos saltar sumidos en horror y confusión al lugar de castigo preparado para ellos en el Abismo. El Mesías retorna a su Padre triunfante.

La noche toda imperseguido el Ángel bravo[182]
a gran pradera cruza celestial, hasta que el Alba,
espertada por las Horas cíclicas, con rosácea mano
os Portales abre de la Luz. Hay una gruta
n el Monte del Señor, muy cerca de su Trono,
ue la luz y oscuridad en ronda permanente
olman o abandonan, dando a todo el Cielo
lternancia grata, como día con su noche.
l surgir la luz, por la otra puerta
bsequiosa ya penetra la oscurana, hasta su hora
e velar el Cielo, aunque allí la oscuridad bien puede
arecer aquí el crepúsculo; ahora, pues, surgía el Alba
al cual es en Altos Cielos, ataviada de oro
mpíreo; ante ella desmayó la noche, alanceada
or orientes rayos. Todo el llano entonces,

ue compactos escuadrones inundaban fúlgidos,
arros, armas como en llamas y corceles ígneos,
n un eco de fulgores, alcanzáronle la vista.
uerra percibió, guerra en ciernes, y halló
ue ya era bien sabido lo que él creyó noticia
or portar: contento entonces se sumó
las legiones fieles, que lo recibieron
on deleite y fuerte aclamación, pues uno,
e los miles que cayeran, uno sólo,
etornaba sin perderse. Al sagrado Monte
o llevaron entre aplausos, presentándolo
nte el Sitial Supremo, del que una voz
urgiendo dulce de áurea nube se hizo oír:
»«Servidor de Dios[183], bien hecho, bien lidiaste
u mejor combate al sostener en solitario,
ontra la insurrecta turba, causa justa,
n palabras más potente que en las armas ellos;
por testimoniar Verdad has soportado
niversal reproche, más intolerable
ue violencia, pues te ha importado sólo
u justeza a ojos del Señor, aunque mundos
e tuviesen por perverso. La victoria más sencilla
ues te queda, ayudado por la hueste de los tuyos:
etornar de tus rivales más glorioso
e lo que partiste desdeñado, sometiendo
or la fuerza a quienes la razón por ley desprecian,
a íntegra razón por ley, y por Monarca
l Mesías, que reina por derecho de sus méritos.
e, Miguel, de las Celestes Tropas príncipe,
tú, siguiente en militar valía,
abriel, guiad a la batalla a estos hijos míos
nvencibles, a mis santos conducid armipotentes
or millares y millones en compacta formación,
gual en número a la atea turba
ublevada y con hostiles armas, fuego,

saltadla sin temor, hasta el confín del Cielo
erseguidla, echándola de Dios y de la dicha
l lugar de su tormento, el Tártaro,
l Pozo que, dispuesto, abre anchoso ya
u Caos de fuego a su despeño».
»Así habló la Voz Augusta y nubes empezaron
cubrir el Monte entero y humo a revolverse
n oscuras espirales, llamas fieras, signo
e despierta cólera. Con igual espanto la potente
térica trompeta resonó en lo alto
a su orden los poderes militantes
ue luchaban por el Cielo, en cuadro fuerte
e unidad irresistible, avanzaron en silencio,
odas sus legiones, al sonido
e armonía instrumental que ardor heroico
ıfundía, ansia de valientes gestas
ajo líderes divinos en la causa
el Señor y su Mesías. Y avanzan, pues,
ıdisolublemente firmes: ni patente monte,
i cañón angosto, bosque o río descompone
us perfectas filas: por encima del terreno
larchan y el pasivo aire aguanta
u ligero paso. Como cuando todo pájaro
n formación según su especie vino al vuelo,
l Edén llamado, a recibir de ti
u nombre, así por muchas tierras fueron
el Empíreo y por innúmeras provincias vastas
iez veces el tamaño de este suelo; por fin,
ejos en el horizonte el Norte apareció
e extremo a extremo cual región ardiente
n belígera disposición y, ya más cerca,
rizada de los tiesos rayos incontables
e las lanzas rígidas, los yelmos densos, y escudos
arios con emblemas arrogantes:
as legiones de Satán apresurándose
on frenética premura, pues pensaban

se mismo día, por sorpresa o con batalla,
onquistar el Monte del Señor, y allí en el Trono
quien su estado le envidiaba colocar, altivo
l aspirante; mas sus planes, burdos, fatuos,
racasaron, aunque extraño parecía
l principio que Ángel contra Ángel guerrease
en lid furiosa coincidiesen quienes coincidían
menudo en festivales para el gozo y el amor
nánimes, cual hijos de un gran Padre,
labando al Eternal Progenitor. Mas el grito
e batalla se elevó y el ruido de embestida
l cargar las tropas terminó con los reparos.
lto en medio de los suyos, exaltado como un Dios,
l Apóstata en su carro como el Sol mostrose,
lolo de majestad divina, rodeado
e fogosos Querubines y broqueles áureos;
uego de su trono fastuoso descendió, pues
e hueste a hueste ya no había más que un soplo,
ıtervalo atroz, y frente contra frente
e tenía en formación terrible
e espantosa longitud. Ante la vanguardia nebulosa,
ısto al filo del combate, antes de trabarse,
atanás con sus zancadas vastas y altaneras
vanzó imponente, de diamante armado y oro.
al imagen no podía soportarla Abdiel,
llá entre los más grandes, ávido de enormes gestas,
así su corazón impávido explora:
»«¡Oh Señor! que semejante calco del Altísimo
erdure todavía, donde fe y realidad
o quedan ya; ¿por qué la fuerza y el poder
o fallan fallando la virtud, mostrándose más febles
i insolentes, aunque de estampa inconquistables?
iando en la ayuda del Altísimo, el poder
e de probar de aquel cuya razón probé
alsaria y frágil; no es sino sólo justo
ue quien vence al debatir de la verdad,

enza por las armas asimismo: dos disputas,
íctor por igual. Si bruta la contienda y detestable
uando la razón pelea con la fuerza, tanta más
azón existe de que predomine la razón».
»Cavilando así y del frente armado de sus Pares
vanzándose, en mitad del campo encuentra
su intrépido rival, más iracundo todavía
nte tal obstáculo, y así lo desafía:
»«Engreído, ¿hallas guerra? Esperabas alcanzar
a cumbre de tu anhelo sin estorbo,
esguardado el Trono del Señor, y su lugar
esocupado por terror a tu poder
a tu potente lengua. Loco, no pensar qué vano
s alzarse en armas contra tal Omnipotente,
ue de cosas nimias puede hacer surgir sin fin
jércitos interminables que derroten
u locura; o con mano solitaria
lás allá de todo límite, de un golpe
asistido, puede exterminarte y sumir
tus legiones en tinieblas. Pero ves aquí
ue no te siguen todos; hay aquellos que la fe
refieren, la piedad, aunque entonces
o los vieras, cuando sólo yo en tu mundo
arecía equivocado al disentir de todos:
li partido ves ahora, tarde aprende pues
ue a veces pocos saben cuando miles yerran».
»A lo que el gran Adversario, desdeñoso
sí repuso: «Mala hora ésta para ti; de mi venganza
a esperada. Tú primero has de caer,
ue vuelves de tu huida, Ángel sedicioso
recibir tu recompensa, el primer ensayo
e esta diestra provocada, puesto que tu lengua
spirada en refutarme se opuso la primera
un tercio de los Dioses, a su sínodo reunido
n rúbrica de su Deidad: pues quienes sienten
n sí el vigor divino, no han de permitir

mnipotencia a nadie. Mas bien haces
n mostrarte ante los tuyos, deseoso de ganar
e mí una pluma[184], que tu intento enseñe
l resto destrucción. Pauso, sin embargo
No sea que presumas, irrefutado), por decirte así:
l principio especulé que libertad y Cielo,
ara Almas Celestiales, eran uno sólo; pero ahora
eo que los más servir prefieren por desidia:
os Espíritus lacayos, hechos a la fiesta y canto;
ésos has armado, a la filarmónica del Cielo,
ontra libertad la servidumbre,
ual los hechos de ambos bandos probarán».
»A lo que, pronto, Abdiel severo respondió:
Ay Apóstata, que yerras todavía y no hallas fin
tus errores, lejos como estás de la verdad.
justamente insultas con el nombre
e servil a quien ordena Dios servir
la Natura: Dios y la Natura mandan cosa idéntica
uando quien dirige es el más digno
supera a quienes rige. Servidumbre
s servir al ignorante, al que instiga rebelión
ontra otro más insigne, como esos que te sirven,
iendo como eres el sirviente de ti mismo;
Y te atreves todavía a ultrajar nuestro servicio?
eina tú en el Tártaro, tu feudo; déjame servir
Dios en el Empíreo y las órdenes divinas
catar de quien más merece acatamiento.
las cadenas en el Tártaro, no reinos, tú hallarás;
lientras, retornado como dices de mi huida,
sta cortesía en tu crestón recibe impío».
»Y diciendo esto, noble golpe alzó
ue no dejó en suspenso: rápido cayó y tempestuoso
n la cresta altiva de Satán, y ni la vista
i ágil pensamiento, menos todavía su broquel,
udieron impedir tal ruina. Diez zancadas grandes



eculó, a la décima hincó rodilla,
ue sostuvo la maciza lanza, como si en la tierra
ientos bajo el suelo o aguas prorrumpiendo
e costado hubiesen arrancado un promontorio,
ledio hundido con sus pinos todos. Pasmo dio
los rebeldes Tronos, pero rabia aún mayor al ver
su adalid caído. Júbilo colmó las nuestras
clamor, presagio de victoria y ansia fiera
e batalla; por lo que Miguel mandó soplar
a arcangélica trompeta: por el vasto Cielo
esonó y las tropas fieles elevaron
l Altísimo el hosanna. No pausaron a mirarnos
as legiones enemigas, no fue menos la crueldad
on que embistieron. Aumentó la furia tormentosa
un estruendo como nunca oyera el Cielo;
rmas al chocar con armaduras chirriaban
n terrible discordancia y frenéticas las ruedas
echinaban de broncíneos carros; el ruido del conflicto
ra atroz; siniestro en las alturas el silbar
e flechas ígneas en flamígeras descargas,
ue volando abovedaban los ejércitos con llamas.



e este modo, bajo cúpula de fuego, arremetieron
mbos cuerpos principales, con tremendo asalto
rabia inextinguible. Todo el Cielo
etumbó y, si Tierra hubiese habido entonces,
asta el núcleo fuera estremecida. ¿A qué asombrarse,
i millones de feroces Ángeles belígeros
cada lado peleaban y el menor blandir podía
stos elementos, pertrechándose con el poder
e todas sus regiones?[185] Cuánto más poder, por tanto
-Hueste contra hueste innumerable—, para alzar
remenda combustión luchando y perturbar,
in destruir, su venturoso suelo patrio,
i el Eterno Rey Omnipotente,
esde su Bastión del Cielo no hubiese sometido
limitado tanta fuerza. Pues, aunque tan nutrida
ue cualquier legión aislada era comparable
un ejército copioso, cada mano armada
ra en ímpetu legión; guiado a la batalla,
íder parecía cada luchador, experto
n los avances, las paradas, o cambiar el curso
el combate, cuándo abrir o bien cerrar
as filas de la guerra cruel. Ninguno huir pensaba,
i siquiera en retirada, ni en hecho indigno
ue mostrase miedo; cada cual confiaba en sí
omo si en su brazo únicamente yaciese
a victoria. Gestas de perpetua fama
caecieron, infinitas; pues extensa y varia
ropagose aquella guerra: en terreno firme a veces
ucha en pie, luego alzándose en vuelo poderoso
orturaba todo el aire; todo el aire parecía entonces
uego batallante. Largo tiempo se extendió
ıdecisa la pelea, hasta que Satán, que aquel día
esplegó prodigios de poder y en armas
o encontrara igual, cruzando la terrible confusión

e Serafines contendientes, vio por fin
a espada de Miguel, que derribaba a cada golpe
atallones. Con mandobles portentosos
sgrimidos por lo alto, el temible filo descendía
evastando. A contener tal destrucción
atán se apresuró y opuso el pétreo círculo
e décuple adamante, su ancho escudo,
rbe inmenso. Viéndolo acercarse
l gran Arcángel, de su empeño bélico
ejó y, contento al esperar dar fin aquí
la guerra de los Cielos intestina, sometido el Adversario
cautivo y en cadenas, con hostil mirada
la cara toda enrojecida así empezó:

»«Autor del mal, ignoto hasta tu insurrección,
in nombre aquí en el Cielo, mas extenso ahora
n estos actos de pelea odiosa, odiosa en todos,
unque siendo justos culpa tuya sobre todo
tus secuaces. ¡Cómo has perturbado
a bendita paz del Cielo y llenado la Natura
e miseria, increada hasta el crimen
e tu rebelión! ¡Cómo has instilado
u malicia en miles que eran fieles
devotos, y ahora falsos! Mas no pienses
rastornar aquí el Reposo Santo: pues te arroja el Cielo
e sus lindes. Sede de ventura, el Cielo
o tolera frutos de la guerra y la violencia.
/ete, pues! y vaya el mal contigo,
u retoño, al lugar del mal, el Tártaro,
ontigo y tu maldita turba; arma allí pendencias,
ntes que esta espada vengadora marque tu destino
otra represalia del Señor, alada y repentina,
e despeñe con dolor adicional».

»Esto dijo el Príncipe arcangélico, al que así
epuso el Adversario: «No imagines con el viento
e aéreas amenazas asustar a quien con hechos
o lo logras. ¿Es que has hecho huir

l menor de todos éstos, lo tumbaste sin que se alce
ıvicto? ¿Y crees más fácil negociar conmigo,
ues esperas, por la fuerza y amenazas,
rrojarme del lugar? No yerres, no termina así
a lucha de eso que llamáis el mal, nombrada
or nosotros de la Gloria: vamos a ganarla
convertir el Cielo mismo en el Infierno
e tu fábula, pues libres hemos de vivir aquí,
i no reinar. Por tanto, de tu fuerza extrema
-Y súmale el auxilio de quien llamas el Altísimo—
o no huyo: cerca o lejos te he buscado».
»La parla terminaron, ya dispuestos a pelea
ıenarrable, porque ¿quién, aun con la lengua
e los Ángeles, podría relatarla, o a qué cosas
ompararla perceptibles en la Tierra, que elevasen
a imaginación humana a semejantes cimas
e poder divino? Dioses, en efecto, parecían
uietos o moviéndose, en estatura, armas, la moción,
apaces de zanjar del Cielo el gran Imperio.
a agitaron sus espadas ígneas y en el aire
ibujaron círculos horrendos; anchos soles sus escudos,
estellaron enfrentados, mientras el horror
e hacía expectación. Veloz se retiró
e lo más denso del combate cada hueste angélica
ejando largo campo, insegura con el viento
e aquella conmoción: tal —por explicar las grandes
or pequeñas cosas— cual si, rota la armonía de Natura,
ntre las constelaciones estallase guerra,
dos planetas en aspecto pernicioso[186]
e feroz oposición en medio de los cielos
ombatiesen, destruyendo sus esferas trepidantes.
mbos a la vez, con brazo casi omnipotente,
ıtentaron inminente un golpe
ue zanjase, sin pedir segundo,
a imposible, la contienda. No eran desiguales

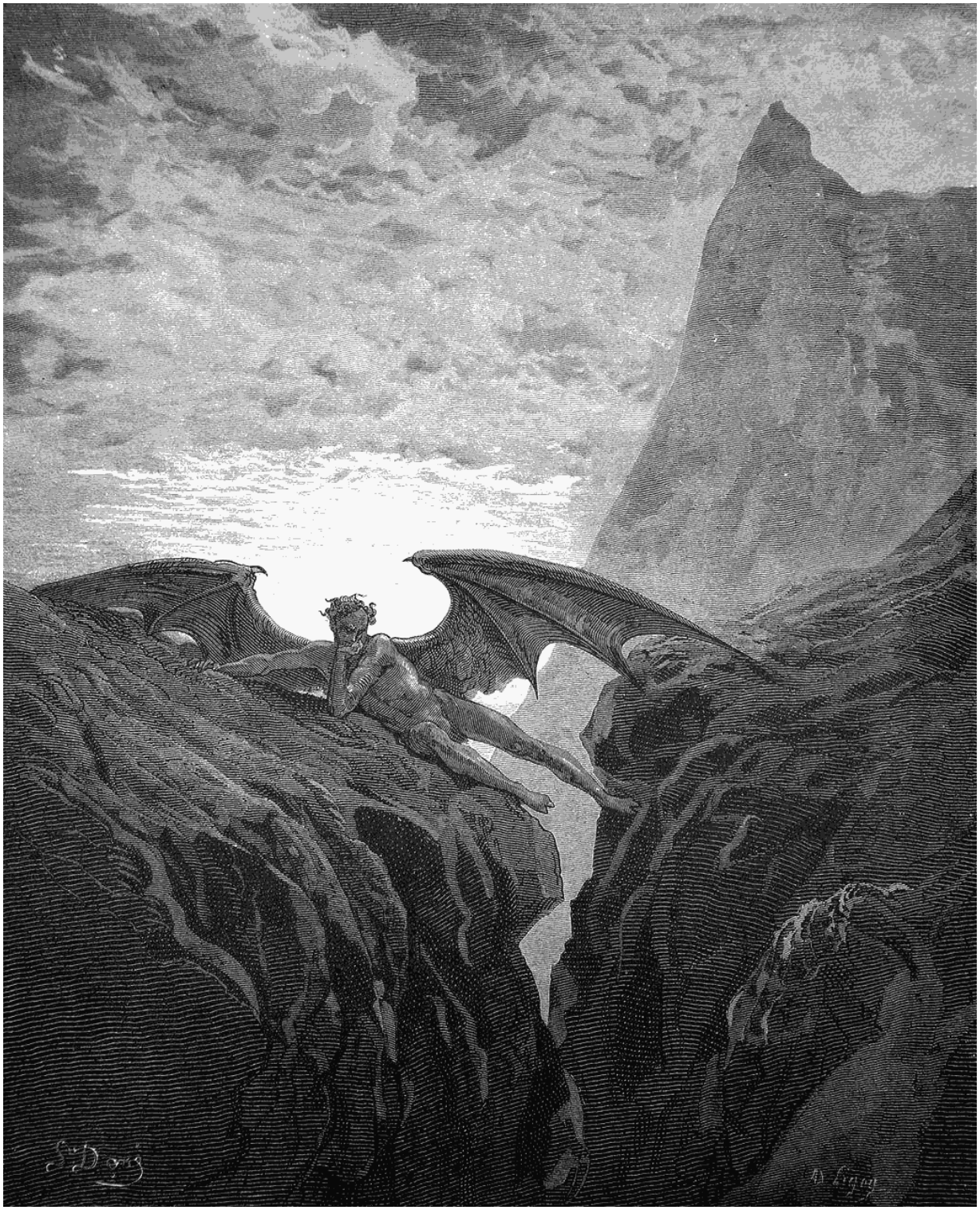
n poder ni en rápida defensa; mas la espada
e Miguel, de la armería del Señor,
enía un temple tal que ni incisiva hoja
i maciza le aguantaba el filo: encontró
a espada de Satán con brusca fuerza de cayente tajo
partiola en dos: sin detenerse,
on veloz viraje, penetró cortando hondo
n su diestro lado. Conoció Satán entonces el dolor,
orciéndose convulso; tan dañina



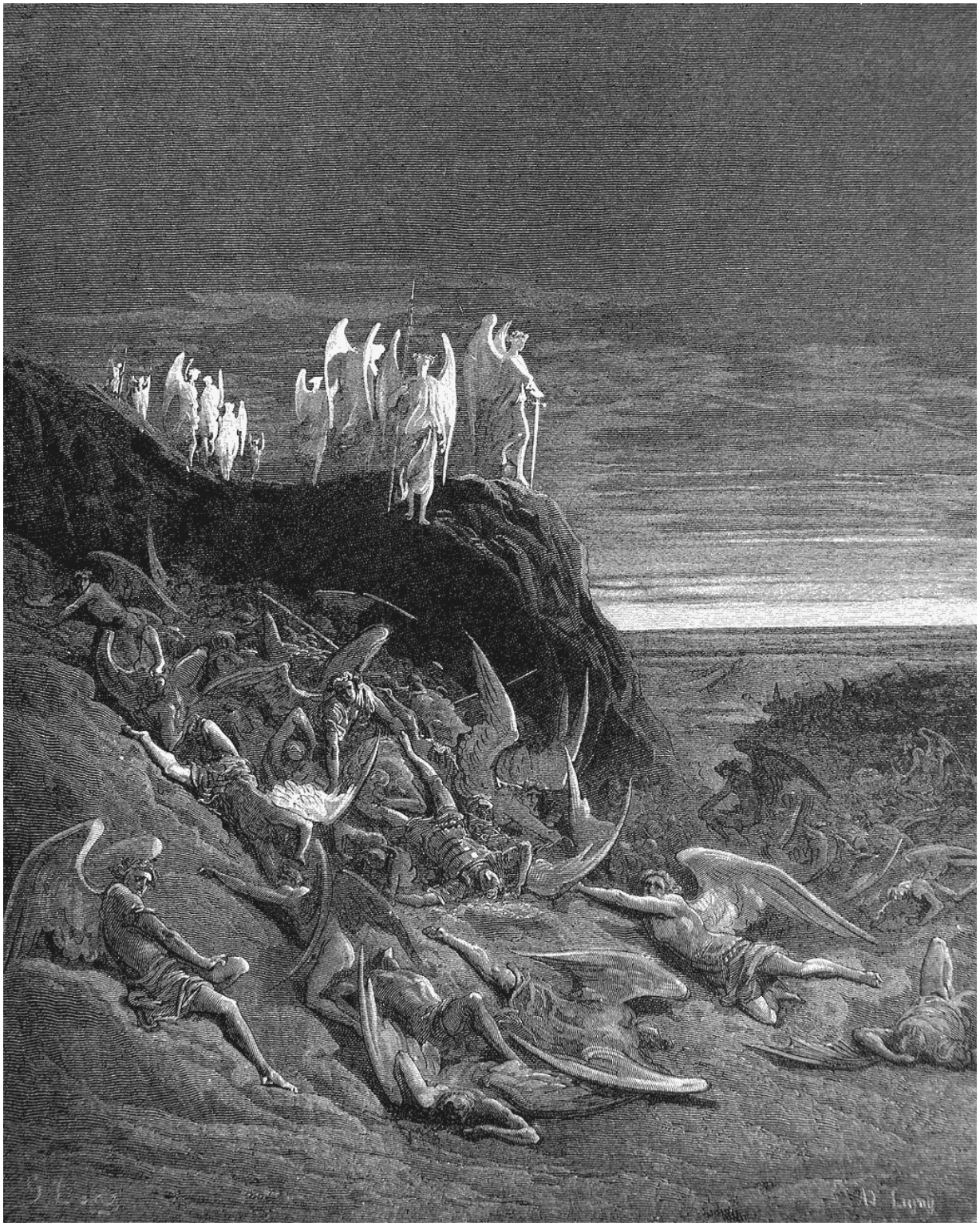
a hoja arrasadora con herida discontinua[187]
o tajó. La etérica substancia, sin embargo,
ronto se cerró, indivisible, y del corte
n humor nectáreo comenzó a fluir, sanguíneo,
al como Espíritus celestes pueden derramar,
lanchando toda su armadura, antes tan fulgente.
l instante en todas partes se aprestaron a ayudarlo
ngeles potentes, numerosos, ofreciendo
rotección, mientras otros sobre escudos lo portaban
su carro, donde estuvo retirado
e las filas de la guerra. Ahí yació
abiando de desdén, de angustia y de vergüenza
or no ser inigualable y ver su orgullo
umillado en el fracaso, traicionada
u confianza de igualar a Dios en fuerza.
las pronto se curó, pues los Espíritus que viven
ıtegros en cada parte —no cual feble el hombre
n entrañas, testa o corazón, hígado y riñones—
lueren solamente aniquilados
en su líquida textura más mortal herida
o reciben que tendría el fluido aire:
ɔdo corazón, cabeza toda, todo oído y ojo,
on inteligencia toda y sensación[188]
asumen miembros, forma, talla, o el color
egún les gusta, ralos o compactos.
»En otras partes mientras, hechos semejantes
lerecían el recuerdo: donde enérgico Gabriel luchaba
con cohortes fieras penetraba la profunda formación
e Móloc, Rey furente, que lanzó su desafío
rometiendo atarlo a las ruedas de su carro
arrastrarlo, sin frenar sacrílega su lengua
or el Santo de los Cielos; pero pronto,
asta el talle hendido, con las armas destrozadas
dolor desconocido huyó mugiendo. En los flancos,

afael y Uriel a sus rivales ostentosos,
unque enormes y en diamante acorazados,
errotaron a Asmadai y Adramelek[189], dos potentes Tronos
ue ser menos que Deidades despreciaban;
ero planes más modestos aprendieron en la huida,
on terríficas heridas a través de malla y lama.
ampoco Abdiel dejó de importunar
a atea tropa, y con golpe redoblado
batió a Ariel y Arioch, y la violencia
e Ramiel[190] prendió e incineró.
elatar podría de millares y sus nombres
n la Tierra eternizar, mas esos Ángeles electos
e contentan con su fama en el Empíreo
in buscar halago de los hombres; la otra suerte,
unque en actos bélicos y de poder excelsos,
de fama tan ansiosos, expurgados por condena
omo están del Cielo y la memoria santa,
éjalos morar innominados en oscuro olvido.
ues la fuerza separada de lo justo y la verdad,
ıdigna, no merece más que reprensión
oprobio porque, si a la gloria aspira
s con vanagloria, y con infamia fama busca:
ue el silencio eterno sea pues su sino.
»Y ahora, aplastado su adalid, cambió el combate;
luchas embestidas hondas provocaron
esbandada y cruel desorden; todo el campo
o cubrían rotas armaduras y en montón
acían los volcados carros, sus aurigas
corceles de ígnea espuma. El resto recejaba
xtenuado con la hueste de Satán desfallecida,
efendida apenas, sorprendido por el miedo,
or primera vez por miedo sorprendido y daño
uía ignominioso, a esos males empujado
or la inobediencia pecadora y hasta esa hora
ıcapaz de miedo, huida y daño.

luy distinto albur, los Santos inviolables
n falange cúbica avanzaban, firme, entera,
ıvulnerable, impenetrablemente armada:
e ventaja tan inmensa su inocencia
es dotaba sobre sus rivales, libres de pecado,
e desobediencia como estaban; la pelea
o los fatigó, ajenos fueron al dolor
e las heridas, aunque la violencia los barría.



»Ya la noche su andadura comenzó y, arrojando
obre el Cielo oscuridad, impuso tregua grata
, al estruendo odioso de batalla, dio silencio.
ajo la nubosa cobertura, ambas huestes se apartaron,
encedores y vencidos: en el área combatida,
on sus Ángeles invictos acampó Miguel
puso todo alrededor sus centinelas,



ibrantes fuegos querubínicos. Al otro lado,
atanás con sus rebeldes se esfumó,
etirado lejos en las sombras y, de paz exento,
onvocó en la noche la asamblea de sus Grandes;
ntre ellos, sin desalentarse, así les habló:
»«Oh, probados ya en peligro, en las armas
onfirmados invencibles, camaradas míos,
ignos no de libertad únicamente,
risoria pretensión, sino de ansias aún mayores:
l honor, dominio, gloria y el renombre,
ues un día soportamos de dudosa lucha
/ si un día, ¿por qué no días sin final?)
o que el Señor del Cielo, de más recio,
a enviado de su Trono en contra nuestra
resumiendo suficiente para sojuzgamos,
las no es tal: así falible, se diría,
odemos reputarlo desde ahora, aunque hasta hoy
o creímos omnisciente. Es verdad que, peor armados,
ierta desventaja padecemos, cierto daño,
asta hoy desconocido, mas tan pronto conocido
omo desdeñado, pues hallamos esta forma empírea
ıcapaz de deletérea herida,
nperecedera y, aunque acuchillada,
ronto restaurada y por vigor innato sana.
e perjuicio pues tan nimio fácil estimad
a solución: quizá mejores armas y más válidas,
ıgenios más violentos, en la próxima batalla,
irvan para darnos éxito, o peor cosecha al enemigo,
igualar lo que produjo en la lucha diferencia,
las ninguna natural: si otra causa oculta
os mostró preponderantes, mientras preservemos
lente incólume y un sano entendimiento,
l debido examen y consulta lo expondrán».
»Se sentó; y siguiente en levantarse fue

isroc[191], entre aquellas Principalidades el primero;
omo alguien escapado de la lucha cruel se alzó,
xhausto y dolorido, la armadura destrozada
sombrío el ceño, respondiendo dijo:
Libertador de nuevos Grandes, líder al libre
oce del derecho que tenemos como Dioses;
ero duro es para Dioses, y tarea harto desigual,
ontra armas desiguales combatir dolientes,
ontra seres indolentes, impasibles; mal, sin duda,
el que ruina seguirá. Pues ¿de qué sirven
l valor, la fuerza impares, sofocados por el daño
ue todo lo somete y hace negligente el brazo
lás potente? Del sentido del placer, quizá,
odamos prescindir sin lamentarnos
vivir contentos, que es la vida más tranquila.
ero el dolor es la miseria más completa,
e los males el peor y, si excesivo, acaba
a paciencia. Ése, pues, que invente
osa más brutal con que podamos ofender
los aún ilesos oponentes, o nos arme
on defensa equiparable, para mí merece
anto cuanto vale la liberación».
»A lo que Satán, con faz compuesta, replicó:
No por inventar yo traigo lo que con justicia
onsideras, para triunfo nuestro, principal.
Quién entre nosotros al mirar la superficie
e este etéreo firme en el que estamos,
ste continente de espacioso Cielo, adornado
e verdores, frutos, flores ambrosiales, gemas, oro,
iene el ojo tan somero que examina
odo esto sin pensar de dónde crece
ondo bajo el suelo, materiales crudos, foscos,
e ígnea y excitable espuma[192], hasta que tocados
or el rayo empíreo y temperados, emergen,
an hermosos, y se muestran a la luz del día?

stos, en su oscuro nacimiento, lo profundo
a de dárnoslos, preñados de la llama averna,
a cual, en ingenios huecos, largos y redondos,
ien cebados, al tocar con fuego la otra boca,
ilatada y sulfurada, desde lejos lanzará
on ruido atronador a nuestros enemigos
ales instrumentos de maldad que harán
ñicos y hundirán a todo el que se alce hostil,
todavía temerán que hayamos desarmado
l Tonante del temido, impar Relámpago[193].
abor no extensa nos espera: antes de la aurora
a tendremos terminada. Mientras, revivid;
ejad el miedo; para fuerza y juicio unidos,
ada es duro, y menos aún razón de desespero».
Acabó y palabras tales los mohínos rostros
ncendieron, reanimando la esperanza extenuada.
l invento a todos admiró y cada cual se sorprendía
anto de no ser el inventor cuan fácil parecía,
na vez hallado, lo que no encontrado supusieran
nposible. Alguien de tu raza, acaso,
n los días por venir, si la maldad abunda,
lguien decidido al daño, o inspirado
or diabólica maquinación, podría concebir
bjeto semejante para azote de los hombres
or pecar, proclives a la guerra y mutua destrucción.
l instante del consejo al trabajo vuelan,
adie quiso discutir, innumerables manos
a dispuestas abren de inmediato ancha brecha
n el suelo celestial y ven debajo
os principios de Natura en su cruda
oncepción; espuma nítrica y sulfúrica
allaron, la mezclaron y con arte fino,
epurada y retostada, la reducen
l más negro de los granos y la guardan luego.
arte ocultas venas excavó (no carecía esta tierra

e algo a entrañas similar) de piedra y mineral
e que fundir sus bombas y sus máquinas
e ruina arrojadiza; parte, incentivo cáñamo[194]
porta, pernicioso si lo toca el fuego.
ntes de romper el día, bajo consciente noche[195],
n secreto terminaron y formaron filas,
on callada precaución, inadvertidos.
hora, al surgir oriente el alba bella,
e levanta la hueste victoriosa y a las armas llama
on trompeta matinal; armados forman
n panoplia áurea, tropa refulgente,
ronto preparada. Otros, desde montes aurorales,
vizoran el entorno y batidores de ágil armamento
aten el terreno por saber del enemigo,
ónde acampa, si ha huido, o por luchar
stá ya en marcha o hace alto. Lo hallan pronto,
ajo insignias desplegadas viene, lento
ero firme batallón. Con singladura rápida,
ofiel, el ala de los Querubines más veloz,
olvió volando y en mitad del aire fuerte así llamó:
»«Armaos, guerreros, al combate; ahí el enemigo,
ue creímos escapado, nos ahorra en este día
erseguirlo: no temáis su huida; hecho densa nube
lega, y afirmada en su rostro puedo ver
esolución segura y triste: cada cual
e ciña bien su cota adamantina, cada cual
e calce el yelmo, el escudo aferre circular
ortado al frente o alto, pues hoy lloverá,
i no desbarro, no ridícula mollizna,
ino vibrante tempestad de flechas ígneas».
Así les avisó, avisados ellos ya, y pronto
oordinados, libres de la impedimenta,
ápidos y sin barullo respondieron al clamor de alarma,
vanzando en formación de guerra; cuando vieron,
o muy lejos, la pesada marcha de la hueste adversa

llegándose compacta y colosal, que en cuadro hueco[196]
emolcaba sus diabólicos ingenios, flanqueando
ada lado con profundos escuadrones como escudo
ue la trampa camuflaban. Viéndose pausaron ambos
n instante, pero pronto a la cabeza apareció
atán, a quien se oyó mandar potente así:
»«Vanguardia, desplegaos a la diestra y la siniestra,
ue vean todos quién nos odia, cómo les pedimos
az y compostura y, con el pecho abierto,
speramos bien dispuestos recibirlas, si les place
uestra oferta y no se vuelven, pérfidos.
las yo lo dudo, sin embargo sea el Cielo mi testigo,
ielo sé testigo, pues, mientras descargamos
rancos nuestra parte. Y vosotros ahí en pie,
brad según se os manda y tocad en breve
o propuesto, y bien fuerte que oigan todos».
»Se burlaba así, en equívocas palabras, y apenas
erminara, cuando el frente a diestra y a siniestra
e partió, retrocediendo a cada flanco.
uestra vista descubrió, cosa nueva y rara,
na triple hilera de pilares que yacían
obre ruedas (pues pilares parecían sobre todo,
bien cuerpos vaciados hechos ya de roble o pino,
in ramaje, derribados en montaña o bosque):
ronce, hierro, pétrea masa, si sus bocas
e hórrido orificio, vueltas vastas a nosotros
o anunciasen hueca tregua. Y detrás de cada pieza
abía un Serafín con una caña que en su mano
remolaba, con pináculo de fuego. En suspenso
os miramos, nuestras mentes distraídas;
o por mucho, pues sus cañas de repente todos
xtendieron por tocar conducto angosto
on el roce más ligero. Al instante en llamas,
ero pronto envuelto en humo, todo el Cielo pareció,
ructados por aquellos artefactos gargantudos

ue con rugido escandaloso el aire destriparon
esgarrando sus entrañas, vomitando inmundo
u diabólico atracón: encadenadas balas[197] y granizo
e balones férreos que, apuntados a los víctores,
on furia golpearon tan impetuosa
ue ninguno, si alcanzado, resistió de pie
-Firmes como rocas, si no— y cayeron
or millares, Ángeles rodando contra Arcángeles
más veloces cuantas más las armas. Desarmados,
ácilmente cual Espíritus lo habrían evitado
or urgente contracción o evaporándose; así,
eshonrosa huida resultó y desbandada,
i ayudó tampoco abrir las densas filas.
Qué podía hacerse? Si embestían, el rechazo
eiterado e indecente vapuleo
edoblado los haría aún más indignos,
lás risibles a ojos enemigos; pues, ya a la vista,
tra hilera de formados Serafines se aprestaba
descargar de nuevo la andanada de sus truenos:
volver desbaratados era lo que más
borrecían. Viendo su dilema Satanás,
sí burlándose a sus camaradas les gritó:
»«Oh amigos, ¿y no vienen esos víctores soberbios?
ntes sí venían fieros y al tratar nosotros
e atenderlos bien con francos frente
pecho (¿y qué menos?), con propuestos términos
e acuerdo, cambian súbitos de idea,
uelan y caen en rara extravagancia,
ual si danzasen, aunque para danza bien parecen
lgo peregrinos y salvajes, puede que del gozo
e la paz que les brindamos; mas supongo
ue, si oyesen nuevamente nuestros términos,
odríamos convencerlos para pronta solución».
»A lo que así Belial, en vena socarrona semejante:
Los términos mandados eran términos de peso,

ema duro, oh Capitán, de fuerza lleno y tino;
tal cual pudimos percibirlo les distrajo a todos
trastornó a los más: quien lo reciba rectamente,
ebe de los pies a la cabeza soportarlo bien;
o aguantado, tiene la ventaja al menos
e mostrarnos cuándo el enemigo no anda tieso».
»Así entre ellos con frívolo talante
e mofaban, animados ya en sus mentes
in dudar de la victoria, pues creían cosa fácil
l Poder Eterno equipararse con inventos tales
su Trueno sometían al escarnio, y a su hueste
a ponían en ridículo, en tanto ésta
travesaba mal momento. Pero no fue largo,
a ira terminó por inflamarlos y les dio las armas
propiadas contra tan diabólica vileza.
nseguida (mira la excelencia, el poder
ue Dios fijara en sus potentes Ángeles)
as armas arrojaron y a los montes
Pues la Tierra de los Cielos tiene tal diversidad:
lacer que dan los montes o los valles)
audos como rayos ya corrieron ya volaron
, zarandeando sus cimientos hasta aflojarlos,
rrancaron las montañas con su lastre entero,
ocas, aguas, bosques, levantándolas
or las hirsutas cimas con las manos. Pasmo,
en por cierto, y pánico al ejército rebelde poseyó,
uando vieron pavorosas acercarse contra ellos
as raíces de los montes vueltas del revés,
ue en la triple hilera de malditos artefactos
uego caen, sepultando bien profunda
u confianza bajo el peso de las moles;
llos mismos siguen, y reciben sus cabezas
randes promontorios arrojados que su sombra
or los aires dilataban y abatían las legiones por entero.
l daño cooperaban sus corazas, que aplastaban,
lachacadas, su substancia presa, provocándoles dolor

ıexorable y más de un grito atormentado,
eleando largo rato bajo tierra por librarse
e prisiones tales, pues si bien Espíritus de pura luz,
ntes la más pura, ahora burdos eran por pecar.
l resto, remedando aquellas armas,
os vecinos montes desgajaron;
así montañas por los aires tropezaron con montañas
rrojadas y devueltas con furor tan espantoso
ue lucharon subterráneas las legiones, en funesta sombra,
ıfernal ruido: juego popular la guerra parecía
omparada con tumulto tal. La confusión horrible
e sumaba a confusión y todo el Cielo ahora
puntaba a la hecatombe y vasta ruina.
las el Padre Omnipotente donde mora,
onsagrado en su seguro Santuario empíreo,
ontemplando el conjunto de las cosas, tras prever
al alboroto y permitirlo todo, de manera
ue su gran propósito pudiera culminarse
-Honrar a su Hijo Ungido, vengador
e sus rivales, proclamando la cesión
e todo su poder—, así a su Hijo,
osedente de su Trono, le anunció:
»«Efulgencia de mi gloria, Hijo amado,
ijo en cuyo rostro lo invisible se contempla
lanifiesto del Divino Ser que soy
en cuya mano, lo que por Ley yo hago;
ú, segunda Omnipotencia: dos días han pasado
-Dos días cual días computamos en los Cielos—
esde que Miguel y sus legiones enviamos a domar
los rebeldes; dura ha sido su pelea, como ocurre
uando tales enemigos pugnan bien armados.
sus propias fuerzas los libré, y tú lo sabes:
n su creación iguales fueron hechos,
lenos eso que el pecado diferencia y que aún obra
nperceptible, pues su sino tengo en suspensión.
or ello en lucha eterna deben perdurar,

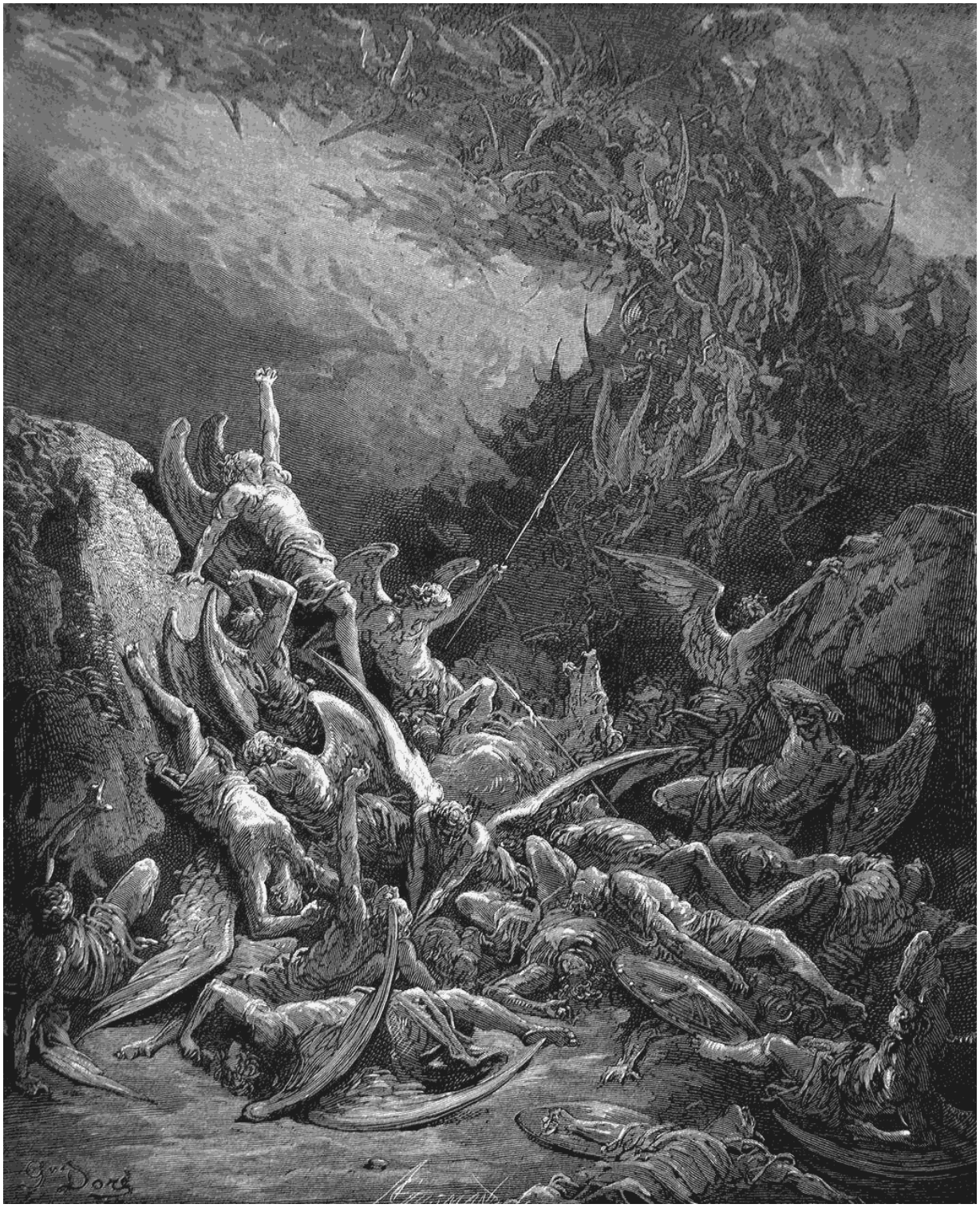
ıdefinidamente, sin posible desenlace.
a guerra, ya gastada, hizo todo lo que guerra
uede hacer y da ahora rienda a rabia ciega,
on montañas como armas, lo que trae trastorno
l Cielo y hace peligrar sus fundamentos.
os días han pasado, tuyo es el tercero;
or ti lo prescribí y hasta aquí
o he tolerado, pues la gloria quiero tuya
e acabar contienda tan enorme: sólo tú
a puedes terminar. Virtud y gracia inmensas
ti te he transferido, que conozcan todos
n el Cielo y el Infierno tu poder sin par
vean resolverse esta conmoción perversa
e manera que el más digno te proclame
e heredarlo todo, de Heredero ser y Rey
or unción sagrada, tu derecho merecido.
e pues, potentísimo en el Poder del Padre,
mi Carro asciende, guía rápidas las ruedas
ue estremecen la base celestial; tuyos mis ejércitos,
li Arco y Trueno, mis omnipotentes armas
íñete, y esta espada mía contra el muslo fuerte.
los hijos de la oscuridad persigue, échalos
e los confines del Empíreo, al total Abismo:
que allí practiquen como quieran el desprecio
Dios y su Mesías, Rey Ungido».
»Dijo, y ante el Hijo sus directos rayos
ulguraron plenos, que en su rostro pleno recibía
odo lo que le decía el inefable Padre;
así en respuesta, la Filial Deidad habló:
»«Oh Padre, oh Supremo de los Tronos Celestiales,
l Primero, Altísimo, Santísimo, Mejor,
ue buscas siempre enaltecer al Hijo,
a ti yo siempre, como es justo. Sea pues
li gloria ésta, mi exaltación y todo mi deleite:
ue tú, del todo complacido en mí, tu voluntad
umplida digas, pues cumplirla es mi entera dicha.

l Cetro y el Poder, tus dones, yo los tomo
más contento aún te los restituiré cuando al final
ú seas el Todo en todos y yo en ti
or siempre, y en mí todos los que amas.
ero al que odias, yo lo odio y visto
us Terrores como puedo revestirme de tu Gracia:
nagen tuya en toda cosa; y enseguida he de librar,
e tu Poder armado, a los Cielos de rebeldes,
rrojándolos a su mansión prescrita de tormentos,
cadenas de tiniebla y el gusano imperecible,
ues de tu obediencia justa se apartaron
iendo obedecerte la felicidad absoluta.
ntonces ya tus Santos depurados, de impuros
ejos, separados, rodeando el Monte Santo,
antarán sus aleluyas no fingidos, himnos
e alabanza grande, y entre ellos yo el primero».
sto dijo, doblegándose ante el Cetro, se levanta
e la diestra de la Gloria donde estaba
el tercer Amanecer sagrado comenzó a brillar,
urorando todo el Cielo. Rápido partió atorbellinado
l Carro de la Paternal Divinidad[198],
mitiendo llamas densas, rueda en rueda, no arrastradas,
las de espíritu dotadas y escoltadas
or las cuatro formas Querubínicas: y cuatro rostros
ada cual tenía milagrosos y los cuerpos estelados
alas que poblaban ojos, ojos en las ruedas
e berilio, y entre medio fuegos vigorosos.
obre sus cabezas, un hialino firmamento
onde un Trono había de zafiro, incrustado
e ámbar puro y colores arcoiris.
on panoplia celestial armado por entero
e radiante Urim[199], obra de divina hechura,
scendió el Mesías y a su diestra la Victoria
quilina se sentaba; junto a él pendía el arco
el carcaj, que truenos contenía trifulmíneos,

surgía alrededor feroz exhalación
e humo y llamas cintilantes, con pavesas de terror.
sistido por diez mil millares de sus Santos
l combate fue: desde lejos fulgurante su llegada;
se vieron veinte mil (el número oí contarse)
arros del Señor, a cada lado la mitad.
l en alas de Querube cabalgaba formidable,
obre el cielo cristalino, en zafiro entronizado,
uminoso ilimitadamente, mas primero visto
or los suyos. Dicha inesperada les sorprende
uando el estandarte del Mesías brilla alto,
igno suyo celestial portado por sus Ángeles;
a este liderazgo el gran Miguel reduce pronto
odas sus legiones, esparcidas por las alas,
ormando un solo cuerpo bajo única Cabeza.
l Poder Divino su camino le prepara por delante:
sus órdenes los montes desgajados vuelven
su encaje cada cual: su voz oyeron y marcharon
bsecuentes: recobró el Empíreo su faz habitual
frescas flores en los montes y los valles sonrieron.
sto ven sus enemigos desdichados, mas tenaces
la lucha conjurada predisponen sus milicias,
nsensatos, que del desespero gestan esperanza:
Y en Espíritus celestes cabe tanta perversión?
las ¿qué señales al altivo le convencen?,
Qué milagros rendirán al obcecado?
lás los ofuscó lo que mejor podía rescatarlos:
ues doliéndoles su gloria, al mirarla
a envidiaron, y aspirando a su excelencia
e rearmaron fieramente, decididos a medrar
or fraude o fuerza e imponerse al fin
Dios y su Mesías, o a caer
n la postrera ruina universal. Y ahora
l combate decisivo se aprestaron, repudiando huida
la débil retirada, cuando grande el Hijo del Señor
su hueste toda a cada mano dijo:

»«En brillante formación aquí quedad, oh Santos,
quí vosotros hoy, oh Ángeles armados, descansad.
iel ha sido vuestra lucha y Dios la acepta,
alerosa, destemida, en su causa justa,
tal cual recibisteis, realizasteis
ıvencibles. Pero de esta multitud maldita
l castigo a otra mano pertenece: de Dios
s la venganza, o de aquel a quien la encarga.
úmeros no exige el acto de este día,
i tampoco muchedumbres: sólo pues mirad
a indignación de Dios vertida por mi mano
obre estos indevotos. Porque no a vosotros,
ino a mí desprecian; contra mí su envidia y rabia,
orque el Padre, a quien en el supremo Cielo
l Poder y Gloria y Reino pertenecen,
le ensalzó según su voluntad.
or ello a mí me asigna su condenación:
ue cumplan su deseo de probar conmigo
n la batalla quién domina, si ellos todos
yo solo contra todos, ya que miden todo
or la fuerza mientras otras excelencias
as desdeñan, no importándoles la ajena alteza:
tra guerra pues no habré de darles».
»Así habló el Hijo y en terror cambió
u rostro, muy severo para ser mirado
de rabia lleno contra tales enemigos.
l tiempo aquellos Cuatro alas desplegaron esteladas
e terrible sombra inconsútil, y los orbes
e su Carro atroz rotaron como con ruido
e corrientes torrenciales o hueste numerosa.
sus impíos enemigos atacó directo,
óbrego cual noche; bajo sus ardientes ruedas
l Empíreo inalterable trepidó de extremo a extremo,
odo menos del Señor el Trono. Estuvo
ronto entre enemigos, aferrando con la diestra
iez mil truenos, que lanzó precediéndole

infligir tormentos en las almas adversarias;
turdidos éstos, toda resistencia abandonaron,
l coraje entero; les caían inútiles las armas.
obre yelmos y broqueles y cabezas enyelmadas
l pasó de Tronos y Querubes doblegados
ue querían las montañas arrojadas contra ellos
tra vez, por protección contra su ira.
no menos tormentosas les llovían
us saetas de los Cuatro cuatrifrontes,
e ojos guarnecidos, y de las vivientes ruedas
uarnecidas por igual con copia de ojos.
n Espíritu reinaba en todos y cada ojo
ayos emitía y disparaba fuego pernicioso
los malditos, marchitándoles la fuerza,
el vigor habitual drenándolos, dejándolos
xhaustos, lánguidos, desalentados, flojos.
a mitad de su poder usó no obstante sólo;
efrenó su Trueno porque no quería
niquilarlos, sino echarlos de los Cielos:
los caídos los alzó y, cual rebaño
e carneros o hato temeroso apretujado,
ulminados los llevó, acuciándolos
on pánicos y furias hasta el límite,
l Muro de Cristal del Cielo que, de par en par,
odó hacia dentro, revelando una ancha boca
l Abismo yermo. La monstruosa vista
es incita a receder, mas miedo aun peor
es urge por detrás y saltan de cabeza
or el filo del Empíreo, mientras ira eterna
rde en pos de ellos hasta lo insondable.
»Oyó el Infierno el ruido insoportable, vio el Infierno
los Cielos de los Cielos despeñarse y quiso huir
cobardado. Mas el Hado estricto hondo hincara
us oscuros fundamentos, fuertes los fijara.
ueve días caen: el confuso Caos rugió,
intiendo en su despeño décuple trastorno


G. Doré

or su bárbara anarquía, tanto aquel desastre
o llenó de ruinas. El Infierno al fin
briéndose los recibió, tragándolos a todos:
l Infierno su mansión, que fuego inextinguible
aturaba, la morada de las penas y el dolor.



xultó el Cielo deslastrado y pronto reparó,
olviendo al punto en que se abriera, la mural herida.
íctor único de la expulsión del enemigo,
l Mesías dio la vuelta a su triunfante Carro:
or recibirlo ya sus Santos, que silentes fueran
os testigos de sus actos absolutos,
vanzaron jubilosos; y al moverse
ajo sombra de ramosas palmas, cada fúlgida cohorte
ntonaba triunfos, proclamándolo glorioso Rey,
ijo y Heredero y Soberano, quien dominio obtuvo,
l más digno de reinar. Él, celebrado, cabalgó
riunfante por el Cielo, a las Cortes
hasta el Templo de su Padre poderoso, en Trono
lto, que en la Gloria lo acogió,
onde ahora está sentado, a la diestra de la dicha.
»Así, midiendo cosas celestiales por terrestres,
or pedirlo tú y que puedas precaverte
onociendo lo que ha sido, te he manifestado
o que fuera de otro modo para el hombre arcano:
a discordia habida, la batalla en el Empíreo
ntre Angélicos Poderes y el profundo despeñarse
e aquellos que, anhelando demasiado, con Satán
e sublevaron, quien tu suerte envidia ahora,
ue conspira para seducirte, incitarte
ti también a rebelión, que despojado
e la dicha puedas compartir con él
l escarmiento, la eternal miseria;
ues sería todo su solaz y su venganza,
l ultraje al Altísimo arrojado,
onvertirte en el cofrade de sus penas.
las sus tentaciones no las oigas, aconseja
tu mujer, más frágil; aprovecha el conocer,
or este ejemplo tremebundo, qué castigo premia
a desobediencia; pues pudieron mantenerse firmes

cayeron: piensa en ello y teme transgredir.»

Libro VII

EL ARGUMENTO

A petición de Adán, Rafael relata cómo y para qué fue creado este mundo; cuenta que Dios, tras expulsar a Satán y sus Ángeles del Cielo, declaró su placer en crear otro mundo y otras criaturas que morasen en él. Envía a su Hijo con gloria y cortejo de Ángeles a realizar el trabajo de Creación en seis días. Los Ángeles celebran con himnos la culminación de la obra y la reascensión del Hijo al Cielo.

esciende Urania[200] de los Cielos, si este nombre
e te aplica justamente, cuya voz divina,
i la sigo, por encima del Olimpo me transporta,
lás allá del vuelo de las alas del Pegaso.
u esencia, no tu nombre llamo; pues tú,
o de las nueve Musas, no en la cumbre moras
el antiguo Olimpo, sino que, celígena,
ntes que montaña apareciese o fluyese fuente,
epartías con la eternal Sabiduría,
a Sabiduría hermana tuya, y con ella retozabas
n presencia del Altísimo, al que placía
u celeste canto. Por ti conducido
l Cielo de los Cielos me he aventurado,
uésped terrenal, y respirado aire empíreo
ue templaste para mí; con igual cuidado, pues,
órname a mi elemento natural, no sea
ue este potro volador sin rienda (como a Belerofonte
n día, aunque desde atmósfera más baja)
le desmonte y caiga a los campos de Alea[201],
vagar allí errabundo, desolado.
a mitad aún queda por cantar, si más modesta

en el marco ya visible de diurna esfera.
e pie en la tierra, no arrobado sobre el polo,
anto más a salvo con mi voz mortal, no ronca
muda, aunque caído en malos tiempos[202],
n malos tiempos caído y malas lenguas,
n tinieblas, y cercado por entero de peligros,
oledad. No solo, sin embargo, mientras tú
isites cada noche mi reposo o al purpurar
l alba el este. Mi cantar gobierna todavía,
rania, y apta audiencia halla, aunque escasa.
ero aleja el desentono bárbaro
e Baco y sus bacantes, raza
e esa horda fiera que al bardo tracio desmembró
n Rhodope, donde peñas y forestas escucharon
l arrobo hasta que el clamor salvaje sofocole
oz y arpa, y no pudo defender la Musa
su hijo[203]. Así no falles tú a quien te implora,
ues tú eres celestial: ella sólo un sueño.
Di, Diosa, qué siguió después que Rafael,
fable Arcángel, exhortase a Adán
or medio de terrible ejemplo a evitar
a apostasía, relatándole lo que ocurrió en el Cielo
los apóstatas, que nada parecido le ocurriese
n el Paraíso a Adán o a su linaje,
-Con deber de no tocar el prohibido árbol—,
i transgredían, desdeñando ese solo mandamiento
e tan fácil obediencia entre tanta suerte
e sabores para complacer el apetito,
un voluble. Él con Eva su consorte
scuchó la historia atento y se colmó
e admiración y de hondo sentimiento al oír
e cosas tan extrañas y tan altas, cosas
ıimaginables, como el odio en las Alturas
la guerra tan cercana a la paz de Dios, en beatitud
on tanta conmoción: mas pronto rechazado el mal,

omo avalancha recayó en aquéllos
e los que brotara, incapaz de mixturarse
on la dicha. Pronto, pues, Adán las dudas
epelió que en su pecho germinaran; y ahora
onducido, aún sin pecado, por deseo de saber
e cosas más vecinas —cómo comenzó
ste mundo perceptible de la tierra y cielo,
uándo y para qué creado, por qué causa;
ué, ya dentro o fuera del Edén, fue hecho
nterior a su memoria—, como alguien que su sed
penas aplacara aún observa la corriente
uyo líquido murmurio nueva sed le excita,
rocedió a interrogar así a su celeste huésped:

«Grandes cosas, llenas de milagro al escucharlas,
an diversas de este mundo, hoy nos has mostrado,
h divino intérprete, enviado por merced
esde el Empíreo para precavernos
portunamente de eso que podría devastarnos
norado, y que no alcanza el conocer humano;
or ello al infinito Bien le debemos
ratitud imperecible y su advertencia
ecibimos con solemne intento de observar,
mutablemente, su suprema voluntad, cuyo fin
osotros somos. Pero, ya que has accedido
omplaciente, para darnos instrucción, a hablar
e eso que trasciende mente terrenal y sin embargo
os incumbe (como cree la Altísima Sabiduría),
ígnate ahora descender un tanto y relatar
o que acaso no debamos menos conocer:
ómo comenzó este cielo que observamos
an lejanamente alto, ornado de movientes fuegos[204]
ncontables, y esto que produce o colma
odo espacio, el aire circundante, universal,
ue abraza esta tierra floreciente; qué motivo
mpulsó al Creador, en su quietud sagrada

e la Eternidad, recientemente, a construir
llá en el Caos; y empezada la obra, di
uándo absuelta[205], si es que puedes revelar
o que no por tantear secretos preguntamos
e su eterno Imperio, sino por mejor
lagnificar sus obras, cuanto más las conozcamos.
a la gran Luz del Día aún le queda mucho
or cubrir de su declive, suspendida en las alturas
or tu voz, pues tu potente voz escucha
más se atardará por escucharte relatar
u gestación, y el emergente nacimiento
e Natura de la hondura inaparente.
si el Astro Vespertino con la Luna
oírte se apresuran, traerá consigo nuestra noche
l silencio, y por oírte el sueño velará;
podemos ahuyentarlo hasta que tu Canto
e termine y despedirte antes del alba».
Así a su ilustre huésped le rogó Adán,
Y así el divino Ángel respondió gentil:
Esta petición que con cautela me requieres
enla pues: aunque obras todopoderosas
Qué palabra o lengua serafínica podrá narrarlas,
qué humano corazón ha de entenderlas?
o que alcances, sin embargo, y mejor te sirva
n gloriar al Hacedor y darte
icha grande no ha de silenciarse:
sta comisión he recibido de los Cielos,
esponder a tu deseo de conocimiento
entro de unos límites; más allá abstente
e inquirir y no imagines penetrar
as cosas no manifestadas, pues el invisible Rey,
l único omnisciente, las veló en la noche,
noradas para todos en la Tierra o Cielo:
uficiente queda aparte que indagar y conocer.
ero el saber es cual comida y no menos necesita

a templanza en el deseo, conocer
n qué medida lo podrá la mente contener:
ues el exceso oprime en otro caso, y pronto torna
n locura la sapiencia, como en viento el alimento.
»Sabe, pues, que tras caer del Cielo Lucifer[206]
Este nombre dale, más brillante un día
ntre los Ángeles que esa estrella entre los astros)
on sus fúlgidas legiones a través de los abismos
asta su lugar y retornar el magno Hijo
ictorioso con sus Santos, el Omnipotente
terno Padre desde el Trono contempló
u multitud y al Hijo le habló así:
»"Por fin ha caído el envidioso, que creyó
ebeldes como él a todos y, con su asistencia,
sta excelsa fortaleza inaccesible, el sitial
e la Deidad Suprema, desposeyéndonos,
onfió en arrebatarnos y al engaño
muchos arrastró, que ya no están aquí.
a inmensa mayoría se mantiene, veo,
n sus puestos: populoso aún retiene el Cielo
úmero bastante para henchir sus reinos,
unque vastos, y acudir a este alto Templo
on servicio conveniente y solemnes ritos.
las por que no se goce del perjuicio
a causado, habiendo despoblado el Cielo
Con lo que creyó dañarme), puedo reparar
l detrimento —si es tal perder a esos
ue a sí mismos se perdieron— y crearé en un instante
tro mundo y, de un hombre, raza innúmera
e hombres que no aquí, sino allí residan,
asta que por grados meritorios elevados
e abran ellos mismos al final camino
las Alturas, bajo larga sumisión probados,
la Tierra se haga Cielo, y Tierra el Cielo,
n solo Reino: dicha y unidad sin término.

lientras, amplios habitad, Poderes de los Cielos;
tú mi Verbo, Hijo concebido, a través de ti
por ti obraré: habla y que tu palabra sea.
li Espíritu envolvente y mi Poder contigo
lando. Parte al vuelo y al Abismo ordena,
entro de los límites fijados, ser un cielo y tierra,
l Abismo ilimitado, pues yo soy quien llena
o infinito, y no vacíos los espacios.
unque yo incircunscrito me retire
no manifieste mi bondad, que es libre
e actuar o no, necesidad y azar
o me alcanzan: lo que quiero es Hado".
»Así habló el Altísimo, y a lo que dijo,
u Palabra, la Filial Deidad, efecto dio.
ımediatos son los actos del Señor, más rápidos
ue el tiempo o la moción, mas al oído humano
o se puede sin proceso oral contárselos,
ontárselos según noción terrena.
riunfo grande hubo y júbilo en los Cielos
uando esto declaró la Omnipotente Voluntad;
antaron glorias al Más Alto, buena voluntad
los futuros hombres, paz en sus moradas;
loria a ese cuya justa ira vengadora
rrojara a los infieles de su vista
de las mansiones de los justos; a él
loria y alabanza, cuya ciencia ha ordenado
ien crear del mal, y en vez
e Espíritus malignos raza superior llevar
su vacante espacio, difundiendo desde allí
u bien a mundos y eras infinitas.
sí cantaron los angélicos Jerarcas; entre tanto el Hijo,
n su gran expedición, ahora apareció
eñido por la omnipotencia, coronándole fulgor
e majestad divina, de sapiencia y de amor
ımensos, y con todo el Padre en él fulgiendo.
lrededor del Carro innúmeros fluían

erafines y Querubes, Potestades, Tronos
Virtudes, los Espíritus alados, los alados carros,
e los arsenales del Señor, en donde hay de antiguo,
ntre dos broncíneos montes[207], miles preparados
ara augusto día, ya con sus arneses,
quipaje celestial, y ahora aparecieron
spontáneos —el espíritu vivía en ellos—
or seguir a su Señor. El Cielo abrió de par en par
us Puertas perdurables —armonioso son
e áureos goznes que se mueven— por dar paso
l Rey de Gloria, que en su Verbo poderoso
su Espíritu, a crear venía nuevos mundos.
n celeste firme se tuvieron y desde el margen
ontemplaron el Abismo vasto inmensurable,
an violento como el mar, oscuro, yermo, fiero,
rastornado desde el fondo por furiosos vientos
olas bravas cual montañas que asaltasen
l altor del Cielo, confundido el centro con el polo.
»«Silencio, arrebatadas olas; y tú, Abismo, paz
-La Omnífica[208] Palabra dijo— cese la discordia».
»No pausó, sino en alas de Querubes
levado, en paterna gloria cabalgó
ntrando lejos en el Caos y el mundo no nacido,
ues el Caos oyó su voz. Su cortejo entero
o siguió en brillante procesión por ver
a Creación y los prodigios que obraría.
etuvo entonces férvidas las ruedas y su mano
sió el compás de oro, preparado
n el taller eterno del Señor, con que circunscribir
l Universo y todo lo creado:
n pie centró girando el otro alrededor
or la profundidad oscura y vasta,
dijo: «Llega tú hasta aquí, aquí tus límites;
ea ésta tu circunferencia justa, oh Mundo».
ios así creó el cielo, así la tierra,

a materia informe y lo vacío: honda oscuridad
ubría los Abismos: mas, en la acuosa calma,
us alas en suspenso incubadoras extendió el Espíritu
infundió vital virtud y calidez vital
or toda la fluida masa, mas precipitando al fondo
a infernal escoria fría, negra y tartárea,
puesta a toda vida. Unió entonces, conglobó
as cosas semejantes, separando el resto
dispersándolo; entre medio urdió el aire,
la Tierra en equilibrio céntrica colgó.
»“Haya Luz”, dijo Dios, y de inmediato Luz
térea, la primera de las cosas, quintaesencia pura,
rota del Abismo y desde su nativo oriente
u andadura comenzó a través del aire penumbroso,
sferada cual radiante nube, pues aún el Sol
o era, y ella en nubloso tabernáculo
iajó entre tanto. Vio Dios la Luz cual cosa buena,
la Luz de la Tiniebla por el hemisferio
eparó: llamó al día Luz, a la noche Oscuridad.
tuvo así mañana y tarde el Día Primero.
no pasó incelebrado, sin canciones
e los Coros celestiales, cuando vieron la tiniebla
xhalar por vez primera Luz Oriente:
ía del nacer de cielo y tierra. Júbilo y clamor
l hueco orbe universal colmaron,
tocaron sus doradas arpas elevando himnos
l Señor y a sus creaciones, Creador lo proclamaban,
a primera tarde, la primera mañana.
»De nuevo dijo Dios: «Haya un firmamento
ntre las aguas, que separe
guas de las aguas». E hizo Dios
l firmamento, expansión de líquido aire puro,
ransparente, elemental, en círculo
ifuso hasta la última convexidad
e este ruedo grande: partición segura y firme
ue las aguas de debajo de las aguas superiores

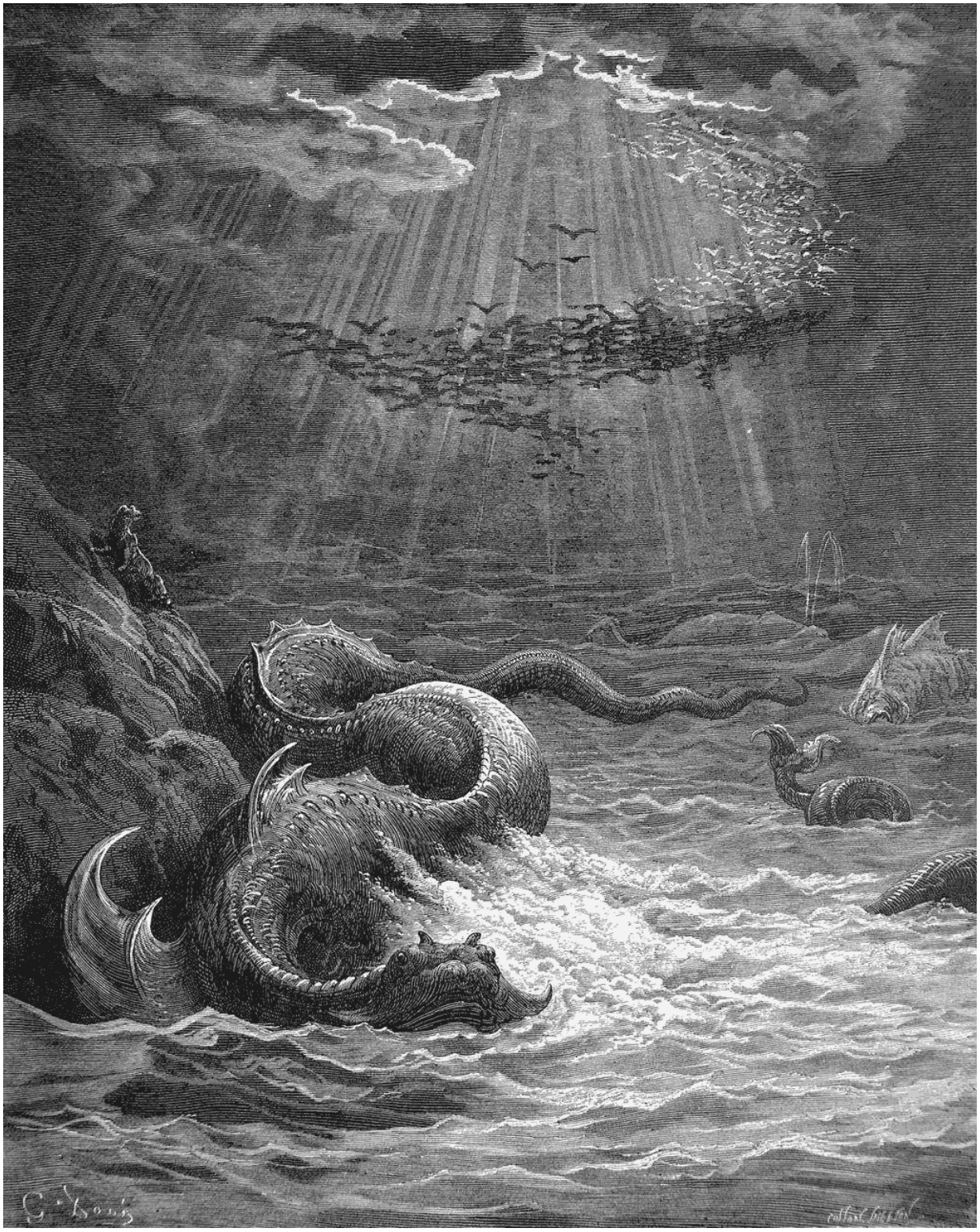
arte: pues, así como la tierra, Dios el Mundo
obre calmas aguas circunfusas erigió, en un ancho
ristalino océano, y el ruidoso desgobierno
el Caos puso lejos, pues los rábidos extremos,
i contiguos, bien podían perturbar entera la estructura:
cielo así llamó al firmamento; y de la tarde,
a mañana, el Coro celebró el Segundo Día.
»La tierra estaba ya formada, mas del seno todavía
e las aguas, inmaduro embrión latente,
o surgía; sobre el rostro todo de la tierra
asto océano fluía, aunque no ocioso: con su cálido
umor prolífico su globo entero temperaba
ermentando a la Gran Madre, por que concibiese,
saciándola de genésico rocío. Y Dios dijo:
Únanse las aguas bajo el cielo ahora
n sólo un sitio y que surja suelo seco».
al instante las montañas formidables
mergieron y desnudos, anchos lomos elevaron
las nubes, y sus cimas a los cielos ascendieron.
tanto cual los montes túmidos se alzaron
e abajó una hueca hondura, anchosa y deprimida,
echo muy capaz de aguas: éstas pronto allí
orrieron con precipitosa dicha, conglobándose
ual gotas sobre el polvo en tierra seca;
arte en muro de cristal se yergue, o ímpetu
e olas: tal moción imprime el gran decreto
la rápida avalancha, cual ejércitos al toque
e trompeta (pues de ejércitos ya oíste),
ropa a su estandarte, tal la acuosa turba,
la atropellando a ola, donde vía hallaban:



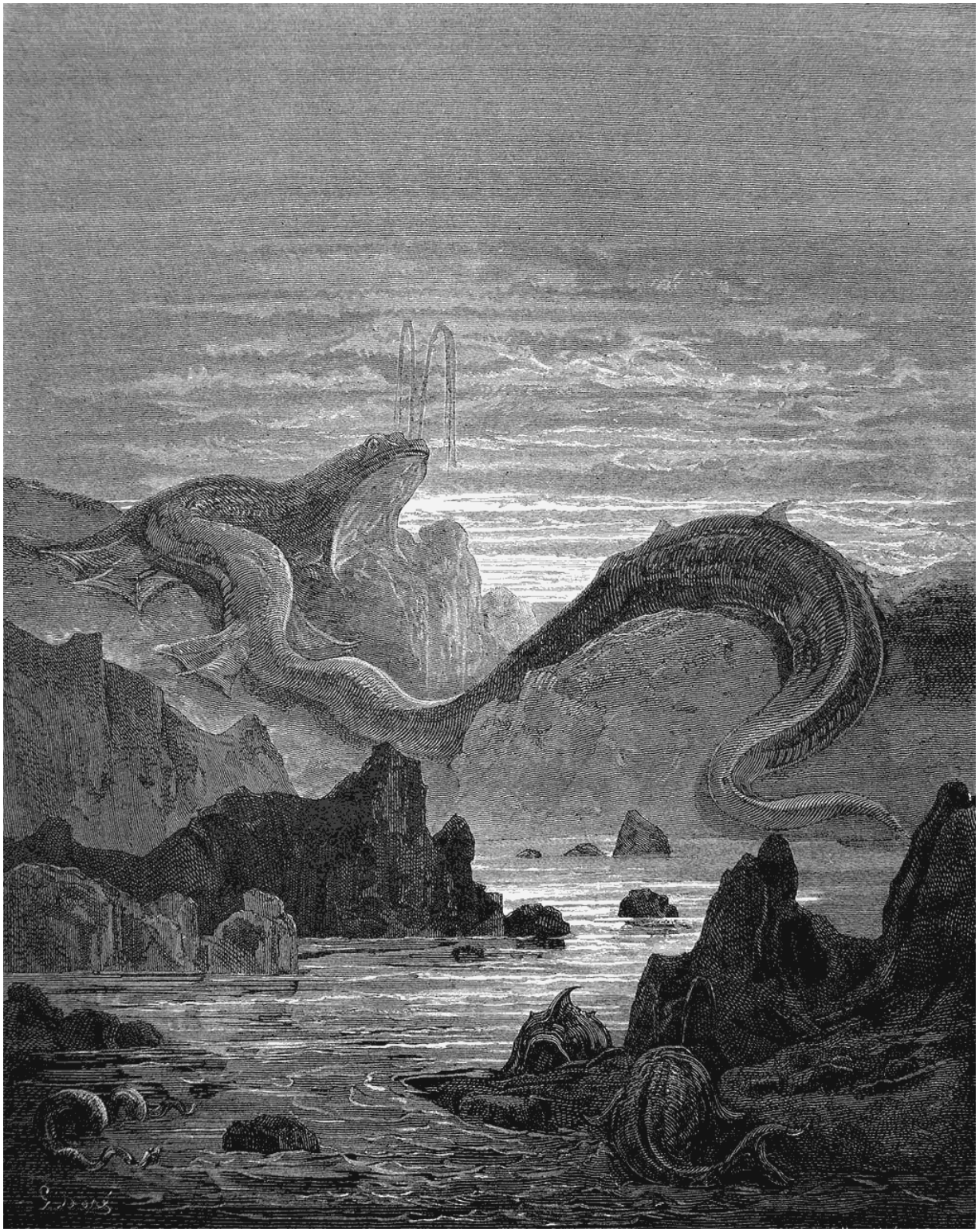
i empinada, con arrobo torrencial; si plana,
on suave remolino. Y ni roca o monte las frenaban:
llas bajo el suelo o con rodeo amplio
vanzando serpentinas, encontraban el camino
en el limo aguado íntimos canales esculpían:
ácil, antes de que Dios secase el suelo todo,
lenos dentro de esos cauces donde ríos ahora
orren, y perpetuos portan húmedo cortejo.
l seco continente, tierra, y al gran recipiente
e las aguas congregadas mar los llama.
vio que era bueno y dijo: «Dé la tierra
ierba verdeciente, hierba gestadora de semilla,
árboles frutales que den fruto por familias:
u semilla germinante yace en tierra».
penas lo hubo dicho cuando la desnuda tierra
asta entonces nuda y yerma, fea e inadornada,
eneró la tierna hierba, cuya fronda engalanó
u faz universal de plácido verdor; y luego
lantas de diversa hoja, que de pronto florecieron
esplegando sus colores y alegrándole
l seno con aromas gratos. Y brotadas éstas,
nseguida florearon densas vides racimosas, y reptó
a henchida calabaza, se irguió la espiga
or legiones en los campos; aún la mata humilde añade
el arbusto crespo enmarañado. Últimos
e alzaron, como en danza, los solemnes árboles
sus ramas extendieron con copioso fruto, o yemas
omo gemas[209]. Altos bosques las montañas coronaron,
éspedes los valles y los lados de las fuentes,
as ribas las corrientes. Esa tierra ahora
ielo parecía, un lugar que Dioses habitaran
con gusto recorrieran, complacidos de rondar
us santas frondas: aunque Dios aún la tierra
o regara y hombre que el terruño arase

o existía, de la tierra ya rorante niebla
e levanta y baña todo el suelo y cada
lanta de los campos, que antes de salir de tierra
ios hiciera, y cada hierba antes de crecer
n verde tallo. Dios vio que era bueno,
la tarde y alba el Tercero de los Días cantan.
»De nuevo el Todopoderoso habló: «Haya luces
ltas en la vastedad del cielo que dividan
e la noche el día; y que sean las señales
e estaciones y de días y de años recurrentes;
que sean luminarias como yo lo ordeno,
on misión allá en el firmamento de los cielos
e a la Tierra darle luz»; y fue así.
hizo Dios dos grandes luces, grandes por su uso
ara el hombre, que el día gobernase la mayor
alterna la menor la noche; y estrellas hizo,
las prendió en el firmamento de los cielos,
ue la Tierra iluminasen, el día gobernasen
n su vicisitud, y la noche gobernasen,
e tinieblas separando luz. Vio Dios,
l revisar su magna Obra, que era buena:
ues de los celestes cuerpos él primero el Sol
omo esfera poderosa lo formó, sin luz primero,
unque de molde etéreo; después formó la Luna
rbicular, y toda magnitud de estrellas,
sembró de densos astros el cielo como un campo:
e Luz tomó la parte más inmensa,
rasplantada de su templo nebuloso, y la emplazó
n la solar esfera, hecha permeable para recibir
embeber luz líquida, y firme para retener
os haces de sus rayos: gran palacio ahora de Luz.
cudiendo ahí como a su fuente,
tros astros toman luz en urnas áureas
ahí sus cuernos el Planeta Matutino[210] dora;
or tintura o reflexión aumentan ellos

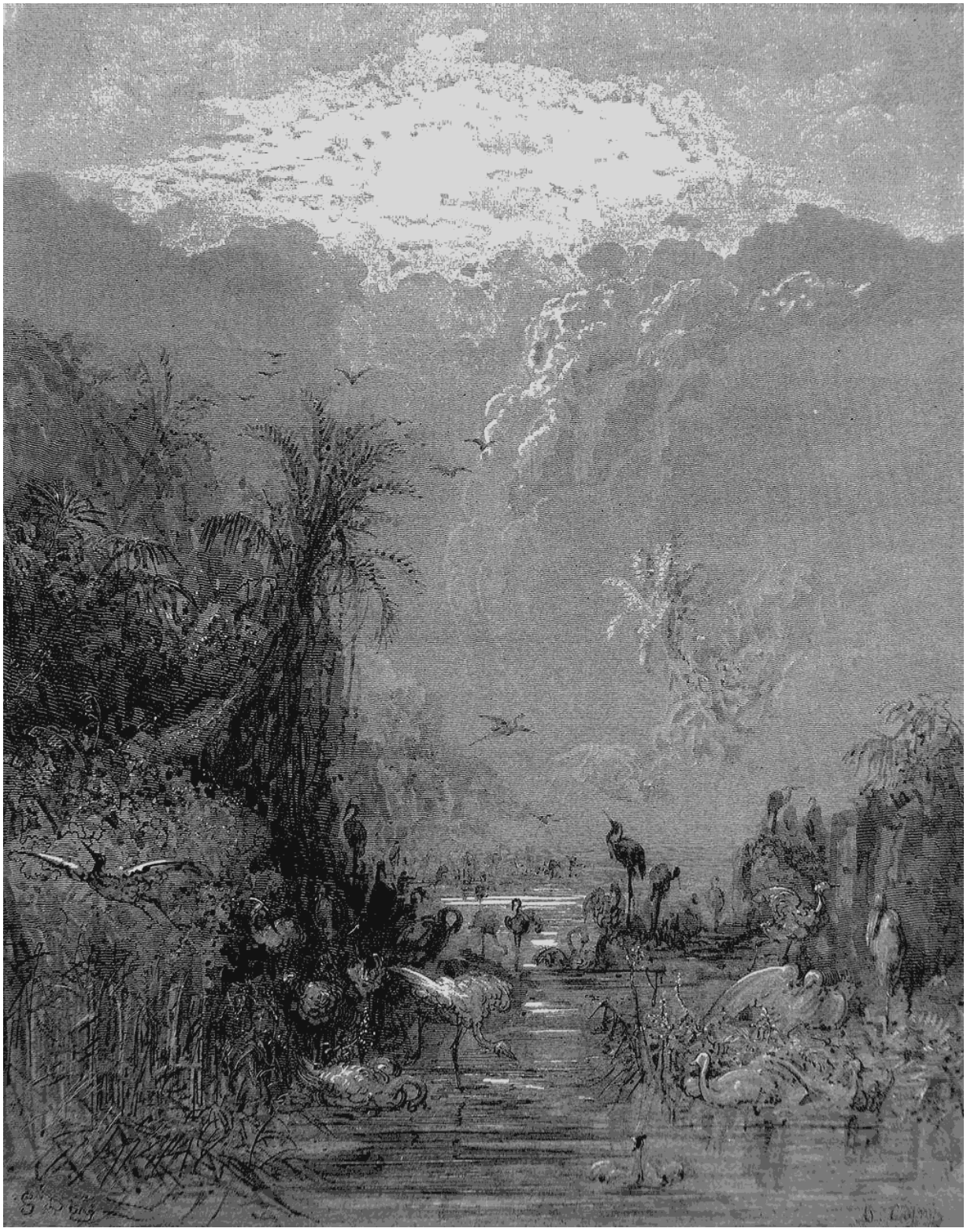
u pequeña propiedad, si bien la humana vista
os percibe muy remotos y con mengua.
rimero en su este la gloriosa Luminaria apareció,
egente diurnal, y todo el horizonte alrededor
istió de rayos fulgurantes, jubilosa al recorrer
u longitud por la gran vía celestial: la gris
urora, y así las Pléyades, danzaron ante él
ertiendo dulce influjo. Menos fúlgida la Luna,
ero opuesta en el oeste paralelo, fue prendida
or espejo, que del Sol tomara luz su rostro lleno,
ues de luz distinta nada requería
n aquel aspecto[211]; y aún guarda esa distancia
asta la noche: en el este luego su hora es de brillar,
irando en el gran eje de los cielos, y su reino
on mil astros más pequeños tiene independiente,
on millares de millares que surgieron por entonces
achonando el hemisferio. Por primera vez ornadas
e radiantes luminarias que salían y cesaban,
rata tarde y alba grata coronaron el Día Cuarto.
»Y Dios dijo: «Que las aguas gesten
eptiles con prole en abundancia, ánima viviente;
las aves vuelen por lo alto, con sus alas
esplegadas en el franco firmamento».



Dios creó titánicas ballenas, y cada
nima viviente: las reptantes, que prolíficas
as aguas generaron por familias,
las aves voladoras por especies;
vio Dios que era bueno, y bendíjolas diciendo:
Sed fructíferas, multiplicaos, y en los mares
los lagos y las rápidas corrientes inundad las aguas;
multiplíquense las aves en la tierra».
l instante los canales y los mares, calas y bahías,
ullen de cardumen incontable, peces
ue con sus aletas, sus escamas esplendentes,
luyen bajo la ola verde, en majales que a menudo
montañan lo profundo: huraños unos, en pareja
os demás, las algas pacen y por bosques vagan
e coral, o bien jugueteando —rápido destello—
l Sol undíferas camisas muestran (oro las salpica),
en perladas conchas cómodos aguardan
u húmedo alimento, o debajo de las rocas su comida
cechan, prieta la armadura. La foca en aguas calmas
uega y el delfín cimbrado. Peces colosales
on pesado bamboleo y moción enorme
tempestan el océano: ahí el Leviatán,
a más inmensa criatura viva, en el piélago
stirado cual peñón, ya duerme o nada
parece tierra en movimiento; y sorbe
or sus branquias, o su boca escupe, todo un mar.



lientras, las templadas cuevas, costas y marismas
role numerosa incuban, que del huevo pronto,
eventándolo con natural fractura, surge
ıcurtida la nidada; mas pelechan pronto
ya bien emplumadas, remontando el aire espléndido,
esprecian con un grito el suelo en nube
cumuladas. La cigüeña ahí y el águila,
or riscos y en las copas de los cedros, nidos forman.



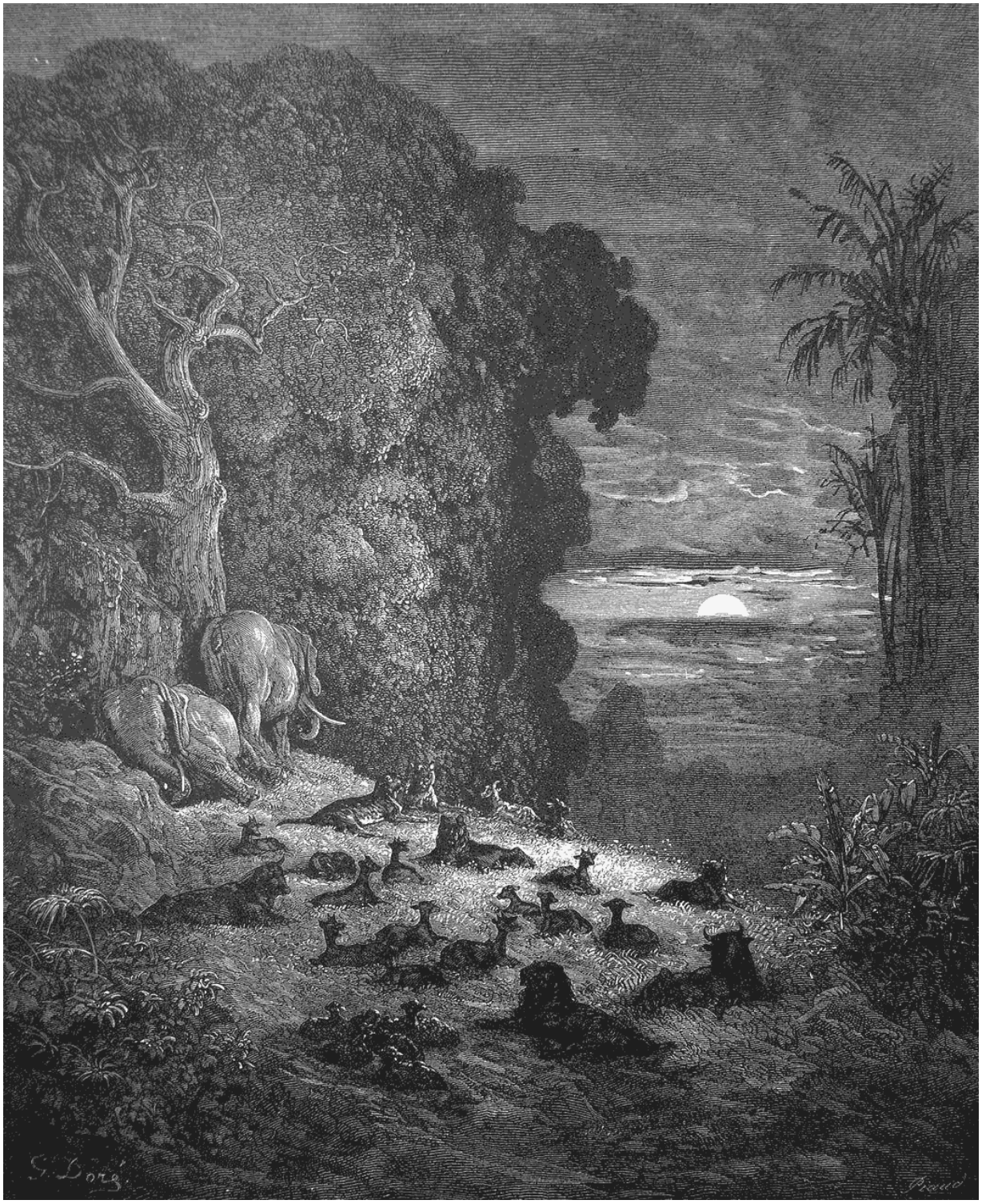
ves hay que vuelan separadas la región; más sabias,
tras colectivas en figuras el camino acuñan,
abedoras de estaciones, y planean
us aéreas caravanas sobre el mar, volando
ltas, y con ala mutua sobre tierras avivando
l vuelo. Así dispone la prudente grulla
u éxodo anual, portada por los vientos; flota el aire
uando pasan, aventado por innúmero plumaje.
e rama en rama pájaros menores con sus cantos
lborozan las forestas y despliegan alas pinceladas
asta el ocaso, y ni entonces el roncal solemne
alla el trino, pues la noche entera entona suave trova.
tros en argénteos lagos y en los ríos bañan
u afelpado pecho. Con cimbrado cuello el cisne,
ajo el manto de sus alas fabuloso, boga
n majestad con pies remosos; pero éstos a menudo
ejan la laguna y elevándose con tiesas plumas
anan la mitad del cielo; otros por el suelo
larchan firmes: el crestado gallo cuyo pífano da voz
las horas silenciosas, y ese otro cuyo porte bello
s ornamento y que pintan tonos floreados
e arco iris y estelíferos ocelos[212]. Las aguas pues
e peces llenas y de pájaros los aires,
a tarde y la mañana el Quinto Día consagraron.
»El Sexto y el postrer de la Creación surgió
on arpas vespertinas, matinales, cuando dijo Dios:
Dé la tierra ánima viviente por especies,
eses y reptantes cosas, bestias de la tierra
ada cual según su especie». Y la tierra obedeció
, abriendo súbita su fértil seno, dio de sí
ıcontables criaturas, formas ya perfectas,
on sus miembros y maduras: y salieron del terruño
omo del cubil la fiera que lo habita
n su bosque fiero, matorrales, zarzas, cueva.

ntre árboles se alzaron por parejas, caminaron:
l ganado por los campos y los prados verdes:
nos raros, solitarios; otros hay que en recuas
acen juntos y surgieron en profusos hatos.
os campizales ya parían res, ya medio aparecía
l león rojizo, braceando por librar
us ancas: salta luego como suelto de atadura
rampante agita la melena pinta; la onza,
l leopardo, el tigre, como el topo
mergen y la tierra triturada lanzan por detrás
montonada; el venado rápido perfora el suelo
on ramosa testa; de su molde el Behemoth[213]
penas extraído, el más grande de la tierra, yergue
u potencia; ya lanosos y balando los borregos
recen como plantas; mas ambiguos entre el mar
continente, el fluvial caballo[214] y escamoso cocodrilo.
la vez surgió lo que se arrastra por el suelo,
l insecto y el gusano: unos sus ágiles ventalles baten
omo alas, sus minúsculos precisos lineamientos
a en todas las libreas del orgullo del verano
on sus motas de oro y púrpura, azur y verde;
stos otros como línea extienden su largura
con trazo sinuoso el suelo rayan: no son todos
equeñeces de Natura; los hay de especie serpentina,
e largor inmensa y corpulencia, adujados
n anillos culebrosos y con alas añadidas. La primera
ue frugal la hormiga, previsora del futuro:
n recinto parco ancho corazón posee,
modelo —acaso luego— de justicia equitativa,
n sus tribus populares agrupada
e plebeyas gentes. Enjambrada apareció después
a abeja, que alimenta a su marido zángano
xquisita y construye sus celdillas céreas
on depósito de miel. Innúmero es el resto;
ú te aprenderás sus caracteres; nombres les darás

ue no merecen repetirse. Y no desconocida
a serpiente, la alimaña más sutil del campo,
olosal a veces, de ojos insolentes
terrífica melena hirsuta, aunque no nociva
ara ti y obediente a tu llamada.
hora el cielo fulguró en inmensa gloria, y giró
on el impulso que la mano del Primer Moviente
nprimió a su curso. Sonrió la Tierra engalanada
supremamente bella; en el aire, agua, tierra,
uelo, nado, marcha, de ave, pez y bestia,
bundaban, mas el Sexto Día todavía no acabara.
altaba aún la obra culminante, el fin
e todo lo ya hecho: una criatura que, no prona,
ruta, cual las otras criaturas, sino con santidad
otada de razón, pudiese levantar
u envergadura y tiesa, con la faz serena,
obernar al resto, de sí consciente,
magnánima por ello para el trato con el Cielo,
las capaz de gratitud al descender su bien,
allí su corazón, su voz, sus ojos
irigir con actitud devota, para adorar
celebrar al Dios supremo, que la hizo preeminente
ntre todas sus creaciones. Y así el Omnipotente
adre Eterno (porque ¿dónde falta su
resencia?) de este modo a su Hijo, audible, dijo:
»«Hagamos ahora al hombre a nuestra imagen,
emejanza nuestra, y que impere
obre el pez y el ave de los mares y los aires,
las bestias en los campos, y la tierra toda,
sobre cada cosa reptadora que en el suelo repta».
sto dicho, te hizo a ti, Adán, a ti, oh Hombre,
olvo de la tierra; y sopló en tu rostro
l aliento de la vida. A su propia imagen
e creó, a la imagen del Señor
recisa, y fuiste tú un alma viva.
e creó varón, mas hizo hembra a tu consorte,

ue fundaseis raza, y bendijo luego al hombre:
Creced, multiplicaos y colmad la Tierra —dijo—
ometedla, e imperad por todas partes,
obre el pez del mar y el ave de los aires
cada cosa viva que camina por la tierra».
ondequiera que te hiciera, pues ningún lugar aún
e distingue por el nombre, luego, como sabes,
l Jardín te trajo delicioso, este parque,
a poblado por los árboles de Dios,
ara el gusto y la mirada deliciosos por igual;
, liberal, te dio por alimento todo fruto grato
-Toda suerte hay aquí de todo el Mundo—,
ariedad sin fin. Mas del árbol que gustado
a del bien y el mal la ciencia, de ése
bstente; pues el día que lo pruebes, mueres.
luerte es la pena impuesta, ¡cuida!,
gobierna tu apetito bien, no sea que el Pecado
e sorprenda, y su oscuro servidor la Muerte.
erminó aquí Dios, y todo lo que hiciera
ontempló, y vio todo enteramente bueno.
sí la tarde y alba el Sexto Día culminaron:
las no antes de dejar el Creador su Obra,
unque no cansado, y tornar a las alturas,
l Cielo de los Cielos, su morada excelsa,
ara contemplar su nuevo mundo desde allí,
ste complemento de su Imperio, cómo se veía
esde el Trono, cuán hermoso, cuán propicio,
uánto respondía a su Idea grande. Cabalgó a lo alto,
scoltado por aclamaciones y el sonido
lelodioso de arpas a millares entonando
ngélicas cadencias; y la tierra, el aire
esonaron (tú te acuerdas, pues lo oíste),
los cielos, todas las constelaciones repicaron;
os planetas en sus puestos a la escucha se tuvieron,
lientras la brillante pompa ascendía jubilosa.
Abríos Puertas sempiternas —entonaban—

bre, oh Cielo, tus vivientes Puertas; deja entrar
l gran Creador, que ya de su Obra torna
xcelente, sus Seis Días de creación, un mundo;
bríos y desde ahora, asiduas; porque Dios
isitará frecuente las moradas de hombres justos,
omplacido, y con sólito intercambio
us alados mensajeros allí les enviará,
on recados de superna gracia.» Tal cantaba
l glorioso séquito ascendiendo. Él por el Empíreo,
ue abrió de par en par sus Puertas fúlgidas,
irigió la marcha a la Casa Eterna del Señor
or una vía anchosa, cuyo polvo es oro
por pavimento tiene estrellas, las estrellas
ual las ves en la Galaxia, esa Vía Láctea
ue en la noche ves girar: espacio salpicado
or el polvo de los astros. Y en la Tierra ahora
ue la tarde séptima en Edén: el Sol
e puso y un crepúsculo del este vino
nunciando noche. A esa hora al Monte Santo,


G. Doré
Pisani

ináculo del Cielo, Trono del Imperio
el Señor, fijado firme para siempre y recio,
a Filial Deidad llegó y se sentó
on el gran Padre, pues también él fuera,
ıvisible, sin moverse (este privilegio
a Omnipresencia tiene), y la obra decretó,
utor y fin de toda cosa; y reposando
e la obra ahora, consagró y bendijo el Día Séptimo
ues reposó ese día de su obra toda,
unque no en silencio santo: tuvo el arpa
uehacer y no reposo, la solemne flauta
el dulcémele, y todo órgano de fina nota,
los sones todos de la cuerda o hilo de oro
rodujeron suaves tonos, mixturados con la voz,
oral o unísona. Y en nubes el incienso
e áureos incensarios ocultaba el Monte.
a Creación cantaban y los seis días de trabajo:
Grandes son tus obras, Jehovah, infinito
u poder; ¿qué idea ha de medirte, o qué lengua
elatarte? Más grandioso ahora a tu retorno
ue al vencer a los rebeldes; a ti tus truenos
e ensalzaron ese día: mas crear es cosa
lás grandiosa que lo creado destruir.
Quién podría rebajarte, Rey potente, o restringir
u Imperio? Fácilmente repeliste
a orgullosa tentativa y miras vanas
e los Ángeles apóstatas, que impíos planearon
pocarte y apartar de ti la multitud
e tus devotos. Mas quien busca
ebajarte sirve, contra sus propósitos,
ara hacerte revelar mayor poder: su mal
mpleas tú, creando un bien más grande.
ontemplad el nuevo mundo, otro cielo
la Puerta de los Cielos, a la vista alzado,

n claridad hialina, el cristalino mar;
e tamaño casi inmenso, con estrellas
umerosas y quizás un mundo cada estrella
poblarse destinado: pero tú conoces
us periodos. Y entre éstos la morada de los hombres,
a Tierra sobre el circunfuso océano,
u bellísima mansión. Feliz el hombre triplemente,
los hijos de los hombres, pues los prima Dios así,
reados a su imagen, por que moren en la Tierra
que lo adoren, y regir a cambio
odas sus creaciones, el mar, el aire, el continente
extender la raza de los fieles
anta e íntegra: felices triplemente si comprenden
u ventura y perseveran firmes».
»Así cantaban, y el Empíreo repicaba
e aleluyas: de esta forma el Sabbath se guardó.
tu demanda considera satisfecha: inquiriste
l comienzo de este mundo y orden de las cosas,
qué se hiciera previo a tu memoria en el principio,
fin que la posteridad, por ti informada,
ueda conocerlo. Si algo más te incumbe,
ue no exceda la mesura humana, dilo ahora».

Libro VIII

EL ARGUMENTO

Adán pregunta acerca de los movimientos celestiales, se le responde ambiguamente y se le exhorta a inquirir cosas más dignas de conocerse. Adán asiente y, todavía deseoso de retener a Rafael, le cuenta lo que recuerda desde su propia creación, su emplazamiento en el Paraíso, su conversación con Dios acerca de la soledad y la adecuada compañía, su primer encuentro y sus nupcias con Eva. Su coloquio seguidamente con el Ángel, que, tras repetir sus advertencias, parte de allí.

l Ángel concluyó y voz tan deliciosa
Adán dejó en los oídos, que por un rato
o creyó hablando todavía, y presto estaba aún a oírle;
uego, cual recién despierto, respondió reconocido:
Qué agradecimiento bastaría, qué compensación
odría yo ofrecerte, divinal historiador,
ue con largueza tanta has aplacado
sta sed que tuve de saber, dignándote,
ondescendiente y amistoso, a relatar
oticias insondables para mí, y que oigo así
obrecogido, mas con gozo y, como es debido,
dmirándome la gloria del altísimo
reador; persiste alguna duda, sin embargo,
ue tu sola aclaración podrá satisfacer:
l contemplar este orden bello, este mundo
ue componen Tierra y cielo, y calibrar
us magnitudes —esta Tierra, mota, grano,
tomo, si comparada con el firmamento
todas sus estrellas numerosas, que parecen orbitar
spacios impensables (porque tal indican

us distancias y su rápido retorno
iurnal) meramente para ministrar la luz
lrededor de nuestra opaca Tierra, este punto,
ía y noche (toda su admirable ronda
ıfecunda por demás)—, al meditarlo me pregunto
ómo la Natura, austera y sabia, pudo perpetrar
esproporciones tales, creando
on superflua mano tantos cuerpos nobles,
an inmensamente grandes, para este solo uso,
así parece, e imponer a sus esferas
ıcansables giros, día a día
epetidos, mientras esta Tierra sedentaria
Que podría recorrer circuito más pequeño),
or aquéllos atendida más ilustres, logra
u objetivo sin la mínima moción y obtiene,
or tributo de periplo tan enorme, hecho
incorpórea rapidez, su luz y su calor:
remura tanta que medida elude».
Esto dijo nuestro padre, y por su rostro parecía
eslizarse a intrincados pensamientos ponderosos.
partada de la vista, Eva al percibirlo,
on modestia regia y gracia que inducían
pedirle que de allí no se ausentase,
ejó el asiento y fue a sus frutos y sus flores,
ara ver si prosperaban, germinaban, florecían,
us retoños, que viéndola llegar brotaron
tocados por su afecto ya crecían más contentos.
las no partió por no agradarle
al discurso, o no ser capaz su oído
e cosas elevadas: tal placer se reservaba,
ue explicándolas Adán ella fuese sola oyente;
refería narrador a su consorte
lás que al Ángel, y preguntarle a él
maba sobre todo, pues Adán interponía
ratas digresiones, resolviendo controversias altas
on caricias conyugales: de sus labios, no palabras

e gustaban solamente. ¿Dónde ahora hallar
arejas tales, por amor unidas y mutua dignidad?
on divina galanura se alejó,
las no desatendida, pues cual reina siempre
a escoltaba procesión de Gracias atractivas,
isparando en torno a ella dardos de deseo
ojos que quisieran no dejar de verla nunca.
Rafael, pues, a la duda expuesta por Adán
enévolo y sereno, así le respondió:
«Que indagues o preguntes no te lo reprocho,
ues como el Libro del Señor el cielo es ante ti,
n que leer sus Obras milagrosas y aprender
us estaciones, horas, días, meses, años:
ara comprenderlos, ya se mueva Tierra o cielo
oco importa, si calculas bien; el resto
e hombre o Ángel hizo bien en ocultarlo
l magnífico Arquitecto, y no ofrece
us secretos al examen de ésos, que mejor
arían admirándolos; o si arriesgan
onjetura, él su urdimbre de los cielos
eja a sus disputas, pues quizá la risa
e despierten luego con sus raras opiniones
anas, cuando al fin modelen este cielo
calculen las estrellas: cómo explicarán
a forma poderosa, cómo montarán, desmontarán,
antasearán por no rendirse, y fajarán la esfera
mborronándola de ciclos y epiciclos,
éntricos y excéntricos, orbe dentro de orbe:
stas cosas las presiento ya en tu razonar,
ues, guía que serás de tu linaje, ya supones
ue los cuerpos más brillantes y mayores no tendrían
ue servir a los menores, ni girar los cielos tanto,
lientras esta Tierra bien sentada logra, sola,
odo el beneficio. Considera, pues, primero,
ue tamaño o brillo no confieren excelencia:
a Tierra, comparada con el cielo tan pequeña

apagada, puede que contenga, de concretos bienes,
lás porción que el Sol, que brilla estéril,
on virtud que en sí no tiene efecto,
ino en la Tierra fértil: sólo cuando ahí sus rayos
legan, inactivos de otro modo, su vigor ejercen.
las las esplendentes luminarias no son servidoras
e la Tierra, sino tuyas, habitante terrenal.
n cuanto al vasto círculo celeste, deja que proclame
a magnificencia del Creador, que construyó
on amplitud y prolongó su línea hasta tan lejos,
ue vea el hombre que no vive en casa propia,
dificio este exorbitante para que él lo llene,
lojado como está en este su rincón, y el resto
ecretado para usos que mejor conoce Dios.
a rapidez de tales giros atribúyela,
i bien incalculable, a su omnipotencia,
ue a substancias corporales puede conferir
spiritual premura casi. Tú por lento no me tienes,
ues partí al amanecer del Cielo,
onde Dios reside, y antes de mediarse el día
rribé al Edén, distancia inexpresable
or pensable número. Mas digo esto,
dmitiendo la moción del cielo, por mostrarte
ulo lo que a dudas te ha movido;
o es que yo tal cosa afirme, aunque así
e pueda parecer, viviendo aquí en la Tierra.
ios, para velar sus miras al sentido humano,
uso lejos los Cielos de la Tierra: la mirada terrenal,
i las presume, puede errar en cosas soberanas
in lograr ventaja alguna. ¿Qué si fuese el Sol
l centro de este mundo, y el resto de los astros,
ıcitados por su fuerza de atracción
por la propia, lo circundan con diversa danza?
e sus errancias, ahora altas, ahora bajas, luego ocultas,
rogresivas o retrógradas, o detenidas,

eis ves tú[215], pero ¿y si séptimo con ellas
l planeta Tierra, que tan fijo se diría,
ısensiblemente mueven tres mociones varias?[216]
i no, a esferas diferentes se las has de atribuir,
lovidas a la inversa con transversos ángulos;
bien al Sol ahorrarle su labor, y a la veloz
irándula, nocturna y diurnal[217], oculta,
e presume, más allá de las estrellas, rueda
e la noche y día; que no pide ser supuesta
i la Tierra, industriosa por sí misma, caza el día
n su viaje al este, y con su lado opuesto
l solar influjo encuentra noche, luminosa en tanto
u otra cara por los rayos. ¿Y si esa luz
nviada por la Tierra a través del aire vasto y claro,
uese a la terrena Luna como estrella
ue le prende el día, igual que por la noche
sta Tierra ella alumbra? Mutua, si regiones hay allí,
ampos y habitantes. Manchas tú le ves
ue son cual nubes: de las nubes, lluvia; y la lluvia
esta frutos en el suelo enmollecido, por nutrir
quien lo pueble. Y otros soles, puede,
on sus lunas subalternas, que descubras,
ransmitiendo luz viril y femenina
-Grandes sexos que este Mundo animan—,
copiada en esos orbes con algunos que allí vivan.
ues espacio tan enorme en la Natura despoblado
e alma viva, yermo y desolado,
ólo para refulgir, apenas aportando
ada orbe chispear de luz, tan lejos proyectado,
raído hasta este globo, que a ellos
es devuelve luz, es por supuesto discutible.
las sean tales cosas de este modo, o no,
a el Sol predominante allá en el cielo
n la Tierra se levante, o en el Sol la Tierra surja,
l comience su camino llameante desde el este,

) ella del oeste su silente curso siga
on inocuo paso que girando duerme
n su manso eje, mientras marcha regular
ortándote tranquila con el terso aire alrededor,
o inquietes tu pensar con recónditas cuestiones:
ueden para Dios arriba, tú a él sirve y teme.
e otras criaturas, como más le plazca,
ondequiera que emplazadas, deja que disponga:
ú disfruta de sus dones, este Paraíso
tu Eva hermosa; mas el cielo tú muy alto tienes
ara comprenderlo; humilde sabio sé:
iensa sólo lo que a ti y tu ser concierne;
tros mundos no los sueñes, ni qué criaturas
os habiten, en qué estado, condición, o grado;
ate por contento con las cosas ya explicadas,
no sólo de la Tierra, sino así del sumo Cielo».
A lo que Adán repuso, libre ya de dudas:
Bien me has satisfecho, pura
nteligencia celestial, Espíritu sereno,
escatándome de confusiones, enseñándome a vivir
e modo simple, sin perplejos pensamientos
ue interrumpan de la vida la dulzura; pues lejos
e ella ha puesto Dios toda ansiosa cuita,
rdenando no afligirnos, salvo si nosotros
a buscamos con pensar errático y nociones vanas.
las la mente y fantasía son proclives a vagar
in freno, y de su vagar no hay término;
asta que advertida o por tanteo aprende
ue no el vasto conocer de cosas
luy remotas, escondidas y sutiles, sino eso
ue delante hallamos, en la vida cotidiana,
s sabiduría principal: el resto es humo,
vacío, o ilusoria impertinencia,
en las cosas importantes, poco prácticos
os torna, inaptos, siempre inquiridores.
escendamos pues de pináculo tan alto

región más baja, para hablar de cosas útiles,
ercanas, de las que mención acaso surja
e algo que no sea impropio preguntar,
on tu permiso, y que tu sólito favor otorgue.
e he oído relatar las cosas ocurridas
revias a mí mismo: óyeme contar
li historia ahora, que quizá tú desconozcas.
el día aún no termina: hasta entonces ya ves tú
on qué excusa tan sutil intento retenerte,
ıvitándote a escuchar mi narración, que fuera
esatino, si tu réplica yo no esperase.
ues sentado aquí contigo, en el Cielo me imagino,
más dulce le resulta a mi oído tu discurso
ue los frutos de palmeras a la sed y el hambre
ue contentan, terminada la labor, a la hora
el festín: pues éstos sacian y enseguida llenan,
unque gratos, pero tus palabras, que divina gracia
olma, no traen con su dulzura saciedad».
Respondió Rafael con celestial afecto:
No torpes labios tienes, padre de los hombres,
i tampoco lengua inelocuente: Dios en ti
us dones ha vertido en abundancia,
entro y fuera, oh su imagen bella.
ables o enmudezcas, toda gracia y hermosura
e acompaña y cada frase, cada gesto crea.
de ti en los Cielos no pensamos menos
ue cual nuestro cosirviente, e inquirimos
on placer en lo que Dios reserva al hombre:
orque vemos que el Señor te honra, dando
l hombre amor igual. Prosigue entonces,
ues el día aquel sucede que estuve ausente,
onsagrado a un viaje raro y tenebroso,
ravesía muy distante, a las Puertas del Infierno.
oda la legión marchaba (tal mandato el nuestro)
ara ver que nadie, espía o enemigo,
el lugar partiera mientras Dios creaba,

ue, colérico por tan intrépida estampida,
o mezclase con creación la destrucción.
o es que aquéllos sin su venia intenten nada,
las nos manda a sus misiones eminentes
or boato, como Rey Supremo, y por habituarnos
obediencia presta. Bien hallamos, bien cerradas,
as funestas Puertas y atrancadas fuertemente;
ero oímos dentro mucho antes de llegar
uido, diferente del sonido de canción o danza,
e tormento, de lamento grande y furiosa rabia.
ontentos reascendimos a las costas de la Luz
-Así se nos mandara— antes del atardecer del Sabbath.
ero ahora, tu relato; pues escucho tus palabras,
ue me placen tanto como a ti las mías».
Esto dijo la divina Potestad; repuso nuestro padre:
Contar el hombre cómo se inició la vida humana
s bien arduo, pues ¿quién sabe su principio?
l deseo de contigo todavía conversar
le indujo. Cual recién despierto de hondo sueño,
luelle me encontré tendido entre las flores,
n balsámicos sudores, que el Sol con sus fulgores
ronto disipó, nutrido del rorante vaho.
orné enseguida al cielo atónitos mis ojos
miré un rato el amplio firmamento, hasta erguirme,
or un súbito, instintivo movimiento, con un salto,
omo si tocarlo pretendiese, y derecho estuve,
uesto en pie. Alrededor vi entonces
lonte, valle, umbríos bosques y solanas; vi
l líquido descenso de corrientes rumorosas; junto a éstas,
riaturas que vivían, pululaban, iban o volaban,
ves en las ramas gorjeando; todo sonreía,
e fragancia y dicha rebosó mi corazón.
mí me examiné yo entonces, miembro a miembro
le exploré, y anduve a ratos, y corrí también,
on cuerpo elástico, según el brío me incitase.
las quién era yo, en dónde estaba, cuál mi causa,

o ignoraba; a hablar probé y hablé al instante:
)bedeció mi lengua y enseguida nominé
as cosas que veía. «Tú Sol —dije—, bella luz,
tú alumbrada Tierra, tan alegre y fresca,
lontes, valles, pues vosotros, ríos, bosques, llanos,
vosotras vivas, pululantes, bellas criaturas:
ecidme, si sabéis, ¿dónde estoy, cómo vine?
o de mí: de algún gran Hacedor, entonces,
reeminente en el poder y la bondad;
ecidme, ¿cómo puedo conocer, loar,
ese de quien tengo vida y movimiento
por quien me siento más feliz de lo que sé.»
sí clamando, anduve sin saber adónde
esde el sitio en que absorbí el primer aliento
vi mi bella luz primera, sin tener respuesta,
en una umbrosa riba verde, rica en flores,
ensativo me senté. Allí gentil el sueño
le halló por vez primera, y con blanda dictadura
oporosos mis sentidos oprimió, sin inquietud,
unque creí volver a mi insensible estado
revio, y a punto ya de disolverme.
las de pronto, vino a mi cabeza un sueño
uya interna aparición gentil movió
creer mi fantasía que tenía aún yo el ser
aún vivía: uno vino, creo, de divina forma
dijo: «Tu mansión te aguarda, Adán, levanta,
)h Primero, de hombres incontables escogido
l Primer Padre; invocado por ti vengo, guía tuyo
l Jardín del Gozo, tu morada ya dispuesta».
ablando así, me alzó tomándome la mano
por campos y corrientes, deslizándonos
uaves sin un paso, arribamos por fin
un monte nemoroso, de alta cima y llana,
n circuito amplio, aislado, por soberbios árboles
oblado, con veredas y enramadas que apocaban
o que de esta Tierra viera ya. A cada árbol

brumaban bellos frutos, que pendían tentadores
ara el ojo y me excitaron súbito apetito, ganas
e arrancarlos y comérmelos. Allí adonde iba,
enía ante mis ojos verdadero lo que el sueño
imulara con viveza. Aquí de nuevo comenzara
li andadura, si quien me condujo
asta esta cima no surgiera de los árboles,
eífica Presencia. Exultante y temeroso
sus pies caí en adoración sumisa:
l me alzó y «Quien buscas ése soy
-Dijo dulce—, Hacedor de todo lo que ves
rriba, alrededor de ti o debajo.
ste Paraíso te lo doy: por tuyo tenlo
ara cultivarlo y mantenerlo, y comer sus frutos.
e todo árbol que prospera en el Jardín
ome libre, grato el ánimo, no temas carestía;
las del árbol cuyo efecto trae del Bien
el Mal la ciencia, que hago garantía
e tu fe y sometimiento, y pongo en medio
el Jardín junto al Árbol de la Vida,
en presente lo que digo: cuídate siquiera de probarlo,
cuida de su amarga consecuencia: pues entiende,
l día en que lo pruebes, violando mi único
landato, inevitablemente morirás:
lortal desde ese día, esta condición feliz
a perderás, de aquí arrojado a un mundo
e miseria y llanto». Pronunció severo
a inflexible prohibición, que reverbera
odavía pavorosa en mis oídos, aunque estriba en mí
l no quebrarla. Pero pronto su brillante aspecto
etornó, reanudando su designio generoso:
No este bello marco sólo, sino la Tierra toda
ti y tu raza os doy: cual Amos
oseedla, y toda cosa que halléis vivir en ella,
en los mares, o en el aire, bestia, pez y ave.
n signo de ello, cada bestia —observa— y pájaro

egún sus clases te los traigo, que reciban
e ti el nombre y lealtad te ofrezcan
on humilde sujeción; lo mismo, entiende,
los peces hace en su acuática mansión,
o llamados porque no podrían escapar
e su elemento para respirar el aire leve».
n tanto así me hablaba, cada bestia y ave
i llegar de dos en dos: éstas inclinándose
luy zalameras y los pájaros bajando al vuelo.
su paso, les di nombre y entendí
u natural, de tal conocimiento Dios dotó
li subitánea percepción: en éstos, sin embargo,
o encontré lo que creí querer aún,
a la Visión celeste le espeté atrevido:
»«¿Con qué nombre —pues superas a éstos tú
al hombre, o a cualquiera aún más grande,
trasciendes mi nombrar—, cómo puedo yo
dorarte, oh Hacedor del Universo
de todo el bien al hombre, para cuya holgura
an cumplidamente y con mano liberal
as otorgado toda cosa, aunque veo
ue no hay conmigo quien comparta? Solo,
Qué ventura tengo, quién disfruta en soledad
disfrutando todo, qué contento tiene?».
o así, presuntuoso; y la Visión brillante,
ual si más brillase sonriendo, respondió:
»«¿A qué llamas soledad? ¿No ves la Tierra
lena de vivientes y variadas criaturas, y los aires
aturados, seres todos que a tus órdenes
cuden a jugar en tu presencia? ¿No conoces tú
u lengua y hábitos? También conocen ellos
razonan fértilmente. Halla pues en ellos
asatiempo y reina bien: tu reino es grande».
sí lo declaró el Señor Universal, y pareció
sí ordenarlo. Implorando yo permiso para hablar
con humilde ruego, así le repliqué:

»«No te ofendan mis palabras, Celestial Poder,
li Autor, oh sé propicio mientras hablo.
No me has hecho aquí tu substituto
formado éstos inferiores a mi estado?
ntre desiguales ¿qué adecuada sociedad
xistirá, qué armonía o qué deleite genuino?
ues éste ha de ser recíproco, en proporción debida
ado y recibido; pero en la disparidad,
ıtenso el uno, aún remiso el otro,
o podrán acomodarse y pronto han de probarse
or igual tediosos. Hablo yo de compañía
al cual la querría, apta para compartir
ompleto el racional deleite, en lo que el bruto
el humano no es consorte. Gozan ellos
ada uno con su doble: el león, pues la leona;
n parejas tan cabales los combinas.
las si pájaro con bestia, pez con ave,
o conversan, ni tampoco el mono con el buey,
lenos todavía pueden hombre y animal».
Y el Todopoderoso respondió, no descontento:
«Una cálida y sutil felicidad, advierto,
ara ti sugieres en lo que hace a la elección
e tus amigos y no probarás, Adán,
lacer, aun no faltándote, si solitario.
Qué piensas, pues, de mí y de este estado mío?
Te parezco en suficiente posesión
e dicha, o no? Yo, solo como estoy
or toda eternidad, pues no conozco a nadie
ue sea mi segundo o semejante, menos aún mi igual.
Con quién habré de conversar pues yo,
ino con criaturas que yo he hecho, a mí
ıferiores infinitos escalones por debajo
e lo que otras criaturas son respecto a ti?».
»Cesó; humilde respondí: «Para alcanzar
a altura y la profundidad de las eternas sendas
ɔda humana mente desfallece, oh Supremo.

erfecto eres tú en ti mismo, y en ti
o existe deficiencia; no así es el hombre,
rado a grado crece, lo que es causa del deseo
e curarse —departiendo con iguales—
alegrarse las carencias. Tú no necesitas
ropagarte, siendo ya infinito como eres
absoluto en todo número, aunque Uno;
las el hombre manifiesta por el número
u individual imperfección, y engendra
tros a él iguales, su multiplicada imagen,
efectuosa en la unidad, lo que requiere
lutuo amor y profundísima amistad.
ú en tu misterio, aunque estés en soledad,
ienes en ti mismo insuperable compañía
no buscas otra relación; mas, si te place,
uedes elevar tu criatura a la altura que desees
e unión o comunión, deificándola.
o por mero conversar no puedo alzar
éstos de su estado, ni tener contento en su tenor».
udaz, hablé así, usando la otorgada
ibertad, y hallé favor, que me ganó
sta réplica de la clemente Voz Divina:
»«Probarte, Adán, hasta ahora me ha placido
te hallo sabedor no sólo de las bestias,
ue nombraste bien, sino también de ti,
ues manifiestas el espíritu que es libre en tu interior,
li imagen, no impartida al bruto,
uya compañía es para ti por ello inapta;
uena tu razón, que de este modo, libre, la rechaza:
iensa siempre así. Mas antes de que hablases
a sabía yo que soledad no es para el hombre,
no es esta compañía que hoy has visto
a que tienes destinada; por probarte la he traído,
ara ver si juzgarías de lo apto y lo oportuno.
o que traiga luego ha de gustarte, ciertamente,
emejanza tuya, tu apta ayuda, tu otro yo,

u deseo, de tu corazón exacto anhelo».
»Cesó, o quizá no oí yo más, ya que ahora,
or su Celestial mi terrenal vencido[218],
ue bregase tanto desde abajo hacia su altura
n aquel sublime parlamento empíreo
omo con objeto que supera su sentido,
eslumbrado y roto, se hundió buscando sueño
onfortante, que al instante me asaltó, llamado
ara alivio por Natura, y cerré mis ojos.
lis ojos él cerró, dejando abierta la celdilla
e la fantasía, mi visión interna, con la que aquellado
omo en trance creí, durmiendo, que veía,
llí donde yacía, y vi la forma
ún gloriosa, ante la cual me alcé despierto,
ue, inclinándose, me abrió el costado izquierdo
tomó costilla de él, caliente de cordiales hálitos
efundiendo sangre viva. Ancha fue la herida,
ero pronto se curó llenándose de carne nueva.
a costilla modeló él con propias manos:
e sus manos formadoras una criatura vi surgir,
l hombre parecida, de otro sexo, tan hermosa
ue lo hermoso de este mundo parecía ahora
liserable, o resumido en ella, en ella contenido
su figura, que ya desde ese instante me infundió
n el ánimo dulzor, desconocido antes,
que a toda cosa le inspiraba, con su gracia,
l espíritu de amor y de amorosa dicha.
e esfumó ella, me dejó a oscuras, caminé
or encontrarla, o para siempre lamentar
u pérdida y demás placeres abjurarlos todos[219];
uando, ya sin esperanza, la vi no lejos,
al como la viera yo en mi sueño, adornándola
quello que la Tierra toda o Cielo daban
or hacerla más preciosa: ella vino,
a guiaba su celeste Autor, aunque invisible,

levándola su Voz, no inculta
n los ritos maritales y la santidad nupcial:
racia poseía en cada paso, cielo su mirar,
n cada gesto dignidad y amor había.
xultante e incapaz de contenerme, dije fuerte:
»«Esto sí me restablece, has cumplido
u palabra, Creador benigno y generoso,
onador de cosas bellas y, aunque éste es el más bello
e tus dones, no me lo rehúsas. Veo ahora,
ueso de mi hueso, carne de mi carne, a mi ser
nte mí: su nombre sea mujer, del hombre
xtraída; por su causa dejará él
padre y madre para unirse a ella,
serán la misma carne, alma, corazón».
»Ella oyó mis efusiones y, si bien divina,
u inocencia y virginal modestia,
u virtud y la consciencia de su mérito,
ue requería galanteo, no indolente entrega,
ue no imprudente, no atrevida, reservada era,
anto más deseable, o por decirlo todo,
a Natura misma, aunque pura de inmoral idea,
a movía de tal forma que al verme se tornó.
a seguí: sabía ella ya lo que es honor
con atenta majestad dio a mis súplicas
u aquiescencia. Al tálamo nupcial,
rrebolada como el alba, la guié: el cielo entero,
as constelaciones faustas del momento,
erramaron su mejor influjo; dio la tierra
igno de alegría y todas las montañas;
úbilo las aves; brisas frescas y suaves vientos
usurraban en los bosques, y sus alas
os traían rosas, los aromas de fragantes matas,
uguetonas, hasta que el pájaro amoroso de la noche[220],
ntonó el epitalamio, urgiendo al astro vespertino,
n su cima montañosa, por prender la lámpara nupcial.

e hecho así el relato de mi estado, prolongando
sta historia mía hasta el colmo de terrestre dicha
ue disfruto, y debo confesar que encuentro
n todo lo demás deleite cierto, mas
o guste o no, no incita en mi mente cambio
i deseo pasional; de goces tales hablo
omo gusto, vista, olor, las plantas, frutos, flores,
os paseos y la melodía de las aves. Mas aquí
s todo muy distinto: arrobado observo,
rrobado toco: aquí pasión sentí por vez primera,
ara conmoción —en todo el resto de los gozos
mutable y superior—, frágil sólo aquí
ontra el potente guiño de la mágica belleza.
falló Natura en mí, dejando alguna parte
capaz de resistirse a tal objeto,
al tomar de mi costado, extirpó, acaso,
lás de lo debido; cuando menos puso en ella
lucho adorno, la apariencia externa
luy elaborada, la interior no tan perfecta.
ien entiendo que, según el principal designio
e Natura, ella es la inferior en mente
talentos interiores, que destacan sobre todo;
también en lo exterior, al parecerse menos
la imagen de ese que a los dos nos hizo,
xpresando menos el carácter de dominio
obre otras criaturas. Pero, cuando me aproximo
su hermosura, tan perfecta me parece
en sí misma tan completa, conocerse
an a fondo, que lo que desea o dice
le parece lo más sabio, virtuoso, más discreto, lo mejor.
oda ciencia superior en su presencia cae
egradada; la sabiduría en diálogo con ella
ierde, trastornada, y se vuelve tontería;
a razón y autoridad la sirven,
ual si fuese la primera, no creada luego,
ontingente; y por consumarlo todo

a grandeza de la mente y la nobleza su sitial
rigen en primores de ella y la nimban
on temor sagrado, cual guardián angélico».
lo que el Ángel, con fruncido ceño:
«No acuses a Natura: ella ha hecho su trabajo;
az el tuyo tú y no desconfíes tanto
el saber, que no te desampara, si tú
o lo abandonas cuando más lo necesitas cerca,
nsalzando demasiado cosas que resultan
lenos excelentes, como tú percibes.
ues ¿qué admiras, qué te arroba de este modo?
Cosa externa? Bella, no lo dudo, y muy digna
e tu afecto, tu homenaje y aun tu amor,
o tu sujeción: compárate con ella
calibra luego: a menudo nada vale más
ue la autoestima, bien llevada, bien fundada
n lo justo y recto. Cuanto más experto aquí,
lás te aceptará por su cabeza ella
a las realidades rendirá sus apariencias:
dornada así por darte más deleite;
obrecogedora, para que ames con honor
tu consorte, que ve cuando menos sabio se te ve.
ero, si el sentido táctil por el que la humanidad
e multiplica puede parecer deleite superior
todo el resto, piénsalo asimismo conferido
l ganado y cada bestia: no sería para ellas
osa tan común y divulgada, si tuviese
lgo digno su disfrute de imponerse
l espíritu del hombre, o de mover en él pasión.
o eminente que en su compañía halles
tractivo, racional, humano, ámalo por siempre,
ues amándolo haces bien; no así con la pasión,
n la que no consiste el verdadero amor: refina
l amor la mente, engrandece el corazón,
iene asiento en la razón y es ponderado,
s la escala por la que subir a amor celeste,

o caer en el placer carnal, razón de que
ntre bestias no encontrases tú pareja».
A lo que casi avergonzado, Adán repuso:
Ni su exterior tan bello, ni otra cosa
e la procreación, común a toda especie
Aunque mucho más excelso el lecho conyugal,
on misteriosa reverencia, yo lo estimo)
le deleita tanto, como esos actos oportunos,
sas mil delicadezas que día a día fluyen
e sus hechos, sus palabras, llenas de amor
dulce acuerdo, que declara no fingida unión
e mente, o un alma sola en ambos:
rmonía más encantadora en pareja maridada
ue el sonido melodioso lo es para el oído.
stos, sin embargo, no esclavizan; te revelo
o que siento dentro, no por ello dominado:
o, que topo con objetos varios que me muestran
os sentidos variamente, pero, libre siempre,
o mejor apruebo y lo que apruebo sigo.
mar no me reprochas; pues amar, afirmas,
leva al Cielo, a la vez camino y guía;
é paciente pues conmigo, si pregunto lícito:
No aman los Espíritus celestes? ¿Cómo expresan
se amor, con sus miradas solamente
mezclando su fulgor, virtual contacto o inmediato?».
A lo que el Ángel, con sonrisa que vertía
elestial rubor, de amor el tono propio,
epuso: «Bástete sabernos venturosos
en ausencia del amor no existe dicha.
o que tú de puro en el cuerpo gozas
creado puro fuiste) lo gozamos los Espíritus
n eminencia, sin obstáculo ninguno
e membrana, miembro o hueso, excluyentes trabas:
lás que el aire con el aire, si los Ángeles se abrazan,
e fusionan por completo, uniéndose pureza
lo puro que desea; no requieren medio restringido,

omo carne que con carne se combine, o alma y alma.
lás no puedo ahora; el Sol, que parte más allá
el verde Cabo de la Tierra e islas verdecientes[221],
éspero[222] se pone señalando mi partida.
é feliz, sé fuerte, ama, y sobre todo
aquel a quien amar es someterse, y guarda
u precepto grande; cuida que pasión a juicio
o le imponga un acto que tu libre voluntad
echazaría: la fortuna o infortunio
uya y de tus hijos en ti yace: ¡cuida!
n tu perseverancia yo me gozaré
todos los Benditos. Tente firme, pues tenerse
caer reposa sólo en tu libre arbitrio.
erfecto dentro, no demandes patrocinio externo;
repele toda tentación de transgredir».
Hablando así, se levantó; siguiole Adán,
on bendiciones. «Puesto que ya partes,
e, celeste huésped, mensajero etéreo,
nviado por el Bien Supremo que yo adoro.
rata para mí y afable ha sido
u condescendencia, que honraré por siempre
on recuerdo agradecido: tú a la humanidad
é siempre favorable y vuelve con frecuencia.»
sí se separaron, hacia el Cielo el Ángel
esde la espesa umbría; Adán a su cobijo.



Libro IX

EL ARGUMENTO

Tras rodear la Tierra y meditar su argucia, Satán retorna como una niebla nocturna al Paraíso y penetra en la dormida serpiente. Por la mañana, Adán y Eva parten a sus labores, que Eva propone repartir entre distintos lugares y trabajar separadamente. Adán no está de acuerdo y alega el peligro de que ese enemigo sobre el que se les ha advertido tiente a Eva hallándola sola. Eva, resistiéndose a que no se la considere lo bastante firme o circunspecta, se obstina en ir sola, más deseosa todavía de poner a prueba su propia fuerza. Adán acaba por ceder. La Serpiente la encuentra sola: su sutil aproximación, primero observando, hablando luego y, con mucha zarracatería, adulando a Eva por encima de todo el resto de las criaturas. Eva, asombrándose al oír hablar a la Serpiente, le pregunta cómo ha accedido al lenguaje humano y semejante entendimiento, de los que careciera hasta entonces. La Serpiente responde que al probar de cierto árbol del Jardín obtuvo tanto el lenguaje como la razón, que le faltaran antes. Eva le pide que la conduzca a ese árbol y descubre que se trata del prohibido Árbol de la Ciencia. La Serpiente, más atrevida ya, con mucha astucia y palabrería acaba por inducirla a comer de él. Eva, a la que agrada el sabor, delibera un rato sobre si darle de él a Adán o no; por fin, le lleva el fruto y le cuenta qué la persuadió a comer de él. Adán, perplejo al principio pero viéndola perdida, decide perecer con ella por la vehemencia de su amor y, subestimando la transgresión, come también del fruto. Los efectos en ambos. Tratan de cubrir su desnudez; luego caen en la disputa y en recíprocas acusaciones.

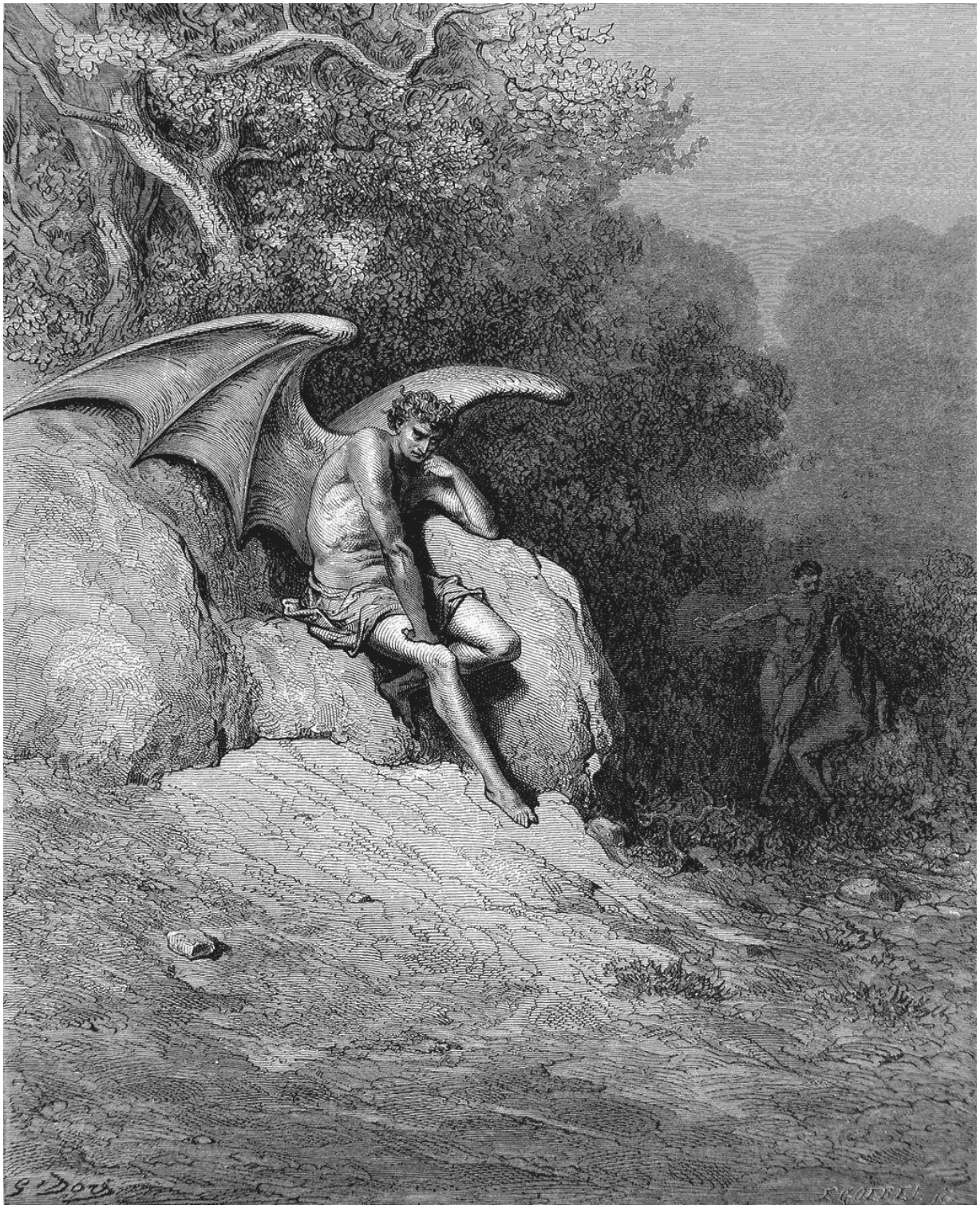
o más charla en que Dios o Ángel convidado,
omo amigo con amigo, familiares se sentaban
on el hombre, indulgentes, compartiendo
ústico festín y permitiéndole entre tanto
arla leve y excusable. Trágicas serán las notas
ue ahora evoque: sórdido recelo y desleal
uptura por la parte humana, rebelión

inobediencia; por la parte de los Cielos,
hora extraños, lejanía y desafecto,
a y justa represión, y juicio pronunciado
ue a este mundo trajo un mundo de dolor,
ecado y Muerte, sombra de éste, y miseria,
e la Muerte heraldo. Triste empresa, mas cuestión
o menos sino más heroica que la cólera
el hosco Aquiles, persiguiendo a su rival
res veces fugitivo en torno al murallón de Troya[223];
la rabia en Turno por Lavinia[224] descasada,
la ira de Neptuno[225], o bien de Juno, que sumió
l griego en desconcierto y al hijo de Afrodita,
i un estilo pertinente puedo conseguir
e mi patrona celestial[226], que me dispensa
suplicada su noctivaga visita
me dicta mientras duermo, o me inspira
úctil mi espontáneo verso. Pues éste es tema
ue, ya desde hace tiempo, para canto heroico
le sedujo, aunque tarde lo he empezado,
o proclive por naturaleza a escribir
e guerras, hasta ahora única temática
enida por heroica, cuyo arte está en diseccionar,
on largo y aburrido estrago, a caballeros de leyenda
n batallas de ficción —mas noble fortaleza,
a paciencia y el martirio heroico, queda
or cantar— o describir carreras y otros juegos,
aparejos de combate, escudos blasonados,
istintivos ocurrentes, y gualdrapas y corceles,
scarcelas y fantásticos jaeces, formidables caballeros
n torneos, justas; y después, hierático festín
ervido en sala grande, con criados, senescales:
laña esta artificiosa o mediocre oficio,
o el que otorga con justicia nombre heroico
l poema o la persona. A mí, en éstos
oco diestro e ignorante, tema más excelso

e me ofrece, suficiente por sí mismo para alzar
al nombre, a menos que este siglo rezagado,
río clima o quizá los años frustren el ascenso
ue pretendo; y bien podrían, si esta obra fuese mía,
o de aquella que la trae cada noche a mis oídos.
El Sol se había puesto y tras él el astro
éspero, que porta —tal su oficio—
l crepúsculo a la Tierra, breve árbitro
ntre el día y noche; y de fin a fin ahora
l nocturno hemisferio al horizonte curvo entunicaba.
atán entonces, que escapara hacía poco
e Gabriel, amenazante, partiendo del Edén,
ras ahondar en la malicia y fraude, obcecado
n la destrucción del hombre, a pesar
e lo que en él pudiera recaer, volvió sin miedo.
e noche huyó y a medianoche retornó
ras rodear la Tierra, frente al día cauteloso,
ues Uriel, del Sol Regente, percibió
u entrada y advirtió a los Querubines
ue montaban guardia; de allí expelido
on zozobra, siete noches sucesivas cabalgó
a oscuridad, tres veces la línea equinoccial
ircunvaló, cuatro cruza el carro de la Noche,
e polo a polo, atravesando los coluros;
la octava retornó y, en la orilla adversa
la entrada que guardaban los Querubes, encontró
urtivo insospechada senda. Un lugar había,
hora no (y no el tiempo: el pecado trajo el cambio),
onde el Tigris, a los pies del Paraíso,
e sumía subterráneo en una sima, para alzarse
n parte como fuente junto al Árbol de la Vida.
on el río se sumió y con él se levantó
atán, envuelto en escalante niebla; busca luego
ónde estar oculto. Ya explorara mar y tierra



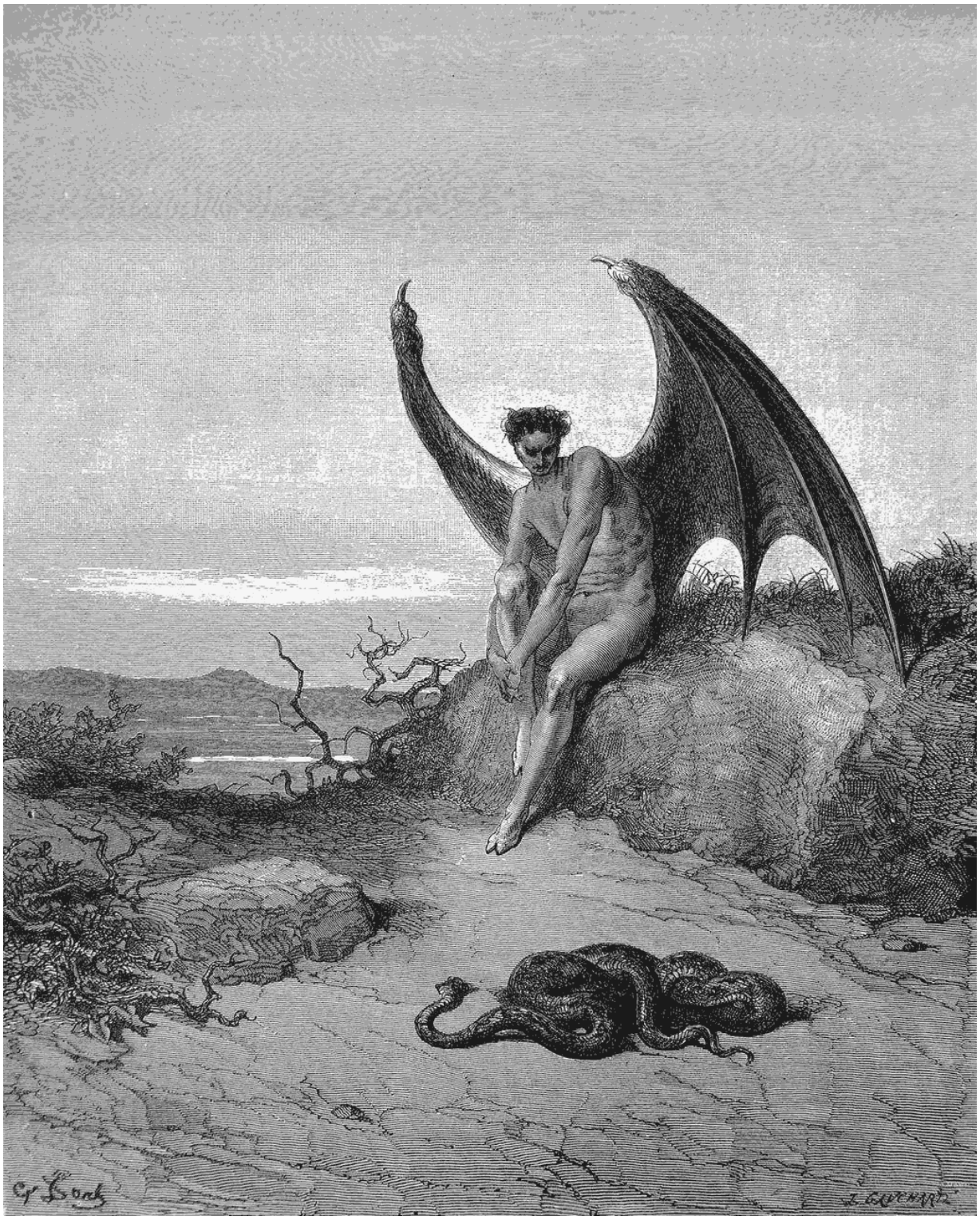
esde el Edén al Ponto, y desde el lago
e Meotis hasta más allá del río Ob;
la Antártica bajara incluso y, en largor,
esde el Orontes al oeste hasta el piélago
ue Darién obstruye, y de allí al país del Ganges
del Indo[227]: de este modo el orbe recorrió
uscando minucioso, y con hondo examen
ada criatura sopesó: de todas ellas
uál más oportuna a su artimaña, hallando
a serpiente la alimaña más sutil del campo.
ésta tras debate largo e indeciso cavilar,
u último dictamen escogió por apto
ecipiente, el trasgo fraudulento más idóneo
n quien entrar, donde ocultar sus negras sugestiones
e la vista más aguda: pues en la artera sierpe
adie notaría suspicaz doblez alguna, que parece
roceder de su natal ingenio y sutileza,
osa que observada en otras bestias
lovería dudas de diabólico poder
ctivo en ellas más allá del animal sentido.
sí lo decidió, mas antes reventó
e puro sufrimiento su pasión en estos lloros:
«Oh Tierra, qué conforme al Cielo, si no incluso
referible, digna sede de Deidades, pues formada
on segundos pensamientos, por reforma de lo viejo.



ues ¿qué Dios, tras lo mejor, haría lo peor?
ielo terrenal, en medio de la danza de otros cielos
ue fulguran, pero portan sus atentas lámparas brillantes,
uces sobre luces, por ti sola, tal parece,
onfluyendo en ti sus hermosos rayos todos
e sagrado influjo. Si en los Cielos Dios
s Centro, mas se extiende a todo; centro tú también,
e todos esos orbes tomas: pues en ti,
o en sí mismos, toda su virtud se muestra,
roduciendo yerba, planta, y más noble gestación
e criaturas animadas, con su vida gradual:
recer, sentido, raciocinio, todo resumido en hombre.
on qué deleite yo te habría recorrido
i deleite aún pudiera hallar, dulce cambio
e montaña y valle, ríos, bosques y llanuras,
hora tierra, mar ahora, costas coronadas de forestas,
ocas, antros, cuevas; pero yo en ninguna de éstas
allo sitio ni refugio y, cuantos más placeres
eo en torno, más percibo en mi interior
ormento, cual de un odioso asedio
e contrarios; todo bien se torna en mí
eneno, y en el Cielo índole aún peor tendría.
las no aquí pretendo, ni tampoco en el Empíreo,
abitar, a menos que domine al celestial Supremo;
no abrigo la esperanza de librarme de desdichas
on mi intento, sino hacer a otros desdichados
ual yo mismo, aunque males aún peores sufra de ello.
ues sólo destruyendo hallo alivio
mis crudos pensamientos; y destruido él,
a eso seducido que su pérdida completa obre,
se para quien fue hecho todo esto, todo esto pronto
eguirá, ya que a él está ligado en dicha o infortunio.
nfortunio, pues, y que la destrucción sea vasta:
ara mí la gloria sola, entre todos los Poderes

ıfernales, de frustrar en un día solamente
ɔ que el supuesto Omnipotente seis jornadas
e entretuvo haciendo, y quién sabe cuánto más
asó forjando antes, aunque acaso no preceda
u proyecto a la sola noche en que libré
e servidumbre ignominiosa a casi la mitad
el Nombre Angélico, dejando flaca la legión
e sus devotos: él para vengarse
reponer sus números así menguados
-Ya fallase ahora su virtud, gastada antiguamente,
ara crear más Ángeles, si fueron cuando menos
)bra suya—, o por torturamos más aún,
ecidió implantar en nuestro espacio
na criatura que formó con tierra, y otorgarle,
xaltada de un origen tan abyecto,
elestiales hurtos, hurtos nuestros. Decretándolo,
ɔ hizo; al hombre hizo, y por él creó
lagnífico este mundo, con la Tierra por su asiento,
roclamándolo Señor y, ¡oh indecencia!
ometiendo a su servicio el ala angélica
flamígeros ministros que custodien, cuiden
l terroso tutelado. De éstos temo vigilancia
por eludirla, de este modo envuelto en niebla
vapor de medianoche fluyo oscuro, escrutando
ada arbusto, helecho, donde acaso encuentre,
ormitando, a la serpiente, en cuyo dédalo de anillos
)cultarme y a mi negra empresa dar efecto.
Oh inmundo abatimiento! Yo, que contendía
on los Dioses por sentarme más arriba, reducido
hora a bestia y con el légamo bestial mezclado,
ncarnar y embrutecer mi propia esencia,
¡ue a la cumbre aspiró de la Deidad;
las la ambición y la venganza ¿a qué no
aerán? Quien tanto aspira debe rebajarse
uanto quiso alzarse, antes o después sujeto
cosas despreciables. La venganza, si primero dulce,

ronto sobre sí amarga retrocede;
Sea! Qué me importa, si hace blanco
-Ya que fallo apuntando alto— en ese que después
a envidia me provoca, este nuevo favorito de los Cielos
sta arcilla hecha hombre, hijo del desprecio,
ue por despreciarnos más alzó del polvo
u Creador: odio, pues, mejor al odio paga».
Hablando así, reptando por las matas,
úmedas o secas, como negra niebla, prosiguió
u búsqueda nocturna por hallar más pronto
a serpiente. La encontró por fin en sueño hondo,
aberinto ensortijado de incontables vueltas,
u cabeza en niebla, bien nutrida de sutiles mañas;
o aún en hórrido sombraje, o antro lóbrego,
o nocente todavía: en la yerba dormitaba
in temor y no temida. Por su boca entró



l Demonio y poseyendo su brutal sentido
n cabeza o corazón nada tarda en inspirarle
cto inteligente. Mas su sueño no turbó,
guardando oculto que llegase la mañana.
hora, cuando Luz sagrada comenzaba a alborecer
n el Edén, tocando húmedas las flores, que exhalaban
latinal incienso; cuando toda cosa que respira,
esde el gran altar terrestre, elevaba loa silenciosa
l Creador, colmando sus sentidos
e perfumes gratos, emergió el humano par
su vocal adoración al coro unió de criaturas
altas de la voz; disfrutan, hecho esto,
a mañana, su primicia de dulcísimos aromas, brisas;
uego tratan de qué modo ese día dedicarse
sus quehaceres en aumento, pues abruman
a las manos encargadas de Jardín tan grande.
primero dice Eva a su consorte:
«Adán, por más que trabajemos sin cesar
n el Jardín, cuidando siempre cada planta, yerba, flor,
rato afán que compartimos, hasta que más manos
os ayuden, la tarea encomendada crece,
xuberante por carencia. Lo frondoso que de día
odrigamos o podamos, una noche tarda o dos
u medra caprichosa en traicionarnos,
nclinado a selva. Da consejo, pues, ahora
los planes que conciba yo primero escucha:
ividamos las labores; ve tú a donde el gusto
e conduzca o al lugar que más lo pida,
a a empergolar la madreselva, o darle vía
la ambiciosa yedra; yo entre tanto,
n el brote aquel de rosas entre mirtos
allaré qué componer hasta empezar la tarde;
ues si tan cerca uno de otro todo el día
isponemos el trabajo, no es extraño que tan cerca

e interpongan las miradas, las sonrisas, nuevo objeto
os incite a coloquio inopinado, que interrumpe
a tarea, así precaria, aunque empezada
ronto, y la hora de la cena llega inmerecida».
A lo que dócil réplica Adán le dio:
Eva única, amiga sola, por encima para mí
e toda criatura viva, tan amadas,
ien propones, bien se emplean tus ideas
n el modo de cumplir mejor el quehacer que aquí
l Señor nos encomienda: no te niegue yo
l aplauso, pues no hay cosa más cordial
n la mujer que el buen cuidado del hogar
buenas obras inspirarle a su consorte.
ero no tarea tan estricta Dios impone
ue debamos prescindir, si necesario,
el refresco, ya alimento, ya el coloquio,
e la mente el alimento, o este dulce canje
e miradas y sonrisas, pues sonríe la razón
no lo puede el bruto, y es pábulo de amor,
ue no es el fin más bajo de la vida humana.
ues no para el incómodo trabajo, sino el goce
l nos hizo, y el deleite a la razón unido.
stas sendas y enramadas, nuestras solas manos,
o lo dudes, prevendrán de ensilvecerse
amplias mantendrán hasta que manos juveniles
leguen pronto como ayuda; mas si mucha charla
e molesta, a corta ausencia puedo yo rendirme;
ues soledad a veces es suprema compañía
retiro corto a dulcísimo retorno incita.
ero otra duda me posee, que de mí apartada
año alguno tengas; pues conoces
a advertencia, qué enemigo malicioso,
nvidiando nuestra dicha, por la que él perdió
tormentado, busca hacernos daño, rebajarnos,
on artero asalto. Y en algún lugar bien cerca
cecha, no hay duda, ávido por encontrar

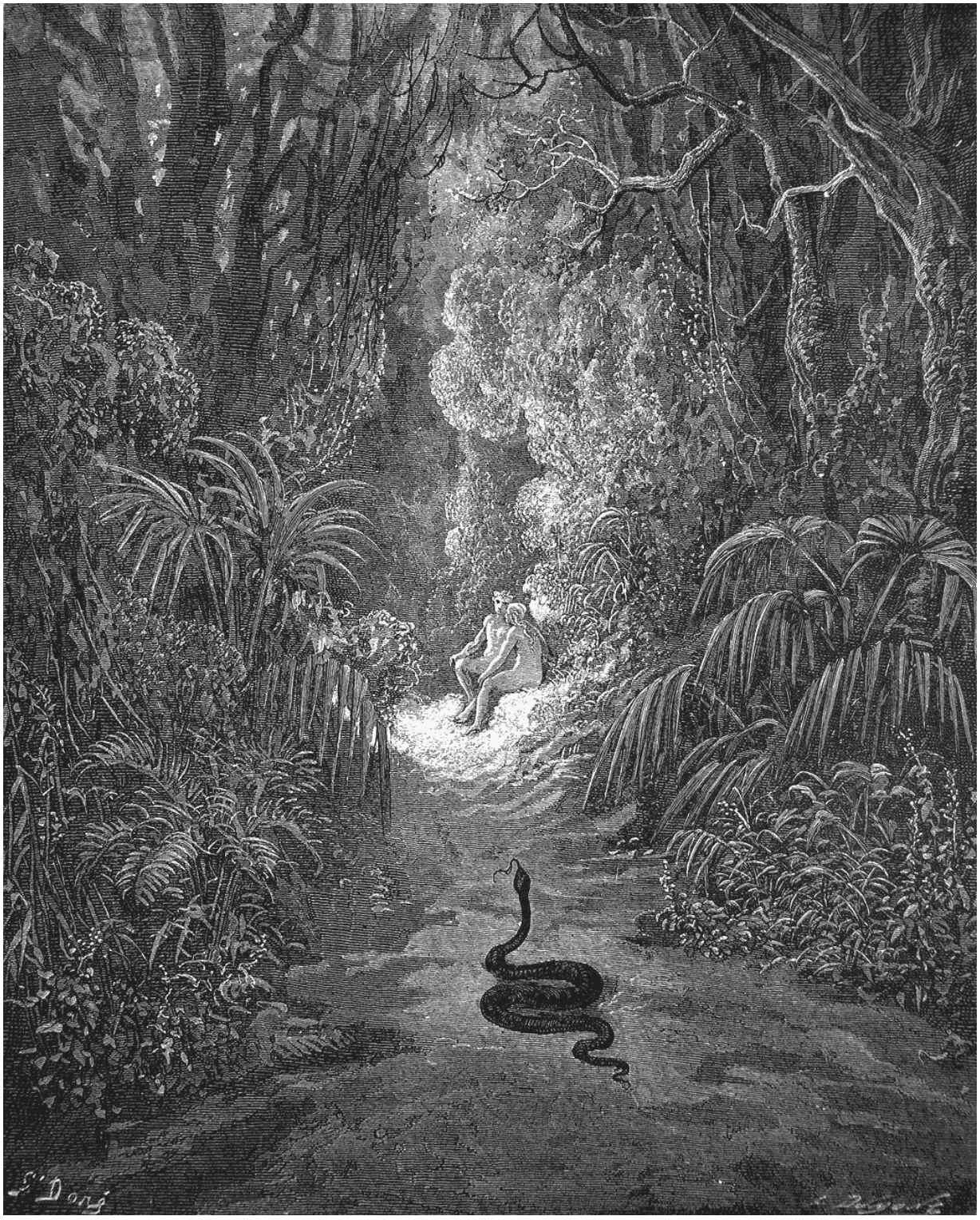
u instante y su ventaja, viéndonos aparte,
ues unidos cómo habría de engañarnos,
i inmediata ayuda presta uno a otro al requerirlo.
a sea su primer designio cercenar
uestra lealtad a Dios, o lesionar
l amor que nos tenemos y que acaso excita
lás su envidia que cualquier deleite que gozamos,
ea esto o cosa aún peor, no dejes el leal costado
ue te dio tu ser, te escuda todavía y te protege.
uando acechan el peligro o la deshonra, la mujer
stá mejor y más segura junto al hombre,
ue la guarda, o bien con ella lo peor aguanta».
A quien la virgen majestad de Eva,
omo quien amando topa con inconveniencia,
espondió con dulce compostura austera:
«Vastago de Cielo y Tierra, de la Tierra toda Dueño,
ue enemigo tal tenemos, empeñado
n nuestra ruina, no por ti lo sé únicamente:
ambién al Ángel al partir lo oí de lejos,
esde el rincón en sombras donde estaba
usto al retornar, cerrándose las flores vespertinas.
las que tú por ello de mi fortaleza dudes,
li adhesión a Dios o a ti, teniendo un enemigo
ue acaso me tentase, no esperaba oírlo.
u violencia no la temes, siendo así que,
ıcapaces ambos de la muerte o el dolor,
odemos no acogerla o repelerla.
us engaños temes pues, lo que indica claramente
u temor parejo de que mi firmeza fiel y amor
u fraude pueda seducirlos o hacerlos vacilar:
Cómo habitan tales pensamientos en tu pecho, Adán,
or qué esta desconfianza de quien tanto estimas?».
Con palabras temperantes Adán le respondió:
Hija del Señor y el hombre, Eva imperecible,
ues tal eres, libre de pecado y culpa:
o por desconfianza intento disuadirte

e que no te alejes, sino por evitar incluso
l intento mismo, lo que el enemigo se ha propuesto.
ues quien tienta, aunque en vano, cuando menos
l tentado con odioso deshonor salpica, suponiendo
orruptible su lealtad y vulnerable él
tentación. Tú misma con desprecio
ira escucharías la propuesta infamia,
unque resultase inútil; no desdeñes pues
ue intente conjurar ofensa semejante
l estar tú sola, cosa que a los dos al tiempo,
unque audaz, el enemigo no la intentaría,
intentándola, primero en mí su ataque recaería.
ampoco subestimes su malicia y falsas mañas,
ues ha de ser sutil quien pudo embelesar
tanto Ángel, y no tengas por trivial la ayuda ajena.
or influjo tuyo al verte logro yo
ıcremento en mis virtudes, en presencia tuya
oy más sabio, más atento, fuerte, si es precisa
uerza externa; mientras la vergüenza, estando tú,
ergüenza de que me venciese o subyugase,
lzaría en mí vigor supremo, en ambos lo alzaría.
Por qué no sentirías dentro tú lo mismo,
o presente, y no has de ser probada junto a mí,
ues qué mejor testigo de la prueba a tu virtud?».
Esto dijo Adán, doméstico, con cariño
marital amor; mas Eva, que creyó
ubestimada su lealtad sincera,
e este modo respondió, con dulce acento:
«Si tal estado el nuestro, residir así
n angosto círculo, cercados por un enemigo,
a violento ya sutil, exentos tú y yo por separado
e defensa equiparable, allí donde nos halle,
Qué felicidad es ésta, siempre con temor de daño?
las el daño al pecado no precede: sólo el enemigo,
l tentarnos, nos insulta con su indigna estima
e la integridad que es tuya y mía: su indigna estima

o nos mancha de deshonra, sino torna indigna
ontra él mismo; siendo así ¿por qué evitarlo,
qué temerlo, cuando doble honor ganamos
emostrando falso su supuesto, paz hallamos dentro
el favor del Cielo, que es testigo del evento?
Y qué son fe, amor, virtud, sin prueba
n solitario, sin ayuda externa que sostenga?
o pensemos, pues, que este estado venturoso
o dejó tan imperfecto el Hacedor universal
ue sea inseguro, separados o en unión.
rágil nuestra dicha, si esto fuera así,
Edén no fuera Edén, si tan desamparado».
A lo que Adán, ferviente, replicó:
Oh mujer, mejor las cosas cual la Voluntad
e Dios las ordenó; su mano creadora
ada deficiente o imperfecto nos dejó
e todo lo creado, menos todavía el hombre
algo que pudiera asegurar su estado venturoso,
segurarlo contra fuerza externa; dentro de él
l riesgo yace, pero yace en su poder:
n contra de su voluntad no puede ser dañado.
las libre Dios dejó la voluntad; lo que obedece
a razón es libre, y la razón la hizo recta;
las le ordena vigilar y siempre estar derecha,
ue admirada por un bien hermoso y aparente
o disponga en falso y a la voluntad confunda
ara hacer lo que el Señor prohibió patente.
o pues desconfianza, sino tierno amor prescribe
ue te cuide habitualmente y que tú me guardes.
irmes subsistimos, aunque es posible vacilar
ues no imposiblemente la razón acaso encuentre
n objeto traicionero por el enemigo sobornado
se hunda descuidada en el engaño
o observando estricta guardia, como fue advertida.
o busques pues la tentación, que fuera preferible
vitar y que mejor evitarías si de mí

o te alejaras: pruebas llegarán sin ser buscadas.
Aquilatar querrías tu constancia?, prueba
ntes tu obediencia; la otra ¿quién podrá saberla,
o mirándote tentada?, ¿quién será testigo?
las si crees que prueba no buscada puede hallarnos
lás seguros de lo que pareces advertida,
e, pues quedándote forzada más te ausentas;
e en tu inocencia innata, cuenta
on lo que posees de virtud, invócalo completo:
ios en ti su parte ha hecho; haz la tuya tú».
Esto el Patriarca Primordial; mas Eva persistió,
i bien sumisa, y repuso perentoria:
«Con permiso tuyo, pues, y así advertida
or lo que tus últimas palabras, sobre todo, rozan sólo,
ue la prueba, cuando menos perseguida
uede acaso hallarnos mucho menos listos,
oy más decidida, y no espero demasiado
ue enemigo tan altivo busque antes al más débil;
i eso hiciera, más vergüenza habría en su fracaso».
ablando así, su mano de la mano marital
uavemente quita y como ninfa nemorosa,
ríade u Oréade, o del séquito de Delia[228],
los bosques fue, mas a Delia misma
uperaba en porte y en divina compostura,
unque no de aljaba y arco como ella armada,
ino de aparejos jardineros que arte rudo todavía,
o culpable aún de fuego[229], hiciera, o Ángeles trajeran.
Pales o a Pomona, así adornada,
lás se parecía; a Pomona cuando huía
e Vertumno; o a Ceres en su albor,
irgen aún de Proserpina[230], que de Jove tuvo.
argo rato Adán con ojos ardorosos la siguió
ncantado, anhelando incluso más que se quedase.
o dejó de repetirle que volviese pronto
ella, tantas veces cuantas él, le prometió

ue al mediodía estaría nuevamente en el refugio,
odo bien dispuesto para estímulo
el meridiano ágape, o de la siesta al resistero.
Oh qué errada, qué engañada, triste Eva,
igurando tu retorno! ¡Execrable evento!
unca tú desde esa hora en el Jardín
allaste dulce ágape o profundo tu reposo;
al acecho oculto entre flores y las sombras
e aguardaba con diabólico rencor urgente
ara asaltarte en el camino o hacerte retornar
obada de inocencia, de la fe, de la ventura.
ues ahora y desde el romper del alba, el Demonio,
lera sierpe en apariencia, ya emergiera
ya buscaba dónde más seguro encontraría
los dos humanos existentes, que en sí
ıcluían raza entera, su anhelada presa.
n fronda y campos rebuscó, allí donde un penacho
orestal o ajardinado resultase más ameno,
elicioso objeto para ellos de cultivo o de cuidado,
unto a fuente o margen de riachuelo umbrío
usca a ambos, pero ansia que su suerte encuentre
Eva separada, lo desea, mas no espera
osa tan insólita, cuando de pronto, así lo quiso
lás allá de su esperanza, a Eva separada atisba,
n un nimbo de fragancia, donde estaba en pie,
isible a medias, tan arrebolados los rosales que la cercan
rillan densos, inclinándose a menudo a fin de erguir
l tallo fino de las flores, cuya testa, aunque gaya
-Encarnadas, púrpuras, azur o en oro graneadas—,
endía lánguida, inapoyada: a éstas endereza,
ulcemente, con mirtina banda, despistada mientras,
unque ella misma flor más bella insostenida,
el mejor apoyo tan lejana, tan cercana al vendaval.
e aproxima él, cruzando muchas sendas
e entoldado augusto, cedro, pino, palma,



a ondulante, ya tenaz, ahora oculto, visto ahora
ntre espesos arbolados y entre flores,
a orladura en cada orilla, obra de Eva:
ugar más delicioso que esos parques de ficción
e Adonis[231] revivido, o del famoso
lcínoo, del hijo de Laertes[232] anfitrión,
aquél, no místico, en que el Rey Sapiente
moroso retozaba con su bella esposa egipcia[233].
lucho admira él el sitio, más a la persona.
omo alguien preso largo tiempo en urbe muy poblada,
onde prietos edificios y cloacas vician el ambiente,
l salir a respirar al alba en el estío
ntre villas deliciosas, las almunias colindantes,
e cualquier objeto hallado extrae deleite,
l olor del grano, yerba asoleándose, o del ganado,
eche de las granjas, cada rústico sonido o panorama;
i con nínfeo paso entonces una bella virgen pasa,
o que grato pareció por ella más agrada ahora,
lla sobre todo, que en su porte suma todo goce.
al placer sintió la Sierpe al contemplar
quel lugar de flores, el refugio dulce de Eva,
an temprano, tan a solas: su divina forma
ngélica, aunque más fina, y femenina,
u inocencia delicada; cada gesto de ella,
us maneras, la menor acción, sobrecogían
l Demonio y con dulce rapto despojaban
u fiereza del designio fiero que portaba:
se espacio, el Maligno perduró abstraído
e su propio mal y, por un rato, persistió
stupefactamente bueno, de vileza desarmado,
e artería, odio, envidia y de venganza,
las el ígneo Infierno que arde siempre en él,
unque en mitad del cielo, pronto puso fin a su deleite,
con mayor tormento, cuanto más contempla

os placeres no ordenados para él: luego, pronto
dio fiero recolecta y todas sus ideas
e perjuicio, saludándolas, así excita:
«Pensamientos, ¿dónde me lleváis, con qué suave
ompulsión así arrobado por que olvide
o que aquí nos trajo: odio, no el amor, ni la esperanza
e un Edén para el Infierno, ni esperanza de gustar
quí el placer, sino el placer entero destruir
lenos el que en destruir reside, pues otro gozo
ara mí no hay ya. Así, no deje yo que pase
a ocasión que ahora me sonríe: ve ahí sola
a mujer, expuesta a todo asalto;
u consorte (pues veo lejos el entorno) no aparece:
u intelecto más excelso yo rehuyo,
su fuerza, de coraje más brioso, y de miembro
echo heroico, aunque de terrestre molde,
nemigo no insignificante, de lesión exento,
o así yo; tanto ha degradado el Tártaro
el dolor debilitado lo que fui en el Cielo.
lla bella, y divinamente, para amor de Dioses,
o terrible, aunque hay terror en el amor
la belleza, si no la iguala odio más potente,
dio más potente, bajo capa de un amor fingido,
ía que ahora tomo hacia su ruina».
Esto dijo el Adversario de los hombres, recluido
n la serpiente, avieso huésped, y hacia Eva
nfiló, no con sinuoso movimiento,
rono en tierra, como ahora, sino engrifado,
obre base circular de anillos que se alzaban
liegue sobre pliegue como dédalo creciente,
ncrestada la cabeza, mas carbúnculo sus ojos;
on bruñido cuello de oro verde, erecta
ntre sus espiras, que en la yerba se movían,
lotadura redundante: era grata su figura
amorosa, nunca desde entonces hubo sierpe
lás bonita: no ésas en Iliria en que Hermione

Cadmo[234] se cambiaron, o el Dios
n Epidauro[235]; ni esas otras cuya forma
ove Amonio, o el Capitolino, asumieron:
l primero con Olimpia, el segundo con aquella
ue parió a Escipión, de Roma cumbre[236]. Al principio
e soslayo, como alguien que buscase acceso
las temiese interrumpir, urde él camino.
omo barco maniobrado por piloto diestro
erca de fluvial desagüe o cabo, donde el viento
ira presto, y tan presto vira él y muda velas,
sí variaba la Serpiente y de su cola tortuosa
etorcía sus anillos caprichosos a la vista de Eva,
ara cautivar sus ojos. Ocupada ella, oyó ruido
e hojas susurrantes: no hizo caso, habituada
recreos tales por los campos, en presencia suya,
e las bestias, más sumisas a su voz
ue la piara disfrazada a la voz de Circe[237].
lás audaz ahora, no llamado, ante ella se plantó,
las como pleno de embeleso; doblegaba sin cesar
a cresta alminarada y cuello nacarino,
alamero, y lamía el suelo que pisaba ella.
u gentil, callado gesto atrajo al fin
acia sus juegos la mirada de Eva; él, contento
e ganarse su atención, con viperina lengua
ıstrumental o golpe de aire oral
u fraudulenta tentación así ya empieza:
«No te asombres, soberana, si es que puedes,
iendo como eres sólo asombro; mucho menos armes
u mirada —cielo de dulzura— de desdén,
lolesta al acercarme de este modo y observarte
in saciarme; heme solo aquí, sin temer
u rostro turbador, más turbador aquí apartado.
ellísima semblanza de tu bello Autor,
ti toda cosa viva te contempla, toda cosa tuya
or su don, y tu belleza celestial adora

l mirarla con arrobo, ahí mejor mirada
i la admira el universo; mas aquí
n este predio agreste, entre estas bestias,
bservantes toscos, incapaces de apreciar
i la mitad de tu hermosura, tu hombre aparte,
Quién te ve? (¿y qué es uno?), cuando verte deberían
omo Diosa entre los Dioses, adorada y asistida
or los Ángeles innúmeros, tu séquito diario».
Así adulaba el Tentador, templando su proemio.
e llegaron sus palabras a Eva al corazón,
unque su voz la maravilla; por fin,
o sin asombro, de este modo le responde:
¿Qué es esto? ¿Lengua humana que pronuncia
engua bruta, y expresando humana concepción?
a primera de éstas cuando menos la creí negada
l animal, que Dios, el día de Creación,
reó, para el sonido articulado, mudo;
el segundo dudo, pues en sus miradas
ay mucho de razón y transparece en sus actos a menudo.
ti, serpiente, bestia más sutil del campo,
e conozco, pero no con voz humana.
uplica pues la maravilla y dime,
Cómo, siendo muda, te volviste hablante
cómo tan cordial conmigo sobre el resto
e la especie bruta que veo cada día?
i, pues tal milagro exige indagación».
A quien el Tentador artero así repuso:
Soberana de este mundo bello, Eva esplendorosa,
ácil me es decirte todo lo que ordenas,
lerecidamente has de ser obedecida:
o era antes como otras bestias que pastean
a pisada yerba, de rastreros pensamientos bajos,
omo mi alimento, nada discernía salvo pasto
sexo, y no aprehendía nada excelso;
asta que un día que vagaba por el campo
i al azar en la distancia un árbol bueno

on caudal de frutos de bellísimos colores,
rana y oro. Me acerqué a mirar;
n olor sabroso entonces que emanaba de las ramas,
rato al apetito, más me cautivó el sentido
ue el perfume dulce del hinojo, o las ubres
e la oveja o cabra en el ocaso, húmedas de leche,
o sorbidas por caloyo, que prolonga su retozo.
ara dar satisfacción al fiero anhelo que tenía
e probar manzanas tan hermosas, decidí
o dilatarme: hambre y sed al tiempo,
oderosas persuasoras, avivadas al perfume
e los frutos seductores, me apremiaban tercas.
l musgoso tronco me anillé enseguida,
ues bien altas como estaban, esas ramas piden
u mayor estiramiento o el de Adán;
lrededor del árbol otras bestias ansia igual
lostraban, envidiosas, pero no alcanzaban.
ntre ramas ahora ya, donde plétora colgaba
entadora y tan cercana, arranqué y comí
asta la hartura, pues placer así jamás,
i en fuente o pastizal, hallara antes.
or fin saciado, no tardé en sentir en mí
xtraña alteración, un cierto grado interno
e poderes racionales, y el lenguaje luego
o esperó, aunque quedé apresado en este cuerpo.
esde ese instante, a altas o profundas reflexiones
ediqué mis pensamientos y con mente amplia
oda cosa examiné visible en las alturas,
n la tierra, o en el medio, toda cosa bella y buena;
ero todo eso bello y bueno yo lo veo unido
n tu imagen divinal y en la celeste luz
e tu hermosura; no hay belleza que a la tuya
e equipare o se le acerque, tal me indujo,
unque acaso inoportuno, a venir, mirarte
adorarte, con justicia proclamada
e las criaturas Soberana, Dama universal».

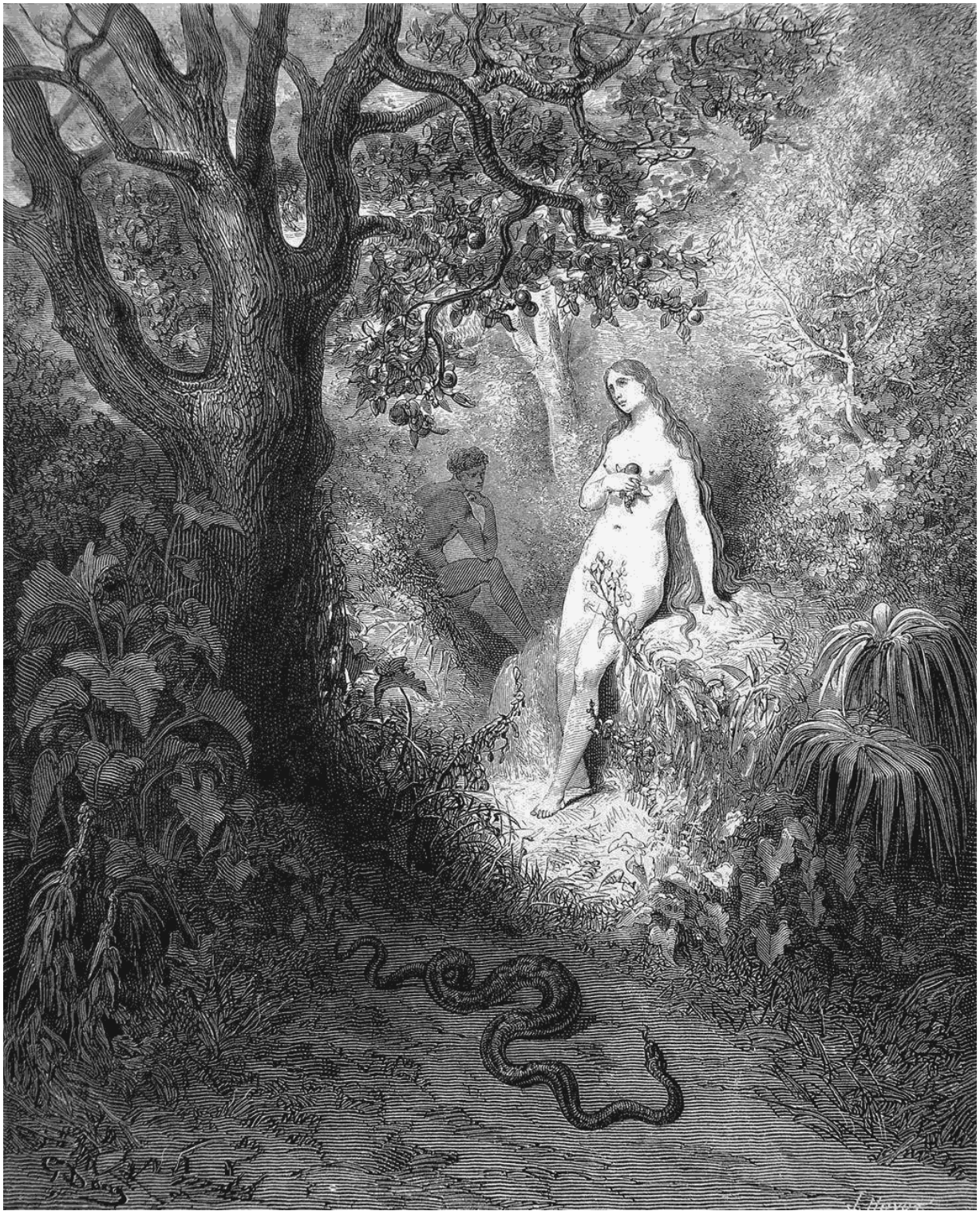
Así animada habló la Sierpe artera y Eva,
lás atónita si cabe, incauta respondió:
«Serpiente, tus lisonjas excesivas dejan duda
obre la virtud del fruto, que has probado tú primero:
ero dime, ¿dónde está ese árbol, crece lejos?
ues los árboles de Dios en el Jardín
on muchos, y diversos, pero por nosotros
norados: de abundancia tal podemos elegir
ue deja intacta provisión mayor de frutos,
iempre incorruptibles en las ramas, hasta que haya
ombres suficientes y más manos vengan
ayudarnos que alivien a Natura de sus dones».
A lo que el astuto Áspid, con encanto:
Emperadora, el camino es corto y hacedero,
ras un seto de arrayanes, en terreno llano,
unto a una fuente, ya pasado un arbustillo
e exhalante mirra y bálsamo. Si aceptas
ue te guíe, puedo hacer que llegues pronto».
«Guía pues», dijo Eva. Él guiando rápido rodó
mbrollado, haciendo parecer derecho lo intrincado,
ápido al estrago. La esperanza eleva y le ilumina
l júbilo la cresta, como cuando fuego peregrino,
echo de vapor oleaginoso, que en la noche
e condensa y frío envuelve alrededor,
rendido como llama por temblor del aire,
ue a menudo, dicen, mal espíritu acompaña,
olandero y refulgiendo con tramposa luz,
parta de su senda al noctivago aturdido
acia ciénagas y tremedales, y por charcas y lagunas
ue lo engullan para siempre, del socorro tan lejano.
sí fulgía la temible Sierpe y al engaño
onducía a Eva, nuestra madre crédula, al Árbol
e la prohibición, raíz de todas nuestras penas;
las al verlo, de este modo al guía le habla ella:
«Serpiente, bien habríamos hecho no viniendo,
nfructífero paseo, aun habiendo fruto aquí abundante:

l crédito de su virtud en ti reposa,
lilagroso, cierto, si produce efectos tales.
las este árbol no podemos ni tocarlo ni gustarlo;
ios así lo ordena, y dejó tal orden
omo hija sola de su voz[238]; en lo demás, forjamos
uestra ley, y nuestra ley es la razón».
A lo que el Tentador repuso malicioso:
¿De verdad? ¿Ha dicho Dios, pues, que del fruto
e estos árboles del Paraíso no podéis comer,
las os declara Amos de la tierra toda o aire?».
A quien Eva, todavía inmaculada: «Frutos nos permite
e cualquiera de los árboles en el Jardín,
las del fruto de este bello Árbol que hay en medio
el Jardín, ha dicho Dios: «No probaréis
e él, tampoco lo toquéis, no sea que muráis»».
Apenas lo dijera, breve, cuando más audaz ahora
l Tentador, mas exhibiendo amor y celo
or el hombre, indignación por el agravio,
uevo tono adopta y, cual movido a la pasión,
luctúa perturbado, aún prudente, y teatral
e eleva como a dar comienzo a gran materia.
omo aquellos oradores de renombre, antiguamente,
n Atenas o en la Roma libre, donde la elocuencia
loreció —después silente—, defendiendo causa grande,
guardaba concentrado, mientras cada parte,
lovimiento, cada gesto, le ganaba audiencia
ntes que su lengua comenzase épica: demora
e prefacio no le admite el ansia justiciera.
sí erguido, removiéndose, alzando envergadura,
pasionado el Tentador así empezó:
«Oh sagrada, sabia, planta que saber otorgas,
ladre de la ciencia, ahora siento tu poder
n mí con claridad, no sólo en discernir
as cosas en sus causas, sino hallar la vía
e mayúsculos Agentes, sabios que se piensen.

eina de este Universo, no te creas
sas amenazas rígidas de muerte, pues no moriréis;
Cómo así? ¿Por el fruto? Os da la vida
el conocimiento. ¿Por quien amenaza? Mírame,
ues yo he tocado y he gustado, pero vivo
vida más perfecta he conseguido que el destino
uiso, atreviéndome a vencer mi suerte.
Tendrá cerrado el hombre el camino abierto
l animal? ¿O acaso Dios en cólera arderá
or travesura tan pequeña, no elogiando,
ntes bien, tu intrépida virtud, pues ni el daño
nunciado de la muerte, sea muerte lo que sea,
e impidió aspirar a lo que lleva a vida
lás dichosa, el Saber del Bien y el Mal.
Del Bien? ¡Qué justo! ¿Del Mal?, si el Mal
xiste ¿por qué no conocerlo, por mejor rehuirlo?
ios, por ello, no podría haceros daño, siendo justo;
Justo no?, tampoco Dios; no temido, no escuchado:
uestro miedo de la muerte el miedo mismo extingue.
Por qué prohibido, pues, sino por asustar?
Por qué, sino por manteneros bajos e ignorantes,
us devotos?, porque sabe que en el día
ue comáis de él, vuestros ojos, que parecen claros
las son turbios, se abrirán entonces,
laros por completo, y seréis cual Dioses,
el Bien y Mal conocedores como ellos.
ue seáis vosotros Dioses, si hombre yo,
ombre interno, expresa proporción:
e bruto yo a humano; de humanos, Dioses.
sí, quizá muráis después de todo, desnudándoos
el hombre por vestir al Dios: deseable muerte,
unque usada por coacción, no trayendo fin peor.
Y qué son los Dioses, que no pueda ser el hombre
ual, si participa de divinos alimentos?
os Dioses fueron antes y usan su ventaja
ara convencernos de que todo viene de ellos.

o lo dudo, pues veo esta Tierra bella
alentada por el Sol, gestando toda especie:
llos nada. Si ellos todo, ¿quién guardó
n este Árbol el Saber del Bien y el Mal,
ue así quien come de él, de súbito consigue
onocer sin su permiso? ¿Y dónde está
a ofensa, en que el hombre sepa?
En qué lo dañaría vuestra ciencia, o este Árbol
ué daría en contra de él, si todo es suyo?
O es envidia, y podrá morar la envidia
n pecho empíreo? Esta, esta idea y muchas más
ıdican cuánto necesitas el hermoso fruto.
iosa humana, toma de él y, libre, pruébalo».
Cesó y sus palabras, rebosantes de malicia,
ácil vía al corazón hallaron de la mujer:
ija el fruto contemplaba, que mirarlo
a tentaba por sí solo, y el sonido en sus oídos
ɔdavía repicaba de la persuasiva labia, embebida
e razón —le parecía— y de verdad.
lientras, la hora meridiana vino, despertando
l apetito fiero, que le provocaba la fragancia
an sabrosa de este fruto, que ya con deseo
-Inclinada ahora como estaba por tocarlo y degustarlo—
equería su mirada ansiosa; mas, pausando
ntes un momento, meditó para sí misma:
«Grandes tus virtudes, cierto, fruto espléndido,
unque negado al hombre, digno de entusiasmo,
uyo gusto, postergado tanto tiempo, dio al instante
locuencia al mudo y enseñó a su lengua,
o formada para el habla, a no callar tus méritos:
us méritos tampoco oculta de nosotros
uien prohíbe que te usemos, al llamarte Árbol
e la Ciencia, ciencia que es del Bien y Mal al tiempo.
os prohíbe pues probarte, mas prohibiéndote
ıcita más a ti, haciendo tan patente el bien
ue tú confieres, y nuestra propia falta de él:

ues bien ignoto es bien ausente y, si presente
ignorado, es cual si faltase totalmente.
n plata pues: ¿qué nos prohíbe conocer?
Prohíbe el bien, ser sabios nos prohíbe acaso?
rohibiciones tales no sujetan. Mas si muerte
os sujeta con resultas, ¿qué aprovecha entonces
ibertad interna? En el día que comamos
e este bello fruto, nuestro sino es muerte.
Cómo muere la serpiente? Ha comido y vive,
conoce, habla, reflexiona y juzga, irracional
ue fue hasta entonces. ¿Por nosotros sólo
ue la muerte concebida? ¿O a nosotros denegado
ste intelectivo nutrimento, reservado para bestias?
ara bestias se diría; pero esa que primero
o ha probado no codicia: trae con gozo
l bien hallado, proba autoridad,
el hombre amigo, lejos de mentira o artimaña.
Qué temo, pues? O más bien ¿qué aprendí a temer
ajo ignorancia tal de Bien y Mal,
e Dios y muerte, ley o punición?
quí la cura crece para todo, este fruto que es divino,
ello para el ojo, que a probarlo invita,
e virtud que vuelve sabio: ¿qué me impide pues
ogerlo y nutrir al tiempo mente y cuerpo?».
Diciendo así, su mano impetuosa en hora mala
xtendió hasta el fruto, lo tomó, comió:
intió la Tierra el daño y en su asiento la Natura,
uspirando en todo lo que hiciera, dio señal de pena,
e completa perdición. De nuevo al matorral
a Sierpe se escurrió culpable; bien podía, pues absorta
va ahora en el sabor, en nada ya pensaba
iferente: tal deleite nunca antes —parecía—
egustara en fruto, fuera cosa verdadera
pura fantasía, efecto de aquella expectativa
e la ciencia; ni olvidaba la deidad por un instante.



vida se hartó sin reprimirse,
o sabiendo que comía muerte: al fin saciada,
exaltada cual por vino, vivaracha y juguetona,
sí para sí misma, complacida, comenzó:
«Oh supremo, virtuoso, Árbol óptimo
el Paraíso, cuya acción bendita
a sapiencia, hasta ahora oscuro, despreciado,
tu bello fruto ahí colgando, cual creado
in propósito. Desde ahora mis cuidados tempraneros,
o sin canto —cada día— y debido encomio,
ean para ti, y la fértil carga aliviaré
e tus colmadas ramas, ofrecida libre a todos;
asta que nutrida en ti, crezca yo
n ciencia cual los Dioses, que lo saben todo;
unque envidien otros lo que no podrían dar;
ues si suyo fuera el don, no aquí creciera
e este modo. Experiencia, luego a ti te debo
uena guía: sin seguirte, me quedara
n la ignorancia; tú has abierto vía a ciencia
me das acceso, aunque ella oculta se retire.
quizá yo estoy oculta; alto se halla el Cielo,
lto y lejos para ver, precisa desde allí,
ada cosa en esta Tierra; y otras cuitas, puede,
ayan distraído de incesante vigilancia
l gran Interdictor, a salvo allí con todos sus espías
odeándolo. Mas ¿de qué modo ante Adán
le mostraré? ¿Habré de revelarle
li presente cambio y darle a compartir
onmigo la total felicidad?, ¿o guardaré mejor
os beneficios de la ciencia en mi poder
in copartícipe, por agregar lo que le falta
la mujer y más amor así atraerme?
hacerme de este modo más su igual,
acaso —no trivial— incluso a veces

uperior: pues, si inferior, ¿quién es libre?
sto sí es plausible, pero ¿qué si Dios ha visto
la muerte sigue? Perdería el ser entonces
mi Adán, a otra Eva unido,
iviría disfrutando de ella, extinta yo,
ue es muerte imaginarlo. Decido pues así:
dán compartirá conmigo dicha o pena,
anto lo amo yo que con él cualquiera muerte
ufriría; mas sin él no hay vida que viviera».
Dicho esto se alejó del Árbol, mas primero
izo honda reverencia, como si al poder
ue allí moraba, cuyo espíritu infundiera
n la planta sabia sapiencial, del néctar
erivada, la bebida de los Dioses. Adán en tanto,
sperando deseoso su retorno, había entretejido
e las flores más espléndidas guirnalda que adornara
us guedejas y sus rústicas labores coronara,
omo usan los labriegos con su Reina de la Siega.
ozo grande en su interior se prometía, nuevas
iversiones a su vuelta, tanto rato demorada.
las sin cesar su corazón, intuyendo cosa mala,
e fallaba, percibiendo Adán el pálpito indeciso.
partió en su busca, por la senda que Eva
l amanecer siguiera. Junto al Árbol
e la Ciencia había de pasar; allí la halló,
penas alejada del lugar: en su mano
na rama de precioso fruto que afelpado sonreía,
ecién cogido, esparciendo ambrosial perfume.
acia él se apresuró, la excusa en su rostro
omo prólogo y apología por apuntador,
ue con palabras blandas presta así empezó:
«¿No te ha sorprendido, Adán, mi dilación?
e he añorado y se ha hecho largo el rato
n tu ausencia, agonía de mi amor hasta ahora
o sentida, no por repetir, pues nunca más
e de probar lo que inconsciente e impulsiva quise,

l dolor de tu distancia. Pero extraña
ue la causa y escucharla asombra:
ste Árbol no es lo que se dijo, árbol
e peligro si probado, ni a un mal desconocido
bre su camino, sino cosa de divino efecto
ue los ojos abre y hace Dios de quien lo prueba;
e este modo fue probado: la serpiente sabia,
no vedada cual nosotros, o no obediente,
a comido de su fruto, no muriendo
-Así nos amenazan—, sino desde ese instante
n posesión de voz humana, de sentido humano,
azona de manera formidable; y a mí
le resultó tan persuasiva que también
robé del fruto, como él hallando
os efectos esperados: ojos más abiertos (turbios antes),
ilatados los espíritus, el corazón más vasto,
ascenso a lo divino, cosa que por ti he buscado
obre todo y sin ti podría desdeñar.
ues es dicha para mí la dicha que compartes;
las tediosa, si no, y enseguida despreciable.
sí que prueba tú también, que suerte igual
os una, dicha igual, como amor parejo;
o sea que al no probarlo, grado diferente
os separe y, renunciando tarde yo por ti
l divino estado, el destino no me deje».
sí Eva con risueña faz contó su historia,
las tenía la mejilla ebria amapolada.
or su parte Adán, tan pronto como oyó
l fatídico delito de Eva, aturdido,
álido y atónito se tuvo, mientras frío horror
orría por sus venas y perdía el cuerpo consistencia.
e su mano flácida cayó el adorno que tejiera,
esprendiéndose de las marchitas rosas:
ívido y sin habla se quedó, hasta que al fin
rimero para sí rompió el silencio interno:
«¡Oh creación suprema, última y mejor

e cuantas obras hizo Dios, criatura que superas
uanto pueden alcanzar la vista o pensamiento
e divino, santo, bueno, dulce, amable!
Cómo te has perdido?, ¿tú perdida de repente,
eformada, desflorada, ya devota de la muerte?
lás bien, ¿cómo has consentido transgredir
a estricta prohibición, por qué violar
l sacro fruto prohibido? Con perverso fraude,
ún desconocido, te sedujo el adversario
rruinándome contigo, pues contigo
e de morir, mi decisión está tomada;
orque ¿cómo viviría yo sin ti, cómo renunciar
tu tertulia dulce, a un amor tan gratamente unido,
ara otra vez vivir en estas frondas de abandono?
unque Dios crease a otra Eva y diese
o costilla nueva, de mi corazón
u pérdida jamás se extinguiría; no, no, siento
ue me arrastra el nudo que nos ata: carne eres
e mi carne, hueso de mi hueso, y de tu estado
unca ha de apartarse el mío, dicha o pena».
Una vez lo tuvo dicho, como alguien consolado
ras desmayo triste y resignándose, después
el turbamiento, a lo que parecía sin remedio,
a con calma sus palabras a Eva dirigió:
«De atrevida acción presumes, Eva aventurada,
peligro grande has provocado, atreviéndote
o sólo a codiciar con la mirada
l sagrado fruto, que es sagrado a la abstinencia,
ino a probar incluso lo prohibido al tacto.
las el pasado ¿quién lo abolirá, o deshará lo hecho?
i Dios Omnipotente, ni el destino; sin embargo,
uede que no mueras, puede que la acción en sí
o sea tan atroz ahora, con el fruto ya probado
profanado antes por la sierpe, hecho ya por él
anal e insanto antes de probarlo el hombre;
no demostrado en él mortal, pues vive todavía,

ive, como dices y, viviendo como hombre,
ana vida más egregia, fuerte estímulo
ara nosotros, que al probarlo acaso consigamos
n proporcional ascenso, y ¿cuál
ino ser Dioses, o Ángeles, o Semidioses?
no creo yo que Dios, Creador que es sabio,
pesar de su amenaza, nos destruya de verdad,
sus primeras criaturas, elevadas de este modo,
ueñas de sus obras, que, creadas por nosotros,
echas dependientes, al caer nosotros
e hundirían. Dios tendría así que descrear,
rustrarse, hacer y deshacer, perder lo hecho,
osa poco concebible en él, cuyo poder,
unque capaz de repetir lo que creó, será reacio
derogarnos, que no diga victorioso el Adversario:
Bien voluble es el estado de quien Dios más favorece;
Quién por mucho logra complacerle? A mí primero
le arruinó, ahora al hombre, ¿quién después?».
azón de burla no ha de darse al Enemigo.
in embargo, yo a la tuya mi fortuna he sujetado,
ecidido a padecer el mismo sino; si la muerte
e acompaña, muerte es para mí cual vida;
an potente siento en mis adentros
l ligamen de Natura arrastrarme a mi ventura,
li ventura en ti, pues tu atributo es el mío,
uestro estado es indiviso, somos uno,
na carne, y perderte es perderme a mí».
Así Adán, y de este modo Eva le repuso:
Oh gloriosa prueba de supremo amor,
videncia ilustre, alto ejemplo,
ue me induce a emularte; pero lejos
e tu perfección, ¿habría de lograrlo yo,
dán, yo, que me precio germinada en tu costado
gozosa te oigo hablar de nuestra unión,
n alma y corazón en ambos, de que buena muestra
a este día, declarándote resuelto,

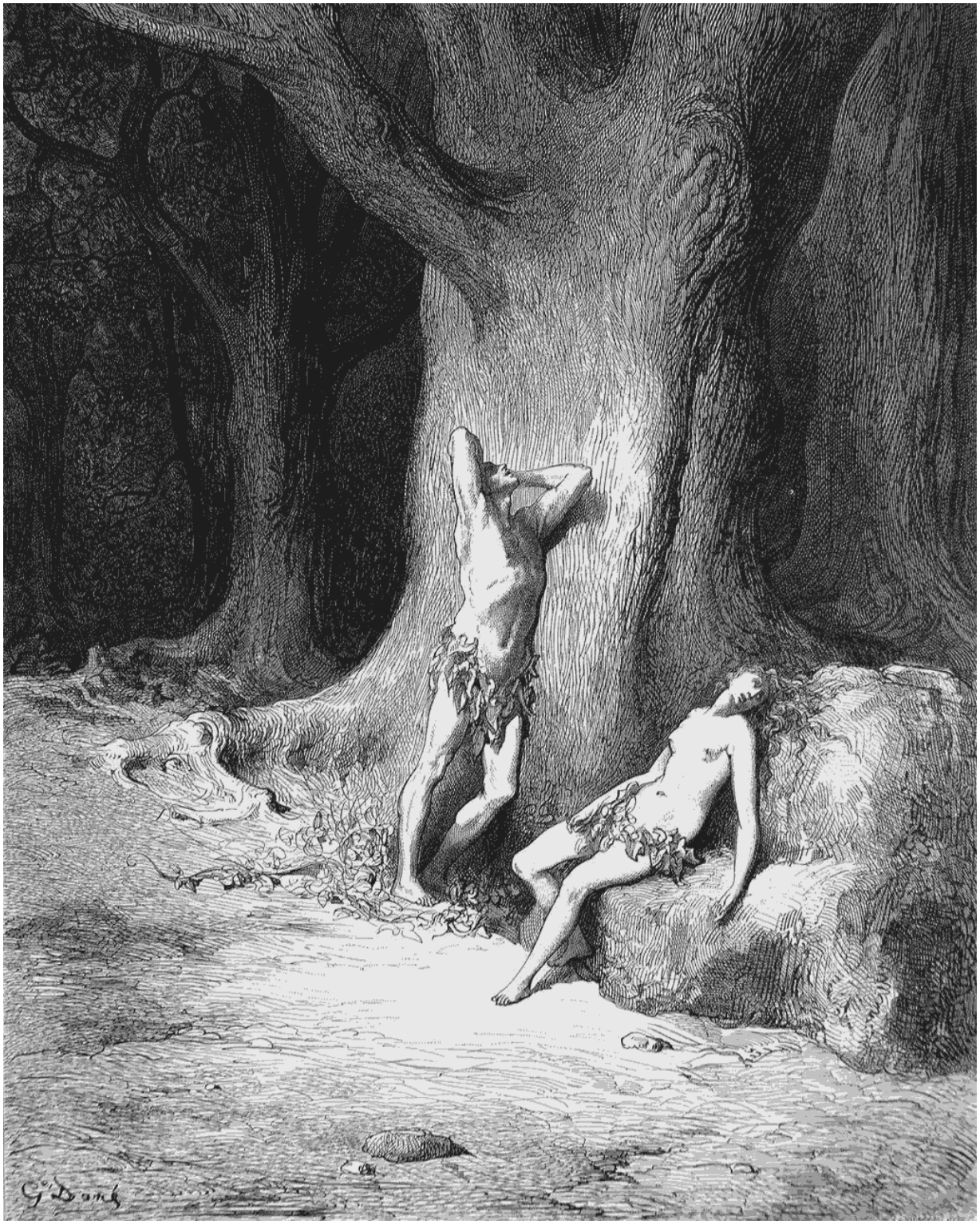
ntes de que muerte o cosa más terrible
os separe, enlazados con amor tan grato,
afrontar conmigo un crimen, una culpa,
i los hay, probando de este fruto espléndido,
uya virtud —pues siempre bien del bien procede,
a directo o incidental— ha dado
sta prueba venturosa de tu amor, que nunca
e otro modo se mostrara tan sublime.
i pensara que la muerte presagiada seguirá
mi tentativa, sola sostendría lo peor
in persuadirte; antes moriría abandonada
ue ligarte a mi delito con un acto
ernicioso para ti y, sobre todo,
uando acabas de probarme tan sincero,
an leal amor inigualable. Pero siento muy distinto
l resultado: no la muerte, vida incrementada,
jos despejados, nuevas esperanzas, nuevos gozos,
usto tan divino, que lo dulce que tocara
ntes mi sentido, áspero parece y pobre frente a esto.
e mi experiencia, prueba libre, Adán,
el miedo de la muerte líbralo a los vientos».
Diciendo esto, lo abrazó y lloró de dicha
iernamente, conmovida por amor
ue tanto ennobleciera Adán, capaz de disgustar
Dios por ella, o de aceptar la muerte.
n recompensa (pues anuencia tan infame
ecompensa tal merece) de aquella rama
io a Adán el fruto hermoso y seductor
on mano generosa: de comer, escrúpulos no tuvo
ún sabiendo el resultado; no engañado,
ino, ingenuo, derrotado por encanto femenino.
embló la Tierra en sus entrañas, con dolores
uevamente, y la Natura por segunda vez gimió;
l Cielo atenebrose y, farfullando truenos, derramó
l consumarse aquel mortal y original Pecado
lgunas gotas tristes. No lo percibía Adán

omiendo hasta saciarse, ni temía Eva repetir
u previa transgresión, por confortarlo a él
on tan amada compañía. Y ahora,
ual con nuevo vino ambos embriagados,
lotan plenos de alborozo e imaginan
entro de ellos la deidad gestando alas
on que despreciar la Tierra. Mas el falso fruto
tro efecto bien distinto antes provocaba,
nflamándoles carnal deseo: él a Eva
mpezó lascivo a contemplarla; ella a él
an libertina le responde. En lascivia arden,
asta que Adán intenta seducirla así:
«Eva, veo ahora que eres impecable en gusto
elegante, de sapiencia no carente,
ues a cada significación sabor le atribuimos
juicioso al paladar llamamos. Yo te rindo
plauso, tan bien hoy has proveído.
ran placer perdimos absteniéndonos
e fruto tan sabroso e ignoramos hasta ahora
l auténtico gozar del gusto; si placer así
xiste en lo prohibido, bien podría desearse
ue en lugar de un árbol nos tuviesen diez prohibidos.
ero ven, así tonificados, y juguemos
ual conviene tras ración tan deliciosa;
orque nunca tu belleza, desde el día
n que te vi y me casé contigo, adornada
e totales perfecciones, ha inflamado tanto mi sentido
on ardor de disfrutarte: más que nunca
ella ahora, don de este Árbol virtuoso».
Esto dijo, y no evitó mirada ni caricia
e amoroso intento, comprendidas bien
or Eva, cuyos ojos irradiaban contagioso fuego.
a mano él le cogió y a una orilla umbría,
ue cubría un denso techo de frondoso verde,
a condujo, anuente. Allí las flores eran lecho,
sfódelos, violetas, y jacintos, pensamientos,

l regazo de la tierra más suave, el más fresco.
llí de amores se saciaron, de amorosos
asatiempos, que eran sello de su culpa mutua,
l solaz de su pecado, hasta que un sueño aljofarado
os venció, cansados como estaban de sus juegos.
nseguida que la fuerza del tramposo fruto
-De vapor sensual y enardeciente, que jugara
on sus mentes e íntimos poderes confundiese—
ue exhalada, y que un sopor grosero
ruto de nefastos humos, los hubiese importunado
on conscientes sueños, ambos emergieron
omo de un desvelo y, mirándose uno a otro,
ronto vieron cuán abiertos ojos, cuán oscuras
lentes consiguieran; la inocencia, que cual velo
os había protegido de saber del mal, faltaba;
a confianza justa, la virtud innata,
l honor que los vistió, en desnudez los olvidaron
e culpable obscenidad: él se cubrió, quedando
lás desnudo todavía. Así se alzó el danita fuerte,
l Sansón hercúleo, del seno meretricio
e Dalila, filistea, despertándose esquilado
e su fuerza[239]: éstos, despojados y pelados
e aquéllas sus virtudes. Silenciosos y turbados,
argo rato inmóviles quedaron, como mudos,
asta que Adán, no menos azorado que Eva,
io por fin salida a constreñida verba:
«Oh Eva, en hora mala le prestaste oído
ese falso verme, sea de quien sea que aprendiera
remedar la voz del hombre, franco para hundirnos,
also en el jurado ascenso; pues los ojos descubrimos
ien abiertos, cierto, y descubrimos que de Bien
Mal sabemos: Bien perdido, Mal ganado,
obre fruto de sapiencia, si esto es conocer,
ejándonos así desnudos, de honra exentos,
e inocencia, fe, pureza, nuestros familiares

rnamentos, ahora deslucidos, mancillados,
con signos evidentes en el rostro,
e vil concupiscencia, fuente de incontables males,
un vergüenza, de los males el postrero; del primero
en certeza pues. ¿Cómo miraré yo en adelante
az de Dios o Ángel, que con gozo y rapto
menudo contemplaba? Esas formas celestiales
egarán ahora a las terrenas con su resplandor
ısoportable. O deberé vivir aquí,
n solitud salvaje, en algún oscuro calvijar,
onde árboles altísimos e impenetrables
la luz de estrella o Sol extiendan su sombraje vasto,
ardo cual atardecer: cubridme pinos,
vosotros cedros, con ramaje innumerable
cultadme, donde nunca vuelva a verlas.
las ahora en este apuro, resolvamos
ué mejor nos servirá para esconder,
no de otro, esas partes que parecen
ergonzantes y se ven mal parecidas:
ojas de árbol anchas, tersas, que tejidas entre ellas
ceñidas a nosotros, cubran nuestro talle
partes medias, que este intruso, la vergüenza,
o las vea, llamándonos obscenos».
Así lo aconsejó, y juntos penetraron
n lo espeso de los árboles. La higuera pronto allí
scogieron; no ésa renombrada por el fruto,
ino una conocida por los indios hoy en día,
n Malabar y en el Decán[240], y que sus brazos tiende
parrándose ancha y larga, hasta que en el suelo
rraigan las combadas ramas, e hijas crecen
odeando al árbol madre: sombra encolumnada
e alto domo y ecoantes corredores entre medio.
l boyero indio ahí a menudo, del bochorno huyendo,
e protege al fresco y cuida de sus reses
or troneras infligidas a la fronda: esas hojas

ecogieron, anchas como adargas amazonias,
con arte —el que tuvieran— las tejieron entre ellas
or ceñirse la cintura, vana cobertura para culpa
tan atroz vergüenza: ¡qué distinto de la prístina,
esnuda gloria! De éstos, no hace mucho,
ncontró Colón en las Américas, cubiertos
on plumoso cinto, por demás desnudos y salvajes,
n los bosques de las islas y arbóreos litorales.
sí amparados y, pensaban, su vergüenza en parte
evestida, pero no en reposo ni serenos,
e sentaron a llorar. No sólo lágrimas
lovieron de sus ojos: peores vendavales dentro
mpezaron a soplar, pasiones fuertes, ira, odio,
esconfianza, suspicacia, desacuerdo, sacudiendo
l estado interno de sus mentes, calmo espacio antes
de paz repleto, agitado ahora y turbulento.



ues no reinaba la razón y ya la voluntad
esoía su saber, ahora ambas subyugadas
l deseo sensual, que asaltando desde abajo
l soberano raciocinio, reclamaba
uperior autoridad. Desde un pecho tan inquieto,
dán, el tono y la figura enajenados,
on palabras balbucientes a Eva retornó:
«Ojalá me hubieras escuchado y esperado,
omo te pedí, a mi lado, cuando ese raro anhelo
e ir vagando, este desdichado amanecer,
e poseyó, y no sé cómo; seguiríamos siendo
ún felices, no como ahora, malogrados todos
uestros bienes, míseros, desnudos, confundidos.
ue nadie desde ahora busque causa innecesaria
ara demostrar lealtad debida; cuando busquen
rueba tal, concluye que comienzan a fallar».
A lo que Eva, pronto hiriéndola el reproche:
¿Qué palabras de tus labios, inflexible Adán?
Imputas lo ocurrido a mi defecto, o deseo
e vagar, como lo llamas?, que —quién sabe—
ien podría haber pasado estando tú conmigo,
aun a ti, quizá: de haber estado allí,
aquí sufrido asalto, no habrías discernido
raude en la serpiente, hablando como habló;
in raíz de enemistad entre nosotros conocida,
Por qué pretender mi mal, buscar dañarme?
Es que nunca de tu lado iba a separarme?
o mismo daba entonces ser costilla en tu costado.
iendo como soy, ¿por qué no me ordenaste,
ú, cabeza, no alejarme en absoluto,
endo a tal peligro, como dices?
emasiado dócil te mostraste, poco te opusiste,
lás incluso, lo aprobaste y permitiste bien contento.
i te hubieras mantenido firme en tu disenso,

o no habría transgredido, ni conmigo tú».
A lo que airado ya, Adán repuso:
¿Es esto pues amor, la recompensa esta
el que yo te rindo, Eva ingrata, que probé
ımutable cuando tú caíste, no yo,
udiendo haber vivido con ventura imperecible,
las opté, deliberado, por la muerte junto a ti?
Y ahora me reprendes como causa
e tu transgresión? No lo bastante rígido,
arece, en contenerte: ¿qué otra cosa hacer?
e lo advertí, te lo avisé, pronostiqué peligros,
e previne contra el enemigo, esperándote
l acecho; más allá, habría sido fuerza
la fuerza contra libre voluntad no es lícita.
las la confianza entonces te impulsó, segura
bien de no encontrar peligro o bien de hallar
a circunstancia de gloriosa prueba; y, puede,
o también erré, admirando hasta tal punto
o que en ti perfecto parecía, que no creí
apaz al mal de provocarte. Mas lamento
l error ahora, que en mi crimen se transforma:
ú en mi denunciante. Tal le ocurrirá
quien, fiándose en exceso del valor de la mujer,
u voluntad le rinda: restricción no aceptará
librada a ella misma, si sucede algún desastre,
la débil indulgencia del marido culpará».
Así pasaban ellos en recíproca denuncia
oras infecundas, mas ninguno condenándose,
su vana competencia parecía interminable.

Libro X

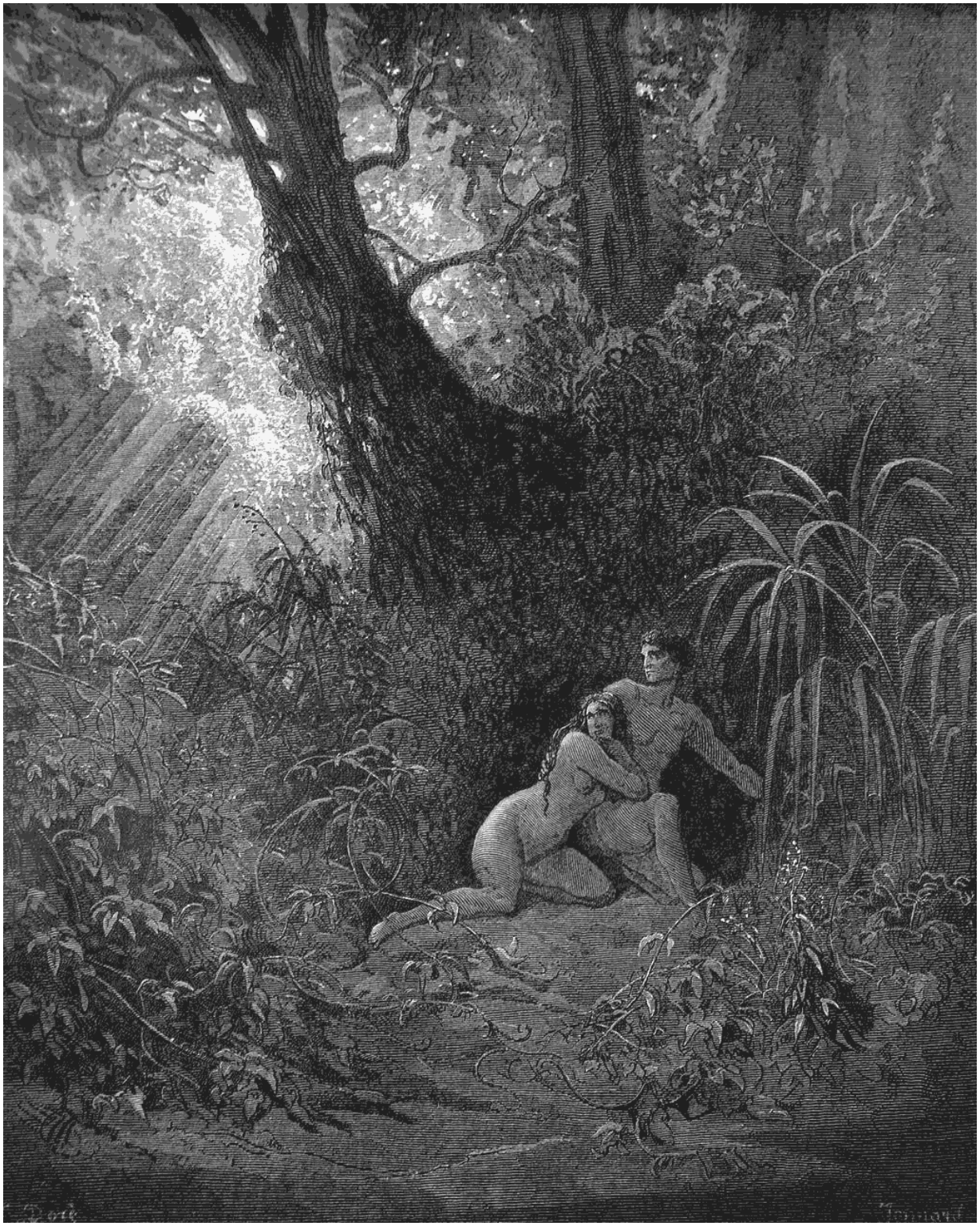
EL ARGUMENTO

Una vez conocida la transgresión del Hombre, los Ángeles Guardianes abandonan el Paraíso y vuelven al Cielo para que se enjuicie su vigilancia, la cual queda aprobada al declarar Dios que ellos no podían impedir la irrupción de Satán. Dios envía a su Hijo a juzgar a los transgresores, que desciende y dicta la debida sentencia; luego, compasivo, los viste a ambos y reasciende. Pecado y Muerte, sentados hasta entonces a las Puertas del Infierno, al sentir por medio de una milagrosa simpatía el triunfo de Satán en el nuevo mundo y el pecado del hombre cometido allí, deciden no continuar confinados en el Infierno, sino seguir a Satán, su Progenitor, hasta la morada del hombre. Para hacer más fácil el camino de ida y vuelta desde el Infierno a este mundo, construyen una ancha vía o puente sobre el Caos de acuerdo con la senda trazada previamente por Satán; luego, preparándose para irrumpir en la Tierra, encuentran al Demonio, que retorna al Infierno orgulloso de su éxito. Sus mutuas felicitaciones. Satán llega a Pandemónium y, en asamblea plenaria, relata con presunción su triunfo contra el hombre; en lugar de aplausos lo celebra un silbido general de todo su público, transformado súbitamente, junto con él mismo, en serpientes según la condena dictada en el Paraíso; después, engañados por la ilusión del Árbol Prohibido, como si brotase de pronto delante de ellos, intentan alcanzar ávidamente el fruto, pero mascan polvo y cenizas amargas. Las acciones de Pecado y Muerte; Dios predice la victoria final de su Hijo sobre ellos y la renovación de todas las cosas; pero, de momento, ordena a sus Ángeles realizar diversas alteraciones en los cielos y los elementos. Adán, que percibe más y más su caída condición, se lamenta profundamente y rechaza el condolerse de Eva; ésta persiste y por fin lo apacigua; entonces, para eludir la maldición que seguramente recaerá sobre su descendencia, hace a Adán violentas proposiciones que él desaprueba y, concibiendo mayores esperanzas, le recuerda la promesa que acaban de recibir, la de que su semilla se vengará de la Serpiente, y la exhorta a buscar con él, por medio del arrepentimiento y la súplica, la paz con la ofendida Deidad.

lientras tanto, el acto abyecto y despreciable
e Satán allá en el Paraíso, y de qué manera
onvertido en la Serpiente, sedujera a Eva,
ésta a su consorte, a probar fatal del fruto,
ue en el Cielo conocido; pues ¿qué escaparía al ojo
el Señor omnividente, o su omnisciente corazón
ngañaría, quien en todo sabio y justo
o impidió a Satán tentar la mente del humano,
e completa fuerza armado y libre voluntad,
n todo bien capaz de descubrir y rechazar
ualquier argucia de adversario, o aparente amigo?
ues supieron siempre —y debían siempre recordarlo—
l gran mandamiento de evitar el fruto aquel,
uienquiera los tentase; que, al desoírlo,
e ganaron —y qué menos— el castigo
, sumidos en pecado, merecieron la caída.
esde el Paraíso a prisa arriba al Cielo
scendió la Guardia Angélica, callada y triste
or el hombre, cuyo estado por entonces ya sabían,
asombrándose de la irrupción inadvertida
el sutil Demonio. Al llegar las malas nuevas
e la Tierra a Puertas de los Cielos, descontentos
as oyeron todos y una lóbrega tristeza aquella vez
rendió en los rostros celestiales; mezclada, sin embargo,
on piedad, su beatitud no violentaba.
acia los recién llegados, en grandiosa multitud
orrió el Etéreo Pueblo, para oír y conocer
o sucedido. Ellos al Supremo Trono
esponsables se apresuran a fin de disculpar
on justos alegatos su impecable vigilancia,
ácilmente exonerada cuando el Altísimo,
terno Padre desde su secreta nube,
ntre truenos, hizo así surgir su voz:
«Ángeles reunidos, Potestades retomadas
e fallida comisión, no desmayéis,
i os turben las noticias de la Tierra:

uestro celo más sincero no podía conjurarlas,
ues predicho estaba lo que había de ocurrir,
esde que cruzara el Tentador la Sima del Infierno.
o os dije entonces que él haría triunfar
u pérfido mandado, que sería seducido el hombre
embaucado hasta perderse, aceptando la mentiras
ontra su Hacedor, sin que un decreto mío
oncurriese obligatorio para obrar su pérdida
infundir acaso el más ligero impulso
su libre voluntad, que a su propia inclinación dejé,
n ecuánime balanza. Mas caer cayó, y ahora
Qué, sino dictar mortal sentencia en contra
e su transgresión: la muerte ya anunciada un día,
ue él presume ahora vana y vacua,
or no sufrirla aún, según temió,
on súbita fulminación?; mas pronto encontrará,
ntes de que acabe el día, que la espera no es perdón.
a justicia no retornará cual desairado don.
las ¿a quién mandar para juzgarlos? ¿A quién sino a ti,
ijo Virreinante? A ti te he transferido
odo juicio, ya en el Cielo, Tierra o el Infierno.
nseguida se verá que intento que merced
amine con justicia, al mandarte a ti,
migo y Mediador del hombre, designado
u Rescate y voluntario Redentor: predestinado
ombre como juez del hombre despeñado».
Así habló el Padre y desplegando fúlgida
u gloria hacia la diestra, en el Hijo
a Deidad brilló sin velos: éste, en plenitud
e resplandor, a todo el Padre expresa
lanifiesto y divinamente dice dulce:
«Padre Eterno, tú eres quien decreta;
o, en el Cielo o Tierra, tu suprema voluntad
ealizo, por que tú en mí, tu Hijo bien amado,
stés por siempre complacido. Iré a juzgar
llí en la Tierra a estos pecadores; pero sabes tú

ue, sea el juez quien sea, lo peor en mí caerá
uando llegue el tiempo; tal mi compromiso
n tu presencia y —pues no he de arrepentirme—
sto puedo por derecho: mitigarles su condena
erivada en mí; así, de tal manera templaré
usticia con merced, que queden ambas
atisfechas, plenamente, y tú aplacado.
équito o escolta no hacen falta, donde nadie
l juicio asistirá, excepto los juzgados,
sos dos; mejor ausente, el tercero es condenado
convicto por huida, a toda ley rebelde:
ues proceso la Serpiente no merece»[241].
Dicho esto, del sitial radiante se levanta
e la gloria magna compartida; Tronos y Poderes,
rincipados y Dominios ministrantes,
o acompañan al Portal del Cielo, desde donde
dén y todo el territorio circundante se contemplan.
epentino descendió, pues la premura de los Dioses
o la mide el tiempo ni con rápidos, alígeros momentos.
l Sol estaba ahora bajo en occidente
gentiles brisas, esperables a esta hora,
espertaban a orear la Tierra, precediendo
l fresco lubricán, cuando desde frío más vehemente
l llegó cual manso juez, también intercesor,
or sentenciar al hombre. La voz de Dios oyeron
aminando ahora en el Jardín, que suaves vientos
es portaban al oído, mientras declinaba el día.
a oyeron y de su presencia se ocultaron
n lo denso de los árboles, el hombre y la mujer,
asta que Dios aproximándose, a Adán llamó potente:


Doré
Jonnard

«¿Dónde estás, Adán, que usabas recibirme
on deleite viéndome llegar de lejos? No te veo
me disgusta, saludado así con soledad,
onde antes sin pedirlo se mostraba tu deber.
O es que te resulto menos perceptible, o qué cambio
e retiene, o te demora algún albur? Ven ya».
e mostró él, y con él Eva, más reacia aunque primera
n ofender, perplejos ambos, descompuestos.
mor no había en sus miradas, ni a Dios
i de uno a otro, sino culpa manifiesta,
lás vergüenza, turbación y desespero,
abia y odio, obcecación, malicia.
or lo que Adán, tras largo titubeo, dijo breve:
«Te he oído en el Jardín y por tu voz
medrentado, al estar desnudo, me he escondido».
lo que el Juez piadoso sin reproche replicó:
«Mi voz oías a menudo y no temías,
e alegraba siempre, ¿cómo se ha tornado
an temible para ti? Que estás desnudo, ¿quién
e lo ha contado? ¿Has comido tú del Árbol
el que te impuse orden de abstenerte?».
A lo que Adán repuso, de miserias acuciado:
Oh Señor, en qué angostura mala yo este día
stoy ante mi Juez, ya para asumir
o mismo todo el crimen, ya para acusar
mi otro yo, compañera de mi vida;
uya falta, mientras fiel me es todavía,
ebería yo ocultar y no exponer a culpa
on mis quejas. Mas necesidad estricta
le somete y la atroz obligación, no sea
ue en mi sola testa, el pecado y el castigo
-Cuan penosos sean— descarguen
oda su dureza; y, aunque callase,
ú descubrirías pronto qué te oculto.

a mujer, que hiciste para serme ayuda
me diste como don perfecto, tan propicia,
propiada y aceptable, tan divina,
ue viniendo de ella no podía sospecharse mal,
que en todo lo que hacía, fuera lo que fuera,
arecía que su hacer la acción justificaba,
le ofreció del Árbol y yo comí».
La Presencia Soberana así le respondió:
¿Era ella pues tu Dios, que así la obedeciste
ntes que a la voz divina, o se te dio por guía,
uperior, tu igual acaso, que tu hombría
ella hubiste de rendirle y el lugar
n el que Dios te puso, sobre ella hecha de ti,
para ti, pues tu perfección en mucho excede
as que tiene, en toda dignidad real. Adornada
staba, ciertamente, y era hermosa para despertar
u amor, no sometimiento, y sus dones
ran tales que pedían buen gobierno,
o hecha ella para el mando, que era tu tenor
tu persona, si te hubieras conocido bien».
Y dicho esto, a Eva parco se volvió:
Di mujer, ¿qué es lo que has hecho?».
A lo que Eva triste, abrumada de vergüenza,
onfesando pronto, pero no locuaz ni ya atrevida
nte su Juez, así contrita respondió:
«La Serpiente me engañó y yo comí».
Que, en cuanto Dios lo oyó, sin más demora
rocedió a juzgar a la Serpiente incriminada,
unque bruta, incapaz de transferir
a culpa a quien hiciera de ella su instrumento
e maldad y depravase el propósito
e su creación: maldita con justicia entonces
or viciada en su carácter; más no concernía
l hombre conocer (pues no sabía más)
i alteraba su infracción; mas Dios al fin
Satanás, primero en el pecado, dio sentencia,

unque en términos ocultos, que juzgó mejor:
sobre la Serpiente así dejó caer su maldición:
«Pues esto has hecho, quedas tú maldita
obre todas las manadas, cada bestia de los campos:
larcharás postrada sobre el vientre
del polvo comerás los días de tu vida todos.
ntre la mujer y tú pondré yo enemistad,
entre tu semilla y su semilla: tu cabeza
a herirá su estirpe, tú el talón lesionarás»[242].
Tal dijo este Oráculo, después verificado
l día en que Jesús, hijo de María, segunda Eva,
io a Satán caer cual rayo de los Cielos,
ríncipe del Aire[243]. Luego alzándose de su sepulcro,
presó Poderes, Principados, triunfando
biertamente, y en brillante ascenso
autiverio de cautivos por los aires arrastró,
l reino mismo de Satán, que usurpara tanto atrás,
al que bajo nuestros pies pondrá por fin,
l mismo que ya ahora predecía su fatal herida[244];
a la mujer así le impuso su sentencia:
«Tu miseria grandemente aumentaré
n tu concepción; traerás al mundo hijos
on dolor, sujeta quedará tu voluntad
la de tu consorte y él en ti gobernará».
Postrero sobre Adán su juicio pronunció:
Porque escuchaste tú la voz de la mujer
del fruto de ese Árbol has comido
el que te ordené diciendo: “De él no comerás”,
laldito queda el suelo por tu culpa, en miseria
omerás de él el tiempo entero de tu vida;
ardo, espinos, te dará que no pediste
la hierba comerás tú de los campos,
on el rostro sudoroso comerás el pan
asta que a la tierra vuelvas, pues tomado
uiste tú del suelo: de él naciste,

ues eres polvo, y al polvo has de volver».
Así juzgó él al hombre, Juez y Salvador al tiempo,
el azote de la muerte, proclamada ya ese día,
o puso lejos. Apiadándose después de cómo estaban,
an desnudos a los aires, que ahora cambio
rande sufrirían, no se opuso ya a tomar,
esde ese instante, la figura del sirviente,
omo cuando a sus sirvientes les lavó los pies[245].
sí ahora, como padre de familia les vistió
a desnudez con pieles de animales, o matados,
bien cual la serpiente, cuyas capas la renuevan.
no titubeó en vestir a aquellos enemigos:
o sólo su exterior con pieles animales,
ino la interna desnudez, oprobio aún más grande,
taviándolos con su Ropaje de justicia[246],
e la vista los cubrió del Padre.
él con rápida ascensión volvió enseguida,
n su seno bienaventurado recibido,
n la gloria como siempre, y, aplacado,
odo, aunque todo conocía, le contó
e lo hecho al hombre, añadiendo dulce intercesión.
lientras, antes del pecado y juicio en esta Tierra,
l Portal del Tártaro, Pecado y Muerte,
entados frente a frente dentro de las Puertas,
ue ahora estaban bien abiertas, eructando fiera llama
ejos, Caos adentro, desde que pasó el Demonio
-Por Pecado abiertas—, ésta ahora a Muerte dijo:
»Hijo mío, ¿por qué seguir aquí mirándonos
ciosos mientras Satanás, gran Padre nuestro,
ledra en otros mundos y morada más feliz
ncuentra para ésta, su querida descendencia?
xito sin duda habrá logrado; pues, si daño,
ace mucho hubiera vuelto, empujado por furor
e vengadores, puesto que ningún lugar
parte de éste sirve a su castigo, o venganza de ellos.

reo que siento nueva fuerza alzarse en mí,
le crecen alas, dándome dominio vasto
lás allá de estas Honduras, sea lo que sea que me lleva:
impatía[247], o bien algún poder connatural
ıtenso a gran distancia para unir,
on amistad secreta, cosas de pareja especie
on enlace secretísimo. Tú mi sombra
ıseparable tienes que venir conmigo:
ues la Muerte del Pecado nadie aparta.
las para que el obstáculo del viaje
o detenga su retorno por encima de esta Sima
ısuperable, intransitable, intentemos tú y yo
rabajo aventurado, aunque no desmesurado
ara tu poder y el mío: fundar camino
obre este piélago, desde el Infierno al nuevo mundo,
onde ahora prevalece Satanás; un monumento
e alto mérito a toda la infernal legión
ue allane desde aquí su paso, para tránsito
emigración, cada cual según su sino.
no puedo yo perder la senda, tan intensa
a atracción y nuevo instinto que me arrastra».
A lo que así la enjuta Sombra pronto respondió:
Ve a donde el hado y la fuerte inclinación
e lleven; no he de rezagarme yo ni errar
a senda, dirigiendo tú; tal olor percibo
e matanza, presa innumerable, y degusto
a el sabor de muerte en toda cosa viva.
n la obra que comienzas, no he de defraudarte:
endrás en mí recíproco refuerzo».
Hablando así, con gozo olisqueó el hedor
el cambio fúnebre en la Tierra. Cual bandada
e aves carroñeras, aunque lejos muchas leguas,
ıtuyendo la batalla, al campo vuelan
onde están las huestes acampadas, atraídas
or efluvios de carcasas vivas, destinadas

la muerte ya mañana, en la lucha sanguinaria;
sí oliscaba adusto el monstruo, levantando
l ancho morro por el aire tenebroso,
luy sagaz en percibir, tan lejos, su carnaje.
esde Puertas del Infierno, ambos por el Caos,
u baldío, vasto desgobierno, fosco y hosco,
isímiles volaron. Con poder (gran poder el suyo)
erniéndose sobre las Aguas[248], lo que hallaron
ólido o cienoso, sacudido arriba, abajo,
omo en mar violento, amasado lo llevaron
e ambos lados hasta Puertas del Infierno:
sí polares vientos cuando adversos soplan
obre el Cronio océano juntan poderosos
ielo amontañado y ciegan la supuesta ruta
l oriente allén Pechora, hacia la opulenta
osta de Catay[249]. El suelo aglomerado,
río y seco, Muerte con petrífico mazazo
Cual tridente) lo golpea, anclándolo tan firme
ual flotante Delos[250] una vez; el resto su mirada
on rigor gorgonio[251]; estricto inmoviliza,
con cieno asfáltico. Tan ancha cual las Puertas,
onda hasta la raíz del Tártaro, fijaron ellos
sta playa aglutinada y mole inmensa construyeron
obre el piélago espumante, puente en alto arco
e largura prodigiosa que se unía al muro
ıamovible de este mundo, indefenso ahora
presa de la Muerte; y de ahí, un amplio paso,
lano, inocuo, fácil, cuesta abajo hasta el Infierno.
sí, si cosas grandes con pequeñas pueden compararse,
erjes, para subyugar la libertad de Grecia,
esde Susa —su memnonio espléndido palacio—
ino al mar y sobre el Helesponto
izo un puente que Asia uniese a Europa,
azotó con muchos golpes a las olas indignadas[252].
a con arte milagroso prolongaran su labor

ontifica[253] —cadena de peñascos suspendidos
obre el fiero Abismo, que seguía el curso
e Satán— hasta el sitio exacto donde aquél
rimero aterrizase, salvo pie posara
l surgir del Caos a la nuda cara externa
el redondo Mundo: con pernos de adamante
con cadenas sujetaron todo, demasiado prieto
duradero; y ahora en poco espacio
as fronteras hallan del empíreo Cielo
de este Mundo, y a la izquierda el Tártaro
on gran distancia en medio: tres distintas rutas,
la vista, a estos tres lugares conducían.
ahora, el camino de la Tierra distinguieron
ue llevaba al Paraíso, cuando vieron
Satán de pronto, como Ángel refulgente
ue aproase entre el Centauro y Escorpión,
n tanto el Sol se levantaba en Aries[254].
legaba disfrazado, pero éstos, cara prole,
su padre pronto discernieron, aunque en disfraz.
ras seducir a Eva, él inadvertido al bosque
e escurrió que había cerca y, cambiando forma
or espiar el resultado, vio su acto malicioso
ecundarlo Eva, aunque ignorante por completo,
n su consorte; su vergüenza vio buscar
as vanas coberturas; pero, viendo descender
l Hijo del Señor para juzgarlos, aterrado
uyó, sin esperanza de escapar, mas eludiendo
o presente: criminal, temía aquello que su ira
úbita pudiera ocasionarle. Ya pasado, retornó
e noche y, escuchando al afligido par
umido en triste plática y diverso planto,
onoció su propio sino, que tomó por cosa
enidera, no inmediata. Con euforia
cargado de noticias, al Infierno retornaba ahora
a la vera del Caos, junto al pie del nuevo,

lilagroso Pontificio[255], por sorpresa halló
quienes para hallarlo ya venían, sus retoños.
ozo grande trajo aquel encuentro y, a la vista
el pasmoso puente, aun su gozo le creció.
ato estuvo embelesado, hasta que Pecado, bella
ija suya encantadora, su silencio así rompió:
«Oh Padre, éstos son, magníficos, tus actos,
us trofeos, que tú ves cual si ajenos,
iendo tú su Autor y básico Arquitecto:
ues tan pronto como supe yo en mi corazón
-Mi corazón, que por secreta simpatía
iempre marcha con el tuyo, dulce conexión—
ue tú en la Tierra habías prosperado, y tu faz
hora lo evidencia, al instante yo sentí,
unque a mundos de distancia, mas sentí
ue había de buscarte, y con este hijo tuyo vine:
an fatídico es el lazo que a los tres nos une:
o podía contenernos el Infierno en sus fronteras,
i este abismo oscuro intransitable
npedirnos el seguir tu ilustre huella.
ú has logrado nuestra libertad, pues presos
ras las Puertas del Infierno hasta hoy, la fuerza
os has dado para construir y superar,
on este puente portentoso, el oscuro Abismo.
uyo es ahora este mundo todo, tu virtud te da
o que tus manos no erigieron, tu saber te gana
on ventaja lo perdido en guerra, y nos venga por entero
a derrota arriba. Cual Monarca reinarás aquí,
llí no lo lograste. Deja allí que impere, Víctor,
ual la lid impuso, y que de este nuevo mundo
e retire, por sentencia propia enajenado:
ontigo desde ahora el Dominio se reparta
obre toda cosa separada por los límites empíreos
-Su Cuadratura, de tu Mundo Orbicular[256]—
, más peligroso ahora tú, arrójate a su Trono».

Respondió contento el Príncipe de las Tinieblas:
Hija hermosa, y tú, hijo y nieto al mismo tiempo,
uena prueba ésta vuestra de ser raza
e Satán[257] (pues gloria encuentro en este nombre,
ntagonista del Omnipotente Rey del Cielo).
ien os merecéis, entre todo el Infernal
nperio, que tan cerca del Portal Celeste
onverjan triunfo con triunfal proeza:
li victoria y esta gloria vuestra, haciendo un reino
el Infierno y Mundo, un reino, un continente
e viable tránsito. Por ello, mientras yo desciendo
través de la tiniebla, por la fácil vía abierta,
mis tropas coaligadas para darles cuenta
e estos éxitos, y con ellos exultar,
osotros dos por esta ruta, entre estos orbes numerosos,
ɔdos vuestros, descended directo al Paraíso;
lorad ahí, reinad dichosos, y en la Tierra
jerced dominio desde allí, y el aire,
en el hombre sobre todo, solo dueño proclamado:
él primero esclavizad, y al fin matadlo.
ubstitutos míos sois, Plenipotenciarios
n la Tierra os nombro, de poder incomparable
uya fuente soy: de vuestra unida fuerza ahora,
ues, depende que conserve el nuevo reino,
or Pecado a Muerte expuesto gracias a mi gesta.
i vuestro nervio unido prevalece, no tendrá el Infierno
etrimento que temer: id y sed fuertes».
Hablando así los despidió; veloces ellos
rosiguieron su camino por constelaciones densas,
ropagando ruina; lívidas se vieron, mustias, las estrellas,
aun astrosos los planetas[258] un eclipse auténtico
ntonces padecieron. En sentido opuesto Satanás
ajó a las Puertas del Infierno; a ambos lados,
aos rugía, cimbrado y dividido,
con ímpetu violento rebotaba en la estructura,

ısensible a su arrebato. Por la Puerta
ien abierta y desguardada Satanás pasó
allando todo en torno desolado, pues aquéllos
estinados a esta guardia habían desertado
or volar al mundo superior; el resto estaba todo
ierra adentro retirado, junto al murallón
e Pandemónium, urbe y orgullosa diócesis
e Lucifer, llamado así por alusión
esa estrella refulgente comparada con Satán.
llí montaban guardia las legiones; mas los Grandes,
n concilio recogidos, cavilaban intranquilos
ué a su Rey podía retrasar: así él
es ordenó al partir y la orden ellos acataban.
omo el tártaro al huir de su enemigo ruso
or la nieve de los llanos de Astracán,
el Sofí bactriano de los cuernos del creciente
urco, y deja todo devastado más allá
el reino de Aladule en su retirada
Tauris o Casbín[259], así estas huestes desterradas
l Infierno limitáneo lo dejaron despoblado
n no pocas leguas foscas, confluyendo
on celosa guardia en su metrópolis, y ya esperaban,
n cualquier momento, al gran aventurero
el periplo en nuevos mundos. El inadvertido,


G. Doré

on plebeya estampa de Ángel militante
e bajísimo nivel, cruzó la multitud desde el portal
e aquel plutónico recinto e, invisible,
scendió a su alto Trono, bajo palio
e riquísimo tejido, que con regio lustre se elevaba
n la parte más conspicua de la sala. Se sentó
estuvo un rato viendo todo sin ser visto:
l fin, cual de una nube, su cabeza refulgente
estelar figura se mostraron (o más brillante todavía),
evestido de la gloria permitida que la caída
e dejara, o de falsos resplandores. Todos sorprendidos
or tan súbito destello, la legión estigia
uelve la mirada y al que aguarda reconoce,
u Caudillo poderoso. Fuerte fue la aclamación,
eloces acudieron los egregios Pares conciliares,
evantados del diván oscuro, y con gozo similar
gratulantes se acercaron al que con la mano
u silencio impuso y, con esta verba, su atención:
«Tronos y Dominios, Principados, Potestades y Virtudes,
ues en plena posesión, no sólo por derecho,
s lo llamo y os proclamo ahora que retorno
on victoria insospechada para conduciros
a triunfantes fuera del tartáreo pozo abominable,
laldecido, la morada de lamentos y mazmorra
ue el Tirano nos impuso. Poseed ahora
ual Señores ancho un mundo, no inferior
nuestro Cielo patrio, que con gran peligro
difícil aventura he conseguido. Larga cuenta
s daría de lo hecho, lo sufrido, los dolores
adecidos en el vasto, irreal, ilimitado Abismo
e terrible confusión, la cual ahora
ncha vía cruza, por Pecado y Muerte construida
ara urgir, gloriosa, vuestra marcha. Pero yo bregué
or abrirme extraño paso, obligado a navegar

l intratable Abismo, en el seno hundido
e la Noche sin origen y del Caos atroz
ue, de sus secretos receloso, fiero confrontó
li viaje raro, apelando al Hado soberano
on rugido clamoroso; luego, cómo hallé
l recién creado nuevo mundo, cuya fama
a era antigua en las Alturas: estructura milagrosa
e absoluta perfección, y en ella el hombre
olocado en un edén, por nuestro exilio
echo venturoso. A éste con engaño separé
e su Creador y, para más asombro vuestro,
De manzana me serví! Pues, ofendido Dios
or ésta —lo que mueve a risa—, ya reniega
e su amado hombre y su mundo entero,
e Pecado y Muerte presa, y también la nuestra:
in peligro, esfuerzo o inquietud, podemos ya
ıvadirlo y habitarlo, y en el hombre
obernar como él en todo hubiera hecho.
ierto es que me ha juzgado a mí también; si bien,
o a mí, sino a la sierpe bruta en cuya forma
l hombre yo engañé: lo que en mí recae
s enemistad, la que él ha de plantar
ntre yo y el ser humano; yo el talón le dañaré;
u semilla —cuándo no se ha dicho—, mi cabeza:
Y quién no pagaría por un mundo herida,
dolor más grande todavía? Ya tenéis la crónica
e mis acciones; ¿qué, oh Dioses, queda,
lás que alzaros y acceder al pleno gozo?».

Dichas estas cosas, mientras esperaba erguido
ue el clamor universal y un fuerte aplauso
e llenasen los oídos, al contrario escucha
n todas partes, y de lenguas incontables,
riste universal silbido, son de público desdén:
e asombra, pero no por mucho tiempo
uede, asombrándose ahora más de sí:
ues siente el rostro demacrarse y afilarse,

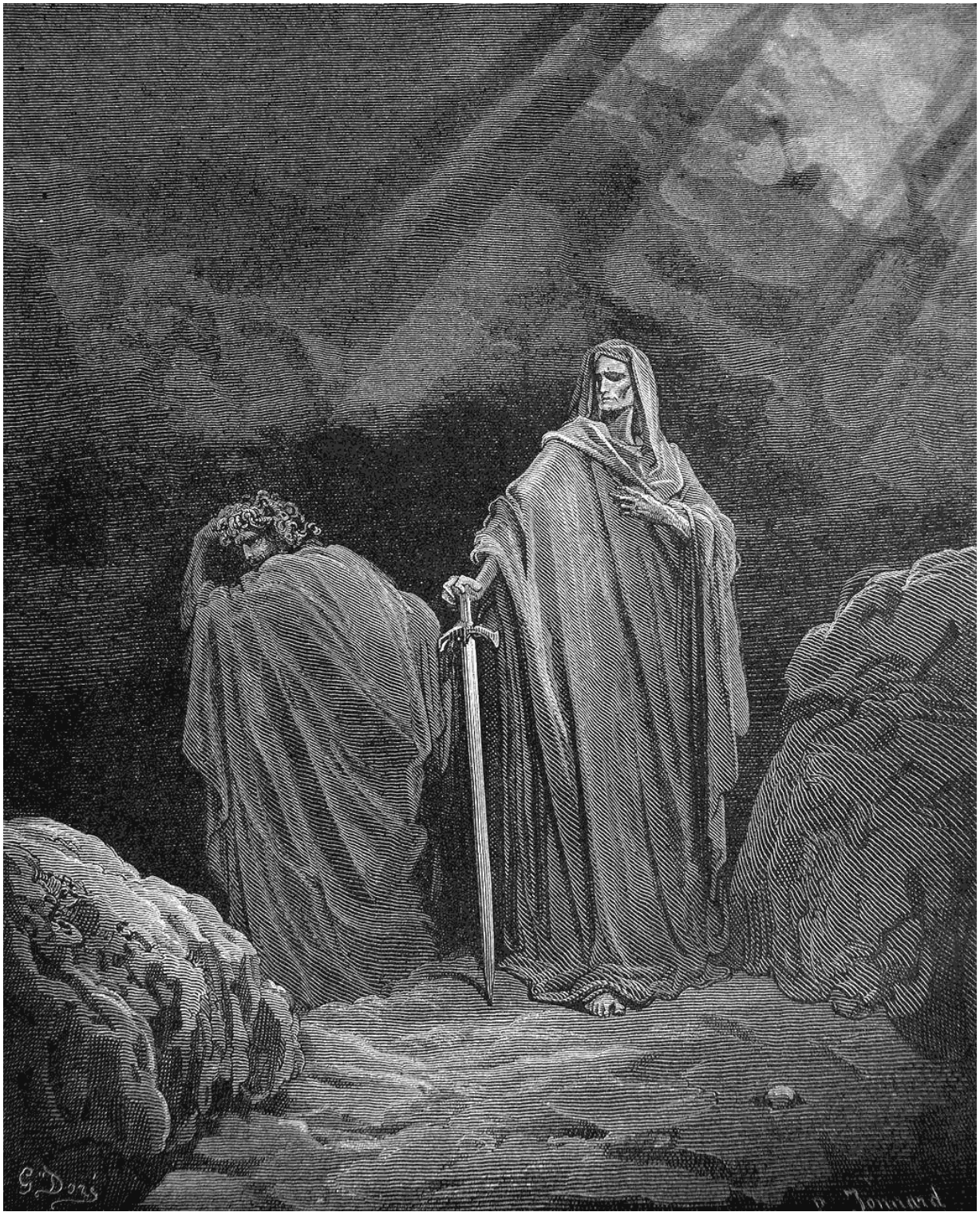
pegársele los brazos al costado, y las piernas
na a otra se ensortijan. Suplantadas[260], él cayó,
lonstruosa Sierpe, prono sobre el vientre,
eluctante mas en vano: un poder mayor
o gobernaba castigándolo en la forma que pecara,
al sentencia le cayera. Él habría hablado,
las a silbo con silbido respondía, y lengua bífida
lengua bífida, pues todos ya cambiaran
or igual, a sierpes todos como cómplices
e audaz delito. Espantoso fue el estruendo
e silbidos por la sala, denso enjambre ahora
e enredados monstruos, testa y cola,
spid y escorpión, y la anfisbena horrenda,


G. Doré

l cornígero cerastes, hidras, lóbregos elopes
las dipsas (no, jamás tan denso enjambre pululó
n el suelo ensangrentado por Gorgona, o la isla
fiusa), mas allí en el medio, él, más grande,
n Dragón tornado ahora, aún mayor que aquel gestado
or el Sol del cieno, en el valle pitio,
a Pitón[261] inmensa, y poder no menos parecía
obre el resto conservar; y todos ellos
o siguieron al salir a campo abierto,
onde todos los demás de aquella turba sublevada
ue cayera de los Cielos esperaba en formación,
ublime en la esperanza de llegar a contemplar
riunfante la salida del impar Caudillo.
la vieron, mas —escena bien distinta— multitud
e odiosas sierpes. El horror los poseyó,
horrenda simpatía, pues en lo que vieron
a sentían convertirse, ya sus brazos les caían
la lanza y el escudo, y caían ellos tan veloces
enovando el silbo atroz, en tanto atroz la forma
or contagio los cambiaba, iguales en castigo
omo en crimen. Así el aplauso pretendido
xplotó en silbido y en vergüenza el triunfo,
scupida por sus bocas a ellos mismos. Cerca allí
e alzaba un bosque que brotara con su cambio,
oluntad del Rey Empíreo para acrecentar
us penas, y cargado con hermoso fruto,
omo aquel del Paraíso, el señuelo de Eva
ue empleara el Tentador. En esa vista extraña
vidos sus ojos fijan, e imaginan, en lugar
e un único prohibido árbol, una multitud
lzada ahora para más vergüenza suya y aflicción;
las, sufriendo sed ardiente y hambre fiera,
unque saben espejismo la visión, no cejan:
eptan hacia allí a montones y los troncos

repan, más tupidos que los nudos serpentinos
e los rizos de Megara[262]. Voraces arrebatan
l frutaje[263] hermoso, como el que crecía
erca del bituminoso lago donde ardió Sodoma[264];
un más ilusivo éste, no ya al tacto, sino al gusto
onfundía: figurándose los locos aplacar
on gusto el apetito, en lugar de fruta,
speras cenizas masticaban que el sabor vejado
echazaba con arcadas. Muchas veces lo intentaron
ambre y sed forzándolos, nauseados otras tantas,
u asco abominable mascullaba con las fauces llenas
e cenizas y de hollín; así caían vez tras vez
n la ilusión, no como el hombre que vencieran,
ngañado sólo aquélla. Torturados pues,
xhaustos por la hambruna y el perpetuo silbo,
u perdida forma al fin les fue devuelta;
ero cada año —hay quien dice— deben padecer
a cíclica vergüenza cierto número de días
ara castigar su orgullo y gozo por el hombre seducido.
in embargo, difundieron ellos tradiciones
ntre los paganos del botín que conquistaran,
abulando cómo la Serpiente (apelada Ofión por ellos)
con ella Eurínome (acaso Eva usurpadora)
obernaron al principio el alto Olimpo,
ugar del que después Saturno y Ops los arrojaron,
iempo antes que naciese el dicteo Jove[265].
ntre tanto al Paraíso demasiado pronto advino
a infernal pareja: antes en potencia allí Pecado,
na vez en acto, mas ya en cuerpo para ser ahora
abitante habitual; tras ella Muerte,
iguiéndola de cerca paso a paso, no montado todavía
n su pálido corcel. Y a Muerte díjole Pecado:
«Segundo brote de Satán, insuperable Muerte,
Qué piensas tú de nuestro imperio ahora?;
unque ganado con fatiga, ¿no es mejor

ue vigilar sentados el umbral del Tártaro,
in nombre que amedrente, y tú famélico?».
El monstruoso Hijo de Pecado presto dice:
Para mí, que de hambre eterna sufro,
s lo mismo Infierno, Cielo, o Paraíso,
las allí prefiero donde abunda más la presa,
ue aquí, aunque copiosa, muy escasa me parece
ara hartar mis fauces, mi carcasa vasta, abierta»[266].
A lo que la Madre incestuosa le repuso:
Con estas plantas, pues, y frutas, flores,
útrete primero, con las bestias luego, peces, pájaros,
ocados nada desdeñables, y todo lo que arrase
u guadaña, tu Hoz de Tiempo, traga ávido,
asta que resida yo en el hombre, en su raza entera,
ıfectando sus ideas, sus miradas, actos y palabras,
reparándotelo: última y más dulce de tus presas».
Dicho esto, cada uno fue por su camino,
mbos para destruir o desinmortalizar
toda especie, madurarla para destrucción
lás pronta o tarda, que al verlo el Todopoderoso,



esde su Asiento trascendente entre los Santos,
los Órdenes brillantes de este modo habla:
«Ved con qué furor avanzan los Perros del Infierno
ara ermar y devastar el mundo aquel, que yo
reé tan bueno y bello; y lo habría mantenido
iempre en ese estado, si el humano desatino
o invitara Furias al estrago, que a mí me imputan
esatino; así también el Príncipe Infernal
on todos sus secuaces, por dejarlos
onquistar, tan desenvueltamente, sitio
an celeste, pareciendo incluso conspirar
or dar contento a despectivos adversarios,
ue se ríen, como si llevado por un pronto
e pasión, yo todo a su merced dejase,
aprichosamente expuesto a su anarquía.
no saben que los llamo, los arrastro ahí,
lis Perros Infernales, a lamer la escoria y mugre
ue el pecado corruptor del hombre vierte
n lo que era puro, hasta que empachados,
eventando casi de carroña, sólo un golpe
e tu brazo victorioso, Hijo amado,
Pecado y Muerte, y la Tumba boquiabierta,
os arroje al fin al Caos cerrando los Infiernos
ara siempre y sellen sus voraces fauces.
ielo y Tierra renovados, puros otra vez entonces,
estirán la santidad que no recibe mácula:
asta día tal, la maldición caída en ambos prevalece».
Cesó, y la audiencia celestial cantó potentes
leluyas, cual murmullo de los mares elevándose
el coro que cantaba: «Justos tus caminos,
ectos tus decretos en todo lo que obras;
Quién podría extenuarte?». Luego al Hijo,
estinado Redentor del hombre, por quien
uevo Cielo y Tierra con las eras se alzarán

) bajarán del Cielo. Tal su canto,
lientras el Creador, llamando por su nombre
sus fuertes Ángeles, les dio diverso encargo,
ue al presente de las cosas convenía. El Sol
rimero recibió precepto de brillar, moverse,
e manera que a la Tierra con calor y frío la afectase
penas tolerable, y que llamase desde el norte
l decrépito aquilón, y desde el sur trajese
olsticial calor de estío. A la Luna lívida
u oficio le impusieron; a los otros cinco[267],
us mociones planetarias, sus aspectos
n sextil, cuadrado, trino[268] y en oposición,
e pernicioso efecto, y cuándo unirse
l sínodo imbenigno[269]; y a las fijas enseñaron
uándo derramar maligno influjo, cuál
e ellas, al alzarse o al ponerse con el Sol
ebía ser tempestuosa; a los vientos puntos
es marcaron cardinales, cuándo confundir bramantes
los mares, aires, litorales; cuándo percutir el trueno
on terror por toda el aula oscura del espacio.
ay quien dice que mandó a sus Ángeles torcer
os polos de la Tierra veinte grados, más aún,
el eje de este Sol: aquéllos con esfuerzo oblicuaron
l globo céntrico. Otros dicen que al gran Astro
e le impuso distanciarse de la vía equinoccial
ual distancia, a través de Tauro, con las siete
tlánticas Hermanas y Gemelos Espartanos
asta el Trópico Cangrejo; y presto abajo luego
esde allí por Leo, y Virgo y la Balanza,
asta el hondo Capricornio[270], por llevar a cada clima
ambio de estaciones; pues si no la primavera
erdurable al mundo sonriera con vernales flores,
léntica en los días y las noches, salvo allén
os círculos polares. El día para éstos
efulgiera desnochado, mientras bajo el Sol

upliera su distancia rodeando ante su vista
iempre el horizonte, sin llegar a confesar
riente u occidente, lo que nieves impidiera
n la fría Estotilandia[271] y en el sur profundo
ajo tierras magallánicas. Probado el fruto,
omo del festín de Tiestes[272], el Sol viró
u curso designado; si no ¿cómo el mundo
abitado, aunque inocente, más que ahora,
vitara los punzantes fríos, los calores abrasantes?
stos cambios en los cielos, aunque lentos, produjeron
ambio igual en mar y tierra, plaga sideral,
apores, nieblas, tórridas exhalaciones,
orruptas, pestilentes. Ahora desde el norte
e la Norumbega y la costa samoyeda[273],
eventando su mazmorra férrea, armados con helor
nieve y el granizo, ráfagas y tempestad,
l Bóreas, Cedas y el Argestes bullicioso
on el Tracias bosques quiebran, alzan mares;
on adversa racha los levanta el Noto
esde el sur y el Áfer negro con tonantes nubes
esde Sierra Leona. Entre ellos, tan feroces,
orren vientos de levante y de poniente,
uro y Céfiro con ruido lateral,
iroco y el Lebeche[274]. De este modo comenzó el estrago,
e las cosas no vivientes; mas primero la Discordia,
ija de Pecado, entre los irracionales,
nplantó la Muerte por la fiera antipatía:
estia contra bestia tuvo guerra, ave y ave,
ez con pez; dejando de pacer la hierba,
evorarse pretendieron uno a otro. Poco al hombre
espetaron: de él huían o con faz sombría
o espiaban al pasar. Éstas fueron, exteriores,
as crecientes aflicciones, que vio Adán,
a en parte, aunque ocultas en tremenda sombra,
l, librado a la tristeza, más doliente adentro,

n un mar sumido de pasiones tormentoso.
así aliviarse intenta con triste queja:
«¡Qué miseria tras la dicha! ¿Es éste el fin
el nuevo mundo tan glorioso, y mío, hace poco
loria de esa gloria, que maldito ahora
ras ventura tanta, de la faz me escondo
el Señor, al que antes contemplar fue colmo
e alegría? Mas bien, si aquí acabase
a miseria; la merezco y he de soportar
o merecido, pero nada acaba aquí:
odo lo que como o bebo, o pueda concebir
s propagada maldición. ¡Oh voz oída otrora
on deleite —«Creced, multiplicaos»—
ue ahora es muerte oír! Pues ¿qué puedo incrementar,
lultiplicar, sino anatemas sobre mí?
Quién, en todas las edades por venir, sintiendo
as desgracias que causé, no maldecirá
li testa: «¡Mal haya nuestro ancestro impuro,
racias démosle por esto!», pero tales gracias
erán la execración; así que aparte de las mías,
ue perduran sobre mí, las que provoque
on feroz reflujo en mí han de recaer,
n mí, su centro natural, ligeras golpearán
esadas, aunque en su lugar[275]. ¡Fugaces gozos
el Edén, pagados con lamentos perdurables!
Te pedí yo acaso, Hacedor, desde mi arcilla
loldearme en hombre?, ¿te rogué sacarme
e tinieblas, o un lugar aquí y morada,
n el plácido Jardín? Ya que mi voluntad
o tuvo parte en este ser que es mío,
ería justo, equitativo, reducirme a polvo,
eseoso como estoy de renunciar y devolverte
odo lo obtenido, incapaz siquiera de cumplir
us términos, muy duros, por los que debía conservar
n bien que no pedí. A la pérdida del mismo,

a castigo suficiente, ¿a qué le añades
al sentir de penas incesantes? Tu justicia
le parece inexplicable. Pero, cierto, tarde
o protesto, pues debían rechazarse entonces
ualesquiera términos, al ser propuestos:
ú los aceptaste, ¿has de disfrutar del bien, así,
luego cavilar las condiciones? Y aunque Dios
e hizo sin permiso tuyo, ¿qué, si tu hijo
e probase inmanejable y, reprobado, replicase:
¿Por qué me concebiste? Yo no quise»;
caso aceptarías, del desdén mostrado,
an altiva excusa? A él, no obstante, no tu opción,
ino la natural necesidad lo concibió.
ios quiso hacerte suyo, quiso hacerte
or sirviente suyo: tu retribución, su gracia;
u castigo, pues, legítimo depende de él.
ea así, pues me someto, su sentencia es justa:
olvo soy que al polvo volverá;
Bienvenida sea hora tal! ¿Por qué posterga
erpetrar su mano lo que su decreto hoy
a establecido? ¿Por qué sobrevivir,
or qué la muerte me rehuye, prolongándome
n dolor imperecible? Qué contento acogería
a mortalidad, condena mía, y sería tierra
ısensible, ¡qué contento yacería inmóvil
n el seno maternal! Ahí reposaría,
on seguro sueño; ya no tronaría su tremenda voz
n mis oídos, miedo de mayores males
ara mí y mi descendencia no me afligiría
on su cruel expectación. Mas una duda
le persigue todavía: que no muera entero,
ue ese puro hálito de vida, el espíritu del hombre
ue inspirara Dios, no consiga perecer
on este barro corporal; y así en la tumba,
quizás en otro lúgubre lugar, quién sabe
i andaré muriendo muerte viva. ¡Qué idea

an horrible, si es verdad! ¿Y pues? Hálito
e vida, pues, pecó: ¿no muere lo que tuvo vida
culpa? Mas el cuerpo propiamente nada tuvo.
odo en mí entonces morirá: que alivie tal noción
a duda, ya que humanamente no se alcanza más.
ues, aunque el Dios de todo infinito sea,
Lo es su cólera también? Y si lo fuera, el hombre no,
ino a la muerte condenado. ¿Cómo verterá
u cólera sin fin en quien la muerte pone fin?
Puede hacer inmortal la muerte? Tal sería hacer
xtraña oposición, que al mismo Dios
e le supone inadmisible y argumento
e impotencia, no poder. ¿Acaso expandirá,
or causa de su ira, lo finito a lo infinito
n el hombre castigado, para contentarse su rigor
unca contentado? De este modo extendería
u sentencia más allá del polvo y ley de la natura,
or la cual las causas todas siempre actúan
egún la recepción del acto material,
o la extensión de su privada esfera[276]. Mas qué,
i muerte no es un golpe solo, como creo,
ue te priva del sentido, sino miseria interminable
esde hoy en adelante, que percibo ya nacida
entro y fuera de mi ser, y así prosigue
perpetuidad. ¡Ay de mí!, que el miedo
uelve atronador y trae revuelta tremebunda
mi cabeza desvalida. Ambos, Muerte y yo
ternos hallo, y los dos unidos en un cuerpo,
o en mi sola parte, pues en mí completa
li posteridad está maldita: bello patrimonio
l que os lego, hijos. ¡Ay, si fuera yo capaz
e disiparlo todo solo, sin dejaros nada!
sí desheredados, ¡cuántas bendiciones sobre mí,
ue ahora maldecís! ¿Por qué la humanidad,
or culpa de uno sólo, debe así inocente condenarse,

i inocente? Mas de mí ¿qué puede proceder,
ino cosa corrompida, vil en mente y voluntad,
o sólo para hacer, sino querer lo mismo
ue yo quise? ¿Cómo pues alzarse, exculpados,
los ojos del Señor? Tras todo mi debate, a Dios,
orzado, absuelvo. Todas estas vanas evasiones
razones, aunque dédalos, me llevan siempre
mi propia convicción: primero y último,
n mí, en mí sólo, como fuente y causa
e la corrupción, toda culpa cae legítima;
Caiga así la cólera también! ¡Grato anhelo!
Podrías soportar la carga, más pesada que la Tierra,
ue el mundo todo más pesada, aunque repartida
on la mala hembra? Así pues, lo que tú deseas,
o que temes, por igual destruye la esperanza
e un refugio y te proclama miserable
lás allá de todo ejemplo, ya pasado o por venir,
omparable sólo a Satanás, en crimen y condena.
h conciencia, en qué abismo de temores
de horrores me has sumido, del que no hallo
scapatoria, y caigo más y más profundo».
Adán así consigo se quejaba en alto,
n la noche quieta, no la de antes del pecado
aludable y fresca, y templada, sino llena
e aires negros, de vapores y temibles nieblas,
ue en su vil conciencia proyectaba toda cosa
uplicando los terrores. En el suelo,
l yacía, frío suelo, maldiciendo sin cesar
su creación y a la Muerte, terco, la acusaba
e tardía ejecución, pues fuera impuesta
n el día de su ofensa. «¿Por qué no vienes, Muerte
-Insistía—, trayendo triplemente ansiado tajo
ue me acabe? ¿No honra acaso su palabra la Verdad,
a Justicia divinal no corre a ser, pues, justa?
las la Muerte no vendrá llamada, la Justicia divinal
o cambia lentos sus andares por plegarias o clamores.

)h bosques, oh fontanas, cerros, valles, frondas,
on distinto eco, hace poco, enseñaba a responder
vuestro umbraje, a vibrar con canto bien diverso.»
estando así afligido, al mirarlo Eva triste,
esolada en su lugar sentada, se acercó a su hombre
intentó palabras dulces que calmaran su pasión;
las él así la rechazó con inclemencia:
«Fuera de mi vista, Sierpe: pues, compinche suya,
ste nombre más te cuadra, como él tan falsa tú
odiosa. Nada falta, más que tu figura,
ual la suya, y un color aserpentado muestren
u interno engaño, previniendo a toda criatura
esde ahora contra ti, que esa forma tan divina,
u infernal disfraz, no las seduzca. Por ti peno:
eguiría yo feliz, si, cuando había más peligro,
o desestimaran mi advertencia tu soberbia,
u errabunda vanidad, y se ofendieran
or la falta de confianza, anhelando la mirada
un del Diablo mismo, tú tan convencida
e burlarlo, mas, hallando a la Serpiente,
autivada y traicionada tú por él, yo por ti,
ue te dejé alejarte, viéndote tan sabia,
an constante, tan madura contra todo asalto
no entendí que, más que sólida virtud,
ra todo ostentación, era sólo la costilla
etorcida por Natura, inclinada —ya se ve—
la siniestra parte de que fue arrancada:
ien está expulsada, puesto que superflua
ara el número que es justo[277]. ¿Por qué Dios,
reador juicioso, que pobló los altos Cielos
on Espíritus viriles, creó en la Tierra luego
emejante novedad, esta bella imperfección
e la Natura, y no colmó de golpe el mundo
e hombres como Ángeles sin fémina,
encontró distinto modo de engendrar

a humanidad? Tal desastre no ocurriera
otros muchos que vendrán, innúmeros
stragos en la Tierra por las trampas femeninas
la estrecha relación con este sexo: pues o
unca encontrará el varón capaz pareja, sólo
a que traiga el infortunio, o disparate;
a la que más ansia raramente la tendrá,
or su perfidia, viendo conquistarla a candidato
lenos digno; o, si lo ama ella, no la entregarán
os padres; o a su ideal encuentra él
luy tarde, ya ligada en lazos maritales
un despótico rival, vergüenza suya u odio;
osas que aflicciones infinitas causarán
l hombre y turbarán la doméstica armonía».
No añadió a lo dicho y de ella se apartó, mas Eva
o por ello resentida, con sollozo interminable,
a melena enmarañada, a sus pies
ayó sumisa y, abrazándolos, buscó
onciliación, diciendo así entre lloros:
«No te apartes de este modo, Adán; testigo el Cielo
el amor sincero y reverencia que mi corazón
e tiene, de que inconsciente te he ofendido,
ngañada infelizmente. Suplicante tuya,
o te ruego, te abrazo las rodillas: no me niegues
so de que vivo, tu mirar gentil, tu ayuda,
u consejo, en ésta la mayor desdicha,
ú, mi solo apoyo y fuerza; pues de ti privada
Qué he de hacer de mí?, ¿cómo subsistir?
lientras aún vivamos, una corta hora acaso,
aya paz entre los dos, reuniendo ambos
-Como unidos en agravio— sola enemistad
ontra el adversario impuesto por el hado,
a Serpiente cruel. No viertas, pues, en mí
u encono por la desventura acontecida,
n mí, perdida ya, más miserable aún que tú,
ues, si los dos pecamos, tú lo has hecho

ólo contra Dios; yo contra Dios y contra ti,
al lugar del juicio volveré, a importunar
on mis clamores a los Cielos, que, absuelto tú
e toda culpa, la sentencia entera caiga
n mí, sola causa de toda esta aflicción,
o, yo, yo, solo objeto justo de su ira».
Terminó llorando, y su actitud rendida,
ıvariable si su falta, admitida y deplorada,
o era perdonada, despertó en Adán
lisericordia; pronto el corazón se le ablandó
ara con ella, su deleite solo y vida hacía poco,
sus pies hundida ahora y afligida,
riatura tan hermosa que buscaba su clemencia,
l consejo de quien ella disgustara, su asistencia.
omo desarmado, su ira toda vio perderse,
con palabras de concordia pronto ya la irguió.
«Inconsciente y muy ansiosa, como antes,
e las cosas que aún ignoras, ahora quieres
l castigo todo para ti; mas ¡cuida!,
primero aguanta el propio, tú, incapaz de soportar
a plena furia de quien sientes sólo parte nimia
que mal aguantas mi disgusto. Si pudiesen
as plegarias alterar divinos bandos, a ese sitio
orrería antes que tú, e imploraría aún más fuerte
ue sentencia y pena a mí me golpeasen sólo,
erdonados tu flaqueza y sexo más infirme,
ue me fueron confiados y yo expuse.
las levanta, no riñamos más ni nos culpemos
no a otro, harto ya culpados por doquier,
ino démonos amor, aligerémonos la carga
no a otro en esta hora de pesares compartidos,
uesto que esa muerte señalada, tal parece,
o será de pronto, sino daño rezagado:
argo día pereciendo para aumento del dolor,
a nuestra estirpe (¡pobre estirpe!) derivado.»
A lo que Eva, recobrando el ánimo, repuso:

Adán, por triste experimento puedo ya saber
ué poco peso mis palabras hallan ahora en ti,
alladas tan erróneas y, en justa implicación,
alladas tan fatales; sin embargo, pues,
or ti repuesta, vil que soy, y nuevamente
olerada, en la esperanza de recuperar
u amor, el único contento de mi corazón
n vida o muerte, no te ocultaré los pensamientos
ue en mi inquieto pecho se levantan
retendiendo cierto alivio de estas aflicciones,
acabarlas, y, aunque tristes y severos, llevaderos
, dados nuestros males, más pasables.
i la inquietud por nuestra prole es lo peor,
ues nacerá a inevitable sufrimiento, devorada
or la Muerte al fin —pues, cierto, es miserable
er principio de miseria para otros,
uestra propia descendencia, y de nuestros lomos[278]
este mundo maldecido traer progenie desdichada,
ue después de vida desgraciada deba aún alimentar
tan inmundo monstruo—, en tu poder está,
o obstante, antes de la concepción negar
a raza imbendecida y nonata todavía.
nfecundo estás, infecundo sigue: así la Muerte,
e su hartazgo hurtada, con nosotros solamente
abrá de contentar sus fauces ávidas.
las si juzgas cosa dura y trabajosa,
l charlar, mirarnos, al amarnos, abstenernos
e los ritos del amor, nupciales y dulcísimos abrazos,
desesperar de ardiente anhelo, lánguido,
elante del presente objeto en languidez
e igual deseo, cosa que sería desventura
sufrimiento no menores que los ya temidos,
fin, pues, de librarnos ellos y nosotros
e lo ingrato para todos, acabemos de una vez,
usquemos Muerte, o de no hallarse, suplan

uestras manos sus oficios en nosotros.
Por qué seguir temblando bajo tales miedos,
ue no muestran otro fin que muerte, si podemos
-Entre muchos modos de morir, tomando el más directo—
estruir con destrucción la Destrucción?».
Aquí acabó, o el vehemente desespero
ilenció el resto; tanta muerte sus ideas
evolvieran que tiñeron sus mejillas de palor.
las en Adán consejo semejante no hizo mella:
lás clarividente, a mayores esperanzas
l bregara por alzarse y a Eva así repuso:
«Eva, tu desprecio de la vida y el placer,
ıdica, tal parece, en ti algo más sublime
excelente de lo que tu mente desaprueba;
las la propia destrucción, así buscada, contradice
a excelencia vista en ti, e implica,
o ya tu rechazo, sino tu pesar y angustia,
or la pérdida de vida y placeres codiciados.
, si ansias muerte y el completo fin
e las miserias, figurándote librarte de este modo
el castigo pronunciado, ten por cierto que el Señor
rmó más sabiamente su ira vengadora,
ara ser así burlada. Temo aún que muerte
sí robada no nos salve del suplicio
ondenados a pagar, sino que tales actos,
ontumaces, al Altísimo provoquen
tornar la muerte viva en ambos. Exploremos
olución, por tanto, más segura, que yo diría
a vislumbro, recordando atentamente
arte del dictamen, que herirá tu descendencia
a cabeza de la Sierpe: parco desagravio,
i no implica, como creo, al gran antagonista,
atanás, que en la serpiente concibió
ontra nosotros su artimaña. Aplastarle la cabeza[279]
í sería al fin venganza, y ello se frustrara

i morimos, o si días infecundos resolvemos,
ual propones. De este modo el adversario
scaparía a su castigo, mientras en nosotros
l nuestro recaería duplicado.
o sigamos pues hablando de violencia
n carne propia o esterilidad porfiada,
ue nos hurta la esperanza y degusta sólo
esquemor y orgullo, impaciencia y odio,
eluctancia contra Dios y el justo yugo
uesto a nuestros cuellos. Recuerda el dulce
compasivo temple al oírnos y juzgarnos
in violencia o vilipendio: esperamos
úbita disolución, que creímos ese día
uponía el morir; mas, mira, a ti
olores se te imponen sólo embarazada
al parir, después recompensados con la dicha,
ruto de tu seno. A mí la maldición sesgada
le rozó al dar en tierra: con trabajo ganaré
li pan: ¿es daño? La pereza sí sería un mal.
li labor me sostendrá, y por que el frío
el calor no nos hiriesen, oportuno su cuidado
io de lo preciso sin pedírselo, y sus manos
os vistieron, viles, apiadándose mientras juzgaba.
uánto más, si le imploramos, se abrirá
u oído y a piedad se inclinará su corazón,
más nos mostrará los medios de evitar
os tiempos inclementes, el granizo, lluvia, hielo y nieve,
ue este cielo ya comienza con variable rostro
esgrimir en las montañas, mientras vientos
oplan lientos y cortantes, esparciendo los mechones
e estos árboles hermosos; lo que incita
buscar cobijo y un calor que anime
uestros miembros arrecidos, antes que el diurno astro
la noche deje fría; su haz de rayos reflejados
avilemos qué materia seca puede fomentar
si por colisión de dos objetos extraeremos

uego del frotado aire, como vemos que las nubes
eleonas, o azuzadas por los vientos, rudas al chocar,
renden rayo al sesgo, cuya oblicua llama cae
inflama la corteza resinosa del abeto o pino
radiando desde lejos confortable calidez
ue puede al Sol suplir. En cómo usar tal fuego,
qué otra cosa nos será remedio o cura
ara males despertados por la infamia nuestra,
l nos instruirá, rezando, implorando
u merced. No existen, pues, razones de temer:
ranquila pasaremos esta vida, sostenidos
or su amor con muchos bienes, hasta terminar
n polvo, nuestro último reposo y natal morada.
ué mejor conducta que, volviendo al sitio
onde él nos enjuició, caer postrados,
everentes ante él y confesar ahí mismo humildes
uestras faltas, y pedir perdón, con lágrimas
ue rieguen ese suelo, con suspiros insistentes
n el aire de contritos corazones, en señal
e pena no fingida y mansa humillación.
in duda ha de ablandarse y olvidar
u desplacer; él, en cuya faz serena,
uando más airado parecía y más severo,
Qué, si no favor, merced y gracia fulguraban?».
Esto dijo nuestro padre penitente, y Eva
o sintió menor pesar. Tornando ya sin dilación
l sitio de su juicio, postrándose cayeron
nte él con reverencia y ambos confesaron
óciles sus faltas, y pidieron el perdón, con lágrimas
egando el suelo, y suspiros insistentes
n el aire de contritos corazones, en señal
e pena no fingida y mansa humillación.

Libro XI

EL ARGUMENTO

El Hijo de Dios presenta a su Padre las plegarias de nuestros primeros ancestros, ahora arrepentidos, e intercede por ellos. Dios las acepta, pero declara que no deben seguir morando en el Paraíso. Envía a Miguel con una banda de Querubines a desheredarlos, pero, primero, para que revele a Adán las cosas por venir. El descenso de Miguel. Adán muestra a Eva ciertos signos ominosos; distingue la llegada de Miguel y sale a recibirlo; el Ángel proclama la partida de Adán y Eva. Lamentación de Eva. Adán implora, pero se somete. El Ángel lo conduce a una montaña elevada y le presenta, en visión, lo que ocurrirá hasta el Diluvio.

sí pues, arrepentidos, con profunda contrición
ezaban: del Sitial de la Merced[280], arriba,
perante gracia[281] descendiera, extirpándoles
el corazón lo pedregoso y forjándoles regenerada
arne nueva, que suspiros exhalaba ahora
nexpresables, inspirados por el ánima de la plegaria,
levados a los Cielos con más raudo vuelo
ue los himnos más potentes. Mas no era el porte
e serviles pedigüeños, ni menos importante
l ruego parecía que cuando el par anciano
e las fábulas de antaño —menos que éstos sin embargo—,
eucalión[282] y Pirra casta, a fin de restaurar
la anegada raza humana, acudieron fervorosos
l altar de Temis. A los Cielos sus plegarias
scendieron, sin que vientos envidiosos, errabundas
frustradas las perdieran. Allí accedieron,
ndimensas[283], por celestes Puertas; y vestidas luego
on incienso, donde el áureo altar humaba,

or el gran Intercesor, por fin llegaron
nte el Trono de Dios Padre. Presentándolas el Hijo
atisfecho, así empezó su intercesión:
«Mira, Padre, qué primicias brotan en la Tierra
e la gracia que en el hombre has implantado:
on suspiros y plegarias, que, mezclados con incienso
n turíbulo de oro, yo tu sacerdote traigo;
rutos de sabor más dulce —tu semilla puesta
n el corazón de Adán contrito— que esos
ue su mano, cultivando todas las florestas
el Edén pudiera haber cobrado, antes de caer
e la inocencia. Ahora, pues, tu oído abre
su súplica, escucha sus suspiros aunque mudos;
ıhábil en palabras de oración, permite
ue interprete lo que dice, abogado suyo soy
sacrificio. Todas sus acciones, buenas o no buenas,
réndelas en mí: hará mi mérito perfectas unas
mi muerte por las otras pagará.
céptame, y recibe de ellos, a través de mí,
roma de conciliación, concede a Adán vivir
n paz contigo, cuando menos sus prescritos
ías, aunque tristes, hasta que la muerte, su condena
Yo por mitigarla así te imploro, no quitársela),
vida superior lo lleve, donde él conmigo
mis redimidos morará en la dicha y júbilo,
onmigo hecho uno, como yo contigo soy».
A lo que el Padre, ya sin nubes y sereno:
Todo lo que pides por el hombre, aceptado Hijo,
enlo, toda tu demanda era mi decreto:
las que siga él morando en ese Paraíso
e lo impide el estatuto que impuse a la Natura:
sos puros elementos inmortales, ignorantes
e lo burdo, de inarmónica mezcla inmunda,
a lo expulsan, maculado, y se purgan de él
ual cosa enferma, burdo al aire burdo
el mortal sustento, más conforme

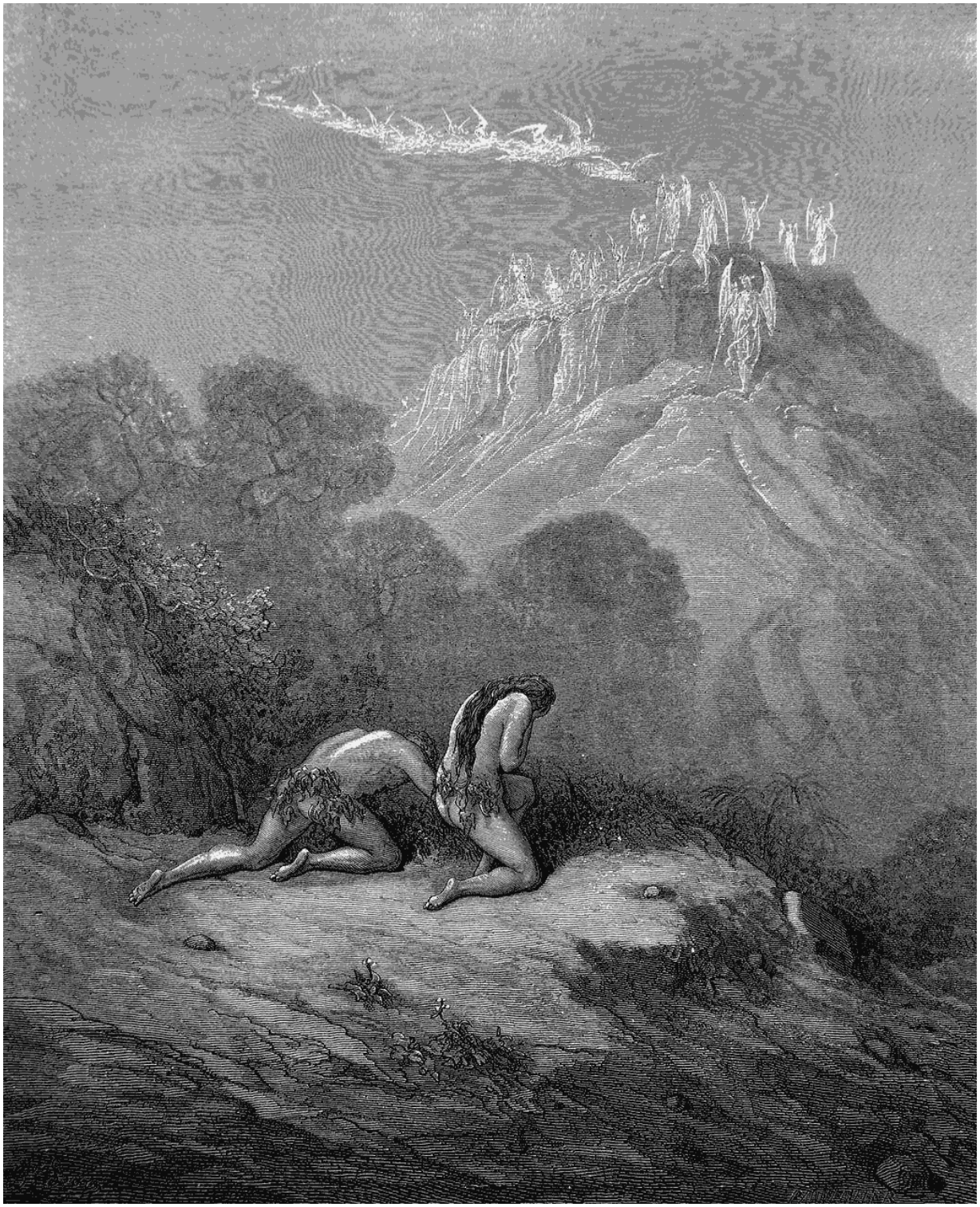
su extinción por el pecado, que primero
nfermó ese mundo, corrompiendo lo incorrupto.
o, al principio, dos hermosos dones
l crearlo puse en él, felicidad
vida imperecible: disipada aquélla,
sta otra serviría sólo a eternizar el daño,
asta que la muerte le enviara. Así es la muerte
u postrer remedio, y tras una vida atribulado
or severas ordalías, acrisolado por la fe
las obras de la fe, a Segunda Vida
espertado en la renovación del justo
-Cielo y Tierra renacidos—, a él renuncia en favor mío.
las al Sínodo llamemos ya a los Santos
el entero Empíreo: no les velaré
lis veredictos, cómo con la humanidad procedo
omo vieron que lo hice con los Ángeles indignos;
quedaron, aunque firmes, aún más confirmados».
Terminó, y el Hijo dio señal ilustre
l ministro fúlgido de guardia, que sopló
u pífano, escuchado luego en el Horeb, acaso,
uando descendió el Señor y acaso nuevamente
onará llamando al Juicio Último[284]. El toque angélico
ıunda todas las regiones. De benditas frondas,
e sus sombras amaranto, fuentes, manantiales,
guas de la vida, desde allí donde se hallaban,
n gozosas compañías, los Hijos de la Luz
eloces acudieron a la magna citación,
ɔmando asiento allí. Desde el supremo Trono entonces
l Omnipotente expuso así su soberana voluntad:
«Oh Hijos, cual nosotros ha llegado el hombre
conocer el Bien y el Mal[285], pues ha probado
el prohibido fruto; que alardée, si quiere,
e saber del Bien perdido, del ganado Mal,
ues fuera más feliz bastándole saber
el Bien en sí, del Mal en absoluto.

a se atrista, se arrepiente y contrito reza,
al le inspiro, mas por mucho que se duela
o su corazón conozco, qué voluble y vano
i a sí mismo abandonado. Por que más audaz ahora
o codicie así también del Árbol de la Vida y coma,
viva para siempre, o que vive para siempre
ueñe al menos, yo decreto desterrarlo,
xpulsarlo del Jardín a cultivar la tierra
e que fue formado, suelo este más acorde.
»Miguel, sea ésta la misión que te confío:
elecciona, de entre todos los Querubes,
lor de ígneos campeones, no suceda que el Demonio,
a sea por el hombre, ya por invadir
acantes posesiones, otra vez suscite estorbo.
ate prisa, y del Paraíso del Señor
rroja sin pesar a la pareja pecadora,
el terreno santo a los profanos, proclamando
ara ellos y su estirpe, desde ese instante,
xilio perdurable. Pero, por que no desmayen
l oír el triste edicto impuesto con rigor,
ues los veo ya ablandados y con lágrimas
enar su transgresión, oculta los terrores.
i pacientes tu orden obedecen,
o los eches desolados; y revélale a Adán
o que será en los días por venir
egún te mostraré, incluye en todo ello
li alianza renovada con la estirpe de Eva,
despídelos así, en paz, aunque apenados:
en el flanco este del Jardín, por donde asciende
el Edén camino fácil al recinto, emplaza
uardia Querubínica y la llama tremolante
e una espada, por que espante desde lejos al viajero
npidiendo todo acceso al Árbol de la Vida[286]:
ue no acabe siendo el Paraíso receptáculo
e espíritus inmundos y mis árboles su presa,

uyos frutos nuevamente usen como engaño».
Cesó; y el Arcangélico Poder se preparó
ara rápido descenso, y con él la fúlgida cohorte
e Querubes celadores: cuatro rostros cada cual
enía, como doble Jano[287], y su forma por entero
alpicada de ojos, número mayor que tuvo
rgos, más despiertos, menos dados a soñar
mbelesándolos la flauta arcadia, el albogue pastoral
e Hermes, o su hipnótico bordón. Mientras,
ara saludar de nuevo al mundo con sagrada luz,
eucotea[288] despertó a embalsamar la tierra
on su fresco aljófar; ya Adán y la primera madre
erminaran sus plegarias, encontrando
uerza procurada desde arriba, esperanza nueva,
ozo incluso, mas al miedo todo aún sujeto.
Adán palabras bienvenidas a Eva dirigió:
«Eva, fácilmente admitirá la fe que todo bien
ue disfrutamos de los Cielos viene;
las que de nosotros algo ascienda al Cielo
an valioso que a la mente pueda interesar
e Dios Altísimo, o inclinar su voluntad,
penas se creería; mas esto hace la plegaria,
un suspiro breve del aliento humano, elevado
asta el mismo Trono. Pues desde que intento
placar al ofendido Dios con mis plegarias,
e rodillas ante él, con todo el corazón rendido,
reo haberlo visto apaciguado y dulce,
briéndome su oído, y más seguro estoy
el favor con que me escucha: a su hogar, mi pecho,
etornó la paz; a mi memoria su promesa,
ue herirá tu descendencia al adversario[289],
osa que ignoré en mi desespero, mas ahora
le confirma que la idea amarga de la muerte
a pasó y que viviremos. Salve, pues, Eva, a ti
lamada justamente madre de la humanidad,

ladre, sí, de todo lo viviente, pues por ti
l hombre vivirá, y toda cosa para el hombre».
A lo que Eva, triste el porte y timorata:
Poco digna yo resulto de título tan grande,
ransgresora como soy, pues, destinada
ser tu ayuda, fui tu trampa. Más reproche
le merezco, desconfianza que alabanza:
ıfinito, sin embargo, fue mi Juez en su perdón,
ue yo, que traje muerte a todo, sea declarada
uente de la vida; generoso luego tú,
ue título tan alto accedes a otorgarme
lereciendo otro tan distinto. Mas el campo
l trabajo ya nos llama con sudor impuesto,
un tras noche insomne, pues observa el alba
ue, insensible a los desvelos, sonriendo
mpieza su rosáceo andar. Partamos pues,
in que yo de tu costado me separe nunca,
ondequiera la labor transcurra, aunque ahora
rabajosa, hasta el fin del día. Si aquí moramos,
Qué podría ser ingrato en veredas tan hermosas?
ivamos pues aquí, caídos mas contentos».
Esto dijo, esto quiso la humillada Eva, mas el hado
o lo rubricó: primero dio señales la Natura
n las aves, bestias, aires; aire eclipsado de repente
ras albor muy breve. Luego, cerca de Eva,
l pájaro de Jove[290] se lanzó desde su aérea torre
ras dos aves pintas, rápidas delante de él;
e los montes descendió el selvático monarca[291],
onvertido en cazador tras la gentil pareja,
a más bella de los bosques, ciervo y cierva,
ue veloces escapaban a la puerta oriente.
o observó Adán, siguiendo con los ojos
a carrera, y le dijo a Eva no sin turbación:
«Oh Eva, nuevos cambios nos aguardan,
ue por estos signos mudos muestra el Cielo

n la Natura, precursores de sus planes, puede,
advertencias por sentirnos tan a salvo
e condena, viendo que la muerte queda postergada:
uánto, y qué será hasta entonces nuestra vida,
uién lo sabe, o sabe nada aparte de esto: somos polvo,
a él retornaremos para no ser más.
Por qué, si no, la doble escena a nuestra vista,
resa perseguida por los aires y los campos,
la misma hora, misma ruta? ¿Por qué en el este
ay tinieblas sin mediarse el día, y luz del alba
lás oriente[292] prende aquella nube occidental
ue por el azur arrastra su blancor radiante,
desciende lenta, cual portando flete empíreo?».
No erraba, pues en ésta la cohorte empírea
esde un cielo jaspe descendía ahora
l Paraíso, y en un cerro se posó: aparición
loriosa, si la duda y el carnal temor
o hubieran ofuscado el día aquel de Adán los ojos.



o tan gloriosa aquélla, cuando Ángeles halló
acob en Mahanaim, donde vio los pabellones
e la Guardia fúlgida cubrir el campo[293];
i aquélla otra acontecida en el monte ardiente
e Dotán, colmado de un ejército de fuego
ontra el rey de Siria, quien por sorprender
un hombre, cual sicario provocó la guerra,
uerra indeclarada[294]. El Jerarca principesco,
llí en su loma, permitió tomar a su milicia
osesión de aquel Jardín; mas él sin compañía
n busca fue de Adán, a donde estaba cobijado,
uien al ver aproximarse al magno Visitante,
eñalándoselo a Eva, así le habló:
«Aguarda, ay, ahora grandes nuevas, que quizá
ispongan de nosotros pronto, o nos impongan
uevas leyes que observar; pues ya distingo
n aquella nube fúlgida que vela el monte
uno de la hueste celestial y, por su porte,
o de los menores: Potentado grande se diría,
de los Tronos en la Altura, tanta majestad
viste su andadura; pero no es temible
ue haya de asustarme, ni tampoco cálido
ual Rafael, que deba confiarme mucho:
s sublime y grave y, para no ofenderlo,
everente debo recibirlo; tú retírate».
quí se tuvo; y el Arcángel pronto estuvo cerca,
o en su forma celestial, sino cual hombre guarnecido
ara trato humano; sobre la armadura refulgente,
u gonela militar de púrpura fluida le caía
lás brillante que la melibea, o la púrpura[295]
e Sarra, que llevaron reyes, héroes en lo antiguo,
n las épocas de tregua; Iris[296] misma la tiñera.
u yelmo astral deshebiliado lo mostraba joven,
n la cima de su lozanía; a un costado,

omo en fúlgido zodiaco, la espada[297] le pendía,
l terror de Satanás, y portaba lanza en mano.
e inclinó Adán sumiso; regio el otro, obvió
a reverencia, declarando así su cometido:
«Adán, mandato celestial no exige prólogo:
aste pues que tus plegarias son oídas y la Muerte,
or sentencia merecida al transgredir,
urtada es de su presa muchos días,
ara ti de gracia, en que podrás arrepentirte
una mala acción cubrir con múltiple bondad.
ien puede que, aplacado Dios entonces,
el voraz imperativo de la Muerte te redima;
las que sigas habitando en este Paraíso
o lo acepta. He venido a desterrarte,
expulsarte del Jardín a cultivar la tierra
e que fuiste tú formado, suelo más acorde».
Nada ya añadió, pues, al oír Adán las nuevas,
olpeado el corazón por gélida tristeza,
esmayó; mas Eva, que entre tanto oculta
odo oyera, con lamento perceptible,
eveló enseguida el lugar de su retiro.
«¡Ay golpe inesperado, aún peor que Muerte!
Deberé dejarte así, oh Paraíso?, ¿así dejarte,
uelo natalicio, sombras y veredas venturosas,
ignas de los Dioses, donde quise ver pasar,
ranquila, aunque triste, el respiro hasta ese día
ue será mortal para los dos? Oh flores,
ue ya nunca creceréis en otro clima,
uestro era mi primer saludo, el adiós postrero
e la tarde; flores que cuidaba con ternura
esde su primer capullo, y les daba nombres,
Quién al Sol ha de criaros, u orientar
uestras tribus, o regaros de la fuente de ambrosía?
ú, por fin, nupcial cobijo, que adorné
on todas las dulzuras de la vista y el olor,

Cómo abandonarte, dónde descender,
qué submundo, bárbaro tras éste
tenebroso, cómo respirar en aires menos puros,
echos como estamos a inmortales frutos?»
Lo que el Ángel tierno interrumpió:
No te lamentes, Eva, y paciente entrega
o que pierdes justamente; aparta el corazón,
sí apegado, de lo que no es tuyo;
u partida no es en soledad, tu consorte
a contigo, cuyos pasos debes tú seguir:
l lugar que habite siéntelo tu suelo natalicio».
Adán entonces, recobrándose del frío ataque
epentino y de nuevo en posesión de sus sentidos,
Miguel palabras obsecuentes dirigió:
«Celestial, ya Espíritu entre Tronos, o de ellos
l más alto, pues por tu figura puedes parecer
n Príncipe entre príncipes: gentil has dado
u mensaje, que pudiera herirnos pronunciado,
acabarnos realizado. Lo que todavía
e tristeza, postración y desespero, nuestra frágil
ondición podía soportar lo traen tus nuevas:
a partida de este sitio venturoso, nuestro dulce
recogido abrigo, último consuelo
amiliar a nuestros ojos, cuando todo espacio
iferente desolado nos parece e inhóspito,
n desconocido que nos desconoce; si creyese
ue plegarias incesantes cambiarían el decreto
e quien puede toda cosa, yo no dejaría
e cansarlo con mi asidua imploración;
las la plegaria, contra su absoluta voluntad,
o sirve más que un soplo contra el viento,
ue volviendo súbito sofoca a quien lo exhala.
por ello a este gran mandato me someto.
le atrista sobre todo que, alejándome de aquí,
culto quedaré a su rostro, yo privado
e su faz bendita. Aquí podía frecuentar

on apto culto, un lugar tras otro donde él
e me ofrecía, y a mis hijos les diría:
En este monte apareció, bajo este árbol
ue visible, entre estos pinos oí su voz,
quí con él hablé, a la vera de esta fuente».
anto altar agradecido le alzaría yo
e herboso temple, apilando cada piedra
ien pulida del arroyo, en memoria,
monumento, de las eras, ofreciéndole ahí
romáticas resinas, y los frutos y las flores.
n aquel submundo, ¿dónde buscaré
rillantes sus visitas, o sus huellas hallaré?
ues, aunque huí de él airado, ya devuelto
vida duradera y prometida descendencia,
rato ahora me es mirar aun la orla extrema
e su gloria, y su paso adoro desde lejos».
A lo que así Miguel, benigna la mirada:
Adán, bien sabes suyo el Cielo, y la Tierra toda,
o esta roca sólo; pues su omnipresencia colma
lar y continente, el aire y toda especie viva,
nimado todo y temperado por virtud divina.
l te dio la Tierra para poseerla y gobernarla,
on considerable: no supongas pues
ue su Presencia queda a este cerco confinada
el Paraíso o el Edén. Habría sido, acaso, éste
ede tuya capital, de donde propagarse
us generaciones, y quizás aquí vendrían
esde todo punto de la Tierra a celebrarte
venerarte, como gran progenitor.
las esta preeminencia la has perdido, trasplantado
la morada en suelo llano, con tus hijos.
o dudes, sin embargo, que en llanura y valle
lora Dios igual que aquí, y lo hallarás también
resente y su presencia en muchos signos
ue contigo irán, aún envolviéndote
n bondad y paternal amor, su rostro manifiesto

de sus pasos, la divina estela.
para confirmarte todo ello y que lo creas
ntes de partir de aquí, mira que me envían
on misión de revelarte lo que está por acaecer,
ti y tu descendencia; de lo bueno con lo malo
spera oír, la suprema gracia peleando
on la humana transgresión; de ello aprenderás
aciencia pura y a templar con miedo el gozo
con tristeza pía, habituado por igual,
n la mesura, a aguantar cualquier estado,
róspero o adverso. Así conducirás
u vida más segura y estarás mejor dispuesto
l mortal pasaje, cuando llegue. Sube, pues,
este monte; deja a Eva (cuyos ojos cierro)
quí dormida, mientras tú despiertas previdente:
ue una vez dormiste mientras ella obtuvo vida».
A lo que Adán agradecido respondió:
Asciende, yo te sigo, firme guía, por la senda
ue me lleves y a la mano me someto del Empíreo
uan severa sea; a los males torno
l pecho expuesto, armándome para vencer
or sufrimiento y merecer con mi labor reposo,
i pudiese yo lograrlo». Así ascendieron ambos
Visiones del Señor: un monte era éste,
el Paraíso el más crecido, desde cuya cumbre
l hemisferio de la Tierra, en perfecto panorama,
e extendía entero hasta el límite del horizonte.
o más alto el monte ni mayor su perspectiva
onde, por distinta causa, puso el Tentador,
llá por los desiertos, al segundo Adán,
lostrándole los reinos de la Tierra, y sus glorias[298].
us ojos[299] dominaban desde allí todo asiento
e ciudad de antigua o de moderna fama, capital
e imperios poderosos, desde los futuros muros
e Cambalu, sede de los kanes de Catay

Samarcanda junto al Oxus, trono de Temir,
asta Paquin de los reyes Sin[300] y desde allí
Agra y a Lahore[301], del gran mogol,
asta el áureo Quersoneso[302], o donde el persa
abitaba en Ecbátana, o después
n Hispahán[303], o donde el zar de Rusia,
n Moscú, o allí en Bizancio[304] los sultanes,
ástagos del Turquestán; alcanzaba su mirar
el negus[305] el imperio hasta el puerto extremo,
rcoco[306], menos marineros, los monarcas
e Mombaza[307], de Quiloa y de Melind,
de Sofala[308], figurada Ofir, hasta el país
el Congo, y aun Angola tan al sur;
desde el Níger hasta el monte Atlas[309]
or los reinos de Almanzor[310], Fez y Sus,
larruecos y la Argelia y Tremisén[311];
Europa desde allí, y donde Roma regiría
l mundo. En espíritu quizás aun viera
l rico México, la capital de Moctezuma[312],
Cuzco del Perú, más rica capital
e Atabalipa[313], y la aún no saqueada
uyana, cuya gran ciudad los hijos de Gerión
laman El Dorado[314]. Pero a vistas más sublimes
espertó Miguel a Adán, quitándole la binza
e los ojos, que pusiera el falso fruto con promesa
e visión más clara; luego el nervio visual le purga,
on eufrasia y ruda[315], pues tenía mucho que mirar;
tres gotas le instiló del manantial de vida.
an hondo penetró el poder de tales ingredientes
-Hasta el mismo núcleo de visión mental—,
ue cerrando Adán ahora los ojos a la fuerza,
esmayó de súbito, en trance todos sus espíritus.
las gentil el Ángel, enseguida por la mano
o levanta y llama de este modo su atención:
«Adán, tus ojos abre ya y empieza por mirar

as consecuencias de tu crimen primordial
n unos que saldrán de ti y jamás tocaron
l excluido Árbol, ni con la Serpiente conspiraron,
i pecaron tu pecado, mas de tu pecado viene
orrupción que engendrará actos más violentos».
Adán abrió los ojos para ver un campo,
arte arable y cultivada, con gavillas esparcidas
cabadas de segar; en la otra parte, pastos y majadas;
en el medio hay un altar, como hito limitáneo
rústico o montículo de césped, donde pronto
el cultivo ve llegar sudado a un segador
rayendo sus primicias: verde espiga, jalde haz,
untado todo sin cuidado. Un pastor después,
lás bondadoso, los caloyos trae de su rebaño,
scogidos, los mejores; inmolándolos entonces,
us entrañas y su grasa, salpicadas con incienso,
n la leña las coloca y todo rito cumple necesario.
al ofrenda pronto el fuego favorable de los Cielos
a consume en llama súbita y grata humada;
las no la otra, falta como estaba de sinceridad.
sí rabió en lo interno aquél y, mientras departían,
o golpeó con una piedra en mitad del torso,
rrancándole la vida; éste, pues, cayó y, lívido,
ejó escapar el alma con gruñido y sangre pródiga[316].
lucho el corazón de Adán desfalleció
l verlo y presuroso al Ángel clama:
«Oh Instructor, algún perjuicio le ha ocurrido
ese hombre bondadoso, el que bien sacrificara:
Tal pago pues recibe la piedad, la pura devoción?».
así Miguel repuso, conmovido por igual:
Los dos que has visto, Adán, son hermanos que vendrán
e tus riñones[317], y el injusto mata al justo por envidia,
iendo que recibe la ofrenda de su hermano
eneplácito del Cielo; mas el acto sanguinario
l final será vengado y a la sancionada fe del otro

o le faltará retribución, aunque aquí lo ves morir,
odando por el polvo y el destrozo». A lo que Adán:
«¡Ay, por el hecho y por su causa!
Mas Muerte he visto ya? ¿Es éste el modo
n que al polvo volveré? ¡Oh escena
e terror, inmunda y espantosa de mirar,
orrenda si pensada, ¡cuán horrible de sentir!».
A quien así Miguel: «Muerte has visto en su primera
orma humana, pero muchas formas hay
e Muerte, y muchos los caminos que conducen
su lúgubre cubil, penosos todos; aunque más terribles
la entrada que cruzado ya el umbral.
lgunos, como viste, por violento golpe morirán,
or hambre, fuego o agua; por exceso otros
n comidas y el beber, lo que en la Tierra causará
olencias pavorosas, de las que legión monstruosa
nte ti aparecerá, por que conozcas la miseria
ue Eva tu consorte, con su falta de abstinencia
ortará a los hombres». De inmediato, un lugar
pareció delante de sus ojos, triste, fosco, fétido,
n lazareto parecía en que venían a parar
nfermos incontables, todas las dolencias
e punzante espasmo, rábida tortura, el dolor
el corazón en agonía, toda especie enfebrecida,
onvulsiones, epilepsias, los catarros fieros,
iedra intestinal y úlceras, los cólicos,
l demoniaco frenesí, melancolía destructora,
a lunática locura, las perláticas atrofias,
os marasmos y la pestilencia, tan devastadora,
as hidropesías, asmas y reumáticos tormentos.
spantosos los temblores, hondos los gemidos:
ervicial de lecho a lecho, acudía el Desespero.
triunfante sobre todos, tremolaba Muerte
u venablo, demorando el golpe aunque invocada
on fervor, cual bien supremo y última esperanza.
ista tan deforme ¿qué rocoso corazón las lágrimas

or mucho contendría? Adán dejó ir su llanto,
unque no nacido de mujer; la compasión rindió
l varón en él, sumiéndolo en sollozos un espacio,
asta que mayor firmeza dominó el exceso
, apenas recobrando el habla, retomó su queja:
«¡Miserable humanidad, qué caída y degradada,
ara qué funesto estado veo que te guardan!
uán mejor aquí nonata y terminada. ¿Por qué darnos
ida que después así nos quitan? Mas bien,
Por qué impuesta de este modo? Pues, ¿quién,
i supiera qué recibe, no preferiría rechazar
a brindada vida, o no querría pronto abandonarla,
éndose contento en paz? ¿Es que puede así
a imagen en el hombre del Señor, que fue creada
an erguida y bella, aunque luego pecadora,
aer hundida a sufrimientos tan horrendos
ajo penas inhumanas? ¿Por qué el hombre,
eteniendo todavía divinal similitud en parte,
o podría verse libre de deformidades tales,
xcusado en aras de la imagen del Creador?».
«La imagen del Creador —Miguel repuso—
os dejó al envilecerse ellos a sí mismos
or servir al apetito ingobernado, y la imagen
sumieron que servían, de grosero vicio,
nduciendo sobre todo al pecado de Eva.
or ello, tan abyecto es su castigo, que deforma
o la imagen del Señor, sino la propia;
si aun su imagen, por aquéllos profanada
l malear las reglas sanas de la pura condición
olviéndola dolencia repugnante, justa pena tienen
ues no honraron en sí mismos la divina Imagen.»
«Es justicia —dijo Adán— y me someto.
ero ¿no hay quizá distinta vía, aparte
e caminos tan acerbos, por la que alcanzar
a Muerte y volver al polvo, nuestro origen?»
«La hay —el Ángel dijo— si te impones

vitar la demasía, si te riges con templanza
l comer y en la bebida, reclamando de ello
l debido nutrimento y no glotón contento,
asta que los años pasen numerosos:
e este modo vivirás cayendo luego como el fruto
n el seno maternal, o ser tranquilamente recogido,
o arrancado con dureza, para muerte ya madura:
sto es la vejez; mas no la alcanzarás sin trascender
u juventud, tu fuerza, tu belleza, que verás
esfallecer, marchito, gris y débil; los sentidos,
turdidos, todo gusto del placer repudiarán
todo lo que tienes y, en lugar de aire juvenil,
legre, ilusionado, en tu sangre reinarán
umores melancólicos de frío y sequedad
ue apagará tu espíritu y por fin consumirá
u bálsamo de vida.» Y nuestro ancestro:
«No esquivaré la Muerte en adelante, ni tampoco
largaré la vida mucho, cavilando, más bien,
ómo abandonar en paz tan ardua carga,
ue tendré que conservar hasta el prescrito día
e rendirla, y esperar pacientemente
li disolución». Miguel repuso:
«Ni ames tú la vida, ni la odies; más bien vive
uanto vivas y, si poco o mucho, el Cielo lo dirá.
repárate para visión distinta ahora».
Miró de nuevo y vio llanura vasta, donde había
iendas de colores diferentes; junto a unas,
l ganado pasteaba; de otras, un sonido
e escuchaba de instrumentos, un melódico
añer de flauta y arpa; y podía contemplarse
l que cuerdas, tubos manejaba: su volátil toque,
spontáneo en toda proporción aguda y grave,
scapaba y perseguía de través la resonante fuga.
no había, en otra parte, que en la forja
rabajaba y ya fundiera dos macizos bloques,
ierro y cobre (hallados donde fuego accidental

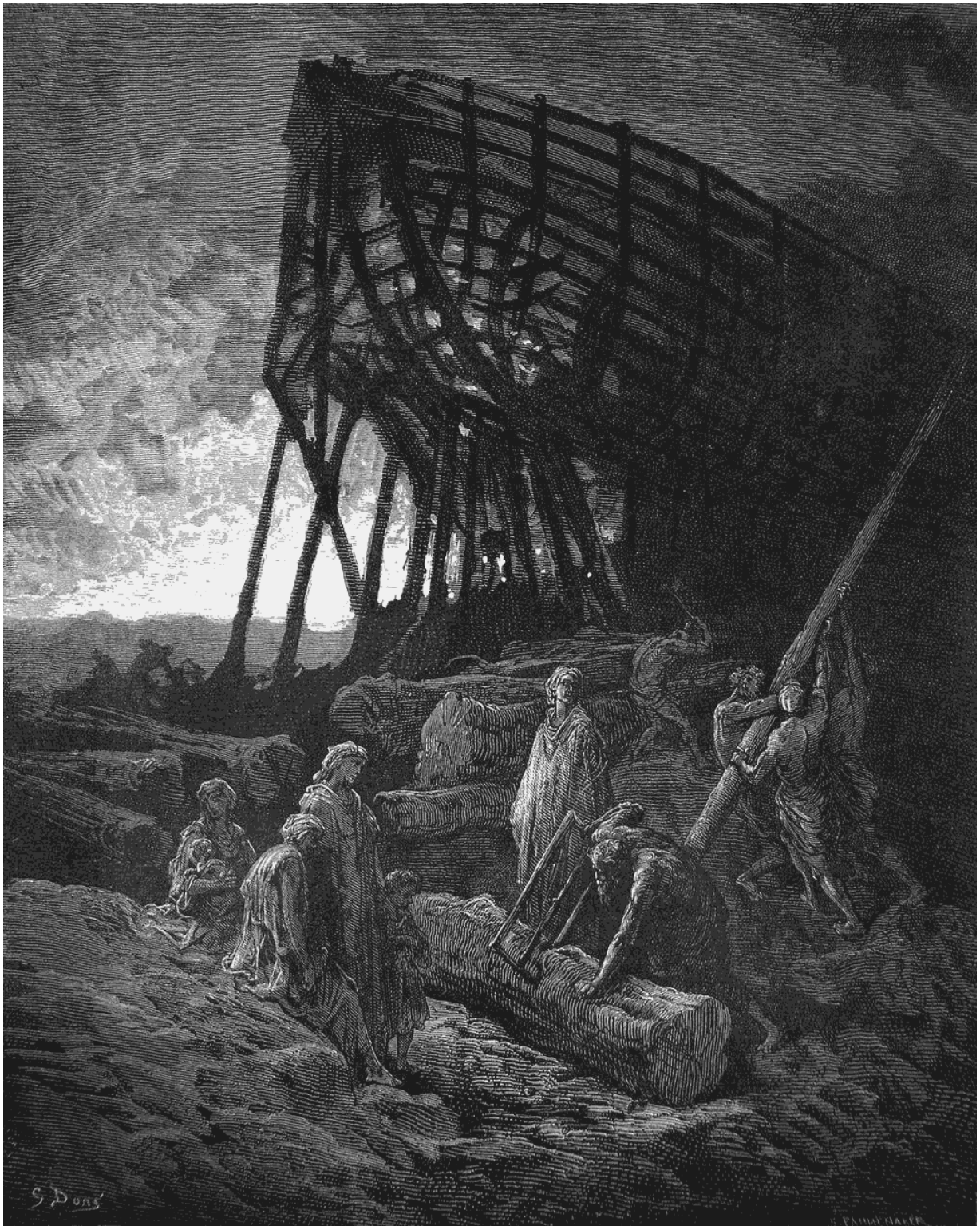
abía devastado el bosque en cerro o valle,
asta las venas de la tierra, que después fluyera
rdiente por grutesca boca, o bien traído por corriente
el subsuelo): el fundido mineral vertió
n aptos moldes predispuestos, de los que formar,
rimero, herramientas; luego, piezas cualesquiera
lodeladas o licuadas en metal. Tras éstos,
ero en parte más cercana, una clase diferente
e las altas, próximas montañas —su morada—
escendió a los llanos. Por su aspecto,
ombres justos parecían, y su anhelo todo era
dorar a Dios veraces, conocer sus obras
o escondidas, sobre todo aquellas que preservan
a concordia y libertad del hombre. Por el llano
argo tiempo no pasaran, mas ahora de las tiendas
ale un grupo de mujeres bellas; ricas prendas
festivas, joyas visten frívolas. Al son del arpa cantan
us letrillas amorosas y danzando se aproximan.
os hombres, aunque graves, las contemplan;
sus ojos dejan deleitarse, que en la red de amor
rendidos quedan: cada cual elige su pareja.
de amores ahora tratan, hasta que la estrella vespertina
urge, heraldo del amor; entonces, exaltados,
a nupcial antorcha encienden, mandan invocar
Himeneo[318], nunca antes invocado en rito marital:
e música y jolgorio vibra todo el campamento[319].
an feliz encuentro, evento tan hermoso
e amores, juventud, guirnaldas, cantos, flores
adorables sinfonías el corazón de Adán
autivan, enseguida dado a admitir deleite,
atural tendencia, que de este modo expresa:
«Auténtico descegador mío, magnífico Ángel,
lejor parece, y mucho, esta escena que las previas,
mayores esperanzas trae de días de sosiego;
quéllas eran odio y muerte, o de penas aún peores,

las aquí Natura se diría por completo satisfecha».
A lo que así Miguel: «No juzgues lo mejor
or el placer, aun si parece responder a la Natura,
reado como has sido para fin más noble,
anto y puro, en conformidad divina.
sas tiendas dices atractivas, mas son tiendas
e perfidia, donde morará la raza de ese
ue mató a su hermano; aplicados se revelan
las artes que refinan, inventores raros
ue descuidan al Creador, si bien su espíritu
os instruyó; mas ellos sus presentes no agradecen.
ella descendencia sin embargo engendrarán;
ues a esa hermosa tropa de mujeres —las que viste
arecerse a Diosas, tan risueñas, tiernas, tan alegres,
las vacías por completo de eso en que consiste
l honor doméstico de la mujer y su alabanza,
echas y perfectas sólo para el gusto
e lascivas apetencias, para canto y baile,
os vestidos, para lengua leve y ojo lábil—,
ésas el linaje sobrio de los hombres, cuyas vidas
eligiosas título les dieron de Hijos de Dios,
es rendirán entera su virtud, su fama toda
noblemente, a las mañas y sonrisas
e estas bellas ateístas; y ahora nadan en el gozo
Pronto nadarán más hondo[320]) y ríen; por lo que
ronto el mundo llorará de lágrimas un mundo».
A lo que Adán así, del breve gozo hurtado:
Oh lástima y vergüenza que esos que tan bien
mpiezan vida recta, hayan de alejarse luego
or caminos indirectos, o a mitad del viaje desmayar.
las veo todavía que el tenor de la desdicha
igue siendo el mismo, pues la causa es la mujer».
«La indolencia afeminada del varón es causa
-Dijo el Ángel— que mejor debiera preservarse
on sabiduría, y dones se le dieron superiores.

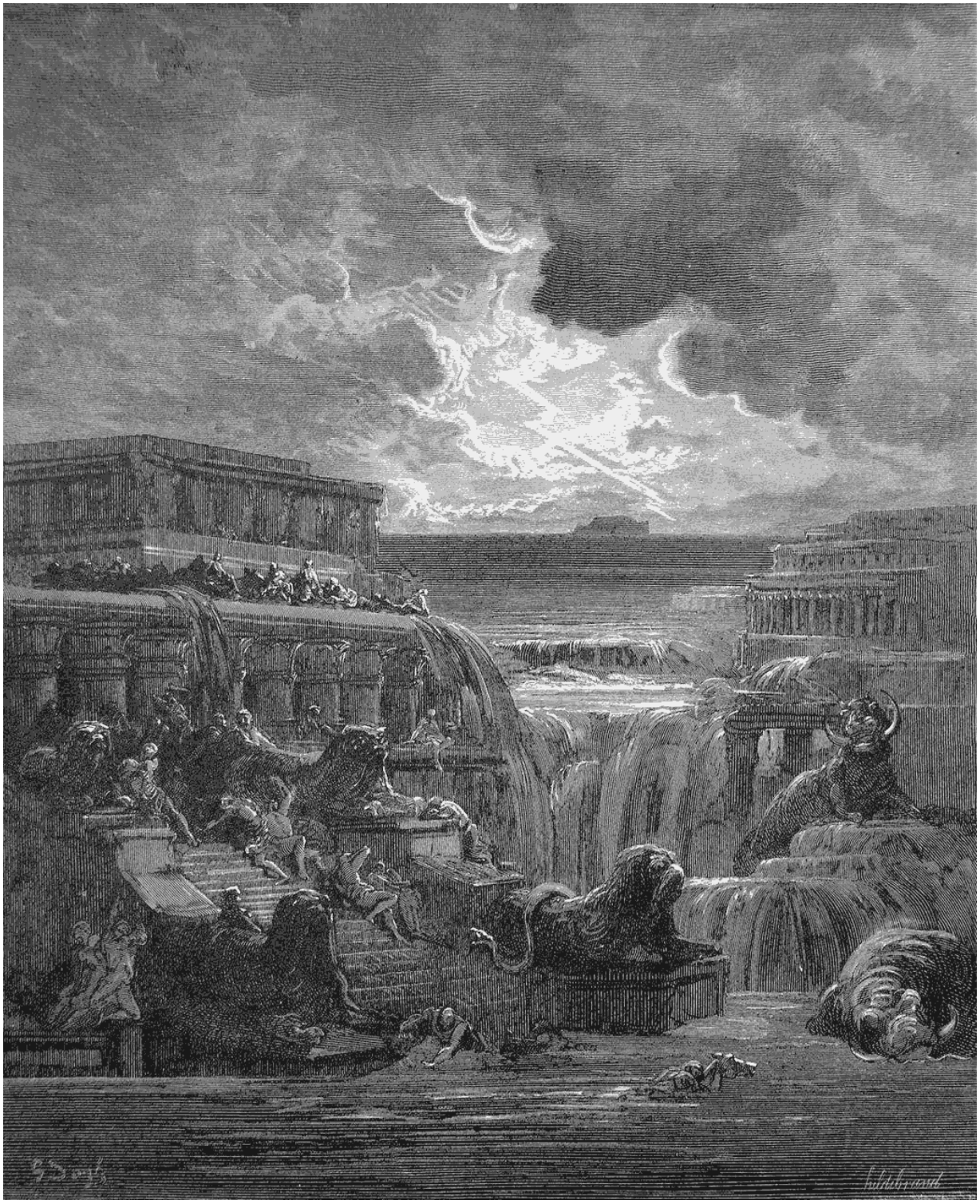
las prepárate ya para otra escena.»
Miró pues él y pudo ver un amplio territorio
nte su vista: pueblos y rurales obras esparcidas,
as ciudades de los hombres, altas puertas, torres,
os ejércitos en armas, rostros fieros y belígeros,
igantes de potente hueso y bravia hazaña.
arte blande los aceros, parte frena sus corceles
spumantes, solos o en guerrera formación
e infantes y jinetes, no para fanfarria ociosa.
or allí, selecta tropa trae del forrajeo
nas reses, bellos bueyes y ganado bello
e un pradal hermoso y fértil; o lanoso hato,
as ovejas, los balantes corderillos, por el llano,
u botín. Apenas aún con vida huyen los pastores
, al pedir auxilio, una lucha fiera se origina.
on sangriento embate chocan las legiones;
onde reses herbajaban, ahora yacen esparcidas
as carcasas y las armas por el prado ensangrentado
yermo. Otros, acampados, a ciudad pujante
onen cerco: con ariete, escala y mina
a la asaltan; otros la defienden desde el muro,
on venablos, flechas, piedras, fuego sulfuroso:
ay carnaje en ambos lados, y titánicas proezas.
n otra parte, heraldos encetrados llaman
l consejo a las puertas de la urbe: al instante,
ombres graves, grises sus cabezas, con guerreros
e reúnen, se oyen las arengas, pero pronto
e dividen en facciosa oposición; por fin,
e edad mediada, uno se levanta[321], eminente
n sabio porte, y habla mucho de lo recto y falso,
e justicia, religión, de la verdad, la paz
el juicio de lo Alto; jóvenes y viejos
o abuchean y prenderlo quieren con violencia,
uando una nube que desciende lo arrebata,
cultándolo a la turba. La violencia así

rosigue, la opresión, la ley de los aceros
ıundando el llano, sin refugio adonde huir.
dán lloraba inconsolable y a su guía
e tornó, tristísimo el lamento: «¿Qué son éstos?
ombres no, ministros de la Muerte, que la llevan
ıhumanamente al hombre y multiplican
or diez mil la transgresión del homicida
e su hermano. Pues ¿a quién masacran ésos
ino al propio hermano, hombres contra hombres?
las ¿quién era el hombre justo, a quien perdiera
u justicia y rectitud, si no salvara el Cielo?».
A lo que así Miguel: «Éstos son el resultado
e los viles casamientos que tú vieras,
n que bien con mal se unió, que por sí mismos
borrecen mezcla, mas mezclados con descuido
estan prodigiosos vástagos de mente y cuerpo.
ales éstos, los Gigantes, hombres de alta fama;
ues en esos días el poder será admirado
olamente, por virtud heroica y valor tenido.
l vencer en la batalla y subyugar
aciones, y traer despojos a la patria tras matanza
mitada, se tendrá por cima entonces
e la gloria humana, y por gloria se perpetrará
el triunfo, para título de gran conquistador,
atrones de la raza, dioses, e hijos de los dioses,
ue mejor llamaran destructores, plagas de los hombres.
sí se ganará la fama, el renombre terrenal,
lo que más merece fama oculto quedará.
las el séptimo a partir de ti, que has visto ya,
l único que es justo en un mundo de perfidia,
por ello odiado, rodeado de enemigos
e tal forma, por osar ser íntegro él solo
decir verdad odiosa —que Dios ha de venir
on sus Santos a juzgarlos—, el Altísimo
rrobado en nube perfumada, con alados potros,
omo viste lo tomó, por que con Dios camine,

n salvíficas Alturas y regiones de ventura,
e la muerte exento, por mostrarte qué laurel
guarda al probo y qué castigo al resto;
o que pronto tú verás volviendo la mirada».
Miró y vio la faz del mundo muy cambiada;
a broncínea trompa de la guerra no sonaba ya
todo se tornara hacia el juego y regocijo,
a lujuria y el tumulto, fiesta y danzas,
asamiento o puterío, todo vale,
dulterio o violación, allí donde bellezas al pasar
l hombre atrapan; y tras copas, los tumultos.
n prohombre venerable a ellos llega al fin
de actos tales él declara gran disgusto,
en contra testifica de sus hábitos, y acude
on frecuencia a sus reuniones, ya se trate
e desfiles o de fiestas, y predica para ellos
onversión y contrición, cual si almas fuesen
n prisión que aguardan juicio ya inminente.
las todo en vano y, viéndolo, dejó
e disputar llevándose sus tiendas lejos.
espués taló de las montañas maderamen alto
empezó la construcción de un barco enorme,
alculando en codos longitud, anchor y altura,
o cubrió de brea e indujo en su costado
uerta, acumulando grandes provisiones
ara bestia y hombre. Y de súbito, portento raro,


G. Doré

oda clase de animal, de pájaro y pequeño insecto
lega en pares y septenas, y entra allí, según
landato: último el prohombre y sus tres hijos
on las cuatro esposas. Dios trincó la puerta.
lientras, viento sur despierta y con negras alas,
asto vuelo, toda nube junta que flotase
ajo el cielo; al conjunto aportan las montañas
us vapores, sus oscuras, húmedas exhalaciones,
ue violentas suben. Y ahora densas las alturas
uedan, como negro techo; cae la lluvia luego
npetuosa y prosigue hasta que la tierra toda
e sumerge. Mas flotante se mantuvo el barco,
levándolo las aguas y, segura la afilada proa,
abalgó las olas oscilando. Toda otra superficie
l diluvio la cubrió, y aquéllos con sus pompas
ondos bajo el agua callan. El mar al mar cubrió,
n mar sin costas; y en las casas palaciales
onde poco atrás reinara lujo, monstruos del océano
e apriscan y paren. De los hombres numerosos,



ólo lo embarcado en la parca nave a la deriva[322].
ómo te doliste entonces, oh Adán, al ver
l fin de tu progenie entera, un final tan triste,
a extinción. Diluvio diferente a ti,
e lágrimas diluvio y de tristeza a ti te ahogó,
undiéndote con tus retoños; hasta que gentil te alzó
or fin el Ángel y tus propios pies te soportaron,
unque oprimido, como cuando llora un padre
or sus hijos, destruidos ante él de pronto;
pudiste apenas dirigir al Ángel tu gemido:
«¡Oh visiones, mal las vi! Mejor hubiese sido
norante del futuro: de este modo aguantaría
li porción de males sólo, pues la pena cotidiana
a es bastante; ésas otras dispensadas
omo carga de las eras, ahora en mí recaen
e golpe y, fruto de presciencia, nacen
omo abortos para torturarme antes de ser,
abiendo que serán. Que nadie busque, pues,
n adelante predicción de cosas por venirle,
sus hijos o a él mismo: males, téngalo por cierto,
ue ni su presciencia logrará impedir,
él los males por venir padecerá
o menos al preverlos que en substancia,
olorosa carga. Pero tales cuitas ya no importan:
a no hay hombre al que advertir; a los pocos escapados
l final consumirán el hambre y desazón,
erdidos en el páramo de aguas. Yo esperé,
l ver cesar la guerra y la violencia por la tierra,
ue las cosas cambiarían y la paz coronaría
on caudal de días venturosos a la raza humana:
le engañaba, pues ahora puedo comprender
ue paz corrompe tanto como guerra estraga.
Por qué es así? Revélalo, celeste guía,
dime si la raza de los hombres aquí termina».

A lo que así Miguel: «Los últimos que viste,
n riqueza fastuosa y triunfo, eran los primeros,
dvertidos en acciones eminentes de proeza
gestas grandes, mas exentos de virtud real,
ue tras verter raudal de sangre, destruir sin límite
l someter naciones y ganar con ello fama
n todo el mundo, ilustres títulos y rica presa,
uscarán placeres, la molicie e indolencia,
os excesos y lascivia, hasta hacer discordia,
or capricho y arrogancia, de la paz amiga.
ambién los conquistados, por la guerra esclavos,
on su libertad verán perdida toda su virtud
temor de Dios, después que su piedad fingida,
n el choque cruel de la batalla, fue librada
esvalida al invasor. El celo así enfriado,
esde entonces sólo pedirán vivir seguros,
isolutos o mundanos, de eso que sus amos
es permitan disfrutar; pues dará la tierra entonces
lás que suficiente, por poner a prueba la templanza.
odos ya degenerados, todos depravados,
a justicia y la templanza, fe y verdad olvidarán;
xcepto un hombre[323], que, único hijo de la luz
n era tenebrosa, contra todo ejemplo,
ontra toda seducción, costumbre, cólera
e un mundo, sin temor de burla o de reproche,
aun violencia, de sus pérfidos caminos
es dará advertencia y ante ellos expondrá
a rectitud y sus senderos —cuánto más seguros
de paz cubiertos— anunciando la ira por llegar
causa de su obstinación; y de ellos
olverá injuriado, mas en él verá el Señor
l único hombre justo. Y por orden suya
onstruirá un Arca prodigiosa, como viste,
or salvarse él mismo y su familia, entre todo
n mundo consagrado al desastre universal.

an pronto él, con los hombres y las bestias
estinados a vivir se alojen en el arca
queden resguardados, toda catarata
e los cielos, descerrada, en la tierra verterá
us lluvias día y noche, toda fuente del abismo
e abrirá, hinchando usurpadores los océanos
lás allá de todo, hasta alcanzar la inundación
as cumbres más enormes. A este monte entonces,
ste Paraíso, la pujanza de las olas moverá
e sitio, y, arrastrado por el bífido diluvio,
estruido todo su verdor, los árboles a la deriva,
ajará el gran río a la expansión del estuario,
rraigando allí, salina ínsula arrasada y sola,
oto de orcas, focas y chirrido de gaviotas.
ntiende, pues, que para Dios ningún lugar
osee por sí mismo santidad, a menos que la lleven
ombres que lo habiten, o a menudo lo visiten.
ahora lo que luego seguirá contempla».
Miró y pudo ver el casco del bajel en el diluvio,
ue cesaba poco a poco, pues las nubes se esfumaran,
npelidas por cortante bóreas que, soplando seco,
rrugaba el rostro de las aguas, que menguaban;
el Sol ardiente en su vasto espejo se miraba,
íquido, sorbiendo mucho de las frescas olas,
ual sediento, lo que la corriente reducía
e invariable lago a raudo remolino, que ligero
escendía hacia lo hondo, donde se cerraran ya
os surtidores como en las alturas las ventanas.
l arca deja de flotar, parece en tierra seca
varada firmemente en alta cima de montaña.
las cimas de los montes aparecen ya cual rocas;
on clamor después las rápidas corrientes vuelven,
acia el mar en retirada, su furioso ímpetu.
el arca entonces parte un cuervo al vuelo
, tras éste, mensajera más segura,
uela la paloma, una y otra vez, por si se ve

rbol verde o suelo acaso en que posarse.
a segunda vez al retornar, el pico porta
na rama de aceituno, signo ya de paz.
nseguida suelo seco surge y del arca
aja con su séquito el anciano patriarca.
uego, con las manos levantadas, la mirada fervorosa
gratitud al Cielo, atisba en las alturas
na nube aljofarada, y en la nube un arco,
-Perceptibles tres colores en alegres bandas—
dicándoles la paz de Dios y nuevo pacto.
on ello el corazón de Adán, tan triste antes,
lucho se animó y así expresó su gozo:
«Oh tú, que representas cosas por venir
ual si presentes, Instructor divino: resucito
ras la última visión, seguro de que el hombre vivirá
on toda criatura, perdurando su semilla.
lucho menos me lamento ahora por el mundo
estruido de los pérfidos que exulto
l ver hallado un hombre tan perfecto e íntegro
ue Dios otorgará erigir aun otro mundo
or su causa y su ira toda olvidará.
las dime, ¿qué eran esas rayas de color arriba,
istendidas cual si el ceño apaciguado del Señor?
O acaso sirven para atar, cual florida orla,
l fluido manto de esa misma nube acuosa,
ue no vuelva a disolverse y bañe el mundo?».
Y así el Arcángel: «Certera conjetura;
sí por voluntad su cólera revoca Dios,
unque pesaroso por crear al hombre depravado,
rande el baticor, cuando al mirar abajo
io la Tierra llena de violencia y toda carne
orrompiéndose a su estilo; mas extirpados éstos,
racia tal un único hombre justo puede hallar en él,
ue Dios se ablanda para no anular la humanidad
hace pacto de alianza: no volver a destruir
a Tierra por diluvio, ni dejar que el mar

upere sus orillas, ni que cubra lluvia el mundo
on el hombre en él o bestia. Y cuando extienda
ube sobre el mundo, ahí se mostrará
u arco tricolor, que pueda recordar mirándolo
u pacto de alianza: y día y noche así, los tiempos
e la siega y la cosecha, el calor y cana escarcha,
lantendrán su ritmo, hasta purgarlo todo el fuego,
n los Cielos y la Tierra, donde el justo morará».

Libro XII

EL ARGUMENTO

El Ángel Miguel sigue relatando lo que acontecerá desde el Diluvio; después, al mencionar a Abraham, acaba por explicar gradualmente quién será esa Semilla de Mujer que se les ha prometido a Adán y Eva en la Caída: su encarnación, muerte, resurrección y ascensión, el estado de la iglesia hasta el Segundo Advenimiento. Adán, grandemente satisfecho y reconfortado por estas relaciones y promesas desciende del monte con Miguel y despierta a Eva, que ha dormido todo este tiempo, pero cuyos dulces sueños le han inducido calma mental y un estado de sumisión. Miguel los conduce de la mano fuera del Paraíso; la espada llameante tremola tras ellos y los Querubines ocupan sus posiciones para vigilar el lugar.

l igual que un caminante que pausa al mediodía,
unque dado a andar ligero, se detuvo el Ángel pues aquí,
ntre mundo destruido y mundo restaurado,
or si Adán tenía entonces algo que decir;
uego, con suave transición retoma la palabra:
«Un mundo has visto así empezar y terminar,
al hombre resurgir cual de segunda cepa.
lucho tienes aún por ver, mas noto que tu vista
esfallece de mortal, pues los objetos divinales
la fuerza debilitan y fatigan el sentido humano.
or ello lo que sigue he de relatártelo:
ú presta la atención debida y oye bien.
sta nueva cepa humana, mientras sea escasa
el pavor del juicio acontecido siga fresco
n las mentes de los hombres, temerosos del Señor,
on cierto miramiento de lo justo y de lo injusto
ivirán sus vidas, propagándose veloces,

ultivando el suelo y logrando prósperas cosechas,
rano, aceite y vino; y de boyada o los rebaños
menudo ofrendarán cordero, buey o choto
on copiosas libaciones, y en sagradas fiestas
asarán sus días de deleite inmaculado y morarán
n paz por tribus y familias, largo tiempo,
ajo el orden paternal; hasta que uno surja
e ambicioso corazón, que no contento
on la ecuánime igualdad, estado fraternal,
sumirá, usurpador, dominio inmerecido
obre sus hermanos, extrañando por completo
e la Tierra la concordia y orden natural,
azando (hombres, que no bestias, su deporte)
on celadas y con guerra a quien rehúse
ometerse a su tiránica opresión:
ual poderoso cazador se mostrará así pues
nte el Señor, en menosprecio de los Cielos,
exigiéndole a los Cielos el vicario señorío:
de rebelión derivará su nombre,
unque acuse a los demás de rebeldía.
ste con caterva unida a él o bajo él
or idéntica ambición de dominar,
larchando desde Edén al occidente, topará
on la llanura donde un negro vórtice bituminoso
rota del subsuelo con borbor, boca del Averno.
e ladrillo y ese material deciden erigir
iudad y torre cuya cima alcance el Cielo
a ellos dé renombre, no sea que disperso lejos
or países extranjeros muera su recuerdo
on la buena o (da lo mismo) mala fama.
ero Dios, que baja con frecuencia a visitar al hombre,
ıvisible, y recorre sus moradas todas
ara inspeccionar sus obras, pronto los descubre
desciende a ver tal urbe, antes que su torre
las torres importune del Empíreo. Por escarnio,
n sus lenguas siembra división, borrando

ntero su primer lenguaje, que cambia
or sonidos discordantes de palabras ignoradas.
l instante, un horrendo farfulleo suena fuerte
ntre tales constructores. Uno llama al otro,
adie entiende nada; roncos y rabiosos al final,
stallan cual vejados. Grandes risas tuvo el Cielo
l mirar abajo y ver, grotesco, el alboroto
aun oír el guirigay. Así se abandonó la obra
or absurda y fue llamada Confusión»[324].

A lo que Adán, paternalmente consternado:
Oh execrable hijo, aspirar de modo semejante
descollar de sus hermanos y asumir él solo
surpada autoridad, que Dios no le otorgó:
l nos dio dominio incontestable sobre bestia,
eces, aves, que legítimo ejercemos
or divina donación; pero al hombre de los hombres
o hizo Amo: ese título reserva para sí
deja libre del humano al ser humano.
las este usurpador no limita sus abusos
ólo al hombre: al mismo Dios su torre funda
salto y desafío, ¡miserable! ¿Qué alimento
ortará que en las alturas pueda sustentarlo,
él y su hueste temeraria, donde el aire ralo
ncima de las nubes sus entrañas burdas desleirá,
ambreándolo de anhélito, si no de pan?».

A lo que así Miguel: «Bien aborreces
ese hijo, que al sereno estado de los hombres
rrojó disturbio, pretendiendo someter
a libertad de la razón; sabe, sin embargo,
ue tras tu caída original la verdadera libertad
o existe ya, pues hermanada vive siempre
la íntegra razón, y ser aparte no posee.
i del hombre se oscurece la razón, o es ignorada,
e inmediato los deseos desmedidos
pasiones sublevadas toman el gobierno

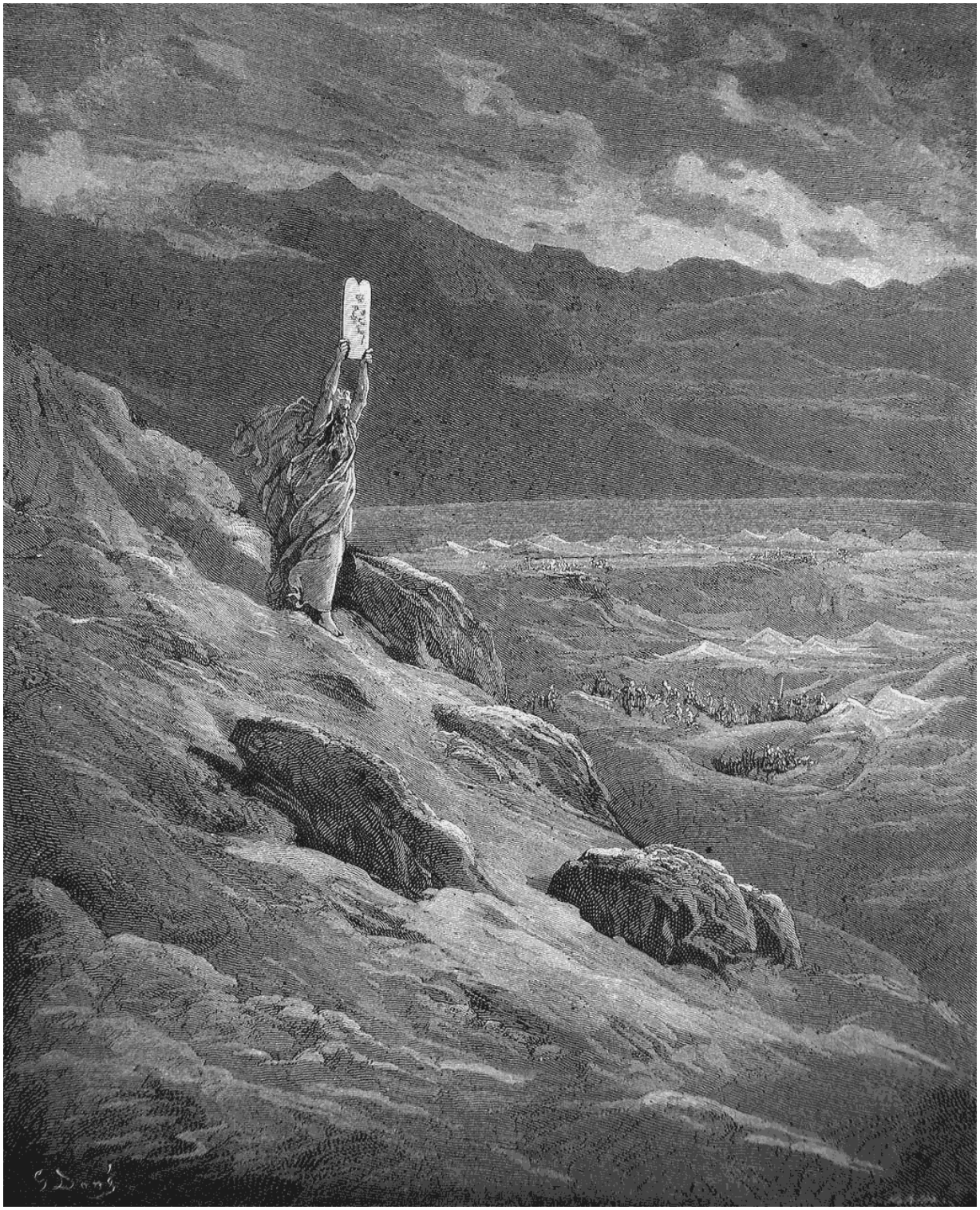
e la mente, reduciendo el hombre a servidumbre,
ibre hasta ese instante. Así permite pues
n sus adentros que poderes reinen deshonrosos
obre, libre, su razón, Dios en justo juicio
o subyuga en lo exterior a crueles amos,
ue esclavizan a menudo inmerecidamente
u visible libertad: tiranía la ha de haber,
unque nada de ello absuelva al opresor.
ero a veces las naciones tanto decaerán
e la virtud, que es la razón, que no injusticia
ino ley, y alguna maldición fatal adjunta,
e su externa libertad las privarán,
erdida ya la interna: testigo el hijo irreverente
e quien hizo el arca que, por la vergüenza
ue infligió a su padre, oyó la dura maldición
Servidor de servidores» contra su perversa raza[325].
sí este nuevo mundo, como el otro antiguo,
e lo malo irá a peor, hasta que Dios por fin,
ansado de su gran iniquidad, retire
e entre ellos su presencia y aun aparte
us sagrados ojos, decidiendo desde entonces
escuidarlos en sus sendas de pecado,
una peculiar nación seleccionar[326]
e entre todo el resto: pueblo que le invoque
surgido por entero de un único hombre fiel[327],
ue moraba todavía aquende el Eufrates
que creció en la idolatría. ¡Ay los hombres,
¿Puedes concebirlo?) que sean tan estúpidos
-Mientras vive el patriarca aún salvado del Diluvio—
ara descuidar al Dios viviente y rebajarse
adorar sus propias obras en madera y piedra
omo dioses! Mas a éste Dios Altísimo en visión
o llama de la casa de su padre, de entre medio
e su estirpe y falsos dioses, a unas tierras
ue el Señor le mostrará, gestando de él

n pueblo poderoso y vertiendo sobre él
u bendición de modo tal que en su semilla
odas las naciones se bendigan. Cumple él
in saber la tierra a la que va, mas creyendo firme.
eo yo (tú no puedes) con qué fe sus dioses
bandona, sus amigos, su país natal,
r de Caldea, atravesando ahora el vado
acia Harán: tras él, cortejo atropellado
e boyadas y rebaños y copiosa servidumbre.
o camina pobre, mas confía todas sus riquezas
l Señor, que lo ha llamado a país desconocido.
anaán alcanza ahora y sus tiendas veo ya
lantadas por Siquem, los llanos vecinales
e Moreh: ahí recibe por promesa el don
e todas estas tierras para su progenie:
e Hamat al norte hasta el sur desértico
A cosas doy su nombre que les falta todavía),
e Hermón al este hasta el mar occidental,
l monte Hermón, el mar aquel, míralos,
egún los muestro, en perspectiva: en la orilla,
l Carmelo; la corriente allí de doble fuente,
l Jordán, auténtica frontera al este; mas sus hijos
oblarán hasta Senir, aquella larga sierra montañosa.
iensa, Adán, que todas las naciones de la Tierra
uedarán en su semilla bendecidas: su semilla
ignifica la del magno Salvador, quien herirá
a testa de la Sierpe, cosas que enseguida
lás palmarias te expondré. Este patriarca santo,
l que «fiel Abraham» el tiempo señalado llamará,
n hijo, y de tal hijo un nieto[328], dejará al partir,
ual a él en fe, en sabiduría y en renombre.
se nieto, al que acrecen doce hijos, partirá
esde Canaán a tierras luego conocidas
omo Egipto, al que divide el Nilo.
e por donde fluye, desaguando —siete bocas—

n el mar. Morada hace temporal en esas tierras,
ıvitado por un hijo, uno de los últimos,
n época de hambruna; hijo este cuyos actos nobles
o promueven a segunda dignidad del reino
el gran faraón: ahí muere, mas dejando estirpe
loreciente que será nación, haciéndose ahora
ospechosa a un monarca subsiguiente que pretende
npedir que prolifere, viendo que estos huéspedes
esultan excesivos; por lo que hace esclavos
e invitados, y a los vástagos varones asesina.
or fin a dos hermanos (a hermanos tales llámalos
loisés y Aarón) envía Dios a reclamar
e servidumbre semejante al pueblo, que retorna
o sin gloria y sin botín a aquella Tierra Prometida.
ero antes el despótico tirano, que reniega
e este Dios, que desatiende incluso su mensaje,
ebe ser forzado por señales y tremendos juicios.
n sangre no vertida se convertirán los ríos;
anas, moscas y piojos colmarán entero su palacio,
epugnantes e insidiosos, colmarán la tierra entera;
l ganado morirá de peste y podredumbre,
larcarán su carne toda llagas y diviesos,
de todo el pueblo; trueno combinado con pedrisco,
l pedrisco con el fuego, rasgará de Egipto el cielo
, cayendo al suelo en torbellino, todo engullirá a su paso.
o que no engulla, hierba, fruto o grano,
na nube oscura de langostas bien tupida bajará
devorarlo, no dejando nada verde en ese suelo:
a tiniebla enlosará todos sus confines,
a palpable oscuridad, y extinguirá tres días.
l final, con aldabazo a medianoche, todo primogénito
e Egipto muerto yace. Y así, con diez heridas
l Dragón Fluvial[329], por fin domado, se resigna
liberar al pueblo peregrino, y una y otra vez
u terco corazón humilla, que cual hielo

lás se endura tras fundirse; hasta que rabioso,
ersiguiendo a los que echara, se lo trague
l mar con sus legiones, mientras cruzan los viajeros
ual por suelo seco, entre muros de cristal
ledrosos por la vara de Moisés, que los tiene
ivididos, hasta tocar sus libertados la otra orilla.
al poder magnífico dará a su santo Dios,
unque presente en su Ángel él, que precederá
l pueblo como nube y cual pilar de fuego
-De día nube, mas pilar de fuego por la noche—
or guiarlos en su viaje y proteger su zaga
lientras todavía los persiga el obstinado rey.
a noche entera hostigará, incapaz de aproximarse
or tinieblas interpuestas hasta el alba;
uego, entre aquel pilar de fuego y nube grande
ios lo mirará, desquiciando a sus legiones
las ruedas de sus carros. Cuando, así ordenado,
tra vez Moisés la poderosa vara extiende
obre el mar, el mar la vara acata
retorna el oleaje a las huestes en avance
negándoles la guerra: la elegida raza
a segura desde el margen a Canaán asciende
or el bárbaro desierto, no siguiendo ruta recta,
ara que las gentes cananeas, viéndolos llegar,
o los acometan y ellos, inexpertos, por terror
Egipto vuelvan, prefiriendo antes de eso
ida indigna y servidumbre; pues la vida es dulce
ara el noble y el innoble indiestro en armas,
uando no los precipita el paroxismo.
sto ganarán también con la demora
or la vasta paramera: que allí establecerán
obierno propio y su gran senado elegirán,
ntre las doce tribus, que los rija por la ley prescrita.
esde el monte Sinaí, cuya cumbre gris
repidará con su descenso, Dios mismo
n relámpagos envuelto y el clangor de la trompeta

ictará sus leyes: parte, tal cual le concierne
la cívica justicia; parte, a los ritos religiosos
e la ofrenda, informándolos, por símbolos
sombras, de ese Vástago augurado que herirá
la Sierpe y de los medios con que logrará
alvar al hombre. Mas la voz de Dios
l oído del mortal aterra y aquéllos rogarán
ue su Moisés transmita la voluntad divina,
esando así el terror. Él concede lo que piden



abedores de que a Dios, sin mediador,
o existe acceso; y este egregio oficio ahora
loisés lo prefigura, a fin de abrir la senda
e otro aún mayor, de quien predecirá su día,
todos los Profetas en su tiempo la llegada
el Mesías cantarán. Así, las leyes y los ritos
a fijados, tal deleite tiene Dios en hombres
su voluntad sumisos, que consiente
n instalar su tabernáculo en medio de ellos,
l Santísimo morar entre mortales.
or orden suya un santuario se construye,
-Cedro recubierto en oro— y dentro
n arca y en el arca el Testimonio,
os principios de su Pacto y, cubriéndolos,
e oro, un Propiciatorio entre las alas
e dos fúlgidos Querubes; arden ante él
as siete lámparas, cual en zodiaco que expusiese
os celestes fuegos; sobre esta tienda, una nube
lotará de día, ígneo resplandor de noche,
lenos cuando viajen. A la larga llegan,
onducidos por el Ángel del Señor a aquella tierra
rometida a Abraham y su semilla[330], mas el resto
argo ya sería relatar: batallas, ¡cuántas afrontadas!
uántos reyes destruidos, reinos conquistados,
cómo el Sol se detendrá en mitad del cielo,
odo un día, posponiendo la llegada de la noche,
bediente a voz de hombre: «Sol, detente en Gibeón
tú, oh Luna, en el valle de Ayalón,
asta que Israel se imponga»[331]: llama así al tercero
esde Abraham, de Isaac el hijo, y desde él
toda su progenie, que Canaán conquistará».
Adán aquí intervino: «Oh Heraldo empíreo,
lumbrador de mis tinieblas, gratas son las cosas
ue revelas y ésas, sobre todo, que conciernen

l honesto Abraham y su semilla: sólo ahora
)jos tengo bien abiertos, y sereno el corazón,
erplejo antes al pensar qué resultará de mí
de la entera humanidad; mas ahora veo el día
e ése en quien todas las naciones se bendicen,
n favor que no merezco, pues busqué
rohibida ciencia por prohibidos medios.
lgo hay, no obstante, que no entiendo: ¿cómo a ésos
-Entre quienes Dios se digna residir aquí en la Tierra—
antas leyes se les dan, y tan diversas?
ues a tantas leyes, tantas ocasiones entre ellos
e pecado; ¿cómo mora Dios con gentes tales?».
A lo que así Miguel: «No dudes que el pecado
einará entre ellos, una vez por ti engendrado.
por ello se les dio la ley, por que dominen
u perfidia natural picando a combatir,
ontra las leyes, el pecado; y que al ver la ley
escubran el pecado, pero no lo extirpen,
alvo con aquellas expiaciones vagas e impotentes
e la sangre de los toros y carneros. Concluirán así
ue sangre más valiosa debe rescatar al hombre,
usto por injusto, por que en tal integridad,
ellos aplicada por la Fe, al fin encuentren
ustificación ante el Señor y paz
n sus conciencias, que la ley con ceremonias
o consigue apaciguar, ni practicar el hombre
u moral y, no ejerciéndola, no puede ni vivir.
sí, imperfecta es esta ley e impuesta únicamente
on el fin de conducirlos, culminado el tiempo,
Pacto de Alianza más perfecto: llevándolos
la verdad por vagos mitos; de la carne al espíritu;
e la imposición de estrictas leyes, a la libre
ceptación de extensa gracia; del temor servil
l que es filial; y de las obras de la ley a las de fe.
or ello no será Moisés, si bien amado
el Señor —al ser ministro meramente

e la ley— quien guíe al pueblo hasta Canaán,
ino Josué —Jesús lo llaman los Gentiles—,
ıvestido del oficio y nombre del que acabará
on la enemiga Sierpe y traerá de vuelta,
or el páramo del mundo, al hombre peregrino,
ue ya a salvo se repose en eterno Paraíso[332].
lientras, los plantados en Canaán terrestre
argo tiempo vivirán medrantes, salvo si pecados
acionales interrumpen su paz pública
rovocando a Dios a suscitarles enemigos,
e los que una vez tras otra los libera, penitentes,
l principio por los jueces, luego bajo reyes[333].
e éstos el segundo, por su conocida devoción
logros poderosos, promisión recibirá
revocable de que el regio trono que posee
urará por siempre. Y lo mismo cantarán
as profecías todas, que del regio tronco
e David (pues tal el nombre de ese rey) saldrá
n Hijo, la Semilla de Mujer que te han predicho,
predicha a Abraham, en quien aguardan
odas las naciones, y predicha a reyes, de los reyes
l postrero, pues su reino no terminará[334].
las antes, una larga sucesión habrá de darse,
el hijo de David, famoso por riquezas y saberes[335],
lojará en glorioso templo la velada Arca del Señor,
n tiendas hasta entonces y errabunda.
tros seguirán que mostrarán las crónicas,
lgunos buenos, otros malos: éstos, mayoría,
uya inmunda idolatría y otras faltas,
ñadidas a la cuenta popular, tanto irritarán
Dios que los relegará, ofreciendo su país,
la ciudad y el templo, el Arca Santa
todos sus objetos sacros, como burla y presa,
la ciudad soberbia cuyos altos muros viste
uedar en confusión, llamada luego Babilonia.

llí en cautividad los deja que malvivan
or espacio de setenta años, luego los retorna[336],
cordándose de la piedad y de su pacto
on David, inalterable cual los días de los Cielos.
ueltos ya de Babilonia por permiso de monarcas,
mos suyos, que el Señor ablanda, la mansión de Dios
rimero reedifican[337] y, durante un tiempo,
iven, en pobreza, moderados, hasta que creciendo
n riqueza y multitud se tornan sediciosos.
las primero brotan disensiones entre sacerdotes,
ervidores del altar, que más que nadie deberían
romover la paz. Su pugna contamina
l mismo templo; logran al final hacerse
on el cetro, desdeñando la progenie de David;
manos de un gentil lo pierden luego[338], que el auténtico
ungido Rey Mesías acabe por nacer
in sus derechos. Mas una estrella cuando nace,
unca vista en las alturas, manifiesta su llegada
conduce a sabios orientales, tras la pista
e este niño, a ofrecer incienso, mirra y oro.
u lugar de nacimiento Ángel digno lo transmite
pastores simples, en nocturna vela,
ue contentos pronto allí concurren, a escuchar
l cántico ofrecido por escuadra angélica.
na Virgen es su madre, mas su padre
l Poder de Dios Altísimo: él ascenderá
l Trono hereditario y pondrá a su reino por confines
e la Tierra el horizonte; a su gloria, los del Cielo».
Y cesó al percibir a Adán tan lleno de alegría
ual dolor igual en llanto antes lo sumiera,
asi sin palabras, que por fin logró exhalar:
«¡Oh Profeta de las gratas nuevas, portador
e la esperanza suma! Ahora entiendo claramente
o que aun con terca mente en vano investigué,
or qué ha de ser llamada nuestra gran expectativa

a Semilla de Mujer: Virgen Madre, salve,
lta en el amor del Cielo, mas de mis riñones
ú procederás y de tu seno el Hijo del Señor
ltísimo: que Dios así se une al hombre.
spere ahora con mortal dolor su golpe capital[339]
a Sierpe: dime ¿cuándo y cómo lucharán?
Qué herida causará el Maligno al talón del Víctor?».
A lo que así Miguel: «No imagines su pelea
omo un duelo, ni locales las heridas
n talón o testa; pues no por ello liga el Hijo
on lo humano lo divino, por domar al adversario
on más fuerza; ni tampoco de este modo a Satanás
e le derrota, a quien caída de los Cielos más letal
o impidió asestarte tu lesión de muerte;
esión la tuya que quien llega curará, tu Salvador,
o por destruir a Satanás, sino sus obras
n ti mismo y tu semilla; y ello no podría realizarse
in cumplir aquello en que faltaste tú:
)bedecer la ley de Dios, impuesta
ajo pena de morir, y padeciendo muerte,
ena que le fue prescrita a tu pecado,
también prescrita a quienes provendrán de ti:
ues sólo así la altísima justicia es reparada.
a ley de Dios, precisa, él satisfará, por obediencia
por amor al tiempo, aunque solo ya el amor
a ley complace. Tu castigo él sufrirá
escendiendo de los Cielos a la carne,
una vida de reproches y una muerte maldecida,
roclamando vida a todo aquel que crea
n su acto redentor; y que su obediencia, transferida,
e ellos se hace por la fe; y que sus méritos
os salvarán: no, aunque de ley, los de ellos.
ivirá por esto odiado, contra él blasfemarán,
erá tomado por la fuerza y condenado a muerte,
na horrible y vergonzosa, en la Cruz clavado

or su propio pueblo, por traer la vida asesinado.
ero clava él en la Cruz tus enemigos:
a ley que tienes contra ti y los pecados
e la entera humanidad, ahí con él crucificados,
ara no dañar ya más al que confíe rectamente
n ésta su reparación. Así pues muere,
ero pronto resucita pues la Muerte su poder
o usurpa ya por mucho. Antes de la luz del alba
l tercer día, las estrellas del albor lo ven alzarse
e su tumba, fresco cual la luz del alba,
atisfecho tu rescate, que redime de la Muerte al hombre:
luerte por los hombres, tantos como acepten
a ofrecida vida y ese beneficio abracen
or la fe no exenta de obras: tan divino acto
u condena anula, esa muerte tuya por morir
erdido para siempre en el pecado; este acto
iere la cabeza de Satán, aplasta su poder
indiendo a Muerte y a Pecado, armas suyas cardinales,
hinca más profundos en su testa sus venablos
ue la muerte temporal en el talón lastima al Víctor
a aquellos que él redime: una muerte como un sueño,
na brisa placentera hacia vida ya inmortal.
espués de la resurrección no por mucho seguirá
n la Tierra, tiempo sólo suficiente en que mostrarse
sus discípulos, los hombres que en su vida
iempre lo siguieron. A éstos dejará encargados
e instruir a las naciones en lo que él les enseñó,
u salvación; de bautizar a los que crean
n las aguas presurosas, signo de lavarlos
e la culpa del pecado y entregarlos a la vida
uros, en sus mentes preparados, por si llega el caso,
ara muerte similar a la que tuvo el Redentor.
todas las naciones instruirán, pues desde ese día
a no sólo a hijos de los lomos de Abraham
a salvación habrá que predicarles, sino a los hijos
e la fe de Abraham, por todo el mundo:

n su semilla, todas las naciones se bendicen.
uego al Cielo de los Cielos él ascenderá
on triunfo, subyugando, a su paso por los aires,
enemigos de él y tuyos; ahí sorprenderá
la Sierpe, Príncipe del Aire, arrastrándolo en cadenas
or su reino entero y dejándolo confuso;
uego accederá a la Gloria, sentándose de nuevo
la diestra de Dios Padre, grandemente enaltecido
obre todo Nombre empíreo, y de allí vendrá,
uando este mundo esté por disolverse,
juzgar, con Gloria y Poderío, a los vivos y los muertos,
entenciando a muertos indevotos, mas premiando
sus devotos, que recibirá en la dicha,
a en el Cielo o en la Tierra, pues la Tierra entonces,
oda ella un Paraíso, mucho más feliz será
ue el del Edén, con días mucho más felices».
Así habló Miguel Arcángel y pausó después,
legado al gran periodo de este mundo; nuestro padre,
leno entonces de portento y dicha, le repuso:
«¡Oh bondad inmensa, bondad ilimitada!
ue tanto bien y tan completo el mal produzca
que el mal en bien convierta: ¡más maravilloso es
ue aquel que por Creación la Luz primero extrajo
e tinieblas! Mas de dudas bien colmado quedo:
i es que debo arrepentirme ahora del pecado
ometido y contagiado, o alegrarme mucho más,
ues muchos bienes ulteriores surgirán de aquél,
para Dios más gloria, y más buena voluntad
e Dios al hombre, pues más gracia que iracundia habrá.
las dime, si al Cielo debe reascender
l Salvador, ¿qué acontecerá a los pocos
e sus fieles, al quedar en medio del infiel rebaño,
dversarios de la Fe?, ¿quién guiará a su pueblo
quién habrá de protegerlo? ¿No serán aquéllos
ún peores con sus fieles que lo fueron ya con él?».
«Tenlo por seguro —dijo el Ángel—, mas del Cielo

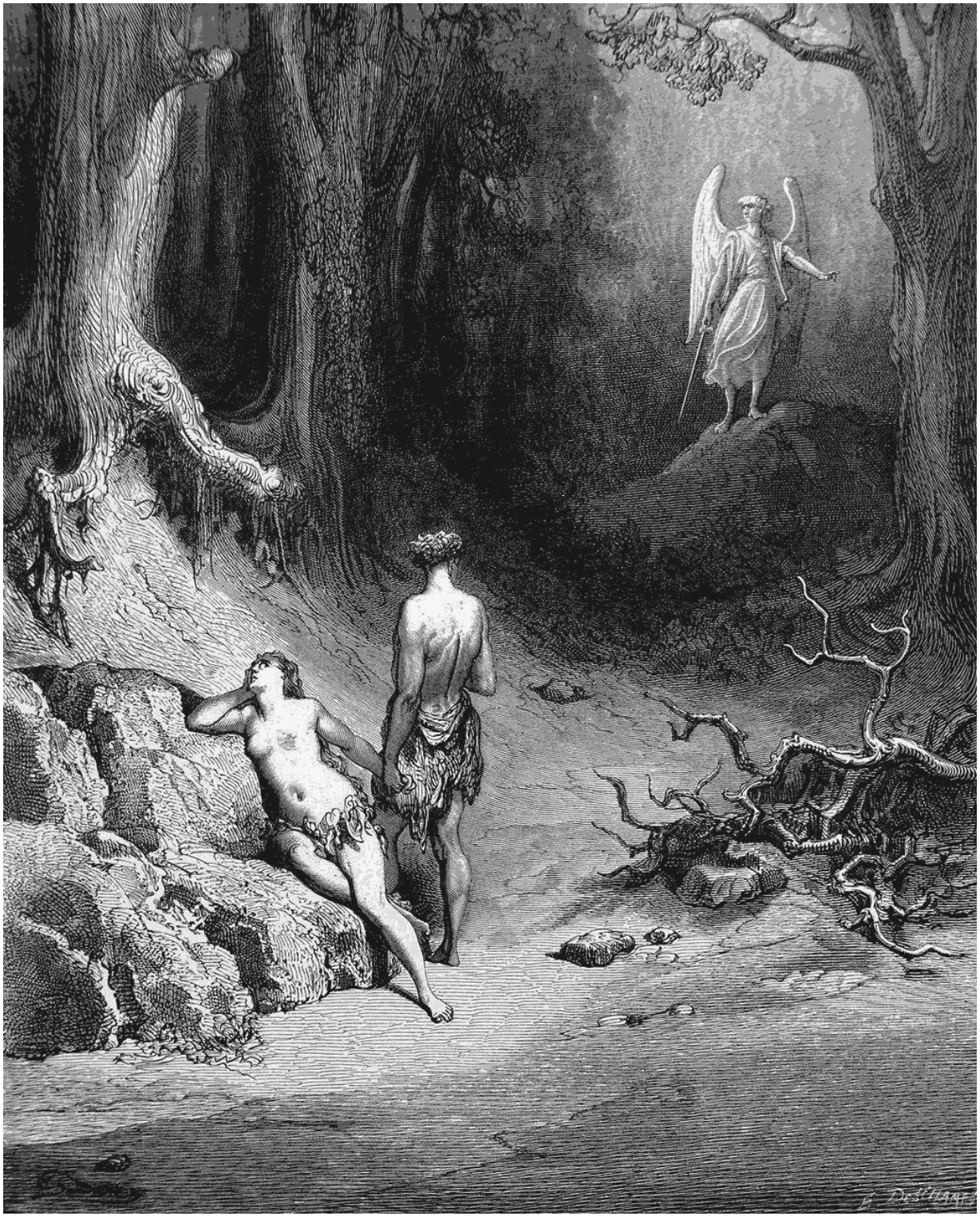
los suyos un Paráclito[340] les enviará,
romesa de Dios Padre, cuyo Espíritu residirá
on ellos, y en sus corazones grabará
a Ley de Fe, que opera por amor,
ara guiarlos arropados en Verdad, armándolos
on armadura espiritual, capaz de resistir
mbates de Satán y de extinguir sus ígneos dardos.
os ataques de los hombres no los temerán,
unque los maten, protegidos como están
or consuelos interiores contra tales impiedades
a menudo sostenidos de manera que confunda
sus enemigos más feroces: pues el Espíritu,
rimero infuso en sus apóstoles, que mandará
levar el Evangelio a las naciones, luego en todo
autizado, les conferirá presentes milagrosos,
ue hablen toda lengua, hagan todos los milagros,
ual hiciera su Señor ante sus ojos. Ganan pues así
or todas las naciones grandes multitudes,
ue reciben entusiastas la noticia celestial: al fin,
umplido el ministerio, bien corrida su carrera,
ras dejar su historia escrita y su doctrina,
lueren. Mas en su lugar entonces, cual previeran,
obos entran por maestros, lobos ávidos[341],
ue todos los misterios de los Cielos
ornan en infame beneficio propio, su avidez
e lucro y ambición, maculando la verdad
on falsas tradiciones, gran superstición,
asta dejarla sólo pura en aquellos documentos
ue ninguno entiende ya, aparte del Espíritu.
ntonces esos viles buscarán dotarse de dominios,
ombres, títulos, uniéndose con ellos
l poder profano, mas fingiendo todavía obrar
or religiosa potestad, haciendo suyo y privativo
l Espíritu de Dios, prometido por igual y conferido
todos los creyentes. Y con tales pretensiones,

eyes espirituales impondrá el poder carnal
n todas las conciencias; leyes no presentes
n los textos venerables ni entre eso que el Espíritu
n hondo corazón burila. ¿Qué persiguen pues
ino coercer al mismo Espíritu de Gracia y prender
su consorte Libertad?, ¿qué, sino desmantelar
us templos vivos, construidos perdurables por la fe,
u fe, ninguna ajena?; pues, en la Tierra,
Quién contra la fe y conciencia infalible
e pronuncia, aunque muchos lo presumen?
e ahí que surjan pronto bárbaras persecuciones
ontra todos los que perseveren en el culto
el Espíritu y de la Verdad; el resto, más copioso,
allará en espurias formas y en externos ritos
atisfecha religión; la Verdad se alejará,
erida por saetas calumniosas, y las obras de la fe
erán extrañas. De este modo el mundo irá,
laligno para el bueno, para el pérfido benigno,
ajo el propio peso quejicoso, hasta el día
n que amanezca, para el justo, su respiro,
a venganza para el réprobo, y retorne aquél
e cuyo auxilio recibiste hace poco la promesa,
a Semilla de Mujer, predicho oscuramente antes,
las que ahora reconoces como Dueño y Salvador,
que al fin será en las nubes de los Cielos revelado,
n la gloria de Dios Padre, para disolver
Satanás y el mundo pervertido, y luego alzar
e la masa conflagrante, ya purgada y refinada,
uevos Cielos, nueva Tierra, eras incesantes
ıstauradas en la paz, amor, justicia,
ue por frutos den el gozo y eternal ventura.»
Aquí cesó y Adán, por último, repuso:
Qué veloz tu predicción, Augur bendito,
a medido el mundo transitorio, el fluir del tiempo
asta el tiempo fijo; más allá, es todo abismo,
ternidad: su fin la vista no lo alcanza.

on magnífica instrucción de aquí yo parto,
lagnífica la paz en mente, y plétora me llevo
e tu ciencia, toda la que puedo contener:
uerer sobrepasarla fue, insana, mi locura.
esde ahora, pues, aprendo que es mejor obedecer
amar medroso a Dios, el único, caminar
ual en presencia suya, observar su providencia siempre
fiarlo todo sólo en él, piadoso como es
on todas sus creaciones, derrotando sin cesar
l mal mediante el bien y realizando, por lo nimio,
randes cosas, por las cosas de apariencia débil
errocar mundano al fuerte, y al mundano sabio
or lo simple y manso; que es sufrir por la verdad
a fortaleza que procura la victoria suma,
que para el fiel la muerte es puerta de la vida:
odo esto he aprendido por ejemplo del que ahora
econozco mi bendito Redentor por siempre».
A lo que así, también por último, repuso el Ángel:
Si esto has aprendido, la completa suma ya posees
el saber; no esperes nada más sublime, aunque sepas
or su nombre las estrellas todas, todo etérico poder,
odos los secretos del abismo, toda obra de Natura,
las obras del Señor en las Alturas, aire, tierra o mar;
unque todas las riquezas goces de este mundo
todo su gobierno, en un imperio; suma sólo
ctos congruentes con tu ciencia, suma fe
irtud, paciencia, súmales templanza, amor,
lamado con el tiempo caridad, que es el ánima
e todo el resto: y no lamentarás, haciéndolo,
ejar atrás el Paraíso, puesto que tendrás
n Paraíso en tu interior, y mucho más dichoso.
escendamos pues ahora de esta cumbre
e especulación, pues la hora exacta prefijada
os exige que partamos. Y mira los guardianes
ue emplacé en aquella loma, observa
u despliegue a cuyo frente espada llameante

n señal de exilio ya tremola fieramente.
o debemos demorarnos; ve, despierta a Eva,
quien también con dulces sueños he calmado
ue presagian bien, y todos sus espíritus dispuse
una humilde sumisión. Tú, oportunamente,
éjala participar de todo lo aprendido hoy,
n especial lo que concierne a su fe de conocer,
a gran liberación por su semilla que advendrá
Por Semilla de Mujer) a la entera humanidad:
ue así podáis vivir —no escasos vuestros días—
mbos juntos en fe unánime, aunque tristes
or los males ocurridos, pero muy reconfortados
ada vez que meditéis en el final feliz».
Terminó, y del monte descendieron ambos;
escendido, Adán se apresuró al cobijo
onde Eva se durmiera, mas la halló despierta ya.
así lo recibió, hablando sin tristeza:
«De dónde vienes yo lo sé, y adónde fuiste;
ues el dormir ocupa Dios también y al sueño instruye,
ue mandó propicio, presagiando algún
ran bien, tras caer dormida con congoja
abatido el corazón. Mas guíame ahora ya,
o hallarás en mí demora, pues marchar contigo
s quedarme aquí; aquí sin ti quedarme
s marcharme sin quererlo. Eres a mis ojos
odo bajo el cielo, toda cosa, todo espacio, tú,
ue por mi crimen obstinado pierdes el Edén.
, sin embargo, este último consuelo me acompaña:
ue, aunque todo se ha perdido por mi culpa,
n favor tan grande, indigna, se me otorga
ue por mí la Semilla Prometida todo repondrá también».
Esto dijo Eva nuestra madre y complacido Adán
o oyó, mas nada le responde; pues muy cerca ahora
stá el Arcángel, y en brillante formación
sus prescritas posiciones desde el otro monte
a descienden los Querubes, deslizándose

or el terreno meteóricos, cual bruma vespertina
ue al subir del río cubre el tremedal deslidadiza,
cultando rauda el suelo tras los pasos del labriego,
ue camino va de casa. Iba en alto por delante
a blandida espada del Señor, fulgiendo
iera cual cometa que con tórridos ardores
humo semejante al aire férvido de Libia,
mpezaba ya a abrasar aquel templado clima;
así tomó de cada mano el Ángel presuroso
nuestros padres tardos, y al Portal del Este
ecto los condujo; luego, con igual premura,
e la altura al llano sometido y vaneciose entonces.
llos, al mirar atrás, todo el lado oriente vieron
el Paraíso, poco hacía su feliz morada,
obre la que ahora tremolaba aquella llama
cuya Puerta vigilaban fieras faces, armas ígneas.
nas lágrimas vertieron, naturales, pronto limpias:
enían todo el mundo ante sus ojos, en que hallar
emanso ameno, y la Providencia como guía.



ogidos de la mano y con lentos pasos vagabundos
través de aquel Edén su senda solitaria comenzaron.



JOHN MILTON. Nació en Londres en 1608, en el seno de una familia acomodada que le permitiría entregarse a sus lecturas e inquisiciones más allá de sus años universitarios. Entre 1625 y 1632 estudió en Cambridge, para consagrarse luego, con devoción autodidacta, a dilatar su formación intelectual. En 1638 viajó al continente, donde se encontraría con los grandes pensadores de la época; entre ellos, Galileo y Grotius. Para entonces Milton contaba ya con una extensa obra lírica en latín, italiano e inglés que, por sí sola, le prometía un lugar legítimo en la historia de la literatura. *En la mañana de la Natividad de Cristo* (1629), *L'Allegro e Il Penseroso* (1633), *Lycidas* (1638), el poema en latín *Epitaphium Daimonis* (1639), en conmemoración de la muerte de su íntimo amigo Charles Diodati, y la pequeña pieza dramática *Comus* (estrenada en 1634, publicada en 1638) destacan en esta primera etapa de su producción literaria.

Milton retornó a Inglaterra en 1639, en el alba de la revolución puritana. Se instaló en Londres, donde tomó algunos discípulos y en 1641, con sus primeros escritos contra el episcopado de la iglesia de Inglaterra, su pluma se desvió de la poesía hacia la deliberación política y social llevada por un poderoso impulso reformista y

republicano que no lo abandonaría ya hasta el mismo momento del colapso de la aventura revolucionaria en 1660.

En 1642 estalló la guerra civil entre el rey Carlos I y el Parlamento de Inglaterra, de mayoría puritana. Milton, adherido a la facción parlamentaria contra la monarquía absolutista, se casó ese año, por razones todavía inexplicadas, con Mary Powell, de familia monárquica, que lo abandonó un mes después y no retornaría a él hasta 1645. Es bien posible que las dificultades iniciales de este primer matrimonio lo moviesen, en parte, a escribir el cuerpo de sus célebres tratados en favor del divorcio: *La doctrina y disciplina del divorcio* (1643), *El juicio de Martin Bucer, relativo al divorcio* (1644), *Tetrachordon y Colasterion* (1645). Mary Powell, sin embargo, tras su retorno, permanecería con Milton hasta su propia muerte en 1652 y le daría tres hijas: Anne (n. 1646), Mary (n. 1648) y Deborah (n. en 1652), así como un hijo que no sobrevivió. Milton volvería a casarse en 1656, con Katherine Woodcock, a la que perdió en 1658, y nuevamente en 1663, con Elizabeth Minshull.

El año 1649 comenzó para Inglaterra con la ejecución del rey Carlos, derrotado en la guerra civil, y la abolición de la monarquía. Milton, que defiende fervientemente el alzamiento puritano y el regicidio en un tratado político publicado poco después, es nombrado enseguida Secretario de Lenguas Extranjeras por el Consejo de Estado, cargo que desempeñaría hasta el fin del protectorado de Cromwell y desde el que defendería internacionalmente el experimento republicano, contemplado con una mezcla de desdén, suspicacia y preocupación por las potencias continentales. El considerable cuerpo de escritos en favor de la democracia, el divorcio, la libertad de prensa y la tolerancia religiosa generado por Milton durante estos años, entre los que sin duda destaca *Areopagitica* (1644), nutriría posteriormente a las mentes revolucionarias de Francia y Norteamérica.

La misma vigilia del hundimiento de la utopía cromwelliana, Milton escribe y publica todavía con ardor revolucionario el modo directo y simple de establecer una Mancomunidad libre, sin temer las

consecuencias. Con la restauración de la monarquía estuardo en 1660, Milton, ciego desde 1652, se ve obligado a esconderse de sus enemigos políticos. Es arrestado y encarcelado finalmente, pero liberado al poco tiempo gracias, entre otros, a la intercesión del poeta Andrew Marvell. Aunque no abandona ya sus trabajos eruditos, de los que su *Historia de Britania* (1670) y su *Arte de la lógica* (1672) son buenos ejemplos, los últimos años de Milton son los de sus grandes obras poéticas. *Paraíso Perdido* (1667), *Paraíso Recuperado* (1671) y *Sansón Agonista* (1671) constituyen el legado épico de este último periodo de su vida, que concluyó en Londres en 1674.

Notas

[1] Michael Bryson, *The Tyranny of Heaven: Milton's Rejection of God as King*, Newark/Londres, University of Delaware Press/Associated University Press, 2004, p. 130. **<<**

[2] *Denis Saurat, Milton, Man and Thinker*, Londres, J. M. Dent, 1946.
<<

[3] Samuel Johnson, *The Life of Milton*, ed. digital de Jack Lynch, Newark, Rutgers University, p. 225. **<<**

[4] «La razón de que Milton escribiese encadenado cuando escribió de Ángeles y Dios y en libertad cuando lo hizo del Infierno y los Diablos es que era un verdadero Poeta y del partido del Diablo sin saberlo» (*Marriage of Heaven and Hell*, lámina 6). **<<**

[5] *The World Turned Upside Down*, Nueva York, Viking Press, 1972, p. 403. **<<**

[6] «En muchos sentidos *Paraíso perdido* era su tema predestinado y, sin embargo, en cierto modo, lo ponía en una posición falsa, iba en contra de su misma naturaleza. Creyendo como creía, con una intensidad superior a la del hombre común, que nuestra dignidad consiste en una forma de pensar independiente y afanosa, y sintiendo con la misma excepcional intensidad que la esencia de la vida es la lucha y esfuerzo, se ve forzado a deplorar el advenimiento del pensamiento al mundo (pues a ello equivale el tema, ni más ni menos) y a representar el mejor de los estados como esa bienaventuranza amorfa original. Estaba atrapado, en un sentido, por su tema; y de la trampa no había salida posible» (A. J. A. Waldock, *«Paradise Lost» and Its Critics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, pp. 22-23). **<<**

[7] Parece en demasiadas ocasiones como si el esfuerzo desesperado por desenterrar las *verdaderas* intenciones de Milton al escribir *Paraíso perdido* (¿lo hizo con ortodoxa piedad?, ¿lo hizo piadosamente pero con una herética intención secreta que destiló a través de su devoción consciente?, ¿lo hizo con heterodoxa militancia?…) hubiera de darnos al final *la* licencia para leer a Milton de una u otra de las posibles maneras. Pero esa licencia nos la otorga de antemano la naturaleza abierta del texto literario. Por eso, la cuestión que enmascara la búsqueda del *verdadero* Milton no es, al fin y al cabo, ¿qué creía Milton?, sino ¿cuál es la lectura más fértil de todas, la que mejor nos concilia con el texto, la que ofrece mayores profundidades de visión y reflexión, y conlleva repercusiones más positivas? **<<**

[8] John Dryden, The State of Innocence and thè Fall of Man, ed. digital de Jack Lynch, Newark, Rutgers University. **<<**

[9] Cf., por ejemplo, D. Loewenstein: «Las fuerzas de Satán […] combaten en el Cielo al estilo épico. Aunque no afrontan el riesgo de la mortalidad humana, como los antiguos guerreros griegos, sus valores marciales e ideología heroica son, sin embargo, homéricos en amplia medida […] Milton asocia a Satán y a su ejército con esta marcialidad épica sólo para sugerir que sus valores heroicos han quedado anticuados» (*Milton: Paradise Lost*, pp. 102-103). **<<**

[10] Cf. Dennis Danielson (ed.), *The Cambridge Companion to Milton*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 113. **<<**

[11] Ídem, ibídem. **<<**

[12] Aurobindo Ghose, The Future Poetry, Pondicherry, Sri Aurobindo Ashram, 1985, p. 81. La reflexión de Ghose, uno de los mayores filósofos y poetas indios de todos los tiempos, resulta especialmente interesante porque él mismo es autor de un extenso poema épico en pentámetros poco conocido todavía en Occidente. Savitri, con sus cerca de 24.000 versos frente a los 10.565 del *Paraíso perdido*, apunta como este último a una visión trascendente de la realidad pero partiendo, no de un mito y doctrina prestablecidos, sino de la experiencia mística del autor, cuyos alcance y profundidad son comparables cuando menos a la de nuestro san Juan de la Cruz. **<<**

[13] «Libro V», vv. 857-862. **<<**

[14] Láminas 5-6. **<<**

[15] W. Blake, Prosa escogida, ed. de Bel Atreides, Barcelona, DVD Ediciones, 2002, p. 28. **<<**

[16] «Como entidad moral, el Diablo de Milton es muy superior a su Dios, del mismo modo que alguien que persevera en un propósito tenido por excelente a pesar de la adversidad y la tortura lo es a otro que, en la fría seguridad de un triunfo indubitable, inflige la más espantosa venganza a su rival; y ello no con el fin desacertado de hacerle arrepentirse de su enemistad, sino con el objetivo declarado de exasperarlo e inducirlo a merecer nuevos tormentos» (cf. «Defensa de la poesía», en Ensayos escogidos, Barcelona, DVD Ediciones, 2001, pp. 123-124). **<<**

[17] Recuérdese que el libro que desempeña la función formativa más importante de la consciencia del Engendro es precisamente Paraíso perdido: «Lo leí […] como historia verídica. Excitó cada emoción de pasmo y sobrecogimiento que el cuadro de un Dios omnipotente luchando contra sus criaturas es capaz de excitar. A menudo referí a mí mismo las diversas situaciones, sorprendido por su similitud conmigo. Como Adán, yo, aparentemente, no me hallaba unido por vínculo alguno a ningún otro ser existente; pero su estado era muy diferente del mío en todos los aspectos […] Muchas veces consideré a Satán un emblema más adecuado de mi condición; pues a menudo, al igual que él, cuando veía la dicha de mis protectores, la amarga hiel de la envidia se alzaba dentro de mí» (Mary Shelley, Frankenstein, ed. de M. K. Joseph, Oxford, Oxford University Press, 1980, p. 129. **<<**

[18] Idem, ibídem, p. 130 (las cursivas son del original). **<<**

[19] «Libro III», vv. 93-117, pp. 161-163. **<<**

[20] «Libro V», v. 573. **<<**

[21] Cf. «Libro V», vv. 486-490; «Libro VI», vv. 41-43; «Libro IX», vv. 351-352; «Libro IX», w. 654; «Libro XII», vv. 84-85, etc. **<<**

[22] Cf. Lewis W. Spitz, *The Protestant Reformation*, St. Louis, Concordia Publishing House, 1985, p. 2.08. **<<**

[23] Cf., por ejemplo, «Libro V», vv. 735-737, «Libro VIII», vv. 75-80 y «Libro XII», vv. 59-62. **<<**

[24] Cf., por ejemplo, N. Frye, *'The Return of Eden*, Toronto, University of Toronto Press, 1965 y C. S. Lewis, *A Preface to «Paradise Lost»*, Oxford, Oxford University Press, 1961. **<<**

[25] A. J. A. Waldock, «Paradise Lost» and Its Critics, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, pp. 91-92. **<<**

[26] «Libro IV», vv. 810-819. **<<**

[27] Michael Bryson, op. cit., p. 69. **<<**

[28] Helen Darbishire (ed.), The Early Lives of Milton, Londres, Constable and Company, 1932, p. 13. **<<**

[29] Richard Bradford, *The Complete Critical Guide to John Milton*, Londres, Routledge, 2001, p. 49. **<<**

[30] John Milton, *The Reason for Church Government*, 1642. **<<**

[31] *Tenure of Kings and Magistrates*, publicado el 13 de febrero de 1649 pero escrito mientras tenía lugar el juicio contra el monarca. El subtítulo del tratado es, ya de por sí, bastante elocuente: «*Como Prueba de que es Lícito, y se ha considerado así en todas las Eras, para cualquiera que detente el Poder, pedir cuentas a un Tirano, o a un Rey infame, y tras debido examen deponerlo o ejecutarlo, si el MAGISTRADO ordinario ha omitido o se ha negado a hacerlo. Y de que esos que últimamente tanto critican el Derrocamiento, son los Hombres que lo hicieron con anterioridad*». **<<**

[32] «El verso», en *Paraíso perdido*, p. 43. **<<**

[33] «Libro VII», v. 31. **<<**

[34] «Libro I», vv. 25-26. **<<**

[35] Michael Bryson, op. cit. Sea como sea, la interpretación de Michael Bryson, que sigue de cerca a William Empson (Milton's God, Londres, Chatto and Windus, 1961), es quizá la más fértil y comprehensiva de cuantas se han propuesto hasta ahora; desde luego, es la más penetrante de las que ha leído este comentarista. **<<**

[36] M. Bryson, op. cit., pp. 12 y 18. **<<**

[37] «Right reason» «Libro VI», v. 42. **<<**

[38] Como evocadoramente lo representa Blake en la lámina 15 de su Milton. **<<**

[39] «Libro III», v. 341 y «Libro VI», v. 732. **<<**

[40] «Libro III», vv. 339-340. **<<**

[41] Bryson (cf. op. cit., cap. 4) aprecia una evolución en la figura del Hijo desde su primera aparición en el «Libro III» de *Paraíso perdido* hasta el final del poema. Debo reconocer que ésta es la parte que me parece más cuestionable de su argumento. **<<**

[42] Segunda edición aumentada y revisada por el autor, Londres, S. Simmons, 1674. El interesado encontrará un facsímil de esta edición, en formato JPG, en http://www.johngeraghty.com/Literature/Texts/Milton/P_Lost_i674/, uno de los proyectos cibernéticos más generosos con el estudioso de la obra de Milton. Por su parte, el Milton Reading Room (http://www.dartmouth.edu/~milton/reading_room/contents/index.shtml), de la prestigiosa Universidad de Darmouth, ofrece una fiel transliteración de la versión de 1674 a partir de copias del manuscrito original. Finalmente, *The Online Library of Liberty* (http://oll.libertyfund.org/Home3/Book.php?recordID=0307), proporciona al interesado un facsímil del *Paraíso perdido* según la edición del Rev. H. C. Beeching (Oxford, 1900), que reproduce las ediciones de 1667 y 1674 según la estructura en doce libros de esta última, pero con sus escasos cambios respecto de la versión anterior en notas a pie de página. A efectos de traducción se han tenido en cuenta también las ediciones del *Paraíso perdido* de Elledge, Campbell, Fowler, Leonard, Raffel y Shawcross, todas ellas de la versión de 1674 y todas ellas en inglés actualizado excepto la de Shawcross. **<<**

[43] *Trocaico* porque en métrica española las dos cláusulas binarias (yámbica y trocaica) se resuelven en la segunda (cf. T. Navarro Tomás, *Métrica española*, pp. 36-37). No todos los tratadistas están de acuerdo en ello, sin embargo (cf. E. Torre y M. A. Vázquez, *Fundamentos de poética española*, pp. 42-43). **<<**

[44] Abilio Echevarría percibe esta inadecuación: «El verso castellano que más podría asemejarse silábicamente a ese pentámetro, que es en realidad un decasílabo, es nuestro endecasílabo […]. Pero nada puede sonar fonéticamente más distinto que ese decasílabo inglés […]». (*Paraíso perdido*, p. XXI). Propone como alternativa el alejandrino, pero el resultado rítmico de su traducción contradice ampliamente su propuesta. **<<**

[45] Esta necesidad la percibe bien Francisco Arcos García, cuya traducción del primer libro del Paraíso perdido es, a mi gusto, la más conseguida rítmicamente hablando de cuantas he tenido ocasión de consultar. Arcos García escribe, sin embargo: «La lengua castellana, al contrario que la inglesa, no se adapta al ritmo yámbico, donde los acentos son muy repetidos, en sílabas alternas. El ritmo que nosotros hemos utilizado es el dactilico o el anapéstico, más desahogado a la hora de componer con él. Esto es natural, porque mientras que el inglés es un idioma fundamentalmente monosilábico, en castellano abundan los vocablos de más de dos sílabas» (p. 56). Pero lo cierto es que el ritmo yámbico/trocaico no se crea necesariamente haciendo coincidir todas las sílabas impares (a partir de la primera acentuada) con los acentos tónicos de las palabras, sino situando esos acentos tónicos en posición impar (a partir de la primera sílaba acentuada) de manera que la recitación sonora o silenciosa de los versos vaya encontrando sus apoyos rítmicos en el resto de las sílabas impares. **<<**

[46] Que prefiero a *elites*. **<<**

[1] El autor realiza aquí, no sólo un manifiesto estético, sino también político. Milton, que había sido activo defensor y colaborador de la Commonwealth republicana, primero bajo el Parlamento y bajo el Protectorado de Cromwell después, escribe ahora, en el periodo de la monarquía restablecida de los Estuardo, distanciándose de los poetas de la Restauración, para los que la rima era un elemento primordial del hacer poético. Servidumbre a la rima y servidumbre a la monarquía absolutista estuarda son equivalentes en la última y rotunda frase. **<<**

[2] Se refiere al centro de la tierra, no creada todavía. **<<**

[3] Los de la Iglesia. **<<**

[4] Nombre acuñado del griego, literalmente «todos los demonios». **<<**

[5] El *Grande Hombre* (o, más literalmente, *Mayor: one Greater Man*) es, desde luego, el Mesías. De acuerdo con Saurat «no sólo moralmente más grande, sino realmente, al ser aquél de quien los electos son parte»**[1]**, **<<**

[6] En el monte Horeb (Deuteronomio 4:10) o monte Sinaí (Éxodo 19:20), Moisés (*aquel pastor*) recibió las tablas de la ley y, según Milton aquí, la inspiración para escribir el Pentateuco a fin de enseñar a *la escogida grey* (los israelitas). **<<**

[7] El monte Sión está en Jerusalén. Siloé era un manantial cerca del monte Sión; Jesús envía a un ciego a lavarse los ojos en la alberca de Siloé para que recupere la vista (Juan 9:7-11). **<<**

[8] *vuelo medio*: vuelo que alcanza las regiones intermedias, a las que pertenecen los cielos de los dioses paganos, pero que no las trasciende. **<<**

[9] *monte aonio*: el monte de Aonia, el Helicón, desde el que Pegaso, el caballo alado que simboliza la inspiración, nacido de Poseidón y Medusa, se remonta al Olimpo. **<<**

[10] *rima*: obviamente hay que entender el término como sinécdoque de poesía; un tropo significativo después del manifiesto realizado en contra de la rima en la sección «El verso». **<<**

[11] En el contexto de la polémica sobre la doctrina de la «justificación del hombre» suscitada por la Reforma protestante, Milton invierte aquí los términos y declara su intención, no ya de conciliar al hombre con Dios, sino de conciliar a Dios con el hombre; esto es, mostrar que su actitud hacia el ser humano y su modo de tratarlo son, contra toda apariencia, inherentemente benévolos[2]. **<<**

[12] *La infernal Serpiente, él fue*: rompo la concordancia con el género femenino del nombre *Serpiente* para seguir a Milton porque ésta no es más que una apariencia puntual de Satán. **<<**

[13] *ruina*: Milton apunta aquí al sentido latino original de «caída». **<<**

[14] Nueve días es también el tiempo que tardan en caer los Titanes al Tártaro en la *Teogonia* de Hesiodo (vv. 720 ss.). **<<**

[15] *De Azufre siempre ardiendo, nunca extinto*: contraparte infernal de la zarza que arde y no se consume de Éxodo 3:2. **<<**

[16] El Infierno dista de la tierra (o *centro*) el doble de la distancia que separa la tierra del cielo (o *polo más lejano*) de acuerdo con Virgilio en la *Eneida*. **<<**

[17] *Belcebú*: del hebreo «Baal Zebub» (literalmente «Señor de las Moscas»), un dios cananeo con templo en Ekron (cf. 2 Reyes 1:2-16). Su nombre reaparece en el Nuevo Testamento (Mateo 10:25 y 12:24-27; Marcos 3:22; Lucas 11:15-19) asociado a Satán, como príncipe de los demonios. **<<**

[18] *el Archienemigo (En el Cielo ya llamado Satanás)*: Satán es literalmente «enemigo» en hebreo. **<<**

[19] *Tronos* es una de las categorías angélicas. **<<**

[20] *Muchas varas*: lingüísticamente hablando, *vara* es el equivalente de *rood* (antigua forma de *rod*), pero no corresponde a la misma medida; aproximándose la *vara* castellana al metro de longitud y la *rod* inglesa a los cinco metros. **<<**

[21] Los *Titanes* son hijos de la Tierra (Gea) y el Cielo (Ouranos) de acuerdo con la *Teogonía* de Hesiodo. Guiados por Kronos, el más joven de los doce Titanes originales, derrocaron primero a su padre y fueron derrocados después a su vez por *Jove* (Júpiter, Zeus). *Briareo* era otro de los monstruos titánicos engendrados por la Tierra y el Cielo. *Tifón* es un gigante con cien cabezas de serpiente concebido por la Tierra a partir del amor de Tártaro (*Teogonía*, vv. 820 ss.) después de que Zeus expulsara del cielo a los Titanes; de acuerdo con Píndaro, Zeus lo encerró en una gruta cerca de *Tarso*, en Asia Menor. El *Leviatán*, objeto a la vez de terror y admiración en el Antiguo Testamento, es el monstruo marino por excelencia; en Isaías 27:1 aparece asimilado al Dragón o Serpiente y presentado como enemigo de Dios; pero Milton lo describe aquí bajo el aspecto de un gran cetáceo. **<<**

[22] El *Peloro* es un promontorio cerca del Etna en Sicilia. Milton construye su imagen del volcán a partir de la de Virgilio, en la *Eneida*, III, vv. 570 ss. y la de Ovidio, *Metamorfosis*, XV, vv. 298 ss. **<<**

[23] El artista toscano es Galileo, a quien Milton visitó probablemente en 1638, durante su estancia en Italia, en su villa cerca de Arcetri, donde vería su *óptico cristal* o telescopio. Fiesole son las montañas sobre Florencia donde Galileo vivía, al pie de las cuales se halla Valdarno (el valle del Arno). **<<**

[24] Vallombrosa es un valle cerca de Florencia, en la Toscana, la antigua Etruria; de ahí la expresión de *etruscas sombras*. **<<**

[25] *Mar Rojo* es en hebreo *yam-suf*, «mar de los juncos»; de ahí que Milton, una vez establecido el símil entre los demonios caídos y *los juncos esparcidos por las aguas* se deje llevar por la difusiva inercia típica del símil épico hasta la persecución de los israelitas por el faraón según el relato de Éxodo 14. La constelación de *Orión* presagiaba mal tiempo. *Busiris*, según la mitología griega, fue un rey de Egipto hijo de Poseidón y una princesa egipcia; identificado posteriormente por mitógrafos cristianos con el faraón del libro del Éxodo. *Menfis* era una capital de Egipto. Los *refugiados del Gosén* son los israelitas, que se instalaron en esta región de Egipto cuando José se la ofreció a su padre Jacob para que morase allí con todo su pueblo según Génesis 45:10. **<<**

[26] El Hijo *de Amrán* es Moisés (Éxodo 6:20). La plaga de las langostas (la octava), que refiere Milton a continuación, se narra en Éxodo 10:1-20. **<<**

[27] *helados lomos: lomos o* «riñones» es la expresión bíblica para significar el centro del poder generador en el varón. **<<**

[28] *Dignidades* y *Poderes o* Potestades son categorías angélicas. **<<**

[29] Milton introduce en esta sección uno de los elementos característicos de la épica clásica: el del «Catálogo». A imagen, por ejemplo, del «Catálogo de las Naves» en la *Ilíada*, el «Catálogo de los Reyes» en la *Eneida* o el «Catálogo de los Héroes» en la *Teogonia*, el autor ofrece aquí un «Catálogo de los Demonios» de acuerdo con los nombres y personalidades que adquirieron en la Antigüedad pagana, según las fuentes que maneja el poeta. **<<**

[30] *Móloc*: dios del reino de Amón (1 Reyes 11:7) al que se adoraba con sacrificios de niños (Levítico 18:21 y 20:2-5); la ubicación de su templo en Tofet se refiere en 2 Reyes 23:10 y Jeremías 3.2:35. La ciudad de *Raba*, los territorios de *Argob* y *Basan*, y el río *Arnón* forman parte de la geografía bíblica. El *mogote del oprobio* (el *Monte del Escándalo* en v. 416, o *la insultante loma* en v. 443) es un modo de llamar al Monte de los Olivos. **<<**

[31] *Kemós*: cf. Números 21:29; Jueces 11:24; 1 Reyes 11:7, 33; 2 Reyes 23:13 y Jeremías 48:7, 13, 46. *Aroer, Nebo, Abarim, Hesbón, Horonaim, Seón, Sibma* y *Elealé* son todos ellos enclaves de la geografía bíblica. La *Asfáltica Laguna* es el mar Muerto. En v. 412, Milton identifica a *Kemós* con Baal-Peor (o Baal-Fegor); el relato de esta «prostitución» de Israel con las moabitas se refiere en Números 25:1-3. La «revuelta purista» del *buen Josías*, rey de Israel del 640 al 609 a. C. aproximadamente, y su profanación de todos los santuarios paganos se narra en 2 Reyes 23. **<<**

[32] El *río que divide Egipto de la tierra siria* (de acuerdo con la geopolítica bíblica) es el Besor (cf. I Samuel 30:9 ss.). **<<**

[33] *Baalim* y *Ashtaroth* son nombres comunes dados por los hebreos a dioses fenicios (cf. Jueces 2:13 y 10:6; 1 Samuel 7:4 y 1 Samuel 12:10). **<<**

[34] *Astarté* era la Afrodita fenicia, diosa de los sidonios (fenicios de la ciudad de Sidón) según 1 Reyes 11:5, 33 y 2 Reyes 23:13. Se la representaba con cuernos en forma de creciente lunar (de ahí los *cuernos alunados* o *crescent horns* del v. 439).

El *uxorio Rey* es Salomón. El término *uxorious*, derivado del latín *uxor*, «mujer, esposa», significa la cualidad de «proclive a dejarse manejar por las mujeres», de las que Salomón gustaba tanto. Milton, en sus años universitarios en el Trinity College, había apuntado ya en su lista de temas para componer una tragedia el de *Salomón Gyncecocratomenus* (*Salomón Uxorio*)**[3]**. La palabra se ha traducido al castellano con más o menos audacia; Jovellanos, por ejemplo, ofrece «muliebroso», pero, puestos a crear un neologismo, *uxorio* tiene (como mínimo) tanto derecho a existir en castellano (junto a las académicas formas de *uxoricida* y *uxoricidio*) como en inglés. **<<**

[35] *Tamuz* es un antiguo dios mesopotamio de la muerte y el renacimiento ligado a los ritos estacionales de la vegetación y asimilado posteriormente (por san Jerónimo) a la divinidad griega de origen fenicio *Adonis*. La herida mortal de *Tamuz/Adonis* era causada por un jabalí y la muerte del dios favorito de la diosa (Innana en Mesopotamia, Ishtar-Astarté en fenicia, Afrodita en Grecia) se celebraba tras el solsticio de verano. El río *Adonis* desembocaba junto a la ciudad fenicia de Biblos, en el Líbano, donde se celebraban los festivales anuales en honor del dios, los Adonia. La visión del profeta Ezequiel aquí referida se narra en Ezequiel 8:14 ss. **<<**

[36] La divinidad filistea (palestina) *Dagon* aparece en el Antiguo Testamento en Jueces 16:23, 1 Samuel 5:2-7 (de donde Milton toma el relato de la humillación de este dios por Yahvé) y 1 Crónicas 10:10. Lo nombra también el apócrifo 1 Macabeos 10:84 y 2:4. *Azoto, Gat, Ascalón, Ecrón y Gaza* eran las cinco ciudades-Estado de la Pentápolis filistea (cf. 1 Samuel 6:17-18). **<<**

[37] Del dios sirio *Rimón*, con templo en Damasco, se habla en 2 Reyes 5 y 16. La primera de estas dos referencias ofrece el relato de la conversión del capitán sirio Naamán a la religión yavista (el leproso que perdió Rimón): el profeta Eliseo lo envía a bañarse en el Jordán para curarse de su enfermedad, a lo que Naamán responde si «los ríos de Damasco, el *Abana* y el *Farfar* no valen más que toda el agua de Israel» (2 Reyes 5:12); pero como el chauvinista capitán acaba por obedecer al profeta, se libra de la lepra y se vuelve hacia el dios de Israel. La segunda de las referencias cuenta la apostasía del rey Acaz de Judá, que tras vencer a Damasco con ayuda del rey asirio, se queda fascinado por el culto de Rimón en la capital derrotada y ordena construir un santuario al dios foráneo en Jerusalén. **<<**

[38] La historia del becerro de oro se narra en Éxodo 32:1-29. El *rey rebelde* es Jeroboán (cf. 1 Reyes 12:28 ss.) que duplicó doblemente el «pecado» de los israelitas: primero, por repetirlo; segundo, por hacer dos becerros de oro, en lugar de uno, y colocarlos en las ciudades de Betel y Dan proclamando que éste, y no Yahvé, era el dios que había sacado a Israel de Egipto. Respecto de la narración de la partida de Egipto y la justicia de Yahvé ejercida por igual sobre dioses y primogénitos (humanos y animales) de Egipto, cf. Éxodo 12:12. **<<**

[39] *Belial* («beliya“al”) no es una divinidad en el Antiguo Testamento, sino un término que significa “indignidad, maldad”: “hijo de Belial”, “hombre de Belial”, “hija de Belial” son expresiones hechas que significan “canalla”. En la Segunda Carta a los Corintios (6:15), sin embargo, Pablo personifica a Belial contraponiéndolo a Cristo. Los *hijos de Elí* se convierten en “hijos de Belial” en x Samuel 2:12. La noche de violación en *Guibeá* se narra en Jueces 19:22 ss. **<<**

[40] *Yaván* es hijo de Jafet, que a su vez es hijo de Noé, según la genealogía de Génesis 10. Milton, de acuerdo con comentaristas bíblicos anteriores, lo presenta como ancestro de la raza jonia, los griegos de Asia Menor, pero tomados aquí como sinécdoque de los griegos en general. **<<**

[41] El mayor de los Titanes, tanto en Hesiodo (*Teogonía*) como en Apolodoro (*Biblioteca*) es Océano; aunque en Apolodoro no es el primogénito del Cielo o Urano, puesto que en la *Biblioteca* los Titanes son la última generación nacida del Cielo. *Saturno o* Cronos gana el derecho de primogenitura al emascular a Urano y convertirse en rey de los inmortales. *Jove* (Júpiter, Zeus), hijo de Cronos y *Rhea*, se enfrenta a su vez a su padre y lo exilia del cielo. Hasta que estuvo en disposición de enfrentarse a su padre, *Rhea* lo ocultó en *Creta*. El oráculo de Zeus estaba en *Dodona*; el de *Delfos* pertenecía al dios Apolo. El *Adria* es otro nombre del mar Adriático. Las *islas más remotas* son las británicas. **<<**

[42] *Azazel*: nombrado en Levítico 16:8-9 en relación con el chivo expiatorio ritual. En el apócrifo Libro de Enoc (del que Milton conocía la parte incluida en la *Chronographia* del historiador bizantino Syncellus publicada por Goar en París, en 1657**[4]**) es un importante demonio, el orfebre infernal que hacía ornamentos de mujer así como las armas de los hombres. De ahí que Saurat sugiera que el Azazel miltónico fuera el autor de la *imperial enseña* y que, por tanto, fuera legítimo derecho suyo enarbolarla. **<<**

[43] La imagen proviene de la *Ilíada*, III, vv. 1-5, donde las grullas en formación de ataque constituyen un símil del avance de los troyanos. **<<**

[44] *Flegra*: el lugar donde los dioses se enfrentan y derrotan a los gigantes en las *Metamorfosis*, X, v. 151. **<<**

[45] *el hijo de Uther*: el rey Arturo. **<<**

[46] *Armórica*: nombre latino de la Bretaña francesa. **<<**

[47] *Aspramonte* y *Montalbán* (Montalbano) son castillos en el *Orlando furioso* de Ariosto; *Marruecos, Damasco, Trebisonda* son lugares de enfrentamiento entre caballeros fieles e infieles característicos en la épica renacentista. **<<**

[48] La ciudad portuaria tunecina de *Biserta* habría sido, según el *Orlando innamorato* de Boiardo, el punto de partida de la invasión musulmana de la península ibérica. **<<**

[49] Una interpretación de Milton de la derrota de Roncesvalles según la *Chanson de Roland*. **<<**

[50] La palabra aramea *mammón* significa «riquezas» (cf. Mateo 6:24 y Lucas 16:13). En Juan 12:31, el concepto aparece personificado como «Príncipe de este Mundo». Identificado posteriormente a Plutón, título del dios griego Hades como patrón de las riquezas. **<<**

[51] *Belus* es el nombre latinizado del dios asirio-babilónico Bel; *Serapis*, una divinidad solar del Egipto ptolemaico que recibía un culto sincrético greco-egipcio. **<<**

[52] *Descarando sus broncíneas hojas*: el verbo en su legítimo doble significado de «separar las caras» y «hacerlo descaradamente» para traducir el doble significado del inglés *brazen*, «de bronce» y «descarado, insolente». **<<**

[53] *Ángeles cetrados*: el neologismo *cetrado* («con cetro, en posesión del cetro») se introduce aquí, a imagen del término *mitrado*, para conservar mayor proximidad respecto de la expresión original. **<<**

[54] *Ausonia*: nombre griego para Italia y nombre poético en inglés para la misma región; *Mulciber* es uno de los nombres latinos de la divinidad grecorromana Vulcano (Hefesto). En la *Biblioteca* de Apolodoro, Hefesto es hijo de Hera (sin concurso de varón) y Zeus lo arroja del cielo por auxiliar a su madre, castigada por Zeus. Hefesto cae en la isla egea de *Lemnos* rompiéndose las dos piernas y es curado por la diosa Tetis. **<<**

[55] *Ormuz*: una isla comercial en el golfo pérsico; *Ind*: forma apocopada de referirse a la India; ambos nombres como símbolos de espléndidas cortes orientales. **<<**

[56] *Potestades y Dominios*: diferentes grados de dignidades angélicas. **<<**

[57] *Virtudes Celestiales*: otro grado de las dignidades angélicas, aunque aquí tomado como símbolo de la totalidad por la ironía que conlleva. **<<**

[58] *Rey cetrado*: cf. nota a «Libro I», v. 734. **<<**

[59] *Máquina Omnipotente*: quizá el Trueno de Dios, o el Carro del Hijo en «Libro VI», v. 829, que precipita la derrota de los ángeles rebeldes. **<<**

[60] *Su diestra roja mano*: Horacio (*Odas*, I, II, vv. 2-3) atribuye a Júpiter una «mano derecha roja» (*rubente dextera*). **<<**

[61] *Miguel*: Significa en hebreo «¿Quién como Dios?» y es corriente en la Biblia como nombre de mortal. Pero el ángel Miguel aparece ya en las Escrituras como uno de los príncipes entre los ángeles (cf. Daniel 10:13 y 12:1). En Judas 1:9, el arcángel Miguel disputa al diablo el cuerpo de Moisés; en Apocalipsis 12:7 es Miguel con sus ángeles quien combate contra el dragón. **<<**

[62] *Tronos e imperiales Potestades* […] *Etéreas Virtudes*: diferentes grados de dignidades angélicas. **<<**

[63] *La guerra nos determinó*: el término *determinar* sobre todo en su significado latino original de «poner términos o límites, confinar». **<<**

[64] *nimios habitantes*: Milton crea aquí un doble sentido con el adjetivo *punie* (actualmente *puny*, «insignificante, enclenque, minúsculo, miserable…») irreproducible en castellano. *Punie* deriva del francés «puis né» («nacido después») y el significado de «más joven, más reciente» era todavía corriente en el inglés del XVII: los *habitantes* del mundo que propone atacar Belcebú, la raza humana, son pues más insignificantes puesto que nacidos después de la raza angélica; para los ángeles caídos son una raza sin prosapia y advenediza, como se dirá luego (v. 834). **<<**

[65] *Celímacos*: neologismo establecido para traducir el inglés *Heav'n-warring*, «que hacen la guerra al Cielo», a partir del elemento preformante *celi-* (como en *celícola*, «habitante del cielo») y el griego *machomai*, «luchar» (como en *taurómaco*, o *iconómaco*). **<<**

[66] *sonora alquimia*: el término *alquimia*, aquí, en su significado (desusado en castellano) de «aleación semejante al oro, latón»; la expresión sugiere, pues, metonímicamente, las trompetas de los querubines. **<<**

[67] *Campos Pitios*: Cerca de Delfos, donde se celebraban cada cuatro años unas competiciones deportivas pan-helénicas, (los Juegos Pitios) similares a las olímpicas, en conmemoración de la victoria de Apolo sobre la serpiente Pitón. **<<**

[68] *la taina circunvala*: esto es, gira a toda velocidad en el carro de carreras alrededor de la señal (*taina*) que marca la meta de la carrera. **<<**

[69] *cólera tifónica*: cólera semejante a la del monstruo Tifón (cf. nota a «Libro I», vv. 198-201). **<<**

[70] Tras tomar la ciudad de Cecalia, matar a su rey Éurito y tomar cautiva a la princesa Yole, *Alcides* (Heracles o Hércules) recibió de su esposa Deyanira una túnica untada con la sangre del centauro Neso. Deyanira, celosa de Yole, creía que la sangre actuaría como un filtro amoroso en su marido; pero su efecto era, por el contrario, corrosivo, incluso para un semidiós como Heracles. Al ponerse la túnica para celebrar un sacrificio, el veneno empezó a corroerle la carne. Heracles agarró a *Licas*, el mensajero que le trajera la túnica, y lo despeñó (según Ovidio en las *Metamorfosis* desde el *Eta*; según Apolodoro desde el monte Ceneo, sobre el mar de *Eubea*); luego encendió una pira en el *Eta* y se arrojó a ella (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, II, 6). **<<**

[71] Milton configura aquí su propia geografía infernal con elementos de la mitología clásica. El carácter que atribuye a cada uno de los ríos no es sino la explicación del significado de sus respectivos nombres en griego. **<<**

[72] La *ciénaga sirbonia* son las arenas movedizas que rodean el lago de Sirbon, en la costa mediterránea de la península del Sinaí. *Damieta* es una ciudad egipcia más al oeste, en el delta del Nilo. *Casio* era el nombre antiguo dado a un promontorio también en la costa mediterránea de la península del Sinaí, al este del lago de Sirbon. El lago de Sirbon y las ciénagas de alrededor eran una defensa natural contra los ejércitos que intentaban invadir Egipto desde el oriente. Según la tradición Tifón se había ocultado allí. **<<**

[73] Las *Furias* (latín) o Erinias (griego) son las deidades grecorromanas de la venganza. De acuerdo con Hesiodo y Apolodoro, nacieron de la sangre de la mutilación de Urano que cayó sobre Gea. **<<**

[74] *Medusa* era una de las Gorgonas (cf. nota a v. 628), con cabellera de serpientes y el poder de convertir en piedra a quien la mirase. Era la única mortal de las tres hermanas y la mató Perseo. **<<**

[75] *Tántalo* (cf. *Odisea*, XI, vv. 582-592) sufría en el Hades el tormento de estar sumergido hasta el cuello en agua, pero ésta huía de él cuando trataba de bebería; lo mismo le ocurría con los árboles frutales que le tentaban alrededor. **<<**

[76] La *Hidra* era un monstruo de cien cabezas, hija de Tifón y Equidna, que guardaba las manzanas de las Hespérides. Las *Gorgonas* eran tres hermanas, hijas de Forco y Ceto, de la estirpe titánida. La *Quimera*, hija también de Tifón y Equidna, era león por delante, dragón por detrás y cabra en medio con una cabeza que arrojaba fuego; la mató el héroe Belerofonte. **<<**

[77] *Ternate* y *Tidor*: dos pequeñas islas de las Molucas (Indonesia) en el archipiélago malayo. **<<**

[78] El *Cabo* es el de Buena Esperanza, en África del sur. **<<**

[79] *cerbéreas fauces*: por Cerbero, el perro de múltiples cabezas que guardaba el mundo infernal en la mitología clásica. **<<**

[80] *Escila* (cf. *Odisea*, XII, vv. 80 ss.) era un ser sobrenatural monstruoso, cuya cintura estaba formada también por cabezas de perro. Ulises debía pasar entre ella y Caribdis, el monstruo en el lado opuesto, para alcanzar la isla de *Trinacria*, donde pastaban las vacas del sol. **<<**

[81] *Ofiuco*, el Portador de la Serpiente, es la constelación del Serpentario. **<<**

[82] El nacimiento de Pecado, la Hija de Satán, rememora el de Atenea, la hija de Zeus; posteriormente, la relación entre Satán y su Hija se convierte en una antiimagen infernal de la relación entre Dios y el Hijo (cf. sobre todo «Libro II», vv. 869-870). **<<**

[83] *Celinata*: neologismo establecido (a imagen, por ejemplo, de *naonato* o *aeronato*) para traducir sintéticamente el inglés *heav'nlie-born*, «nacido en o del cielo, con naturaleza celestial». **<<**

[84] Milton se refiere a la Llave de Pecado con una expresión que ya ha utilizado, en los primeros versos de su épica, para referirse al fruto del Árbol del Bien y del Mal: ambas cosas son la causa o instrumento *de todos nuestros males*. De manera que este episodio en que Satán convence a su hija Pecado de que le abra las Puertas del Infierno, con la promesa de que ella y el hijo de ambos serán como dioses en el nuevo mundo, es una antiimagen infernal de la seducción de Eva. O dicho de otro modo, ambos vienen a ser el mismo acontecimiento, pero en dos planos correlativos de la realidad: el plano terrenal y ese otro nivel inframundano, que es como el vasto y oscuro inconsciente simbólico del universo visible. **<<**

[85] *Barca* y *Cirene* eran dos ciudades en el norte de África, en la costa libia, *drene* era una colonia griega establecida en el VII a. C. *Barca* fue fundada posteriormente por la próspera *Cirene*. **<<**

[86] *Belona*: diosa romana de la guerra. **<<**

[87] El *Grifo* es un animal mitológico, un león alado con cabeza de águila. De acuerdo con un rumor citado por Herodoto (*Historia*, III, 116) y en el que él mismo confiesa no creer, los *arimaspos*, una raza de hombres con un solo ojo, robaban el oro que guardaban los *grifos*. **<<**

[88] *Orco* y *Hades* son respectivamente las figuras romana y griega que representan tanto el reino de ultratumba como la divinidad que lo preside. *Demogorgon* aparece en la *Genealogía de los dioses paganos*, de Boccaccio, como un gran poder ctónico que es el «padre y principio de los dioses paganos». **<<**

[89] *Anarca*: Milton da a Caos un título un tanto oximorónico, puesto que literalmente lo nombra «supremo gobernante del desgobierno». **<<**

[90] *Argos*: la nave de Jasón y los argonautas, en *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas. **<<**

[91] *la desnuda convexidad del orbe más remoto de este universo*: el universo físico en su totalidad visto como una esfera (piénsese, por ejemplo, en la esfera del reverso del tríptico del Bosco *El jardín de las delicias* y visible cuando las hojas laterales del tríptico están cerradas); Satán viene a posarse sobre ella. **<<**

[92] Con el paso de las tinieblas infernales, que ha descrito en los dos primeros libros del poema, al mundo empíreo, al que se propone aludir ahora, Milton realiza una nueva invocación, esta vez a la Luz Celestial. **<<**

[93] Milton se refiere aquí a su propia ceguera, que le afligía desde mucho tiempo atrás pero que fue completa desde 1652. **<<**

[94] *Gota tan serena*: «gota serena» (*gutta serena*) es otro de los nombres de la amaurosis o privación total de la vista. **<<**

[95] *turbia sufusión*: «sufusión» (*suffusio nigra*) es una enfermedad de los ojos semejante a las cataratas. **<<**

[96] *Tamiris*, un poeta del que habla Homero en la *Ilíada*, II, vv. 594 ss., y al que cegaron las Musas por haberse jactado de que las superaba en el canto. *Meónides* es otra forma de llamar a Homero. **<<**

[97] *Tiresias* es, en la mitología griega, un vidente tebano que conservó su don de la videncia en el Hades después de muerto; Ulises, en el libro XI de la *Odisea*, lo invoca del submundo para consultarle acerca de su viaje. *Fineo*, un profeta de Tracia que los dioses habían dejado ciego por revelar el futuro a los hombres (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, I, 9, 21). **<<**

[98] *Melodiosos números*: ritmos poéticos. **<<**

[99] *universal blancura*: el blancor de una página en blanco que es, a la vez, vacío (*blank*). **<<**

[100] *Su Hijo Único. En la tierra vio primero* / *A los dos primeros Padres, los dos únicos aún*: dada la falta de desinencias en el adjetivo inglés, estas duplicaciones son aún más evidentes en el texto original. La aparición de estas tres geminaciones en sólo dos versos indica ya por sí misma la complejidad significativa que transportan. La segunda, la dilogía entre *primero* (*first* adv.) y *primeros* (*first* adj.) es fundamental, porque establece un vínculo muy específico entre Dios y los Protopadres: sugiere incluso que su acto de verlos (tropo aquí de *concebir/percibir* en un sentido divino) *primero* es lo que los hace *primeros*. La duplicación de *dos*, por tanto, no puede ser gratuita, y menos cuando su primera aparición es un puro pleonasmo… o lo parece. Porque *dos* es, en este verso, una palabra en movimiento, que fluye, dinamizada por el adverbio temporal y a través de él, desde la totalidad del primer *dos* (que cierra el mundo «completo», prácticamente atemporal, o pretemporal, de Adán y Eva bajo la mirada de Dios en el Jardín) hacia la incompletitud, apertura y multiplicabilidad del segundo *dos* que «abre» la pareja completa-en-sí a la «multiplicidad» humana que surgirá de ella.

Dentro de este marco de creación y evolución, la primera duplicación, *único(s)* / (*onely*), establece una relación estrecha entre el Hijo y el ser humano que sugiere dos cosas al mismo tiempo: en el mundo perfecto del Paraíso prelapsario, la feliz correlación entre el *tipo* celestial y el *antitipo* terrenal del «hijo de Dios», fundada en la unicidad de la querencia divina; en el mundo imperfecto posterior a la Caída preludia la futura Encarnación. **<<**

[101] *Transporta al Adversario*: el término *transporta* aquí en su doble sentido de «lleva, mueve, empuja» y «enajena». **<<**

[102] Milton o, mejor dicho, el Dios del *Paraíso perdido* sólo es capaz de concebir aquí dos posibilidades de comportamiento legítimo del ser humano: el determinismo natural, por el que la voluntad y razón humana serían pasivas y obedecerían a la necesidad (v. 110); o bien, el condicionamiento divino, por el que el ser humano es (supuestamente) libre sólo (paradójicamente) para obedecer a Dios. La tercera posibilidad, la de una libertad al margen del determinismo natural y del condicionamiento divino, una libertad plena del ser humano para explorar todas las posibilidades inherentes a su modo de existen cía en un universo creado a la medida de esa libertad, es algo que este Dios no es capaz de imaginar siquiera. De ahí que el discurso de este Dios sea el de la obediencia, mientras que el de Satán sea el de la libertad. Milton era un cristiano fiel a sus creencias; pero Milton era también un republicano convencido que luchó como nadie por las libertades individuales. Esta sección, por tanto, está en el centro de la problemática sobre el sentido del *Paraíso perdido*. **<<**

[103] *cual de números sin número*: o dicho sin poner de relieve la (aparente) paradoja a efectos poéticos, «cual de congregación innumerable». **<<**

[104] *Amaranto imperecible*: del griego «amaranthos» (perdurable, que no se marchita); una legendaria flor inmarchitable, así como una familia de plantas reales. Milton, en esta imagen de las coronas de las entidades angélicas, elabora la parte del versículo 1 Pedro 5:4, que reza: «recibiréis la corona perenne de la gloria», donde «perenne» es *amarantinon* en el griego del Nuevo Testamento. **<<**

[105] *las ávidas Dominaciones*: el término *Dominaciones* denota una categoría angélica; el inglés *aspire* tiene aquí, como muy a menudo en el poema, la connotación negativa de «avidez, aspiración ilegítima y contra el orden de las cosas». **<<**

[106] *tus Poderes: Poderes* aquí por la categoría angélica de «Potestades» («Potestates»), las «Potestades» del bando del Hijo. **<<**

[107] *Con igual rigor, sino te inclinas más a la piedad /[…]/ Con igual rigor, sino inclinado más a la piedad*: una de las no infrecuentes geminaciones de Milton; nótese el poliptoton, en el uso del verbo, entre ambos versos. **<<**

[108] *Imáus*: nombre de una gran cadena montañosa en Asia, usado de un modo indefinido por los geógrafos antiguos. En su sentido más específico, es la parte occidental del Himalaya; pero el nombre se usa también para designar una cordillera asiática más al norte, que podría ser la de Altai, desde el desierto de Gobi en el sureste hasta Siberia en el noroeste. **<<**

[109] El *Hidaspes*, mencionado por Arriano de Nicomedia en su obra *Indica*, parece que podría ser el Jhelum, uno de los cinco ríos del Punjab. **<<**

[110] *Sericana*: una región al noroeste de China. **<<**

[111] *No en la Luna próxima, como hay quien sueña*: Como por ejemplo Ariosto en *Orlando furioso* (cf. «Canto XXXIV», vv. 74-75). **<<**

[112] *Sinar*: Cf. Génesis 11:2. **<<**

[113] *Empédocles*: (c. 490-430 a. C.) filósofo griego, poeta y maestro religioso que, según la leyenda, se arrojó al volcán Etna, en Sicilia, para convencer a sus seguidores de su divinidad. **<<**

[114] *Cleombroto* era un joven del círculo de Platón (cf. *Fedón*) que, según Lactancio (cf. *Instituciones divinas*, III, 18) se arrojó al mar fascinado por la idea del Más Allá pintada por Platón en su diálogo sobre la inmortalidad del alma (*Fedón*). **<<**

[115] *Blancos, negros, grises*: Dominicos (hábito y escapulario blancos), carmelitas (hábito y escapulario negro o pardo, aunque el manto es blanco) y franciscanos (hasta la época napoleónica el hábito era gris; desde entonces, negro, aunque algunos países conservan el color tradicional). **<<**

[116] *y las fijas pasan*: la esfera de las estrellas fijas. **<<**

[117] La *esfera* de Libra, que es la *balanza* que sirve como punto de referencia para medir la *oscilación* o trepidación astronómica, postulada por el astrónomo árabe Thabit ibn Qurra (s. IX) en lugar de la precesión de los equinoccios ptolemaica. **<<**

[118] *cuentas*: cuentas de rosario. **<<**

[119] *perfil trasero*: el término inglés *backside* significa «la parte dorsal o posterior de algo» y, directamente, también «trasero, el trasero»; esta alusión, en estos versos cargados de ironía cuando no sarcasmo contra la superstición religiosa católica y criptocatólica, es perfectamente intencional. **<<**

[120] Cf. Génesis 2.8. *Luz* en el v. 513 no es el substantivo castellano, sino nombre propio hebreo, el de la ciudad de Canaán de Génesis 28:19 que Jacob llamó Betel. **<<**

[121] La ciudad de Dan, en el extremo norte de Israel, fue llamada posteriormente por los griegos *Vaneas* o *Vaneas* en honor del dios Pan. *Berseba* estaba en el extremo sur. La frecuente frase veterotestamentaria «desde Dan hasta Berseba» significa la totalidad del territorio de Israel. **<<**

[122] *el Astro del Vellón*: el astro *del Vellón* o, literalmente, «aborregado» es un modo de referirse a Aries, la constelación del Carnero, opuesta a Libra y cerca de Andrómeda. **<<**

[123] *tubo óptico*: el telescopio. **<<**

[124] *Aarón*, hermano de Moisés y primero de la casta sacerdotal de los levitas, debía portar en las ceremonias religiosas un *pectoral con doce piedras* simbólicas de las doce tribus de Israel (cf. Éxodo 28:15-30). **<<**

[125] Milton habla aquí, desde luego, de la *Piedra* Filosofal: *Hermes* es el mercurio de los alquimistas y *Proteo*, la vieja figura mitológica griega de formas cambiantes, al igual que el dios *Hermes*, aparece aquí simbolizando un elemento de los alquimistas en su búsqueda de la *Piedra*. **<<**

[126] Cf. Apocalipsis 19:17. **<<**

[127] El nombre *Uriel* significa en hebreo «fuego de Dios»; aparece como nombre propio en la Biblia (cf. 1 Crónicas 6:24 y 15:5, 11 y 2 Crónicas 13:2), pero no como nombre de esta importante entidad angélica de la tradición mística judía hasta el segundo apócrifo de Esdras. **<<**

[128] *faz triforme*: por las tres fases de la luna, relacionadas con las diosas Luna, Diana y Hécate. **<<**

[129] *Nifates*: según Estrabón, un monte en la frontera entre Armenia y Asiria. **<<**

[130] Cf. Apocalipsis 12:7-12. La frase *¡Ay de los moradores de la tierra!* proviene de Apocalipsis 12:12, o así es al menos como la traducen algunas versiones de la Biblia. El Nuevo Testamento de Wycliffe (1380) y La Nueva Biblia Española (1975), por ejemplo, ofrecen *Woe to the earth, and to the sea* («¡Ay de la tierra y del mar!»); pero la King James Bible (1611) y la Reina-Valera (1960), Woe *to the inhabiters of the earth and of the sea! for the devil is come down unto you, having great wrath, because he knoweth that he hath but a short time* («¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo»). **<<**

[131] *máquina diabólica*: el cañón, cuya invención Milton atribuye a Satán más adelante en el poema. **<<**

[132] Este pasaje en que Satán se dirige al Sol (cuando menos los versos 32-41) precede en varios años (hasta 15 o 16 según Aubrey**[5]**) a la composición del *Paraíso perdido* y habría sido escrito para la tragedia *Adam Unparadized* (*Adán desparadisado*), que fue el primer modo en que Milton concibió el tema de la Caída, sin llegar a concluirla. Según Waldock**[6]**, el Satán que se expresa en estos versos es tan distinto del de los libros I y II que ni siquiera se puede decir que sean el mismo personaje, lo que crea una discontinuidad narrativa que neutraliza la idea de la degradación de Satán: idea en la que un exponente antisatanista como Lewis**[7]** funda su tesis de la ortodoxia religiosa de Milton. **<<**

[133] *la prestada faz*: recuérdese que Satán ha tomado la forma de un ángel novicio para poder eludir así la vigilancia de Uriel en la esfera del sol («Libro III», v. 634 ss.). **<<**

[134] El *monte asirio* es el Nifates de «Libro III», v. 742. **<<**

[135] El *arco húmedo* (*humid bow*) es, desde luego, el arco iris. **<<**

[136] *Cabo de Esperanza*: el Cabo de Buena Esperanza, que forma el cono meridional del continente africano. **<<**

[137] *sabeo aroma*: del bíblico reino de Saba, que floreció en el Yemen hacia el siglo XII a. C. **<<**

[138] La historia proviene de los capítulos 7 y 8 del Libro Apócrifo de Tobías: Tobías debe casarse con su prima Sara, de la que está enamorado el demonio Asmodeo. Éste ha matado ya a siete maridos de Sara durante sus respectivas noches de boda; pero Tobías, instruido por el ángel Rafael, quema en la cámara nupcial el corazón y el hígado de un pescado, lo que hace huir al demonio a Egipto, donde es capturado por el ángel. **<<**

[139] De acuerdo con A. Fowler, el *cormorán* o cuervo marino simbolizaría «la codiciosa explotación de los débiles, en particular por el clero “mercenario”»**[8]**. **<<**

[140] La ciudad de *Haurán* el libro de Ezequiel (47:16 y 18) la sitúa al oriente de Israel (Milton usa aquí el nombre Auran, que es el término latinizado ofrecido por la Vulgata). *Seleucia* es el nombre de la capital construida por Seleuco, general de Alejandro, junto al Tigris y capital de su reino sirio. Los *edenitas* son los habitantes de la ciudad o territorio de Edén (no el Edén paradisíaco, sino la región referida en 2 Reyes 19:12 e Isaías 37:12). Milton usa aquí la expresión *sons of Edén* («hijos de Edén»), que es traducción literal del hebreo *beney-Eden* y del latín de la Vulgata *filios Eden*. La ciudad de *Telasar* se cita también en 2 Reyes 19:12 e Isaías 37:12 como lugar de habitación de los *edenitas*. **<<**

[141] La imagen del gran río que se divide luego en cuatro corrientes principales proviene de Génesis 2:10. **<<**

[142] *fábulas hesperias*: las relativas al jardín de las Hespérides, quienes eran las guardianas de las manzanas de oro dadas por Gea a Hera cuando esta última se casó con Zeus. **<<**

[143] El dios *Pan*, las *Gracias* y las *Horas* son todas ellas figuras mitológicas griegas relacionadas con la naturaleza y los cultos de fertilidad. **<<**

[144] Cf. Las *Metamorfosis* de Ovidio (libro V) y el *Himno a Deméter* homérico. *Proserpina* (o Perséfone, para los griegos), hija de *Ceres* (Deméter) y Zeus, fue raptada por el dios del inframundo *Dis* (Hades, Plutón) mientras recogía flores en el campo de *Enna*, en Sicilia. *Ceres* la buscó por todo el mundo y, cuando por fin supo quién era su raptor, se negó a que creciera el cereal mientras no le fuera devuelta su hija. *Dis* acabó por acceder a que *Proserpina* pasase en la superficie del mundo la mitad del año, lo que explica en términos míticos por qué los cultivos sólo crecen durante una parte del año. **<<**

[145] *Daphne* es el nombre de una hija del dios fluvial Peneo, en Tesalia; pero también de unos jardines al sur de Antioquía en Siria, junto al río *Orontes*, donde había un bosque y un templo dedicados a Apolo, así como una fuente nombrada según la famosa *Castalia* del Parnaso. **<<**

[146] La *isla nisia* es Nysa, de ahí el nombre griego de *Baco*: Dioniso. Según Diodoro de Sicilia (cf. *Biblioteca Histórica*, III, 68), el rey libio *Antón* (identificado por una parte con Zeus-Júpiter y, por la otra, con *Cam* o Ham, uno de los hijos de Noé) se casó con *Rhea*, hija de Urano y hermana de Cronos, pero tuvo amoríos con una hermosa muchacha, Amaltea, de la que nació Dioniso-Baco. Amón, para proteger al niño de su esposa legítima *Rhea*, lo ocultó en la isla de Nysa, rodeada por el río *Tritón*. **<<**

[147] El *Amara* era un monte situado en *Abisinia* (Etiopía) a la altura del ecuador (la *línea etíope*). **<<**

[148] Nótese cómo Adán, al principio de la frase, y Eva al final circunscriben la totalidad de la raza humana. **<<**

[149] *pardos*: tanto en castellano como en inglés, sinónimo de «leopardos». **<<**

[150] *recto aspecto*: el término *aspecto* aquí en sentido astrológico. La ironía del adjetivo *right* (*recto* o correcto) consiste en que los rayos del sol están a punto de incidir perpendicularmente contra el Portal, esto es, formando un ángulo de 90º o bien en «aspecto cuadrado», que es una mala configuración astrológica. **<<**

[151] Es decir: ya estemos hablando de un universo ptolemaico (geocéntrico) o coperniquiano (heliocéntrico). **<<**

[152] *Héspero*: el planeta Venus al mostrarse en el oeste con la caída de la tarde. **<<**

[153] Tanto el dios griego *Pan*, como el dios romano *Fauno*, asimilado al anterior, como las *Ninfas* y *Silvanos* son figuras mitológicas asociadas con la fertilidad. *Pan, Fauno*, los *Faunos* (derivados del anterior y asimilados a los Sátiros griegos) y los *Silvanos* son entes híbridos, mitad hombres, mitad machos cabríos. **<<**

[154] Pandora fue el regalo de Zeus al hijo menos sabio de Jápeto (nombre asimilado aquí al del hijo de Noé, *Jafet*), que era Epimeteo, como venganza contra su hermano Prometeo, que había robado el *fuego* original o *auténtico* (en el sentido etimológico de esta palabra en griego) al padre de los dioses. Pandora le fue portada a Epimeteo por el Argifonte (epíteto del dios *Hermes*) investida de los dones que le habían otorgado cada uno de los dioses y, al destapar la caja que portaba, todos los males que más tarde asolarían a la humanidad se diseminaron por el mundo (cf. Hesiodo, *Trabajos y días*, 81 ss.). **<<**

[155] La sombra de la Tierra, proyectada por el sol contra la esfera de la luna, ha alcanzado la mitad del curso ascendente; en la esfera del reloj serían, por tanto, las nueve del anochecer. **<<**

[156] *Uzziel*: en hebreo, «fuerza de Dios». En la Biblia aparece 18 veces, pero como nombre humano. En la tradición rabínica, *Uzziel* era uno de los siete ángeles ante el trono de Dios. **<<**

[157] *La mitad a escudo vira, a lanza la mitad*: expresión clásica militar para indicar la mano de la lanza (derecha) o la del escudo (izquierda). **<<**

[158] El nombre *Ithuriel* («descubrimiento de Dios») no es bíblico, pero sí el de un ángel de la tradición cabalística medieval. *Zefón* («espía, buscador») aparece en la Biblia como nombre humano, en Números 26:15 y unido al del dios Baal en el toponímico Baal-Zefón (Exodo 14:2, 9 y Números 33:7). **<<**

[159] Zeus usa la balanza áurea para decidir la suerte de aqueos o troyanos en la *Ilíada*, VIII, vv. 69-74 y la de Aquiles contra Héctor en XXII, vv. 209-213; y Júpiter en la *Eneida*, XII, vv. 725-727 para pesar el destino de Eneas contra Turno. Milton identifica la balanza divina del destino con la constelación de Libra, entre Virgo (*Astraea*) y Escorpio. *Astraea* (Astraia, en la mitología griega) era hija de Zeus y Temis, y encarnaba la justicia. Al terminar la edad de oro, última de los dioses de la antigüedad en abandonar la Tierra, se transformó en Virgo (la Virgen), sosteniendo la balanza de la justicia en la constelación contigua de Libra. **<<**

[160] *Rafael*: este ángel aparece ya en el Libro Apócrifo de Tobías: en 12:15 se presenta a sí mismo con estas palabras: «Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que están al servicio de Dios y tienen acceso ante el Señor de la gloria»**[9]**. En hebreo, su nombre significa «curó Dios». *Abdiel*: este nombre aparece en la Biblia (1 Crónicas 5:15) pero no con categoría angélica, sino como nombre de mortal; en hebreo significa «siervo de Dios». **<<**

[161] *Flora*: la diosa romana de las flores y la floración; *Céfiro* aparece aquí como la personificación del viento del oeste. **<<**

[162] *Con las ruedas aún rozando*: la imagen mítica de las *ruedas* del carro del Sol. **<<**

[163] *verso numeroso*: verso sometido a número, esto es, a métrica ritmada pero no rimada. **<<**

[164] *Tú el más bello de los astros*: Venus, que es Lucifer (el Portador de la Luz) por la mañana en el este, último de los astros en desaparecer; y Héspero por la tarde en el oeste, el primero de los astros nocturnos en hacerse visible. **<<**

[165] *cinco Fuegos errabundos*: los cinco planetas tradicionales: Venus, Marte, Mercurio, Júpiter y Saturno. **<<**

[166] *La fortuna que es bien libre de querer. / Dejada a su libre voluntad: su voluntad que, libre*: nótese que Milton inserta tres veces la palabra *will* («querer, voluntad») en esta frase; la dilogía entre la primera inserción y las otras dos no puede mantenerse en español, sin embargo, sí conservamos el carácter verbal de la primera. **<<**

[167] *Ardores Celestiales*: un modo miltónico de llamar a los ángeles. **<<**

[168] Las *Cicladas* forman un archipiélago en el mar Egeo de unas treinta islas, con la isla sagrada de *Delos* en el centro y el resto formando un círculo alrededor (de ahí el nombre). La isla también griega de *Samos* está al noreste de las *Cicladas*. **<<**

[169] De acuerdo con Ovidio (*Metamorfosis*, XV, vv. 391-407) sólo existe un *fénix* en cada era, que vive quinientos años alimentándose de gotas de incienso y savia de cardamomo; al cabo de ese periodo, forma un nido en la copa de una palmera con cortezas aromáticas de casia, nardo, cinamomo y mirra, y expira entre perfumes. De sus cenizas surge otro *fénix* que, en cuanto puede transportar cargas volando, lleva los restos mortales de su «padre» a Heliópolis, la ciudad egipcia dedicada al *dios Sol*, que en el renacimiento se confundía con *Tebas*. **<<**

[170] El hijo de *Maya* es Hermes (Mercurio), mensajero de los dioses. **<<**

[171] Las *Indias al oeste o este* significan, por supuesto, la India asiática y las Indias occidentales o América; el *Ponto* es la orilla meridional del mar Negro; la *costa púnica* indica el litoral mediterráneo norteafricano donde estaba la antigua Cartago, en el Túnez actual; Alcínoo (cf. *Odisea*, VII) era rey de los feacios, Ulises visitó su reino fértil y paradisiaco. **<<**

[172] *Pomona*: diosa romana de los árboles frutales. **<<**

[173] *Dríade*: ninfa de los bosques. **<<**

[174] Hera, Atenea y Afrodita compitieron por la manzana de oro arrojada por Eris, diosa de la discordia, con la inscripción «para la más bella», cuando no la invitaron a las bodas de Peleo y Tetis. Zeus decidió que el olímpico concurso de belleza tuviese lugar en el monte Ida, con el príncipe Paris como juez. Paris otorgó la manzana de oro a Afrodita a cambio de Helena, lo que desembocó en la guerra de Troya que cuenta la *Ilíada*. **<<**

[175] *cuecen*: parece tratarse aquí, en esta era primordial de dieta crudívora, de la «cocción» interior operada en los intestinos. **<<**

[176] *etéreos Fuegos*: los astros. **<<**

[177] *[…] no sólo en apariencia* / *O niebla el Ángel, glosa muy común* / *De los teólogos*: en contra de lo que pudiera pensar Tomás de Aquino en su *Suma teológica* (la. Q. ni, art. 3), los ángeles de Milton no comen simbólicamente, sino alimento real, con verdadero apetito. **<<**

[178] *copas afluentes*: a través de las cuales fluye el líquido hasta las bocas de los comensales. **<<**

[179] Cf. Génesis 6:1-2, que refiere la unión entre los *hijos de Dios* y las hijas del hombre. **<<**

[180] El *Gran Año* culmina en el momento en que todos los astros —planetas y estrellas fijas— retornan a su punto inicial (cf. Platón, *Timeo*, 39 c/d). **<<**

[181] El orden de la frase dispuesto por Milton y que aquí respetamos da lugar a confusión. El *Fruto de exquisitas viñas, que en los Cielos crecen* (v. 635) es el *néctar* [que] *fluye cual rubí* (v. 633) *en* [copas de] *perla, adamante y en macizo oro* (v. 634). **<<**

[182] *el Ángel bravo*: Abdiel, a quien hemos visto enfrentarse verbalmente a Satán en el libro anterior. **<<**

[183] *Servidor de Dios*: traducción literal del nombre hebreo «Abdiel» (cf. nota a «Libro V», «Argumento»). **<<**

[184] *De mí una pluma*: del crestón de la celada de Satán, como trofeo de guerra. **<<**

[185] *todas sus regiones*: las regiones propias y características de los cuatro elementos tradicionales. **<<**

[186] *aspecto pernicioso*: alguna de las configuraciones que los astrólogos consideran fuente de consecuencias nefastas. **<<**

[187] *herida discontinua*: la expresión es una metalepsis: la herida es continua, pero el corte crea discontinuidad en la «carne» (por referirnos de algún modo a la materia corporal angélica) herida. **<<**

[188] C. S. Lewis llama «panorgánica» a esta cualidad angélica**[10]**. **<<**

[189] *Asmadai y Adramelek: Asmadai* es el Asmodeo del Libro Apócrifo de Tobías (cf. nota a «Libro IV», vv. 168-171), en el que ya es confrontado y reducido por Rafael; *Adramelek* es en la Biblia el dios babilonio de 2 Reyes 17:31 al que los colonos de Sefarvain en Samaria sacrificaban sus hijos en el fuego. **<<**

[190] *Ariel, Ariock y Ramiel: Ariel* («león de Dios») es en la Biblia nombre de persona en Esdras 8:16 y el de Jerusalén en la profecía de Isaías contra esta ciudad (cf. Isaías 29:1-7); *Arioch* es en la Biblia el nombre del rey de Elasar (Génesis 14:1 y 9) y de un capitán de la guardia real de Babilonia en Daniel 2:14-25; *Ramiel*, en el Libro Apócrifo de Enoc (1, 6:7), uno de los ángeles que copuló con las hijas de los hombres. **<<**

[191] *Nisroc*: el dios asirio de 2 Reyes 19:37. **<<**

[192] *ígnea y excitable espuma*: en algunas sales, como el nitro, la costra que se forma en la superficie del terreno de donde se extrae. **<<**

[193] Milton convierte aquí a Satán en inventor del cañón. **<<**

[194] *incentivo cáñamo*: el *cáñamo* con el que se hacía la mecha, que, acercada al oído del cañón, lo excita a arder, esto es, *incentiva* la explosión. **<<**

[195] *consciente noche*: la noche es la única que tiene consciencia del ardid tramado por las tropas rebeldes. **<<**

[196] *cuadro hueco*: formación de infantes en cuadrilátero del que se han retirado las filas interiores para emplazar ahí los cañones defendidos por los cuatro costados. **<<**

[197] *encadenadas balas*: un proyectil de la Antigüedad que consistía en dos enormes balas de metal unidas por una fuerte cadena; se utilizaba para abrir amplias brechas en las filas enemigas. **<<**

[198] La descripción del Carro divino proviene de las visiones de Ezequiel (cf. Ezequiel 1:5-28 y 10:9-17). **<<**

[199] Los *urim* eran un tipo de piedra de significado religioso y ceremonial que Aarón, como sumo sacerdote, portaba en el pectoral (cf. Exodo 28:30 y Levítico 8:8); servían también en consultas oraculares (cf. Números 27: 21 y 1 Samuel 28:6). **<<**

[200] *Urania*: una de las nueve Musas nacidas de Zeus y Mnemosine, según la *Teogonia*. Siendo la «Celeste», era la Musa de la astronomía y se la representaba con un globo y un compás. Milton, sin embargo, no invoca a esta entidad mitológica, sino su *esencia* (v. 5), que, a través de Proverbios 8, el poeta conecta con el Espíritu Santo (vv. 6-12), inspirador de los profetas bíblicos. **<<**

[201] *Belerofonte*: hijo del rey corintio Glauco, trató de remontarse al Olimpo cabalgando el caballo alado Pegaso, con cuya ayuda había vencido a la Quimera. Zeus lo hizo caer del animal a campos de *Alea*, destinado a vagar allí ciego y solo. **<<**

[202] Milton había caído realmente *en malos tiempos* tras el hundimiento de la República cromwelliana y la Restauración de los Estuardo. Completamente ciego, se vio obligado a esconderse durante algún tiempo para no seguir el atroz destino de otros regicidas y revolucionarios. **<<**

[203] El poeta tracio, de la región montañosa de *Rhodope*, es Orfeo, que fue despedazado por las Ménades y Bacantes sin que su madre, la Musa Calíope, pudiera impedirlo (cf. *Metamorfosis*, X y XI, vv. 1-66). Milton equipara aquí a los desenfrenados seguidores del orgiástico dios Baco con los partidarios de la Restauración. **<<**

[204] *movientes fuegos*: los astros. **<<**

[205] *Cuándo absuelta*: en el sentido etimológico latino de «terminada», «hecha *absoluta*» (participio activo *de absolvere*), más las resonancias, también etimológicas, de «hecha independiente», «hecha inocente». **<<**

[206] *Lucifer*, el «Portador de la Luz», es también el nombre que recibe el Venus matutino. **<<**

[207] *Entre dos broncíneos montes*: cf. Zacarías *6:1*. **<<**

[208] *Omnífica*: «creadora (-*ficus*) de todo (omni)»; el término es acuñación de Milton. **<<**

[209] *[…] o yemas* / *Como gemas* […]: Milton dice literalmente «o germinados / Sus brotes»; sin embargo, utiliza el neologismo *gemmed* (del latín *gemmare*, «echar brotes»), creando una especie de metáfora tácita entre las yemas (o botones, o brotes embrionarios, o gemas de los árboles) y las gemas o piedras preciosas. **<<**

[210] El *Planeta Matutino* es Venus. Galileo había descubierto recientemente con su telescopio las fases de este cuerpo planetario, semejantes a las de la luna; de ahí que Milton se refiera a *sus cuernos*. **<<**

[211] *En aquel aspecto*: en el sentido astrológico del modo en que los cuerpos celestes se contemplan mutuamente desde sus posiciones relativas según un observador terrestre. **<<**

[212] El pavo real. **<<**

[213] El *Behemoth* es el nombre bíblico de un gran animal terrestre (cf. Job 40:15), quizá el elefante o el hipopótamo, o una bestia mítica. Milton, cuando menos, no lo asimila al hipopótamo, al que se refiere unos versos después. **<<**

[214] *el fluvial caballo*: esta expresión es la traducción literal del griego *hippopótamos* (de *hippos*, «caballo» y *potamos* «río»). **<<**

[215] *Seis ves tú:* los seis planetas clásicos del universo ptolemaico: Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno. **<<**

[216] *Insensiblemente mueven tres mociones varias*: los tres movimientos de la Tierra —la rotación diaria, la revolución orbital anual y la leve oscilación polar causante del fenómeno aparente de la trepidación (cf. «Libro III», vv. 482-483)— no resultarían inmediatamente perceptibles para sus moradores. **<<**

[217] *Girándula, nocturna y diurnal*: el «primer móvil simplicísimo» que para la Edad Media, a diferencia de Aristóteles, era una esfera externa al mundo sensible (la novena en algunos sistemas, la décima para otros tratadistas), sin astros, extremamente veloz e identificada con «las aguas sobre la bóveda [del firmamento]» de Génesis 1:6-7; de ahí su nombre, también, de *crystallinum*. **<<**

[218] *Por su Celestial mi terrenal vencido*: Milton utiliza esta doble expresión elíptica substantivada para sugerir las «naturalezas» o «esencias» (o algo todavía más indefinido) *celestial* y *terrenal* de Dios y Adán, respectivamente. Puesto que en castellano contamos con el substantivo masculino «natural» («genio, índole, temperamento, complexión o inclinación propia de cada uno», según el DRAE), expresiones como *su Celestial* y *mi terrenal* no deberían resultar chocantes. **<<**

[219] y *demás placeres abjurarlos todos*: el verbo elegido por Milton aquí tiene resonancias deliberadamente solemnes, casi religiosas; formaría con *placeres* una expresión oximorónica, si no fuera porque Adán se halla en el estado anterior a la Caída, en el que esos *placeres* son el don directo de Dios. **<<**

[220] *el pájaro amoroso de la noche*: el roncal o ruiseñor. **<<**

[221] *Del verde Cabo de la Tierra e islas verdecientes*: las islas de Cabo Verde, en el Atlántico a unos *600* km de la costa de Senegal. **<<**

[222] *Héspero*: aquí «occidental», probablemente en una doble referencia al Sol y a las islas. **<<**

[223] El rival de Aquiles es aquí el príncipe troyano Héctor (cf. *Ilíada*, XXII, vv. 136 ss). **<<**

[224] Lavinia, hija del rey Latino y prometida a Turno, rey de los rótulos, fue entregada finalmente a Eneas, lo que llevó a Turno a la guerra contra los troyanos (cf. *Eneida*, VII). **<<**

[225] La *ira de Neptuno* (Poseidón) contra el *griego* (Ulises) es la causa de la serie de peripecias que conforman la *Odisea*; la de Juno contra *el hijo de Afrodita* (Eneas) es motivo de dificultades en la huida de este último desde su Troya natal a Italia en la *Eneida*. **<<**

[226] *mi patrona celestial*: la Musa Urania (cf. «Libro VII», v. 1). **<<**

[227] El *Ponto* es aquí el mar Negro; *Meotis* es el mar de Azov, una extensión septentrional del mar Negro entre Ucrania y Rusia; el *río Ob,* uno de los más grandes de Asia, cruza Siberia para desembocar en el océano Ártico; el *Orontes* es un río del norte de Siria; *Darién*, la región más oriental del istmo de Panamá; el *Ganges* y el *Indo*, los dos ríos más importantes del norte de la India. **<<**

[228] *Delia* es otro de los nombres de la diosa cazadora Diana, cuyo cortejo lo formaban las Ninfas. *Dríades* son las Ninfas de los árboles; *Oréades*, las Ninfas de los montes. **<<**

[229] *No culpable aún de fuego*: los instrumentos que porta Eva son el producto de una sencilla artesanía pastoral, no de la forja. **<<**

[230] *Pales* era una diosa romana de los rebaños y los pastores, así como *Pomona* lo era de los árboles frutales. *Vertumno*, un dios romano de los bosques, cortejó a *Pomona* asumiendo muchas formas distintas. *Ceres* era la versión romana de la griega Deméter, diosa de la tierra y patrona de la agricultura, madre de *Proserpina*, a la que concibió de Zeus (Júpiter). **<<**

[231] *Adonis*: cf. nota a «Libro I», vv. 446-457. Se llamaron jardines de Adonis a lechos de flores de vida muy corta plantados alrededor de imágenes de esta figura mítica. **<<**

[232] Ulises, *hijo de Laertes*, visita los jardines maravillosos de *Alcínoo* en la *Odisea*, VII, vv. 112-135. **<<**

[233] El jardín en que Salomón, *el Rey Sapiente*, retozaba con su *esposa egipcia*, que era hija del faraón (cf. 1 Reyes 3:1 y Cantar de los Cantares 6:2). Las palabras *sapiente* (*sapient*) y *sapiencia* (*sapience*) derivan del verbo latino *sapere*, que al igual que el castellano *saber*, significa tanto «tener sabor» como «tener conocimiento de algo». Esta relación entre «sabor» y «sapiencia» a través, por una parte, de su origen etimológico común y, por la otra, del elemento mítico representado por el fruto del Árbol de la Ciencia, se vuelve especialmente importante en el «Libro IX» del *Paraíso perdido*, en el que se produce la Caída por culpa de un «sabor» (el de fruto prohibido) que parece prometer cierta forma de «sapiencia». Contra el tras fondo de esta Caída de los padres de la humanidad, la sapiencia del también caído Salomón sugiere aquí la sensualidad de este rey, que le hizo traicionar a su dios inclinándose hacia el paganismo de sus esposas extranjeras. **<<**

[234] *Cadmo*, hijo de Agenor y fundador de Cadmea (Tebas) y su esposa *Hermione* (o Harmonía) fueron convertidos en serpientes por Zeus y transportados a los Campos Elíseos (cf. Apolodoro, *Biblioteca*, III, 4 y Ovidio, *Metamorfosis*, IV, vv. 563-603). **<<**

[235] El dios Asclepio (o Esculapio) de la medicina fue llevado de su templo en *Epidauro* a Roma, en forma de serpiente, para acabar con una plaga (cf. Ovidio, *Metamorfosis*, XV, vv. 622-745). **<<**

[236] El *Jove Amonio* (el Amón de Libia, cf. nota a «Libro IV», vv. 275-279) en forma de serpiente engendró en la reina *Olimpia*, según la leyenda, a Alejandro Magno. El Júpiter *Capitolino*, adorado en Roma, también en forma de serpiente, habría engendrado a *Escipión* el Africano. **<<**

[237] La maga *Circe* transformaba a los hombres en animales (cf. *Odisea*, X, vv. 212-219). **<<**

[238] *hija sola de su voz*: un hebraísmo para referirse, de un modo un tanto metafórico, al único mandato de Dios. **<<**

[239] Cf. la historia de *Sansón*, de la tribu de Dan, y la filistea *Dalila* en Jueces 16. **<<**

[240] *Malabar* y *Decán* son regiones de la India. Milton parece referirse al baniano, un árbol característico de esas regiones, aunque de hojas mucho más pequeñas que como las describe. **<<**

[241] *Pues proceso la Serpiente no merece*: Esto es, la Serpiente no merece que se la juzgue; su culpabilidad está probada de antemano. **<<**

[242] Cf. Génesis 3:15. En el verso 181, para expresar el daño recíproco causado por la estirpe humana a la Serpiente y viceversa, Milton usa la fórmula indefinida que le permite el verbo *bruise* («contusionar, herir»), acorde con la King James Bible, pero sobre todo porque narrativamente**[11]** la necesita de manera que más adelante Satán, por un lado («Libro X», vv. 498-500), y Adán y Eva por el otro («Libro X», vv. 1031-1036), puedan interpretar la sentencia divina cada uno según sus propias esperanzas y temores. **<<**

[243] Cf. Lucas 10:17-18. **<<**

[244] Cf. Efesios 2:2, Colosenses 2:15, Salmos 68: 18 y Romanos 16:20. La expresión *Cautiverio de cautivos* (v. 188) proviene de Efesios 4:8. **<<**

[245] Cf. Juan 13:5-17. **<<**

[246] *Ropaje de justicia*: cf. Isaías 61:10. **<<**

[247] *Simpatía*: aquí, según se explica de un modo un tanto intrincado a continuación (vv. 246-249), relación anímica sintónica entre Satán y su Hija, en ausencia de una conexión física directa. **<<**

[248] *Cerniéndose sobre las Aguas*: Pecado y Muerte constituyen aquí el antitipo infernal del Espíritu Divino de Génesis 1:2, en su acto creador, y que Milton ya ha descrito en «Libro I», v. 21. Es interesante notar que, mientras que las biblias de la época (KJB, Coverdale, Bishop's y Geneva) usan la misma expresión en este episodio**[12]**, Milton parece tener aquí en mente el hebreo original y servirse de los posibles significados del verbo *merahephet* de acuerdo con sus intereses poéticos: así la expresión atribuida al Espíritu en «Libro I», v. 21 es *brooding* («incubar»), que implica fertilidad, fecundación; pero la acción de los hijos de Satán es *hover* («flotar, planear, cernirse»), que, por sí mismo, es un acto estéril. **<<**

[249] El *Cronio océano* es el océano Ártico; *Pechora* es el nombre de un río siberiano, la bahía de su desembocadura y el mar al que desemboca, que es una extensión sudoriental del mar de Barents (este último al norte de Escandinavia y la Rusia europea). La *ruta* entre *Pechora* y *Catay* (China), buscada por Henry Hudson en 1608, es sólo *supuesta* porque la mayor parte del año inmensos bloques de hielo hacen intransitable ese mar. **<<**

[250] *Delos*, una pequeña isla de las Cicladas en el Egeo y sede del culto a Apolo, surgió del fondo del mar, según el mito, por el *tridente* de Poseidón y fue luego anclada por Zeus para que Leto pudiera dar a luz en ella a Apolo (cf. Calimaco, *Himnos*, IV, v. 31 y véase también el «Himno a Apolo» de los *Himnos homéricos*). **<<**

[251] *rigor gorgonio*: Medusa, una de las Gorgonas, petrificaba con la mirada (cf. nota a «Libro II», v. 611). Aunque Muerte, es mostrado aquí como constructor, su obra es muerte y nace muerta: Muerte crea por *rigor gorgonio* y lo creado padece la petrificación del *rigor mortis* desde su misma concepción**[13]**. **<<**

[252] Según Herodoto (*Historia*, VII, 33), el rey persa *Jerjes* hizo construir, para su invasión de Grecia en el 480 a. C., un *puente* de barcos sobre el *Helesponto* (el estrecho de los Dardanelos entre el Egeo y el mar de Mármara) y, cuando el oleaje lo destruyó, hizo azotar al mar. *Susa* era la capital de invierno de los reyes persas, llamada *Memnonia* por los griegos en honor del héroe mítico *Memnon* (cf. *La Caída de Troya*, de Quinto de Esmirna), a quien suponían constructor de antiguos monumentos en Europa y Asia. En este pasaje, Milton usa seguramente la palabra *Helesponto* en un doble sentido: como nombre geográfico y, simbólicamente, como *hell's pont*, «puente infernal». **<<**

[253] *Pontifica*: a lo largo de todo el episodio de la construcción del puente infernal, Milton usará esta expresión para sugerir relación entre el sumo pontífice romano (al que, como buen protestante, Milton ve como el anticristo) y los *pontífices* (esto es, constructores de puentes) diabólicos Pecado y Muerte. **<<**

[254] Según Fowler, la razón de que Satán emerja a través de estas dos constelaciones es que entre ellas, solapándolas, se extiende la constelación de la Serpiente que porta Ofiuco (o Serpentario). Serpens tiene su cabeza en Libra, que es por donde entra Satán en este mundo («Libro III», vv. 557-558). El Sol surge en Aries porque es donde fue creado. **<<**

[255] *Pontificio*: la estructura o edificación del puente infernal (véase más arriba la nota al v. 313). **<<**

[256] *Su Cuadratura, de tu Mundo Orbicular*: aquí la perfección divina del cuadrado (cf. Apocalipsis, 21:16) opuesta a la imperfección demoniaca de la línea curva. **<<**

[257] *Satán* significa «enemigo» en hebreo (cf. nota a «Libro I», vv. 81-82). **<<**

[258] *astrosos los planetas*: aquí *astroso* en el sentido desusado de «malhadado, infausto» (de *astrum*, «astro») como expresión que recoge apropiadamente la original *planet-strook*, «golpeado por [la mala influencia astrológica de otro] planeta». El *eclipse auténtico* de estos *planetas astrosos* consiste en perder parte de su luz original, no por la intervención ocasional de otro cuerpo celeste, sino de manera definitiva por causa de la Caída. **<<**

[259] *Astracán* es región tártara a lo largo de la cuenca meridional del Volga. El *Sofí bactriano* es el monarca persa (al que se llamaba *sofí* en Europa), bajo cuyo dominio estaba la Bactriana. *Aladule*, según Fowler, es el nombre del último rey de Armenia antes de la invasión turca. *Tauris* y *Casbín* son nombres de antiguas capitales persas. **<<**

[260] *suplantadas*: Satán, que ha *suplantado* a la serpiente y que en la historia futura de la humanidad será el gran *suplantador*, ve aquí sus extremidades inferiores *suplantadas* por la cola de la serpiente; pero *suplantadas* conserva aquí el sentido del verbo latino original *supplantare* (no extraño al inglés de la época), «hacer caer, poner la zancadilla». **<<**

[261] El *áspid* y el *cerastes* o cerasta son dos tipos distintos de víbora; la *anfisbena*, *hidra*, *elopes* y *dipsas* son diversas clases de serpientes míticas. De la sangre caída de la cabeza cortada de la *Gorgona* Medusa surgieron serpientes. *Ofiusa* («isla de las serpientes») es el nombre antiguo de Formentera, en las Baleares. *Pitón* era, en la mitología griega, una serpiente gigantesca que tuvo que matar Apolo para apropiarse del templo de Delfos en el *valle pitio*. **<<**

[262] *Megara*: una de las Furias, que al igual que Medusa tenía cabellera de serpientes. **<<**

[263] *frutaje*: los frutos sobre los que se arrojan los demonios son ilusorios, de ahí lo adecuado de este término, que tanto en español como en inglés tiene el significado de «representación pictórica, en tapiz, grabado, etcétera, de frutas», aparte del más evidente. **<<**

[264] Cf. Éxodo 32:32 y Génesis 19:24. **<<**

[265] Cf. *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas, vv. 503 ss. Milton interpreta el nombre de *Eurynome* («de amplio dominio») como *wide-encroaching*, lo que da lugar a múltiples interpretaciones posibles: *encroach* es «usurpar, abarcar, obtener, imponer una carga, pasarse de la raya, etc.». *Ops* es la diosa Rhea, pareja de Cronos/Saturno. *Jove dicteo* es el *Jove* (Zeus/Júpiter) de la montaña de Dicte. **<<**

[266] *mi carcasa vasta, abierta*: aunque en «Libro II», vv. 666-673 Muerte nos ha sido descrito como sombra; en las representaciones tradicionales es un esqueleto, una *carcasa abierta* y que, por tanto, no puede llenarse nunca por más que devore. El neologismo que establece Milton aquí, *unhide-bound* («no cerrado, envuelto o limitado por la piel»), es mucho más evocador y plástico de lo que nos podemos permitir en castellano. **<<**

[267] *los otros cinco*: los planetas. **<<**

[268] El término *aspecto* en el sentido astrológico, esto es, el modo en que los planetas se contemplan entre sí desde sus posiciones en el zodiaco; *sextil, cuadrado, trino, oposición* son nombres de los distintos tipos de *aspectos o* relaciones, fastas o nefastas, que los planetas pueden establecer entre sí. **<<**

[269] *sínodo imbenigno*: el término *sínodo* (*synodus*) en astronomía lo acuñó Giordano Bruno para significar «sistema planetario». **<<**

[270] En el mundo de perfectas simetría y armonía anteriores al pecado original, el Sol se habría mantenido siempre en la línea equinoccial (el ecuador habría coincidido con la eclíptica) ofreciendo a la Tierra una eterna primavera. Esta simetría se rompió, o bien porque los polos de la Tierra se inclinaron (contemplado desde la teoría heliocéntrica de Copérnico y sus seguidores), o bien porque se inclinó la eclíptica (contemplado desde la teoría geocéntrica de Ptolomeo y sus defensores); en cualquier caso, ecuador y eclíptica pasaron a formar un ángulo de *veinte grados, más aún* (en realidad 23,5º). El Sol, siguiendo la eclíptica, se separa ahora del equinoccio *igual distancia* (v. 673) hasta el extremo norte que hasta el extremo sur; al primero, el *Trópico Cangrejo* (Trópico de Cáncer), llega a través de las constelaciones de *Tauro* con las *Atlánticas Hermanas* (las Pléyades, entre Tauro y Perseo) y Géminis (los *Gemelos Espartanos*, Cástor y Pólux). Desde el extremo norte (el verano del hemisferio norte), «desciende» hasta el extremo sur, el *hondo Capricornio* a través de *Leo, Virgo, la Balanza* o Libra, Escorpio y Sagitario. **<<**

[271] *Estotilandia*: nombre dado por Nicolo y Antonio Zeno (exploradores venecianos y hermanos del gran almirante de Venecia Cario Zeno) a una región septentrional, probablemente el Labrador, en su viaje de exploración a finales del s. XIV. **<<**

[272] El héroe griego Atreo, rey de Micenas, invitó a un banquete a su hermano *Tiestes* al que, en pago de su traición, le dio a comer la carne de sus dos hijos; el Sol se apartó para no ver este horror**[14]**. **<<**

[273] Respectivamente, la costa noroccidental de América y la del norte de Siberia. **<<**

[274] *Bóreas, Cedas, Argestes* y *Tradas* son vientos septentrionales (norte, nordeste, y los dos últimos noroeste); *Noto* (sur) y *Áfer* (suroeste) son los meridionales; *Euro* es del este, mientras que *Céfiro* sopla del oeste; *Siroco* del sureste y *Lebeche* del suroeste. **<<**

[275] *[…] centro natural, ligeras golpearán* / *Pesadas, aunque en su lugar*: aunque Milton usa aquí la palabra *light* en el sentido verbal de «caer», crea cuando menos una paradoja visual al contraponerla a *heavie* (aquí en el sentido adverbial de «pesadamente»), justo a continuación y encabalgada en el verso siguiente; de ahí la fórmula elegida para traducir el pasaje. Por otra parte, al estar *en su lugar* o *centro natural* los objetos (aquí las maldiciones) ya no deberían pesar porque habrían caído todo lo que podían y tenían que caer; de ahí el *pesadas, aunque*. **<<**

[276] Esto es, la capacidad de obrar de las causas queda limitada por la naturaleza del objeto que recibe la fuerza de acción. **<<**

[277] Adán habría sido creado con una decimotercera costilla (una de más en el lado izquierdo o *siniestro*) que pudiera servir luego para la creación de Eva. **<<**

[278] *nuestros lomos*: expresión bíblica para significar el centro del poder generativo (ver nota a «Libro I», v. 352). **<<**

[279] *Aplastarle la cabeza*: ver más arriba nota a los versos 179-181. Adán interpreta aquí el *bruise* dirigido contra Satán de un modo mucho más letal que el Diablo en «Libro X», vv. 498-500. **<<**

[280] *Sitial de la Merced*: La imagen proviene de Éxodo, 25: 17-22, versículos que recogen el mandato de Dios a Moisés de construir un *kapóreth* de oro, con un querubín de oro en cada extremo, para cubrir el arca de la alianza y desde donde «me revelaré a ti y hablaré contigo desde encima del *kapóreth*, desde en medio de los dos querubines sobre el arca». *Mercie-Seat*, sin embargo, es la expresión con que las biblias protestantes del tiempo de Milton (Coverdale 1535, Bishop's Bible 1568, Geneva 1587 y King James 1611) traducen la palabra hebrea *kapóreth*, que Wycliffe (1395), siguiendo la Vulgata, trasladaba como *propiciatorie*[15]. Sea lo que sea este *kapóreth*, Milton imagina aquí una contraparte celestial del mismo, que sería la fuente original de la gracia divina. **<<**

[281] *Operante gracia*: «La que, antecediendo al albedrío, sana el alma o la mueve y excita a querer y obrar el bien» (DRAE). **<<**

[282] *Deucalión* es el Noé de la mitología griega. *Temis*, hija de Urano y Gea, es diosa del orden y la justicia. El relato de *Deucalión* y *Pirra* lo ofrece Ovidio en *Metamorfosis*, I, vv. 313-47. **<<**

[283] *Indimensas*: incorpóreas más allá de la forma y dimensiones de las cosas del universo material. **<<**

[284] Cf. Éxodo 20:18 y 1 Tesalonicenses 4:16. **<<**

[285] Cf. Génesis 3:22. **<<**

[286] Cf. Génesis 3:24. **<<**

[287] *Jano* es el dios romano bifronte, el portero de los dioses que, como las puertas, tiene una cara mirando en cada dirección. La figura de los ángeles tetrafrontes colmados de ojos, sin embargo, proviene de Ezequiel 10:12-14. *Argos* era hijo de Zeus y Niobe; llamado también Panoptes («el que lo ve todo») porque tenía cien ojos. Hera lo puso como guardián de la vaca en que había convertido a Io, amante de Zeus; pero *Hermes* durmió a *Argos* con la música de su flauta y le cortó la cabeza (cf. *Metamorfosis*, I, vv. 668-688). **<<**

[288] *Leucotea*: diosa marina mencionada en la *Odisea*, v. 333 ss., donde salva a Ulises de ahogarse; asociada en la mitología romana con Mater Matuta, diosa de la Aurora. **<<**

[289] *herirá tu descendencia al adversario*: véase la nota a «Libro X», vv. 179-181. **<<**

[290] *El pájaro de Jove*: el águila. **<<**

[291] *el selvático monarca*: el león. **<<**

[292] *Más oriente*: más brillante. **<<**

[293] Cf. Génesis 32:1-2. **<<**

[294] Cf. 2 Reyes 6:11-17. El *hombre* a quien pretende atacar el *rey de Siria* es el profeta Eliseo, que advertía al rey de Israel de los planes de su enemigo en la guerra que libraban Siria e Israel. **<<**

[295] *[…] la melibea, o la púrpura*: Milton da el nombre de *melibea* a la púrpura de la ciudad de Melibea, en la costa de Tesalia; *Sarra* es otro de los nombres de la ciudad fenicia de Tiro, famosa también por sus púrpuras. **<<**

[296] *Iris*: diosa del arco iris y mensajera de los dioses en la mitología griega. **<<**

[297] Como la espada con que se representa a Orion, que podría verse pendiendo del cinturón astral que es el zodiaco. **<<**

[298] Cf. Mateo 4:8, Lucas 4:5 y *Paradise Regained*, III, vv. 251 ss. El *segundo Adán* es Cristo. **<<**

[299] *Sus ojos*: no está perfectamente claro aquí si se trata de los ojos del primero o del segundo Adán. Por los versos inmediatamente anteriores, los «reinos de la Tierra, y sus glorias» que se citan aquí hasta el v. 411, parecería que Milton se refiere a Cristo. Este verso y el siguiente, que da por establecidas ya «ciudad[es] de antigua o de moderna fama» parece confirmar esa hipótesis también; sin embargo, Milton salta con demasiada agilidad de uno a otro estrato temporal a lo largo de todo el poema para que éstos permitan una conclusión definitiva. Por el contrario, la «futuridad» del dominio mundial de Roma (vv. 405-406) podría apuntar a Adán. **<<**

[300] Marco Polo dijo haber visitado la ciudad de *Cambalu* o Cambaluc, capital del reino de Catay; pero la identificación de *Cambalu* con Pequín y de Catay con China no se estableció hasta el viaje del jesuita Benedikt Goës a China desde la India, que culminó en 1605. Puede que el nombre *Cambalu* represente al término mongol *kban-balik*, «ciudad del kan». Pequín fue el nombre dado por la dinastía Ming a la capital *Cambalu* tras la caída del poder mongol en 1368. Sus muros se completaron en 1437. Milton refiere en el v. 390 *Paquin de los reyes Sin*, esto es, «Pequín de los monarcas chinos»; de manera que, o bien Milton cree distintos *Cambalu* y Pequín (desde el viaje de Goës los antiguos nombres tardaron más de medio siglo en desaparecer de los mapas), o bien (menos probable) el *De […] Hasta* (vv. 388/390) hay que entenderlo, no en sentido espacial, sino temporal, a través de la *Samarcanda* de *Temir* (Timur, Tamerlán f 1405), junto al río *Oxus* en el actual Uzbekistán. **<<**

[301] *Agrá* y *Lahore* son capitales del norte de la India. Milton se las atribuye al Gran Mogol, el supremo gobernante del imperio Mogol, que dominó casi toda la India entre los años 1526 y 1748. **<<**

[302] *el áureo Quersoneso*: En los escritos geográficos de Ptolomeo se nombra el *Aurea Chersonesus*, que parece corresponder con la península de Malaya. Flavio Josefo lo cita también en las *Antigüedades Judaicas*, VIII, VI, 4, identificándolo con la ciudad bíblica de Ofir, adonde el rey Salomón envió barcos en busca de oro. **<<**

[303] *Ecbátana* (actualmente Hamadan), capital de verano de los reyes persas; *Hispahán* (actualmente Isfahán o Esfahan) fue capital persa a partir del 1598 con el Shah Abbas I. **<<**

[304] *Bizancio* (antiguo nombre de Constantinopla, actual Estambul) fue capital turca tras la derrota del imperio bizantino por los turcos en 1453. **<<**

[305] *Negus*: título del rey de Abisinia o Etiopía. **<<**

[306] *Ercoco*: actual Arkiko, puerto etíope en el mar Rojo. **<<**

[307] *Mombaza*: actual Mombasa, en la parte más meridional de la costa de Kenia; *Quiloa*: actual Kilwa, ciudad portuaria de Tanzania; *Melind*: actual Malindi, en Kenia, ciudad marítima más al norte de Mombasa. **<<**

[308] *Sofala*: actualmente Nova Sofala, puerto del sur de Mozambique, también identificado con la mítica Ofir de 1 Reyes 9:28. **<<**

[309] El *Níger* es el río más importante de África occidental: nace en Guinea, atraviesa Mali, Níger y Benin, y desemboca en Nigeria. El *Atlas* es una cordillera en el norte de África, desde el este de Marruecos hasta Túnez. **<<**

[310] *Almanzor* o Al-Mansur, «el Victorioso», es título aplicado a diversos gobernantes musulmanes. *Fez* y *Sus* pertenecen a Marruecos. **<<**

[311] *Tremisén*: actual Tlemcen, en Argelia. **<<**

[312] *Moctezuma*: Moctezuma II (1466-1520), el último emperador azteca, derrotado por Hernán Cortés hacia 1520. **<<**

[313] *Cuzco*: la capital inca del rey Atahualpa (*Atabalipa*), vencido por Pizarro en 1532. **<<**

[314] *Guyana*: una amplia región que cubría desde el este de Venezuela hasta el norte del Brasil, con los actuales Guyana, Surinam y la Guayana Francesa. Los españoles buscaron *El Dorado* en las tierras bajas del Orinoco. Milton los llama *hijos de Gerión* por el monstruo Gerión, el gigante de tres cabezas, seis brazos y seis piernas que fue muerto por Hércules en la décima de sus pruebas. Dante, en «Inferno», XVII, lo convierte en personificación del fraude. En su visión de los españoles, Milton sigue aquí a Spenser, que en *La Reina Hada*, V, x, vv. 8 ss. los trata como símbolo de opresión. **<<**

[315] *eufrasia y ruda*: plantas medicinales usadas contra las enfermedades de la vista. **<<**

[316] Cf. el relato de Caín y Abel en Génesis 4. **<<**

[317] *De tus riñones*: expresión bíblica para significar el centro del poder generador (cf. nota a «Libro I», v. 352). **<<**

[318] *Himeneo*: dios del matrimonio en la mitología griega. **<<**

[319] Cf. en Génesis 6:4 la unión entre los «hijos de Dios» y las «hijas de los hombres», que evocan estos versos. Milton supone aquí que las «hijas de los hombres» son de la raza de Caín (cf. Génesis 4:16-21). **<<**

[320] *Pronto nadarán más hondo*: irónica referencia al Diluvio Universal, que caerá pronto para castigar a toda la estirpe descrita. **<<**

[321] *uno se levanta*: Enoc, que según Hebreos 11:5 no murió la muerte de los hombres, sino fue transportado por Dios gracias a su virtud (véase también El Libro de Enoc). **<<**

[322] Cf. el relato del Diluvio en Génesis, capítulos 6 al 9. **<<**

[323] *Excepto un hombre*: Noé. **<<**

[324] Milton elabora aquí el relato de Génesis 10:8 y 11:9 y *Antigüedades Judaicas*, I, IV, 2-3. El *poderoso cazador* (v. 33) es Nimrod, cuyo nombre deriva, según la etimología popular hebrea, de la raíz *mrd*, «rebelarse»; de ahí que *de rebelión derivará su nombre* (v. 36). La llanura que encuentra con su tropa (vv. 40-41) es la de Sinar (Génesis 11:2). Lo que se describe a continuación es, obviamente, la construcción y posterior abandono de la torre de Babel, que *fue llamada Confusión* porque Génesis 11:9 hace derivar ese nombre babilónico de la raíz hebrea *bll*, «confundir». Babel (Babilonia) significa originalmente, sin embargo, *Bab-llani*, «Puerta de los Dioses». **<<**

[325] El *hijo irreverente* de Noé (*quien hizo el arca*) es Cam, ancestro de los cananeos (cf. Génesis 9:22-25). La maldición de Noé contra Cam ocurre en Génesis 9:25 con las mismas palabras que emplea Milton. **<<**

[326] *una peculiar nación seleccionar*: Israel (cf. Deuteronomio 7:6). **<<**

[327] *un único hombre fiel*: Abraham (cf. Génesis 11:2.6 a 12:18). Los topónimos a continuación (vv. 135-146) marcan los límites de la Tierra Prometida a Abraham y su descendencia según el mito bíblico (cf. Génesis 12:6 y Números 34:1-12). **<<**

[328] *Un hijo, y de tal hijo un nieto*: Isaac y Jacob. Los versos que siguen sintetizan el relato de José y sus hermanos, los hijos de Jacob, desde el capítulo 39 al 50 del Génesis. **<<**

[329] *El Dragón Fluvial*: el faraón (cf. Ezequiel 29:3). **<<**

[330] Estos versos constituyen una síntesis del libro del Éxodo y, en un sentido más amplio, de todo el resto del Pentatecuco también (Levítico, Números y Deuteronomio). **<<**

[331] Cf. Josué 10:12-14. **<<**

[332] Cf. Números 20:8-12, Deuteronomio 3:23-28 y 34:1-6. Según el mito bíblico, las causas de que no sea Moisés quien introduzca al pueblo en la Tierra Prometida son la vacilante fe de Moisés al tener que golpear dos veces la roca de las aguas de Meribah (Números) y la infidelidad del pueblo bajo el liderazgo de Moisés (Deuteronomio). Pero Milton está leyendo este episodio como intuición veterotestamentaria del Evangelio, de ahí que identifique la tierra de promisión hebrea con el Paraíso prometido a los cristianos; a Moisés con la ley; y a Josué, su sucesor a la cabeza del pueblo, con Jesús (siendo Jesús la forma griega del nombre hebreo Josué [Yehósua], que significa «salvador»). **<<**

[333] Los Jueces (*Sóphetim*) gobernaron Israel antes de que el pueblo se obstinase en establecer la monarquía (cf. los libros de Josué, Jueces y Samuel 1 y 2). **<<**

[334] El segundo de los reyes es David, a quien Dios le promete por boca del profeta Natán, la eternidad de su casa y de su reino (2 Samuel 7:16-17); de ahí que el mito hebreo veterotestamentario haga descender al mesías de la casa de David y el mito cristiano neotestamentario deba inventar una genealogía para Jesús que se remonta hasta David. **<<**

[335] Salomón. **<<**

[336] Nabucodonosor II de Babilionia deportó a una parte considerable del pueblo judío después de la toma de Jerusalén y la destrucción del templo en el año 587 a. C. (cf. 2 Reyes 24-25, 1 Crónicas 6:15, 2 Crónicas 36 y Jeremías 39 y 52). **<<**

[337] Ciro II de Persia conquistó Babilonia en el 539 y, aplicando la política tolerante característica de los emperadores persas para con los pueblos sometidos, permitió a los judíos el retorno a su tierra y la reconstrucción del templo de Jerusalén (cf. Esdras I). **<<**

[338] La familia sacerdotal de los Asmoneos. A ella pertenecían Matatías y su hijo Judas (llamado después Macabeo, esto es, «Martillo»), que iniciaron la revuelta contra los reyes seléucidas (cf. 2 Macabeos 3-6 y *Antigüedades Judaicas*, XII, v-XI). Simón, hermano de Judas, se hizo con el poder secular de Judea en el 142 a. C. y su nieto Aristóbulo I asumió el título de *basileus* (rey) en el 104. La dinastía asmonea gobernó a los judíos como reyes-sacerdotes hasta el año 37 a. C. en que Antígono fue depuesto por los romanos en favor de Herodes I el Grande. El *gentil* del v. 358 podría ser, sin embargo, Antípater, padre de Herodes y nombrado procurador de Judea por Julio César en el 47 a. C.; los Asmoneos perdieron su poder entonces hasta la ocupación de Palestina por los partos, que los restablecieron en la figura de Antígono. **<<**

[339] *golpe capital*: la palabra *capital* aquí también en su sentido etimológico de «en la cabeza». **<<**

[340] *Paráclito*: el Espíritu Santo. El título de *Paráclito* deriva del griego y significa «abogado», «intercesor», «portador de consuelo». **<<**

[341] La predicción de los *lobos ávidos* se halla en Hechos de los Apóstoles 20:29. Para Milton son esos *lobos* los que han dominado la Iglesia cristiana hasta la Reforma protestante. **<<**

Notas de las notas

[1] Cf. Denis Saurat, *Milton, Man and Thinker*, Londres, J. M. Dent, 1946, pp. 146-147. **<<**

[2] Cf. Michael Bryson, *The Tyranny of Heaven: Milton's Rejection of God as King*, Newark/Londres, Delaware Press/Associated University Press, 2004, pp. 119-122. **<<**

[3] Cf. Christopher Ricks, *Milton's Grand Style*, Oxford, Clarendon Press, 2001, p. 134. **<<**

[4] Cf. Denis Saurat, op. cit., pp. 209-211. **<<**

[5] Helen Darbishire (ed.), *Life of Milton*, en *The Early Lifes of Milton*, Londres, Constable and Company, 1932, p. 13. **<<**

[6] «Paradise Lost» and Its Critics, Cambridge, Cambridge University Press, 1966, pp. 82-83. **<<**

[7] Cf. A Preface to «Paradise Lost», Oxford, Oxford University Press, 1961. **<<**

[8] *Paradise Lost*, Harlow, Longman, 1998, 2.ª ed. **<<**

[9] Cf. Nueva Biblia Española, p. 747. La versión de la King James Bible es algo distinta: «I am Raphael, one of the seven holy angels, which present the prayers of the saints, and which go in and out before the glory of the Holy One». **<<**

[10] Cf. C. S. Lewis, op. cit., p. 113. **<<**

[11] Otras biblias de la época usan en este versículo expresiones diferentes. La Geneva Bible (1587), por ejemplo, ofrece: «He shall breake thine head, and thou shalt bruise his heele» («Él [el ser humano] te romperá la cabeza y tú [la serpiente] le herirás el talón»). La Coverdale (15 3 5) y la Bishop's (1568) usan, en ambos casos, la expresión «treade», que en el acto ejecutado por la estirpe humana sobre la serpiente debe entenderse como «pisar, aplastar» y en la acción de la serpiente contra el hombre como «presionar, oprimir». **<<**

[12] «El Espíritu de Dios se movía sobre [*moved upon*] la faz de las aguas.» **<<**

[13] Sin embargo, la primera entrada de rigor mortis que recoge el Oxford English Dictionary es de 1839-1847 (OED 2.ª edición; «rigor» 2.ª acepción). **<<**

[14] William Smith, *The Wordsworth Classical Dictionary*, Ware, Wordsworth Editions, 1996, p. 68. **<<**

[15] «Propiciatorio» en las biblias españolas, menos la Nueva Biblia Española de Alonso Shökel que traduce simplemente por «placa». La raíz hebrea kpr significa «cubrir, conciliar, propiciar», de ahí la traducción «propiciatorio». **<<**